

Dieciocho meses y un día

PAZ CASTELLÓ



Umbriel

DIECIOCHO MESES Y UN DÍA

PAZ CASTELLÓ

Dieciocho
meses
y un día



Umbriel Editores

Argentina · Chile · Colombia · España
Estados Unidos · México · Perú · Uruguay · Venezuela

Esta es una obra de ficción. Todos los acontecimientos y diálogos, y todos los personajes, son fruto de la imaginación del autor. Por lo demás, todo parecido con cualquier persona, viva o muerta, es puramente fortuito.

1.^a edición Febrero 2018

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Copyright © 2017 by Paz Castelló

All Rights Reserved

© 2017 by Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

www.umbrieditores.com

ISBN: 978-84-17180-45-4

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

«Todo lo que se hace por amor, se hace más allá del bien y del mal.»

Friedrich Nietzsche

*A todas las mujeres asesinadas.
A sus familias y amigos, que también murieron un poco a pesar de seguir
viviendo.*

1

A Sabina atiborrarse de comida basura la hacía sentirse bien y mal a partes iguales. Lejos quedaba ya aquella mujer que cuidaba cada caloría que se llevaba a la boca. Últimamente había encontrado en ello un compulsivo placer que jamás había hallado en sus cuarenta y cinco años de vida. Pero cuando las cosas cambian en un segundo, cuando tu existencia deja de ser lo que siempre fue y te adentras en un mundo más onírico que real, en una pesadilla de la que no despiertas, se pierde la perspectiva de las cosas y se difumina peligrosamente el sentido de la realidad.

Allí estaba, apurando los últimos coletazos de la efímera satisfacción que produce comerse una hamburguesa doble, con todas las salsas posibles, dispuestas, eso sí, con cierta maestría; no en vano era una pintora de prestigio y reconocimiento. El rojo del *ketchup*, el blanco de la mayonesa y el amarillo de la mostaza estaban repartidos como trazos de un lienzo sobre un trozo de carne, trazos que terminaban espachurrados sin piedad por la parte superior del panecillo, con el mismo enojo con el que Sabina rompía un cuadro cuando no le satisfacía plenamente. La insatisfacción era insaciable. La doble hamburguesa nunca venía sola. Sabina era de las que pensaba que si se pecaba, había que hacerlo bien, con generosa lascivia, de lo contrario, el pecado no tenía ninguna gracia. Por eso completaban el banquete una bolsa de patatas fritas, con todas sus grasas saturadas, y una Coca-Cola, con todos sus azúcares.

Era una mujer exigente, tal vez demasiado; una artista libre y al mismo tiempo encorsetada. Benévola con su arte y estricta consigo misma; libre con su obra pero con demasiadas ataduras en su vida. Dos versiones de sí misma que no siempre conseguían llevarse bien, un equilibrio que se quebraba con tan sólo un soplo.

En los últimos meses, la mujer rebelde que había conseguido domesticar tras muchos años de autoconocimiento, empezaba a ganarle terreno y casi la poseía por completo, tornándola anárquica y autodestructiva. Era consciente de que, tras el atracón, le asaltaría el sentimiento de culpa, implacable y mucho más duradero que el placer; siempre lo era, pero en el fondo le compensaba. La teoría de la compensación era una máxima en su vida, y sus argumentaciones, en monólogos más o menos extensos, pronunciados en voz alta por su otro yo, giraban siempre en torno a ella.

—La vida son dos días, Sabina, y nunca sabes qué desgraciado te la puede

arrebatarse. Hay mucho hijo de puta suelto. El mundo empieza a ser un estercolero donde la porquería se acumula en montañas y los carroñeros la revuelven para llevársela a la boca. Nada es ya como debiera ser. Al menos el colesterol es un enemigo conocido, y si te tienes que morir de hipertensión o de un ataque al corazón, lo harás disfrutando y en tu casa.

Últimamente se estaba acostumbrando a los soliloquios. A punto estaban de cumplirse dieciocho meses en los que no había salido de casa ni una sola vez y el encierro hacía ya tiempo que había quebrado su equilibrio emocional. Se hablaba mirándose al espejo, mientras cocinaba, en la ducha, intentando no perder ese aspecto humano del lenguaje; incluso hablaba en sueños. Aquel encierro empezaba a pasarle factura. Ahora ella era su mejor amiga y su peor enemiga, su confidente, su consejera, su aliada, su hermana gemela, su detractora, su ángel de la guarda y su demonio. Y no porque Sabina estuviera sola en el mundo, que no lo estaba —tenía amigos y familia, una gata y un perro e incluso un amante más joven que ella—, sino porque había decidido estarlo. Ella sola se había encerrado en la cárcel de su casa, de su estudio de pintura, y sólo ella podía liberarse de ese encierro, pero, por el momento, no estaba dispuesta a hacerlo.

Hacía mucho calor y el aire acondicionado se hacía imprescindible. Tras el atracón, las calorías aumentaron sensiblemente la sensación de bochorno. Notó cómo una gota de sudor resbalaba entre sus pechos. Sabina resopló y se abanicó con una servilleta de papel. Una mosca revoloteaba por los restos de la comida, emitiendo un zumbido desagradable que rompía el monótono murmullo de la radio que sonaba de fondo, sin que nadie la escuchara. Sabina la observó mientras empezaba a germinar en su interior el sentimiento de culpa en forma de remordimiento indigesto. Se preguntaba por dónde había conseguido colarse si tenía todo cerrado y bien cerrado. No soportaba que el mundo entrara en su casa, no al menos sin su permiso. Aquel bicho hurgando en los desperdicios de la comida le produjo asco. No estaba de humor. Aguardó a que se posara sobre una migaja de pan para coger el bote de *ketchup* con sumo cuidado y no alertarla. Lo elevó y, con una rabia desproporcionada, lo apretó. Un chorretón de salsa salió disparada y se derramó por el plato, dejando a la mosca totalmente cubierta por el rojo y espeso líquido. Sonrió maliciosamente al ver cómo intentaba mover las alas sin apenas conseguirlo. Se sorprendió de su extraordinaria puntería y hasta lo festejó dando unas palmadas como una niña pequeña que consigue un premio en la feria. Encontró cierto placer en la escena, en el intento desesperado de la mosca por alzar el vuelo, en su agonía, en la crueldad como espectáculo. El zumbido se volvió entrecortado. Tan sólo es un asqueroso bicho, se dijo, con el fin de calmar un amago de conciencia que se había encendido en su cabeza como una lucecita de alarma en mitad de la oscura noche.

Gala, su gata negra que dormitaba en el sofá, despertó alertada por el ruido. En posición de ataque y con un movimiento rápido y ágil, se incorporó de un respingo y dio un salto hasta la mesa. Antes de que Sabina pudiera apartarla de un manotazo, la gata se había comido a la mosca rebozada en *ketchup* y se podía escuchar el zumbido agónico y desesperado del insecto en el interior de su boca, mientras ésta se relamía de placer ante semejante aperitivo inesperado.

—¡Quita de aquí, *Gala*! ¡Cómo te puedes comer esa cosa tan asquerosa! — riñó a la gata mientras *Dalí*, su perro, un gran danés azul, acudía a la escena para curiosear. Olfateó con avidez a la gata, que ni se inmutó.

Sabina era de la opinión de que vivir con animales era mucho más gratificante y menos conflictivo que vivir con personas, al menos con la mayoría de las personas. Su experiencia con los seres humanos había resultado ser de lo más decepcionante, incluso frustrante. Había llegado a tener hasta tres buenos amigos y, de ellos, sólo conservaba uno y medio. Su gran amiga Lola había muerto, asesinada, hacía casi dos años. Roberto, su amante, un prestigioso arquitecto con el que había iniciado una relación sentimental, había sufrido un grave accidente que le había dejado secuelas cerebrales permanentes que le impedían ser el que había sido. Ahora, Roberto era tan sólo el recuerdo de un amigo con el que había compartido sudorosas y excitantes noches de cama, el vecino del piso de abajo, el hombre al que creyó haber amado, aunque tampoco estaba del todo segura de eso. Sólo le quedaba Lucas, su único buen amigo, su «más mejor amigo» como le gustaba decir bromeando, un galerista y marchante de arte que la quería como a una hermana pequeña y la admiraba como pintora. Lucas y lo que quedaba de Roberto, ellos eran su amigo y medio.

Hacía ocho años que vivía en esa casa, su hogar y también su estudio de pintura. El día del traslado, Lucas le había regalado un entrañable y pequeño cachorro de perro, de color gris acero, con ojos de llévame contigo. Por supuesto, la Sabina que entonces era no pudo resistirse y sucumbió inmediatamente a la ternura perruna.

—Mi querida niña solitaria, una mujer como tú debe tener un macho al lado que la acompañe por las noches y como el Roberto ese no te da lo que necesitas, he pensado que este machote será tu mejor guardián. Pero hazme caso, niña. Dale calabazas al arquitecto de pacotilla que te has buscado para que te caliente la entrepierna, *c'est un bon vivant*, y búscate otro hombre, por ejemplo... — Pensó lascivamente poniendo los ojos en éxtasis—. Uno con uniforme... Hum, adoro a los hombres de uniforme. Con ese tipo no tienes nada que hacer... El tío Lucas sabe de hombres más que ninguna mujer de este mundo —le dijo Lucas aquel día mientras le entregaba el cachorro de gran danés ataviado con un

enorme lazo de raso, color rosa, alrededor de su cuello.

—¡Oh, pero qué monada! ¡Ven aquí corazón! —Sabina era ajena al discurso paternalista de Lucas, ya estaba acostumbrada a sus sermones. Cogió al cachorro en brazos y le habló frunciendo los labios, como si pronunciara un ronroneo, mientras abrazaba el pequeño cuerpo del perro—. ¡Es preciosa!

—Se llama *Dalí*. Es un macho, ¿es que no me escuchas? No encontré un lazo azul.

—¡*Dalí!* Vaya, lo tienes todo pensado, ¿verdad? Soy yo la que debería haber elegido el nombre, ¿no te parece?

—Yo te regalo el perro con el nombre puesto. ¿O me vas a decir que no es un nombre acertado? Además, no confiaba en tu criterio, para qué te voy a mentir. Al ver que se trataba de un gran danés, seguro que hubieras elegido llamarle *Scooby Doo* o algo por el estilo. *Mon petit chien*, pobrecito, nadie mejor que yo sabe lo que le pesa a uno un nombre mal elegido.

—*Dalí* me gusta. ¿Verdad que es bonito? —le preguntó al cachorro, con los morros apretados, mientras lo alzaba amorosamente con ambas manos hacia el cielo. Lucas sonrió complacido—. Si sólo te falta un bigote para ser igualito que *Dalí*. ¿A que sí, Lucas?

—Igualito, se parecen como yo a George Clooney. Dos gotitas de agua clara. Y luego soy yo el que dice mariconadas. Anda y no digas más tonterías. Es un perro, guapo, eso sí, pero no me lo compares con el artista, *mon Dieu*. Me pareció divertido que una pintora como tú tuviera un perro llamado *Dalí*, eso es todo. Soy así de ingenioso, no lo puedo evitar.

La edad de Lucas era indeterminada. Llevaba años rondando los cuarenta y muchos, según él, pero, en realidad, se acercaba a los sesenta. Jamás lo hubiera admitido porque, aunque carecía de pudor para casi todo, el de los años era un tema tabú, un asunto imposible de tratar en una conversación.

Era un homosexual desinhibido que enarbolaba la bandera gay con mucho orgullo, nunca mejor dicho. Amanerado y estrambótico, se había reinventado con los trozos que habían quedado de él tras la represión franquista. Solía decir de sí mismo que era un maricón, nada de homo, ni de gay, un maricón con todas las letras, y que poder decirlo así, llenándose la boca y haciendo hincapié en la sonoridad de la palabra, le había costado muchos palos de los grises y muchas noches en fríos y húmedos calabozos. Incluso había tenido que huir a Francia una temporada para no acabar en una cuneta con un tiro en la cabeza o en una fosa común por desviado.

—A la Ley de Vagos y Maleantes que instauró Paquito —solía decir siempre refiriéndose a Francisco Franco—, deberían haberla llamado «Ley de Rojos,

Mariconazos y Bolleras» —argumentaba a todos los que se prestaban a escuchar su persecución homófoba en la dictadura franquista—. Aunque eso sí, menuda porra tenía el gris que me beneficié un día en uno de los calabozos. No estaba casado, estaba casadísimo y hasta tenía tres o cuatro *petits enfants*. ¡Cómo le iba el vicio! ¡Ay! ¡Si Paquito se hubiera enterado!

En Francia, concretamente en París, había aprendido todo lo que sabía sobre arte, que era mucho, y de allí se había traído un puñado de frases en francés que intercalaba con gracia en sus conversaciones. Sabina estaba convencida de que nunca había aprendido el idioma, aunque él presumía de todo lo contrario. En el fondo sabía que era un ornamento más de su personalidad de diseño. Ni siquiera se llamaba Lucas. Sus padres lo habían bautizado como Anselmo, igual que su abuelo materno, pero en ese ejercicio de autoinvención que había decidido hacer un día, se cambió el nombre, sencillamente porque Lucas le sonaba mucho más maricón.

A *Gala*, la gata, Sabina la había encontrado dos días después de que Lucas le regalara a *Dalí*, dentro de una caja de zapatos junto a un contenedor de basura en la puerta de su casa. Estaba recién parida y maullaba lastimosamente junto a los cuerpos inertes de sus tres hermanos, que no habían sobrevivido al abandono. Oía a inmundicia, a sangre, a basura, a muerte y a vida a partes iguales. Al verla, maldijo la crueldad de algunas personas y eso que, por aquel entonces, todavía no la había sufrido en primera persona. Cogió al negro cachorro de gata y lo acomodó entre sus pechos, debajo del jersey, para darle calor. El efecto calmante que causó en aquella bolita de pelo fue inmediato. Enmudeció de placer. Puesto que iba a convertirse en la compañera del gran danés bautizado como *Dalí*, Sabina no encontró mejor nombre para ella que el de *Gala*, sin ni siquiera saber si era macho o hembra. Simplemente pensó que le gustaría a Lucas y sonrió. Ocho años después, *Gala*, que más que una gata parecía una pequeña pantera domesticada, esbelta y elegante, de un pelaje negro azulado que a Sabina le recordaba las aguas del mar por la noche, todavía buscaba el calor de los pechos de Sabina cada vez que ésta se sentaba en el sofá.

Dalí y *Gala* eran sus niños desde entonces. Nunca tuvo intención de tener hijos propios. La experiencia con su madre le había hecho comprender, a muy temprana edad, que la maternidad exigía un grado de responsabilidad tan elevado que, de no estar convencida al cien por cien de querer aceptarlo, era mejor abandonar la idea. Los niños, como los gatos abandonados en una caja de zapatos como si fueran basura, no tienen la culpa de los errores de los demás, pensaba ella, y como Sabina era muy consciente de sus limitaciones, había elegido que sus hijos, esos que nunca iba a tener, no pagarían su incompetencia

para los afectos.

Ocho años después, vivía encerrada en su casa con *Dalí*, que pronto dejó de ser un cachorro y erguido sobre sus dos patas traseras medía un metro ochenta y pesaba setenta y cinco kilos, y con *Gala*, una preciosa gata negra que seguía buscando la calidez de su regazo

Tras recoger los restos de la hamburguesa, el envoltorio de la bolsa de patatas y aplastar la lata vacía de Coca-Cola, para evitar que *Dalí* husmeara por la mesa y lamiera cualquier cosa que se le antojara apetecible, Sabina decidió darse una ducha. Desde la ventana de su casa, el ático de la finca, se veía el mar, pero hacía ya casi dieciocho meses que no pisaba la orilla, que no hundía los dedos de sus pies en la humedad salada de la arena, que no se dejaba acariciar por la espuma de las olas. Intentaba atrapar el olor de la brisa cuando abría tímidamente las ventanas, como quien quiere retener el amor eternamente, a sabiendas de que no se puede contener la respiración para siempre.

Ella amaba el mar; en realidad, era el amor de su vida, un mar masculino. A veces protector, capaz de arrullarla y mecerla con la gracilidad de una pluma entre sus aguas, y a veces embravecido, imponiendo una autoridad viril que en cierta manera le atraía. Había nacido en Madrid, pero desde que había empezado a pintar, siendo una adolescente, el mar había sido un tema recurrente en sus cuadros. Tal vez en otra vida había sido un marinero o sencillamente una sirena, como pensaba de niña. Comenzó a pintarlo tomando como muestra fotografías que encontraba en libros y revistas; después, tan sólo recurriendo a su imaginación. Con sólo cerrar los ojos, el mar aparecía en su mente con toda riqueza de detalles. Jamás lo había visto en persona, pero por aquel entonces soñaba con él muchas noches. Por eso, en cuanto cumplió los diecinueve años, se instaló en Peñíscola, una ciudad con magia en el levante español, a orillas del Mediterráneo, el mar que había pintado una y otra vez desde entonces.

Ese día estaba especialmente inquieta y sudaba ansiedad por los poros. No era un día cualquiera, en realidad, era «el día», el momento esperado desde hacía casi dos años y el tiempo pasaba con la lentitud de quien desea que transcurra más rápido. Necesitaba una ducha.

Se quitó la camiseta vieja que llevaba puesta, una camiseta blanca a la que le tenía un aprecio especial, llena de salpicaduras de pintura que, con el tiempo, la habían decorado con cierto estilo, casi impresionista. La metió en el cesto de la ropa sucia junto con el pantalón corto que también se había quitado, y se quedó en ropa interior delante del espejo de cuerpo entero. Se miró de reojo. Allí estaba ella, sin ser ella. Una imagen reflejada de alguien que vivía alojada en su interior

desde hacía dos años.

Se había descuidado y había engordado un poco. Se quitó el sujetador y, con ambas manos, se cogió los pechos, elevándolos ligeramente, intentando colocarlos en su lugar de origen, unos cuantos centímetros por encima de donde se encontraban ahora. Pero al retirarlas, volvieron a dibujar una gota de agua lánguida, como si quisieran resbalar por su vientre ligeramente flácido. Después se puso de perfil y se pellizó el vientre.

—Has echado tripa, Sabina —se dijo a sí misma—. Vas a tener que tomarte en serio lo de darle a los pedales todos los días. No valen excusas. La bicicleta estática que te regaló Lucas está en el salón muerta de asco. ¡Mira qué facha! Menos mal que Dimitri no parece ser muy remilgado. Cualquiera día se cansa de ti y se busca una de su edad. Bueno, eso sí no tiene ya unas cuantas ahí afuera. Seguro que sí. ¿De verdad no pensarás que eres la única? Pero si podrías ser su madre... No te creas que está contigo porque te tenga aprecio, ni siquiera porque te encuentre atractiva. Lo vuestro es lo que es y ponerle nombre sonaría muy ordinario. ¿Prostituto? ¿Por qué suena tan mal esta palabra? ¿Chico de compañía? ¿Chapero? Ah no, chapero no, que eso es para tíos. —Suspiró y metió tripa al mismo tiempo mientras seguía conversando con la imagen del espejo—. Puto, es tu puto... ¡qué mal suena! Puta suena mejor que puto, ¡jodido machismo del lenguaje! —divagó—. Lo que sea. Tú sabes bien que le gustan más los regalos que le haces que tú misma. Las cosas son como son, Sabina. No te engañes. Favor por favor. Pero, oye, teniéndolo claro, disfrútalo, eso que se lleva tu cuerpo. Además, tampoco estás tan mal para la edad que tienes. ¡Joder, cuarenta y cinco tacos ya! Si tu vida fuera la de antes, otro gallo cantaría, que a ti nunca se te han dado mal los hombres, al menos los de tu edad.

Por un segundo guardó silencio y suspiró lastimosamente con cierta agonía. Algo se había colado en su pensamiento que desdibujó su mirada.

—Lo que darías por contárselo a Lola, ¿verdad? ¿Qué diría ella si supiera que te acuestas con un rubio de veintitantos? Bueno, digo yo que andará por ahí, por los veintitrés o veinticuatro. —Hizo una pausa y se detuvo a pensar un instante—. ¡Qué vergüenza, Sabina! ¡Ni siquiera sabes los años que tiene Dimitri! Lo sé, lo sé, te da miedo preguntarle la edad, no vaya a ser que sea menor de lo que aparenta. Pero ya puestos a estar con un jovencito, ¿qué más te da un par de años más que menos con tal de que sea mayor de edad?

Se quitó las bragas de algodón blanco que le llegaban hasta el ombligo y las metió en el cesto también.

—Tengo que renovar la ropa interior —masculló—. No consigo acertar con las tallas comprando por Internet y éstas no parecían tan horrosas en el ordenador. A la modelo le quedaban mucho mejor que a mí. No me ayudan en

nada a «recobrar mi autoestima». —Entrecomilló con los dedos parafraseando a su terapeuta—. Si mi psiquiatra las viera me internaba inmediatamente. —Sonrió divertida imaginándose en una sesión mostrándole las bragas a la doctora—. Voy a tener que pedirle a Lucas que vaya de compras por mí... —Rompió súbitamente su conversación con el espejo para reír a carcajadas. Le hizo gracia lo que acababa de decir—. Daría lo que fuera por ver a Lucas comprándome unas bragas... —empastó la voz— *Madame*, me gustaría ver unas bragas... ¿Cómo se dirá bragas en francés?... Que sean *très, très chic*. Encajes y lazos, alguna con estampado leopardo, tal vez algo de cuero... Siento curiosidad por saber qué escogería. —En una particular asociación de ideas, cerró el círculo y volvió a pensar en Dimitri—. Si Lucas se enterara de lo mío con el chico... No quiero ni pensarlo. La de horas de charla que daría de sí el tema...

Abrió el grifo del agua fría y el silbido de las cañerías viejas se fundió con el murmullo de la radio que seguía sonando de fondo. Sabina se quitó el reloj y miró la hora antes de dejarlo en el lavabo. Esperaba noticias.

—Sí que se hacen de rogar. Cuánto tarda Lucas. —Estaba inquieta. Esperaba el veredicto de un jurado—. No sé por qué necesitan tanto tiempo para llegar a una conclusión si está todo clarísimo. Algunas personas se empeñan en hacer complicado lo sencillo. Me va a dar algo como no me llame pronto. Tengo ganas de que acabe ya todo este infierno, quiero recuperar mi vida de una puñetera vez... Se lo debo a Lola.

Bajo el agua fría, dejó caer la cabeza hacia atrás y sintió el pelo rozarle casi a la altura de la cintura. Le hacía cosquillas y agitó la cabeza con suavidad para que el cabello mojado le dibujara una línea horizontal en la espalda. Abrió ligeramente la caliente para templarla. Movié los dedos de los pies, chapoteando en el agua que el desagüe no daba abasto a tragar. Se volvió a rozar los pechos con las manos, esta vez notando sus pezones duros. A pesar de todo, sabía apreciar su belleza. Cogió el mango de la ducha y dejó que los mil chorros, finos y punzantes, se le clavarán en la piel de alrededor de sus pezones. Primero en el derecho y después en el izquierdo, repitiendo la operación en varias ocasiones. Era placentero y el propio placer le obligó a cerrar los ojos. Después hizo lo mismo con la parte interna de los muslos, para que los alfileres en forma de agua los masajearan libidinosamente hasta las ingles. Se provocó a sí misma, jugando con su cuerpo, hasta llegar al clítoris, donde se detuvo el tiempo necesario.

En la radio hablaban del tiempo, del bochornoso calor de aquel verano. La voz del locutor era cavernosa, con una profundidad sensual que le recordó a la de Roberto. Pensó en él, en sus encuentros a escondidas de su esposa, cuando ella era libre de sí misma y él todavía era un hombre deseable. Pensó en lo excitante que puede resultar lo furtivo. Pero esa imagen sensual de ambos enroscados y

desnudos siempre se veía truncada por la de Roberto tras el accidente, transformado en un hombre mucho más decadente y menos excitante que aquel al que había amado. Se obligó entonces a pensar en Dimitri para que el placer no se escapara por aquella grieta. Evocó su cuerpo de piel blanca, casi infantil, sus ojos azules como el mar que ella pintaba, sus brazos envolviéndola como si realmente la deseara. Pensó en la virilidad insolente de la juventud, en esa inusual experiencia que Dimitri demostraba en la cama a pesar de sus pocos años, en su pelo rubio empapado en sudor. El agua y sus pensamientos se aliaron para que tuviera un orgasmo intenso que la hizo deslizarse con la espalda pegada a los azulejos del baño hasta llegar al suelo y abrazar sus rodillas, sentada en la bañera. Lo necesitaba. Respiró jadeante unos segundos y el placer de nuevo le pareció egoístamente efímero y culpable. Después de cada orgasmo siempre terminaba por castigarse con la culpa, igual que cuando se comía una hamburguesa doble.

En los últimos años la culpa parecía ser su *alter ego*. Todo aquello en lo que encontraba placer o algo de liberación se le volvía después en su contra, transformándose en una pena, en una autoflagelación. La psiquiatra que la visitaba en casa todos los viernes, una vez por semana, decía que lo hacía porque se sentía culpable por lo que le había pasado a Lola, por no haberlo evitado, porque sentía un profundo rechazo hacia su persona. Al fin y al cabo ella había estado allí cuando todo ocurrió, y si alguien en el mundo hubiera podido hacer algo al respecto, sin duda alguna, sólo podría haber sido ella, nadie más.

La psiquiatra no era del agrado de Sabina, pero tras los repetidos ataques de pánico que había sufrido después de lo ocurrido, cada vez con más frecuencia, y tras tomar la decisión de no salir de casa, Lucas había insistido en que debía tratarse con una profesional que él mismo le había buscado. Era la amiga de un amigo con el que un día se había acostado; una gran profesional según él, aunque ella no estaba tan segura de eso. Al principio, Sabina había aceptado iniciar una terapia, más por no contrariar a Lucas, que realmente se preocupaba por ella, que por tener el convencimiento de que pudiera serle útil. Nadie que no quiera curarse se curará nunca, había escuchado decir, y ella no estaba por la labor de reconocer que tuviera un problema, al menos uno que no pudiera solucionar por sí misma.

El diagnóstico había sido de «agorafobia, derivada de un trastorno de angustia» a causa del episodio traumático que había vivido en primera persona. Sentía pánico a los espacios abiertos y era incapaz de salir de casa, ni siquiera se sentía con fuerzas para poner un solo pie en el rellano, más allá del umbral. Sea como fuere, a Sabina, tras llevar casi dieciocho meses encerrada y casi catorce

de terapia, le parecía que las sesiones con la psiquiatra eran una pérdida de tiempo. Estaba convencida de que se pondría bien cuando se hiciera justicia. Sólo necesitaba eso, justicia; ése era el remedio para todos sus males y no charlas interminables que parecían no llevarla a ninguna parte y que más bien se le antojaban monólogos. Sólo quería justicia para su amiga Lola y tranquilidad para ella. Por eso, si todo salía bien aquel día, volvería a retomar su vida, trágicamente interrumpida dos años atrás.

Se envolvió en una escueta toalla y limpió con la mano el vapor de agua del espejo. Cuando se estaba desenredando el pelo mojado, sonó el timbre del telefonillo del portal. Era Lucas. Por fin.

—Soy yo, cielo, traigo noticias.

A Sabina le sonó trágicamente amable el tono de voz empleado por Lucas. Él siempre era hilarante, incluso histriónico, mordaz y muy poco comedido, así que llamarla dulcemente «cielo» no era una buena señal.

El ático de Sabina era una segunda planta sin ascensor de una finca antigua ubicada en el casco histórico del pueblo. Hacía ocho años que Roberto, su ex amante, la había reformado respetando la estructura de la construcción original. En el primer piso vivía él, su lugar elegido como refugio tras un divorcio difícil, y en la segunda y última planta vivía Sabina. Salvo el dormitorio y el baño, la casa no tenía tabiques, lo que le daba sensación de amplitud. Además, la de Sabina contaba con un espacio diáfano, con ventanales, donde tenía su estudio mirando al mar, como no podía ser de otra manera. Allí olía a acrílico y a disolvente, a pintura y a mar a partes iguales. Habían planeado instalar el ascensor más adelante, pero entonces pasó todo lo que pasó y nunca se puso. Ése, como otros tantos proyectos de pareja, habían muerto en su planificación el día que Roberto tuvo el accidente.

Sabina y Roberto habían planeado formalizar su relación de alguna manera, estar juntos pero a la vez separados, llevar vidas independientes pero con roce. Lo justo para echarse de menos y no aborrecer los detalles de una monótona convivencia. Nada de cepillos de dientes en su baño, ni calzoncillos tendidos entre su propia colada, nada de ronquidos desagradables, ni taza de váter para dos; esas cosas matan el encanto, pensaba ella. La mujer de Roberto había descubierto un día que se acostaba con otra, una pintora bohemia que había conocido trabajando en un proyecto arquitectónico de un hotel, donde una tal Sabina Lamer exponía sus cuadros. El divorcio fue instantáneo, tan sólo porque la esposa despechada así lo exigió, no por especial interés de Roberto, pero eso a Sabina no pareció importarle nunca.

Los empinados escalones de la finca suponían un esfuerzo agotador para Lucas, que apenas conseguía arrastrarse escaleras arriba, apoyado sobre el antiguo pasamanos de madera. Con la otra mano se secaba el sudor que rodaba por sus sienes con un pañuelo de Dolce & Gabbana. Sus jadeos eran rítmicos, al compás del sonido de las suelas de sus zapatos al pisar el mármol de cada peldaño. Por fin llegó a la puerta de la casa de Sabina, como un corredor de maratón a la meta, sin aliento. Ella lo estaba esperando mirando por la enorme mirilla de latón que habían conservado de la puerta original.

Tuvo que respirar profundamente para calmar su ansiedad antes de poder abrir. No era capaz de mirar más allá del umbral de su casa sin que el pánico le arrebatara cualquier atisbo de racionalidad.

Nada más entrar, Lucas cerró y, apoyando las manos en sus rodillas, respiró con la boca abierta, intentando recobrar el aliento. *Dalí* acudió con rapidez a su encuentro, agitando vigorosamente el rabo que daba latigazos allá por donde pasaba. Se alzó sobre dos patas y casi tiró al suelo a Lucas, que todavía no se había recuperado de su esfuerzo.

—¡Mariconazo de perro! Un día de estos me vas a tirar y me romperé la cadera por tu culpa —espetó mientras *Dalí* le lamía cariñosamente la cara—. Pero qué asco, te huele el aliento peor que a un guardia civil bebido. ¡Quita, chucho! ¡No está la cosa para fiestas!

Esa última frase no hizo más que confirmar lo que Sabina había presentido. Lucas no traía buenas noticias. Seguro que la condena de aquel desgraciado había sido demasiado benévola. El fiscal pedía pena por asesinato y tal vez se había quedado en homicidio. Al pensarlo, cierta debilidad en las piernas hizo que se sentara en el taburete de la cocina.

—¿Qué ha pasado? ¿Cuál ha sido la sentencia? ¿Tan sólo homicidio? ¿Nada de asesinato, verdad? —lo interrogó nerviosa.

—Tranquilízate, Sabina, no es bueno para ti que esto se convierta en algo personal.

—¡Ya es algo personal! ¿Me quieres decir cuál ha sido el fallo del jurado de una puñetera vez, Lucas?

—De acuerdo, pero antes quiero que sepas que estoy contigo y que te quiero, ¿vale? —Ella asintió con la cabeza.

—Vale. ¡Dímelo de una puta vez!

—Le han absuelto.

—¿Absuelto? ¿Pero cómo es posible? —Sabina se levantó de golpe. Se echó las manos a la cabeza y hundió los dedos entre su cabello todavía húmedo, mientras daba zancadas sin control de un lado a otro del salón y la cocina, ambas estancias comunicadas entre sí—. ¡Pero si declaré en su contra! ¡Si yo fui la

testigo principal! ¡Pero qué mierda de justicia es ésta! Y ahora qué... ¿Va a salir a la calle? ¿Va a pasearse por ahí como si nada? —Terminó sentándose en el sofá y rápidamente *Gala*, tal vez percibiendo el estado de desesperación en el que estaba sumida Sabina, comenzó a ronronear mientras le restregaba la cabeza buscando su cara. Lucas tomó asiento a su lado.

—El jurado no podía hacer otra cosa. Su pareja actual le dio una coartada... ¿recuerdas? Y tú no fuiste el principal testigo, fuiste el único testigo.

—¡Falsa! ¡Una coartada falsa! Es un detalle a tener en cuenta. ¿Pero es que nadie comprueba esas cosas, por el amor de Dios?

—Lo sé, mi niña, lo sé, pero por la razón que sea no se ha podido demostrar que su coartada fuera falsa... Y tu testimonio... —Lucas no sabía cómo decirlo para no hierla aún más—. Tu testimonio por videoconferencia no fue determinante... Es difícil reconocer a alguien sin ningún atisbo de duda tal y como ocurrieron las cosas.

—¡Pero yo sé que fue él, lo sé con absoluta seguridad! Tendría que haber sido capaz de testificar en la sala... Tal vez así... —se lamentó.

—*C'est la vie!* No te castigues más, *mon amour*. Además, yo te creo, cielo, pero el jurado ha considerado que no es suficiente para meterlo en la cárcel. Si por lo menos hubiera habido otro testigo...

—¡Ah, claro, y es suficiente para dejarlo suelto! ¡Vamos, no me jodas, Lucas! No, si todo esto resulta muy coherente, lo más lógico y normal. Justo el resultado que todos esperábamos —dijo con dolorosa ironía.

—Tal vez podamos recurrir, encontrar con el tiempo nuevas pruebas, no sé. Seguro que todavía no está todo perdido. Hablaremos con los abogados a ver qué se puede hacer. Lucharemos por Lola, ella también era amiga mía, no lo olvides.

—Lo sé, Lucas, lo sé... Era nuestra amiga. Mi pobre Lola... ese cabrón... —Se mordió el labio hasta hacerse daño.

—Pero ahora me preocupas tú. Tienes que recuperarte, reponerte, curarte, Sabina. *Mon Dieu!* Mi niña, mira por esa ventana. Ahí está el mar, el mundo esperándote. Y Peñíscola, esta ciudad tan maravillosa y a la que tanto amas, te espera con los brazos abiertos. Las calles susurran tu nombre los días de viento. Me ha dicho el alcalde que le va a cambiar el nombre a la calle del Olvido y le va a poner el tuyo —comentó con una sonrisa forzada—. La gente me pregunta por tu próxima exposición y no sé qué decirles. Tengo encargos, todos echan de menos a Sabina Lamer... Hay un montón de corazones rotos esperando a que les des una segunda oportunidad. Hay hombres guapos a los que les gustaría hacerte feliz... Hay una vida ahí fuera, tu vida, la que dejaste atrás cuando decidiste sumirte en este absurdo encierro.

—¿Absurdo encierro? ¿Recuperarme? Parece mentira que seas tú quien me

diga eso —le reprochó—. Primero ocurrió lo de Lola y después lo de Roberto, con tres meses de diferencia... ¿Alguien se puede recuperar a eso? ¡Dímelo! — le soltó mirándole a los ojos, con la mirada hueca, mientras se encendía un cigarro.

—¿Has vuelto a fumar? —preguntó Lucas cambiando de tema.

—Acabo de hacerlo. ¿También me vas a sermonear por ello? A lo mejor así me muero de cáncer y acaba de una vez esta pesadilla.

—No sientes lo que dices, Sabina, lo sé, pero entiendo que estés enfadada.

—Quiero estar sola. Discúlpame.

—Vale, me marchó. ¿Quieres que saque a *Dalí* un rato?

—No hace falta, esta tarde viene Dimitri, para eso le pago —respondió cortante.

—Está bien, me voy, pero que sepas que me marchó preocupado. Te llamo luego. Y no olvides nunca que me importas. ¡Joder, Sabina! ¡Si eres la única mujer a la que quiero! ¡Y no me hagas decirlo que me da mucha vergüenza! Si no me gustaran tanto los morenos con bigote creo que hasta podría enamorarme de ti. *Je t'aime...* ¿Le das un abrazo al tío Lucas? —dijo extendiendo los brazos teatralmente y forzando una sonrisa de oreja a oreja, dejando entrever el hueco que lucía entre sus dos incisivos superiores.

Lo abrazó y rompió a llorar desconsoladamente. Jamás hubiera imaginado que la condena que aguardaba desde hacía dos años fuera absoluta. Tanto tiempo de espera había resultado frustrante, absolutamente descorazonador. ¿Dónde estaba la justicia?, se preguntó para sus adentros. Se sentía derrotada y tan desencantada con el mundo que hubiera querido morir allí mismo, entre los brazos de Lucas, arropada por un amor incondicional.

—Llora, cariño, llora. Shhh... Todo se arreglará, mi niña, ya lo verás, todo se arreglará. Te lo prometo...

Las palabras de Lucas le sonaron huecas. Las escuchó como esas cosas que dicen los amigos a sabiendas de que no son verdad, pero toca decirlas. Lucas intentó consolarla mientras le acariciaba el cabello y buscaba las palabras adecuadas sin encontrarlas. *Dalí* se unió al abrazo, nuevamente erguido sobre sus patas traseras, mientras que *Gala* maullaba entrelazada con sus piernas. Sabina lloró todo lo que no había llorado durante dos años. Se derramó para quedarse vacía y así poder llenar ese profundo hueco que le había quedado dentro de un deseo irrefrenable de buscar justicia al precio que fuera.

2

Dos años atrás, una noche de luna menguante, Lola llamó a la puerta de Sabina. Ella no la esperaba. Era tarde, cerca de medianoche, y Roberto se acababa de marchar a su casa, es decir, al piso de abajo. Minutos antes habían hecho el amor en el suelo, sobre el parqué, arropados por la oscuridad que se colaba por el ventanal del estudio de Sabina. Sin ni siquiera vestirse, Roberto había recogido su ropa, había apurado la copa de vino y se había disculpado diciendo que tenía que madrugar al día siguiente y necesitaba dormir. Sabina tenía olfato para las excusas y había advertido rápidamente la sutil mentira, aunque no lograba imaginar qué tendría que hacer tan importante al día siguiente si era domingo. Pero no le importó. No solía importarle demasiado que Roberto no la quisiera tanto como ella le quería a él. Incluso había llegado a pensar que estaba enamorada. Era feliz queriéndole, aunque diera más de lo que recibía, pero a veces solía preguntarse de qué manera se mide el amor, sin encontrar respuesta. No era mujer de números y tampoco era mujer de sentir suyo algo tan libre como el amor, así que simplemente disfrutaba del momento sin ser consciente de que, a veces, pueden ser demasiado fugaces.

Sorprendida por lo inesperado de la llamada, fue a atender el telefonillo desnuda, mientras se encendía un cigarro y daba sorbos a su copa de vino tinto. *Gala* y *Dalí* despertaron a medias de su ensoñación y enfocaron las orejas para atender a lo que estaba sucediendo. Sabina había pensado que se trataría de algún gracioso que había bebido algo más de la cuenta. Más allá del agradable murmullo de la gente paseando por las calles empinadas, que le acompañaba especialmente los fines de semana, la casa era tranquila, ubicada en una zona acogedora del casco antiguo de Peñíscola, que los lugareños cedían con placer a los paseantes de decenas de nacionalidades. No esperaba a nadie, pero aquella vez sintió el impulso de responder. Estaba pletórica y desinhibida, así que respondió al telefonillo con tono jocoso

—Mira, cariño, si tienes ganas de molestar, te doy la dirección de un exnovio mío y vas a tocarle los bemoles a él, ¿vale? ¡Ah! Y que no se te olvide decirle que vas de mi parte. —Y a punto estuvo de colgar cuando le contestaron al otro lado.

—Sabina, soy yo, Lola... Por favor, ¿puedo subir?

Sin mediar palabra y algo desconcertada, Sabina le abrió la puerta a su buena amiga Lola, preguntándose qué podría traerla hasta su casa un sábado a

medianoche. Su voz parecía un lamento. Rápidamente buscó una bata para cubrir su desnudez, apagó el cigarro y dejó la copa de vino sobre la encimera de la cocina. Lo hizo todo mientras Lola subía las escaleras. Al abrir la puerta, a Sabina se le cayó el alma a los pies.

—¿Pero qué te ha pasado en la cara? ¡Será cabrón ese desgraciado! ¡Maldito hijo de puta mal nacido! ¡Cobarde de mierda! —vociferó mientras la abrazaba. Lola soltó la maleta que llevaba y rompió a llorar abrazada a ella.

—Le he dejado, Sabina, le he dicho que no pensaba aguantarlo más y que se fuera... —Intentó explicarse entre sollozos que le robaban el aliento, hipando de angustia—. Pero entonces ha dicho que no pensaba moverse de casa, de mi casa, y que si quería abandonarle que fuera yo la que me marchara a una pensión de mierda si tenía cojones. Cuando me he puesto a hacer la maleta me ha pegado un bofetón que me ha tirado al suelo... Y si no llego a salir corriendo me mata, Sabina, me mata... No sabía a dónde ir...

—No llores, Lola, mírame —le dijo sujetándole la cara con ambas manos para que no pudiera esconder su esquiva mirada—. Mi casa es tu casa, ¿lo comprendes? Has hecho lo correcto. Tendrías que haberle dejado hace mucho tiempo. —Se le escapó el reproche aunque supo al instante que no era el momento—. Puedes quedarte aquí todo el tiempo del mundo Así por lo menos ya no seremos más animales que personas en este ático de locos, que a este paso voy a acabar caminando sobre cuatro patas —dijo con un postizo tono de humor que consiguió que Lola le robara una tímida sonrisa a las lágrimas—. Anda, pasa. Te curaré esa herida en el labio y brindaremos porque ese cabrón ya está fuera de tu vida y por el principio de tu libertad...

Hacía tiempo que Sabina esperaba aquel momento, aquella película no era de las que acababan con un final feliz y música de violines. Lo sabía. Incluso agradeció que todo hubiera quedado en un labio partido y un moratón en la mejilla. Durante aquel tiempo, cuando el sueño la esquivaba, a menudo pensaba en Lola y en un posible desenlace fatal para aquella situación, en un funeral solitario, trágico y prematuro para una buena mujer cuyo mayor pecado había sido no quererse lo suficiente. Por nada del mundo quería que Lola fuera un número más en las estadísticas de las noticias de las tres, frío y perturbador, para quedar en el olvido hasta el número siguiente. A Sabina no le habían pasado desapercibidas las señales de alarma bajo el generoso maquillaje ni los moratones en el cuerpo, visibles especialmente en verano, aunque siempre encontrara pretextos para no quedarse en biquini cuando iban a la playa, a pesar del sofocante calor, las miradas huidizas y las explicaciones de saldo. Lola siempre tenía una respuesta para sus insistentes preguntas. Siempre eran golpes contra una puerta o un resbalón en el baño o cualquier otro accidente fruto de su

torpeza, más increíbles que verosímiles. Pero jamás había admitido ser una mujer maltratada, y sus amigos habían pasado de puntillas por su situación, mirando para otro lado menos embarazoso. Lola siempre lo había negado. Hasta ese momento, la vergüenza había sido más fuerte que el miedo para Lola, pero por fin, el miedo había vencido a la vergüenza.

Sabina le había advertido tantas veces del peligro que corría junto a su marido que el efecto que causaba en Lola era más de rechazo que de otra cosa. Pero jamás se había atrevido, por temor a perderla, a denunciarlo por ella. Eso siempre lo había lamentado. Solían discutir a menudo por ese tema y Sabina había terminado por asumir un día, que demasiada insistencia provocaba que Lola se encerrara todavía más en su problema. Lola vivía con miedo y Sabina lo sabía, podía olerlo. Lo había sabido siempre. Pero lo peor de todo era que había confundido ese miedo con el amor. Estaba secuestrada afectivamente y se sentía como una hoja seca en otoño, débil y quebradiza, a merced de un soplido de su pareja, incapaz de dejarse llevar por el viento, a pesar de saber que ya estaba muerta por muy sujeta que estuviera a aquel árbol.

Al verla aquella noche en el umbral de su casa, Sabina se sintió aliviada a pesar de la violencia. Pero lo que entonces pensaba que por fin era un punto y final tan sólo fue un punto y aparte, porque la vida todavía no había escrito el desenlace de Lola con Eugenio, su marido desde hacía cinco años.

Tanto a Lola como a Lucas, Sabina los había conocido al poco tiempo de instalarse en Peñíscola, con diecinueve años, muy poco dinero y muchos sueños en la punta de sus pinceles bañados en los colores del mar. La primera persona que le había comprado un cuadro fue Lola, en la época en que Sabina pintaba en el paseo marítimo y vivía en una pensión a las afueras. Recordaba la escena con total nitidez. Los niños correteaban alborotados, algunos montados en sus bicicletas o deslizándose torpemente sobre unos patines con las piernas torcidas para mantener el equilibrio. Los ancianos, sentados en los bancos con los ojos entornados, orientaban sus rostros arrugados por la vida hacia los rayos de sol, que se colaban furtivamente entre las nubes. La gente iba y venía hacia ningún lugar, con el único objetivo de disfrutar del entorno, y Sabina pintaba, con la majestuosidad del Castillo del Papa Luna observándola, con aquella muralla, que sin que ella supiera todavía por aquel entonces, se iba a convertir muy pronto en su protectora, el día que decidió hacer suyo el corazón de aquella pequeña península a la que le cabía tanta historia y tanto encanto a la vez. Sin saberlo, Peñíscola ya la había elegido para que pintara el resto de sus días su mar Mediterráneo. Sus aguas parecían haberse escapado de su sitio y haberse quedado pegadas en aquel lienzo de pintora temprana de tal manera que incluso

podía olerse la sal en el acrílico. Y entonces, apareció ella.

—¿Cuánto cuesta? —le preguntó Lola.

—¿Cómo? —Necesitó unos segundos para entender que aquella joven pretendía comprarle su pintura.

—Que por cuánto lo vendes.

—Pues no sé, no lo he pensado... Ni siquiera lo he terminado todavía.

—No importa, puedo esperar a que lo termines. Bueno, si aceptas que te lo compre, claro.

—Y... ¿cuánto crees que puede valer? —preguntó Sabina movida por la curiosidad de saber en cuánto lo valoraría ella. Nunca antes había vendido un cuadro. Se ganaba la vida como camarera o cuidando niños, cualquier trabajo que le surgiera, no como artista.

—Tienes talento, en realidad, creo que tienes mucho talento, pero resulta difícil cuantificar económicamente algo tan etéreo como el talento, ¿no crees? ¿Hay dinero suficiente para pagar la genialidad?

—¿De verdad te gusta? Tengo muchos más —comentó emocionada. Y se apresuró a mostrarle una carpeta de grandes dimensiones, cerrada con una cinta anudada en un lazo, en la que guardaba sus trabajos. Lola se entretuvo un rato admirándolos, uno a uno, con sumo interés, mientras Sabina esperaba impaciente la aprobación de una desconocida—. ¿Y bien? —Interrumpió presa de la impaciencia.

—Son muy buenos, realmente buenos. ¿Siempre pintas el mar?

—Casi siempre.

—Y... ¿no temes que tu obra sea repetitiva? —Sabina puso cara de extrañeza y levantó una ceja.

—¿Repetitiva? El mar nunca es el mismo, el mar es distinto a cada segundo que lo contemplas. El mar es un lienzo que tiene vida y jamás es igual que el instante anterior y nunca se repite. Ninguna ola del mar vuelve a ser la misma en ningún mar del mundo. El mar se reinventa y nunca cansa. —Lola sonrió al escuchar la vehemencia de sus palabras—. ¿Sabes de qué color es el mar?

—Azul, por supuesto.

—No lo es. En realidad, el agua del mar es incolora, transparente, no tiene color alguno. Ese azul que vemos es el reflejo del cielo en sus aguas. El mar es el mayor espejo que existe, la mayor inmensidad y el único que sabe dibujar la línea del horizonte —le explicó.

—Vaya, empiezo a comprender por qué siempre pintas el mar... Creo que a partir de hoy lo miraré con otros ojos —comentó con una sonrisa. Se quedó mirando a Sabina y añadió—: Tengo una idea. ¿Qué te parece si vamos a ver a alguien que entiende de arte más que yo para que nos diga cuánto podría valer tu

cuadro? Creo que es lo justo. Tengo un amigo que es marchante y tiene una galería muy conocida por aquí. Se llama Lucas, ¿le conoces?

—No tengo el gusto.

—Pues creo que te interesará mucho hacerlo.

—Hace poco que he llegado. Soy de Madrid. Me llamo Sabina Cifuentes —le dijo ofreciéndole la mano.

—María Dolores Semprún, encantada, pero llámame Lola, por favor.

Lola era seis años mayor que Sabina, pero, en realidad, era mucho menos madura que ella. Hija única de un matrimonio añoso, siempre había sospechado que no era el fruto natural de la pareja, pero jamás pudo confirmarlo, porque la verdad se la llevaron a la tumba sus padres. No tenía más familia, ni primos, ni por supuesto hermanos. Había estudiado secundaria y, tras finalizarla sin demasiados éxitos, había completado su formación con unos módulos sobre administración de empresas. Trabajaba para Lucas, un conocido de sus padres, al que habían conocido durante su época de exilio en Francia, y que por aquel entonces ya era un estafalario marchante de arte, igual de amanerado que ahora, pero bastante más joven. Lola llevaba la agenda de la galería, las cuentas, las facturas y hasta el café. Era joven, guapa y resolutiva. Lucas se encargaba de los artistas y sus excentricidades, de los clientes adinerados con nulo olfato artístico y de los sibaritas que pretendían comprar el estilo pagando grandes cantidades de dinero. Entre toda aquella fauna humana, Lucas era una especie más, un camaleón capaz de vestirse de lunares si era preciso y, además, hacerlo sin resultar ridículo.

Fue Lucas quien encontró en Sabina Cifuentes, la artista, a Sabina Lamer, el producto, y apenas tardó unos minutos en oler el potencial de la joven madrileña.

—*Oui, oui, oui, très intéressant!* —exclamó en francés, para impresionar a la joven Sabina—. ¿Y cómo dices que se llama esta jovencita?

—Sabina Cifuentes, acaba de llegar de Madrid y es una enamorada del mar —explicó Lola sin que Sabina pronunciara ni una palabra.

—Sí, ya lo veo, el mar, el mar en calma, el mar embravecido, el mar y los barcos, el mar y los bañistas, el mar, siempre el mar... —parloteaba mientras disponía sobre la enorme mesa de su despacho los lienzos de la carpeta de Sabina, como si repartiera las cartas de una baraja.

—El mar es infinito —acertó a decir finalmente ella, algo molesta.

—Y el talento también, *mon amour*. Ciertamente el tuyo al menos lo es. Pero esa firma «S. Cifuentes»... *Oh, mon Dieu!* Esa firma es una mancha de grasa en un Botticelli. No, señorita, eso no se puede permitir —repuso levantando el lateral derecho de su labio superior, con expresión de asco.

—Es mi nombre, ¿qué otra cosa iba a poner, si no?

—A partir de ahora mismo tienes que dejar de mancillar tu arte con semejante garabato sin clase. Tenemos a la artista, pero urge construir la marca. El arte por sí solo no vende, hay que saber venderlo. ¿Por qué, si no, se envuelven los regalos con papeles de colores? Déjame pensar...

Lucas se atusó el cabello con ambas manos varias veces, una media melena rizada teñida de un rubio amarillento que pretendía ocultar algunas canas tempranas. Presumía de bucles, como un querubín. Vestía pantalones muy ceñidos de rayas verticales azules y verdes que marcaban, con nulo disimulo, un enorme bulto en su entrepierna. Los acompañaba con una casaca de terciopelo verde oscuro con botones dorados. La discreción, ni era su fuerte, ni lo pretendía. Intentaba encontrar algo original en su cabeza y caminaba de un lado para otro de la galería de arte con una mano en su cintura y con la otra apartando el aire a su paso.

—¡Ya está! —Una chispa le encendió la mirada—. *Viens ici, ma petit fille! Mademoiselle...* Ha nacido... ¡Sabina Lamer! —exclamó dibujando en la nada un rótulo donde podía leerse un imaginario cartel con letras de colores que escribían ese nombre.

—¿Lamer? —preguntó Lola con extrañeza.

—Claro, querida María Dolores —Odiaba que la llamara así—. «*La mer*», es decir, el mar de los marineros, el mar... La artista que siempre pinta las aguas de la inmensidad del mar Mediterráneo. ¡Sabina Lamer! ¡Me encanta! *C'est fantastique!* Ni un solo cuadro más con ese horroroso Cifuentes manchando semejante obra de arte. ¿Prometido? —le dijo a Sabina sonriendo con desparpajo y con un brillante brillo en sus ojos. Ella asintió. No estaba del todo convencida, pero parecía que Lucas sí lo estaba y se dejó llevar—. Tú y yo vamos a hacer grandes cosas, mi pequeña gaviota madrileña. *Oui, oui, oui! Sabina Lamer est née!*

Y así fue como comenzó su carrera artística, al tiempo que se iba fraguando una amistad a tres, la de Lucas, Sabina y Lola. Tres personas tan distintas que formaban un todo heterogéneo. Una amistad que tendría que haber durado para siempre, aunque la palabra siempre resultara incomprensible para la justicia de los humanos. Casi treinta años después faltaba Lola, y Lucas y Sabina no sabían muy bien cómo llenar ese vacío, cómo ahogar la impotencia sin ahogarse ellos primero.

Los más de siete mil habitantes de Peñíscola, a orillas del Mediterráneo español, en la provincia de Castellón, eran ajenos al dolor y a la frustración de Sabina. Los visitantes ni siquiera la echaron nunca a faltar. La gente dormía cuando ella

pensaba, y los turistas disfrutaban de la magia de la ciudad cuando ella se torturaba, porque la noche suponía una oscura oportunidad de centrifugar sus pensamientos obsesivos. Daban vueltas y vueltas, y nada de lo que se le ocurría era ya nuevo, simplemente iba y venía de un lado a otro de su cerebro. Sus cavilaciones estaban mareadas y apenas le quedaban uñas que morderse. Sus dedos deformados habían adquirido el aspecto de pequeños muñones en los que un atisbo diminuto de uña pretendía darles apariencia de dedos humanos, abriéndose paso entre la carne mordisqueada, sin apenas conseguirlo.

Fumaba compulsivamente. Aunque le había jurado a Lucas, y hasta prometido por su madre muerta, que lo había dejado, jamás lo había hecho. Cuando Lucas protestaba porque la casa olía a tabaco o porque encontraba alguna colilla furtiva en algún cenicero mal escondido, ella siempre le echaba la culpa a Roberto, aunque, en realidad, él sí lo había dejado tras su accidente. Resultaba paradójico pensar que Roberto arrastraba graves secuelas, pero podía presumir de pulmones limpios.

Desde el ventanal de su estudio la vista era de postal, tanto de noche como de día, pero Sabina solía contemplar la vida exterior más bien en la oscuridad. Las farolas de la calle rompían el negro con destellos casi dorados y el pulido asfalto se transformaba en improvisado espejo. Pasaba horas y horas pegada al cristal de la ventana, cigarro en mano. Tenía el pueblo antiguo a sus pies, con sus siete siglos de historia como el poso de un buen vino, con sus casas de fachadas blancas y balcones cuajados de flores multicolores, sus calles empinadas y empedradas, y la gente de la noche, divertida y ajena a su cárcel acristalada. Si miraba a la derecha, el horizonte de su mar era el límite de aquel cuadro y el faro del Castillo parecía mandarle mensajes en forma de guiños cómplices que ella no sabía muy bien cómo interpretar. Aquel faro que siempre había causado un efecto hipnótico en ella, ahora no conseguía salvarla de su naufragio. Pero lo contemplaba cada día, cada noche, porque era adicta a su luz, aunque no fuera capaz de penetrarla, como hacía con las aguas del mar que no ofrecían resistencia a sus destellos, y las hacían brillar majestuosamente. Amaba ese lugar, amaba Peñíscola, cuna de artesanos, pintores, pescadores y visitantes de cualquier parte. Tierra de templarios, conquistadores y refugio de desterrados con necesidad de cobijo, como ella. Amaba sus miradores, desde donde podía sentirse más cerca del cielo, y la muralla que tan protegida del mundo le había hecho sentir en otra vida, pero que ahora alimentaba en parte su encierro, tan presa de sí misma como se hallaba. Hubiera dado cualquier cosa por cabalgar a lomos de un caballo, desnuda, por la inmensidad de sus playas sin importarle nada más que ser parte de la magia de su amada Peñíscola.

Los lienzos en blanco que esperaban ser acariciados con las tonalidades azules

que sólo Sabina sabía conseguir se amontonaban en el estudio junto a las obras a medio terminar. Estaban todos abandonados, olvidados y perdidos, tristemente arrinconados entre pinceles secos y sábanas que cubrían el cadáver del arte de Sabina. Hacía demasiado tiempo que no pintaba, tanto, que no hubiera podido precisar cuánto. Simplemente había sucedido. Un día había dejado de hacerlo, igual que había dejado de hacer otras cosas como pensar en sí misma. Una exposición pendiente que nunca se había llegado a celebrar le había generado más de un problema con Lucas, pero éste era paciente y comprensivo, y había optado por dar prioridad a su faceta de amigo, antes que al marchante de arte. Ya había perdido a una amiga y por nada del mundo quería que fueran dos.

En las interminables noches que pasaba encerrada en casa, viajaba sin salir de allí. Internet era su válvula de escape, su otro ventanal, su pasaporte a cualquier lugar del mundo, su club social, su charla con los amigos, el aire cuando se ahogaba. Su vida a través de la red se le antojaba mucho menos claustrofóbica que la real, aunque bastante más ficticia, para qué negarlo. Consumía Internet tanto como cigarrillos. Era adicta a Facebook. Le gustaba el maquillaje que un ordenador puede poner a las relaciones con otros, la mayoría de ellos extraños. En los meses que llevaba encerrada se había construido una vida paralela que sólo ella conocía. Tenía dos perfiles en la red social. El suyo propio como artista, con su nombre y su fotografía, creado varios años atrás para dar a conocer su obra, y el inventado, su otro yo, un *alter ego* instrumental con el que se desdoblaba cuando no quería ser ella.

Encendió el ordenador. Tenía la certeza de que aquella noche, tras las malas noticias que Lucas le había traído, el sueño no terminaría venciéndola de madrugada, como ocurría otras veces. No podía quitarse de la cabeza el veredicto del jurado y la decisión del juez: absuelto. Le martilleaba las sienas aquella palabra y la rabia se estaba alimentando de su ansiedad, como un parásito dentro de ella. Sentía tanto odio que pensó que iba a enfermar. ¿Se puede enfermar de odio?, se preguntó. Luego sonrió con amarga ironía. Como si ya no estuviera suficientemente enferma, pensó para sí.

La imagen del salvapantallas era una fotografía divertida en la que Sabina aparecía junto a Lola y a Lucas, frente a la fachada de la Casa de las Conchas, una preciosa construcción arabesca de los años sesenta, revestida con miles de valvas de moluscos de especies autóctonas del Mediterráneo que nadie podía evitar fotografiar. Al verla, el corazón le dio un vuelco, incluso le dolió, y los ojos se le humedecieron al instante. En la fotografía, Lola sonreía despreocupada. Sabina recordaba el momento exacto en el que se había tomado la instantánea. Recordaba que Lucas había dicho algo grosero y divertido sobre el significado de la palabra concha en México y ninguna de las dos había podido

reprimir la carcajada. Aquéllos habían sido buenos tiempos.

Se conectó a Facebook a través del perfil de su otro yo, bajo el nombre de Esperanza García. El apellido lo había elegido porque era bastante común y de esta forma pasaría desapercibido. El nombre de Esperanza guardaba un significado para ella. Le gustaba la palabra, su contenido, lo que albergaba entre sus letras. Era a lo que se había aferrado todo ese tiempo, y por eso había pensado que sería apropiado utilizarla como nombre. Antes de que todo ocurriera, Sabina solía decir que la esperanza es inmensa como lo es también el mar, casi infinito. Ahora, sin embargo, pensaba que podía ahogarse de la misma manera que puede hacerlo el mar.

Como fotografía para ese perfil había elegido una propia, pero en la que aparecía con una máscara que había comprado en unos carnavales de Venecia, años atrás, durante un viaje que había hecho con Roberto. Le pareció apropiado porque seguía siendo ella, pero escondida tras la máscara de Internet, como otros muchos en las redes sociales. La mentira salpicada de algo de verdad.

Tenía cerca de trescientos amigos. Qué irónico teniendo en cuenta que se trataba de una persona que no existía realmente. Casi todos eran absolutos desconocidos porque, aunque a algunos de ellos, una decena apenas, los conocía en la vida real, todos habían aceptado la amistad de una completa desconocida, una persona inexistente, y en cambio no la de Sabina Lamer, quien realmente era.

Entre sus contactos estaba Eugenio Santamaría, el mismo que había sido absuelto esa mañana, y no sólo él, sino también su pareja actual, Amalia Enamorada, cuyo nombre real era Amalia Alberdi, la misma que le había proporcionado una falsa coartada para el día y el momento en que todo había ocurrido.

—Eres muy masoquista, ¿sabes? —se dijo en voz alta—. Llevas meses espiando la vida de esta indeseable que espera a que su novio salga de la cárcel. Meses tragando bilis, leyendo lo mucho que se quieren, mirando las fotos de sus viajes pasados, de sus besos en público, descubriendo hasta los lugares a los que iban a cenar con velitas para dos. Y todo para qué... para esperar este día de mierda. ¡No sé por qué coño haces estas cosas, Sabina! ¿Te gusta castigarte o qué cojones te pasa? ¡Maldita seas!

Gala despertó y emitió un maullido entrecortado. *Dalí* simplemente cambió de postura en el sofá y siguió durmiendo. La gata se acurrucó sobre su regazo, ronroneando como un motor en marcha en mitad de la noche. Sabina, reincidente, no pudo evitarlo y cotilleó lo que Eugenio había escrito en su perfil poco después de conocerse la sentencia. Decía así: «*Uno de los días más felices de mi vida*», a lo que Amalia había comentado: «*Te quiero, amor mío. Siempre*

juntos». Sintió ganas de vomitarles a los dos en la cara y después ensañarse con ellos hasta la muerte. Quería arrancarle los testículos a él, con sus propias manos, y sacarles los ojos a ambos. Sólo eso la hubiera calmado un poco. Quería justicia, venganza, ojo por ojo, sangre, odio por odio. Quería recuperar el equilibrio que el desgraciado de Eugenio le había arrebatado y vengar a su amiga Lola.

Sabina escribió en el estado de su otro yo: *«Triste, frustrada, terriblemente impotente, así me siento hoy»*, cuando realmente le hubiera gustado escribir: *«Voy a matarte, hijo de puta, a ti y a todos los que han permitido que estés libre, empezando por esa zorra que duerme en la cama de Lola»*. Pero aún le quedaba un atisbo de sentido común y lo dejó para su pensamiento.

A pesar de ser más de las tres de la madrugada, sus amigos cibernéticos no tardaron en empatizar con ella, con esa desconocida que era en la red, enviándole comentarios de consuelo. *«Te comprendo. Ánimo, Esperanza, la vida puede ser maravillosa a pesar de todo.» «Ocurra lo que ocurra, seguro que puedes superarlo.» «Todos nos sentimos así alguna vez en la vida, pero siempre pasa, nunca se queda, el tiempo lo cura todo. Un abrazo.»* Bla, bla, bla. ¿Qué sabían ellos por lo que estaba pasando? Absolutamente nada, le respondía su corazón. Para ella tan sólo eran palabras edulcoradas con buenas intenciones y nada más, una vida de mentira, un espejismo.

Pero el de Sabina no era un desánimo cualquiera y mucho menos pasajero o efímero; lo suyo era algo profundo, era oscuro y frío, era desgarrador. Se encontraba en un punto en el que sólo podía elegir entre su vida y la de quienes se la habían arrebatado. Para ella no existían más opciones, más escapatorias, más salidas. Se ahogaba tanto en cada bocanada de aire que pretendía atrapar que ya se sentía muerta en vida. La angustia y el miedo que la acompañaba siempre, las veinticuatro horas del día, eran insoportables. La ansiedad se le había pegado a la piel como lo hace el alquitrán que escupe el mar en la orilla. Incluso sentía miedo del miedo, el peor miedo que existe. Estaba acorralada como una presa frente a su depredador. No había pisado la calle desde hacía casi año y medio, sólo hablaba con Lucas, Dimitri, su psiquiatra y alguna conversación incoherente con el pobre Roberto. Sus dos hermanas la llamaban esporádicamente por teléfono, por lástima, y su única vida social la vivía a través de Esperanza García, una impostora, en un mundo virtual. ¿Qué vida era esa?

Cerró el ordenador portátil de un manotazo e inclinó la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados, apoyando la nuca sobre el filo del respaldo de la silla. Estaba a punto de romperse como un cristal. En la oscuridad de su pensamiento volvieron a reproducirse, una vez más, obsesivamente, las imágenes de aquel día, cuando todo ocurrió. Cada vez que cerraba los ojos pasaba lo mismo. No podía dormir,

no podía escapar de la reposición en su cabeza de aquella terrible película de terror basada en hechos reales. Una y otra vez, como a cámara lenta, volvía a ver y a sentir lo mismo, de principio a fin.

Lola llevaba unos meses viviendo en su casa, más que escondida, refugiada, sintiéndose a salvo de Eugenio. No había querido interponer denuncia contra él por malos tratos a pesar de la insistencia de Sabina. No quería líos, sólo empezar de cero, pedir el divorcio y recuperar la casa, herencia de sus padres. Su autoestima era quebradiza, de porcelana; había enfermado de falta de amor propio, porque el ruín de su marido la había desgastado tanto que había pasado de ser roca a ser arena escapándose entre sus propios dedos. Ella decía haberle perdonado, pero Sabina no lograba comprender cómo era posible perdonar la sumisión de años, la destrucción lenta y callada durante tanto tiempo. Esa actitud la ponía de los nervios.

—Debes denunciarle, Lola, eres una mujer maltratada y tú no tienes la culpa de nada. Tú eres la víctima, ¿lo comprendes? —intentó convencerla Sabina sin éxito.

—En realidad, sólo me pegó aquella vez. No es violento —lo justificó Lola.

—¿Una vez? Venga, Lola, que estás hablando conmigo. Sé que llevas años aguantando sus golpes. ¿Qué necesidad tienes de negarlo ya, de protegerle, de justificarle? Además, ¿qué me dices del maltrato psicológico al que te ha sometido durante todo este tiempo? ¿No cuenta? ¿Eso también me lo vas a negar? No hace falta que te mande al hospital para poner una denuncia, ¿sabes? Te ha humillado montones de veces. Yo lo he visto y Lucas también. Te ha tratado como un trapo, incluso he sido testigo de las veces que te ha insultado sin importarle quién estuviera escuchando. Su madre será una santa, pero él es un hijo de puta.

—Es su forma de hablar. Ya sabes que es un poco bruto.

—¡Estás ciega, Lola! Lo has estado todo este tiempo, no sé qué has podido ver en él —le espetó Sabina enfadada. Le hubiera gustado coger a Lola por los brazos y zarandearla a ver si de esa manera se ordenaba su cabeza y entraba en razón. Todos, menos ella, eran conscientes de la situación.

—También hemos tenido nuestras cosas buenas... —replicó molesta—. Hemos sido una pareja normal, del montón, con nuestros ratos felices y nuestros problemas. Al principio era muy cariñoso conmigo, muy atento. Últimamente, no sé... También tiene problemas en el trabajo, viene cansado. Nada que no ocurra en otros matrimonios.

—Define «últimamente», porque, que yo sepa, llevas años aguantando a ese desgraciado. Una vez me dijiste que te obligó a acostarte con él. ¿De verdad

crees que eso pasa en las parejas normales? ¡Eso tiene un nombre y se llama violación! —le gritó indignada.

—Soy su mujer y él tiene unas necesidades, es mi obligación como esposa...

—¡Calla, por favor, no sigas por ahí que me pones enferma! ¿Pero qué ha hecho contigo ese cabrón? ¡Te ha lavado el cerebro!

Sabina encolerizaba con aquellas conversaciones, eran superiores a sus fuerzas. No es que ella fuera la persona más adecuada para dar consejos en lo que a relaciones de pareja se refería; al fin y al cabo, en su historia con Roberto ella había comenzado siendo la amante, pero nunca hubiera consentido que ningún hombre la tratara con desprecio. No reconocía a Lola en aquel perfil sumiso que había interiorizado con los años. Afortunadamente, aunque no la había convencido para que denunciara a Eugenio por malos tratos, sí había conseguido que presentara los papeles de la separación y que no albergara ni la más mínima posibilidad de volver con él, aunque a Sabina siempre le quedaba la duda de si realmente la decisión de Lola era la definitiva.

Aquel fatídico día habían salido para ir a la peluquería y de compras, para renovar el vestuario, cosas de chicas. Estaban discutiendo sobre Eugenio una vez más, lo hacían con cierta frecuencia, mientras callejaban hacia el *parking*, para coger el coche y desplazarse hasta Benicarló. Fue en una de esas calles, estrecha y poco concurrida, de paredes blancas y geranios rosados en los balcones, donde se les cruzó una motocicleta que salió de la nada. Era una *scooter* de color negro y la conducía un hombre de complexión media que llevaba casco y una cazadora de cuero marrón. La acera baja le permitió subirse a ella y cortarles el paso en seco. El desconocido rápidamente tiró del bolso de Lola y sin apenas darles tiempo de reacción, se lo colocó en bandolera. Sabina, en un impulso, comenzó a golpearle con su propio bolso mientras lo insultaba e intentaba recuperar el de Lola. Entonces el hombre de la moto metió su mano izquierda dentro de su chaqueta a la altura del pecho y sacó un arma, una pistola automática. Ambas quedaron paralizadas y Sabina sólo pudo quedarse mirando fijamente a los ojos de quien amenazaba sus vidas. Pudo ver su profunda mirada de odio, sus ojos, la única parte de su rostro que se adivinaba tras el casco. En aquella mirada reconoció a Eugenio Santamaría, y hubiera jurado que él se supo reconocido, pero antes de que pudiera decir o hacer nada, le pegó un tiro a Lola en la cabeza mientras la llamaba «¡Maldita zorra!».

Un silbido afilado atravesó los tímpanos de Sabina y la fachada blanca quedó salpicada, como en un lienzo macabro, por la sangre y los sesos de Lola, que yacía en el suelo ante la mirada horrorizada de Sabina, mientras el hombre de la motocicleta se perdía a lo lejos.

Los vecinos salieron de las casas, alertados por el estruendo y los posteriores gritos de auxilio de Sabina, que abrazaba el cuerpo de Lola, mezclando su dolor con el rojo intenso de la sangre derramada. El charco denso escapaba calle abajo, por las juntas empinadas de los adoquines. Un río de vida perdida. A partir de ese momento todo se volvía difuso para Sabina y la película se desdibujaba en su recuerdo. No era capaz de recordar nada más.

Y eso era lo que veía en su cabeza, una y otra vez, al cerrar los ojos: una moviola de los hechos, terrible y angustiada, la misma escena, los mismos ojos de odio tras el anonimato del casco, la misma cobardía que le había arrebatado la vida a Lola.

Al recordarlo una vez más, sintió náuseas e intentó alcanzar el baño con rapidez. Vomitó compulsivamente y lloró al mismo tiempo, con la cabeza metida en la taza del váter. Se sentía culpable por haber discutido con ella momentos antes de ser asesinada. Se sentía fatal por haberle gritado y haberle hablado de aquella manera. Se castigaba a sí misma por no haber sabido reaccionar a tiempo, por no haber convencido a la policía, al jurado, al mundo entero, de que aquel hombre, en realidad, era Eugenio Santamaría.

El informe policial dictaminó, en un primer momento, que se trataba de un robo con violencia con resultado de muerte. Aquel hombre pretendía robar un bolso y el robo se le fue de las manos, eso dijeron los agentes que instruyeron el caso. Una fatalidad que podía haberle ocurrido a cualquiera en cualquier sitio. Las dos amigas simplemente estaban en el lugar y momento equivocado, y Lola se había llevado la peor parte. Pero Sabina les hizo cambiar de opinión. Ella sabía que no era eso lo que había ocurrido y que el robo del bolso no era más que una manera de camuflar el auténtico móvil, el asesinato. Eugenio no era tonto y sabía muy bien que en ocasiones se producían algunos hurtos por el método del tirón. Así pues, si pensaba matar a Lola, ¿por qué no hacerlo pasar por uno de esos robos? Resulta sencillo esconder un tronco en un bosque de árboles.

Claro que, el *modus operandi* no terminaba de encajar. Aquellos robos que perseguía la policía eran perpetrados por delincuentes comunes, de poca monta, nunca a punta de pistola, nunca con tanta violencia. Ella lo sabía, sabía que Eugenio sólo había intentado disimular el móvil del delito, aprovecharse de las circunstancias, despistar y salir impune, como así había sido finalmente. De haber sido simplemente un robo, ¿por qué aquel tipo sólo le robó a Lola? ¿Por qué se centró tan sólo en ella? ¿Por qué eligió su cabeza como la diana del balazo y no otra parte de su cuerpo? Sencillamente porque había sido una ejecución. El agresor quería asegurarse de no dejarla herida sino muerta. Estaba convencida de que aquellos ojos que destilaban odio escondidos cobardemente

detrás de un casco eran, sin lugar a dudas, los de Eugenio Santamaría.

Jamás encontraron ni el arma ni el bolso de Lola, y la motocicleta apareció semanas después en un desguace de la zona, sin huellas ni prueba alguna que la relacionara con Eugenio. El propietario había denunciado su robo el mismo día de los hechos. Pero ella le había visto los ojos y era capaz de apostar su vida a que no se equivocaba, eran los ojos de Eugenio. Su mirada de pintora, una mirada autorizada, no dejaba escapar los detalles y sabía a ciencia cierta que era él. Ella había visto cómo sacaba el arma del interior de su chaqueta con la mano izquierda y Eugenio era zurdo. Ella sabía la verdad y tendrían que haberla matado a ella también aquel día para que no hubiera luchado por hacer justicia. Aquél fue el gran error de Eugenio.

Sabina declaró a la policía todo cuanto conocía de la personalidad de Eugenio, las humillaciones que había presenciado, las agresiones físicas que Lola había intentado ocultar. Les explicó que Eugenio era el tipo de hombres al que una mujer no debe osar abandonar y que, de hacerlo, había que temer su venganza. Se fustigó públicamente por no haber denunciado aquella situación en cuanto había tenido conocimiento de ella, años atrás. Era su amiga, su mejor amiga, y tendría que haberlo hecho. En vez de eso, se había convertido en un testigo mudo, tan cómplice como todos los demás. Sabina reunió testimonios de amigos que apoyaron su versión y dijo haber reconocido a Eugenio Santamaría fuera de toda duda, a pesar de llevar casco, como el hombre que le había pegado un tiro en la cabeza a su todavía esposa, María Dolores Semprún. Su testimonio fue decisivo en una primera fase del proceso y, finalmente, Eugenio fue imputado por asesinato.

Dos años después Eugenio estaba libre y Sabina encerrada en su propia casa, destrozada, sentada en el suelo del baño, abrazada a sus rodillas, mientras *Dalí* le daba lametazos en la cara. Dos años después, su testimonio, el de una mujer trastornada, recluida en su miedo, en su descontrolada ansiedad, se había desvanecido en el juicio y no había sido suficiente para encerrar a Eugenio, que además había presentado una coartada para el momento de los hechos. Estaba con Amalia Enamorada o, al menos, eso había declarado ella bajo juramento poniendo ojitos de tórtola. Dos años después ambos estarían retozando entre las sábanas de la cama de Lola, en su casa, la que había sido de sus padres, ahora propiedad de Eugenio, su legítimo y único heredero, su afligido viudo y asesino al mismo tiempo.

La imaginación es libre y la de una artista a veces es impertinente. Sabina no podía dejar de imaginarse esa obscena estampa en su cabeza. Con aquella sucesión de fotogramas en su cerebro, juró eso que otros llaman venganza,

abandonada como se sentía por el sistema. Eugenio no iba a salir impune de un cruel asesinato, se prometió a sí misma, y Amalia pagaría por el delito de encubrir a un asesino.

Miró al cielo, el techo del baño de su casa, buscando a algún Dios al que prometérselo, y se besó el dedo pulgar para rubricar la promesa. Lo hizo con rabia, apretando los dientes. Era el único modo de equilibrar la balanza. Nada le iba a devolver a Lola, pero aceptar sin más la sentencia habría sido como consentir de nuevo que Eugenio le pegara un tiro, y esta vez no pensaba permitirlo.

3

La luz del impertinente sol mediterráneo la despertó a regañadientes. Eran las nueve de la mañana y había amanecido tirada en el suelo de la cocina, sin poder recordar cómo había llegado hasta allí, como una indigente en su propia casa. Le dolía el cuerpo y olía mal, a abandono. Desaliñada y ojerosa, optó por desayunar un cigarrillo antes de darse una ducha. Pasó delante del espejo del baño mirando al suelo, como cuando se cruzaba en la calle con alguien y se hacía la despistada para no tener que saludar. No quería verse. *Dalí* estaba inquieto y la buscaba con insistencia, era su hora de salir a la calle para hacer sus necesidades matinales.

—¡Joder, *Dalí*, quita de en medio! —protestó—. Ahora mismo vendrá Dimitri a sacarte, deja que mamá se dé una ducha.

Dimitri tocó el timbre en ese mismo instante, como si hubiera escuchado su nombre. *Dalí* levantó las orejas y sacudió el rabo con manifiesta alegría.

—¡Qué oportuno el chico! —dijo Sabina con fastidio.

No estaba presentable para nadie, pero mucho menos para él. Vestía tan sólo con una camiseta y unas bragas, y el pelo parecía más un nido de pájaros que otra cosa. Levantó el brazo derecho y se olfateó la axila, después hizo lo mismo con el izquierdo. Arrugó la nariz con desagrado. Decidió cambiarse rápidamente de camiseta antes de atender el timbre, no le daba tiempo para recomponer su imagen en nada más. Dimitri tardó unos segundos en subir los dos pisos. A diferencia de Lucas, subía los escalones de tres en tres y sin apenas esfuerzo. Antes de abrir la puerta, Sabina hizo uno de los ejercicios que su psiquiatra le recomendaba para ahuyentar la ansiedad: respiración profunda y relajación. Abrió tímidamente y Dimitri entró luciendo su espléndida sonrisa de dientes blancos y perfectos.

—¡Hey! ¡Mi chico guapo! —saludó al perro que ya se había puesto de pie sobre sus patas traseras y le intentaba lamer la cara. *Dalí* era casi tan alto como él—. ¡Qué besucón eres! ¡Quita! —dijo mientras lo apartaba, en perfecto castellano pero con un marcado acento ruso.

—Tiene ganas de hacer sus cosas, así que date prisa no vaya a ser que las haga en casa —le ordenó sin mirarle a la cara y dándole la espalda. Debía de estar horrible, pensó. Pero Dimitri se acercó a ella y la agarró por la cintura, girándola con un movimiento casi de bailarín y acercándola a su cuerpo.

—¿Qué pasa, jefa? ¿No me vas a dar un beso de buenos días? ¿Una mala noche?

—Sí, eso mismo, una mala noche la tiene cualquiera —contestó al tiempo que apartaba el brazo de Dimitri de su cintura y esquivaba su boca. Estaba convencida de su mal aliento matutino—. Anda, saca al perro que yo me voy a dar una ducha.

El joven no quiso insistir y cogió la correa de *Dalí* que colgaba de una percha en el recibidor. Con la lección aprendida, *Dalí* se sentó y aguardó a que la enganchara a su collar. Sabina dijo adiós con la mano mientras aspiraba profundamente de su segundo cigarro del día. *Gala* maulló. Solía hacerlo como parte de las conversaciones humanas.

Hacía un año que Dimitri había entrado en su vida de una manera más íntima, aunque visitaba su ático desde que había empezado a no poder salir de casa, es decir, año y medio. Su agorafobia la había recluido en su ático, pero la necesidad y la obligación de tener que atender a un perro de gran tamaño en sus paseos diarios había hecho que buscara a alguien como paseador de perros. Aquél sólo era uno de los inconvenientes de su enfermedad. No había sido consciente de todo lo que se puede necesitar del mundo exterior hasta que no había podido cruzar el umbral de su puerta sin sentir una angustia incontrolable. Afortunadamente era el siglo XXI y casi todo se podía hacer a través de Internet, o en su defecto, a través del teléfono, pero sacar al perro a mear no era una de esas cosas.

Dimitri trabajaba en lo que podía. Sabina lo conocía porque, entre otras ocupaciones, trabajaba para una pequeña tienda de ultramarinos, en la que ella solía comprar, como encargado de llevar la compra a casa de las clientas de más edad. Era joven, guapo y solícito, con don de gentes. Debía de tener veinte y pocos años, era de origen ruso, pero vivía en Peñíscola desde hacía más de diez, según le había contado un día en una conversación entre sábanas. Sabina tenía por costumbre encargar por teléfono a la tienda todo lo que necesitaba: leche, azúcar, pan del día, champú, carne, algo de pescado fresco... Una larga lista de la compra que de vez en cuando le subía Dimitri al *loft*. Al principio, los pedidos eran más espaciados en el tiempo, pero para Sabina la sonrisa del chaval empezó a convertirse en un pequeño aliciente diario. Así que comenzó a comprar menos cantidades, pero más a menudo, como pretexto para que Dimitri frecuentara más su casa. Con el roce comenzaron a conversar, de esto y de lo otro, del tiempo, que siempre es muy recurrido, del frío de Rusia y el sol de España, de cómo Peñíscola te atrapa hasta que ya no puedes vivir en otro lugar, de sus inviernos cálidos y sus veranos fogosos. La profundidad de una conversación sobre el clima es algo que la ciencia debería estudiar porque, al menos en el caso de Sabina y Dimitri, había dado para largas horas.

A *Dalí* le gustaba el chico y al chico parecían gustarle los animales. Hasta ese momento, era Lucas el que se había encargado de sacarlo de paseo, pero suponía una obligación que Sabina no quería mantener en el tiempo. Por eso le había ofrecido al joven chico ruso el trabajo de pasear al gran danés. De esa forma no sólo garantizaba la atención que su perro necesitaba, sino que, además, se alegraba la vista al menos dos veces al día. Las conversaciones casuales pasaron a ser invitaciones a beber algo, un refresco o un poco de agua, porque Dimitri no probaba el alcohol, y el chico pronto desplegó sus habilidades en el arte de la seducción, jugando con Sabina a las insinuaciones, no sin buscar nada a cambio.

Tardó tres meses en meterse en la cama con él. Por qué no hacerlo si no tenía más alegrías en su vida, se argumentó la primera vez que había pasado. Por qué no alimentar esa parte de sí misma que aún la hacía sentirse bien. Pero a pesar de que Sabina era una mujer sexualmente liberal y nada reprimida, acostarse con un joven veinte años menor que ella, y sentir la obligación de tener que obsequiarlo por ello, le había hecho cuestionarse la moralidad de esa relación, hasta el punto de mantenerla en secreto. Ni siquiera se lo había contado a Lucas, y le hubiera encantado hacerlo, en realidad, se moría de ganas de hacerlo, aunque sólo fuera por darle envidia. No le habían pasado desapercibidas las miradas lascivas que le lanzaba Lucas al chico cuando coincidían en casa. Incluso había llegado a decir que, aunque a él le gustaba el producto nacional con denominación de origen y algo más curtido, no tan «crudito» como Dimitri, podía hacer una excepción con el caviar importado.

Ella sabía que Dimitri era un juego. Un chico tan joven sólo puede buscar una cosa en una mujer de cuarenta y cinco años, pensaba Sabina, pero no le importaba jugar de vez en cuando. Antes de que Dimitri entrara en su vida y en su cama, todo era mucho más gris en aquella ciudad de luz y, aunque sólo fuera por eso, no le importaba sentir que compraba los favores sexuales de un apuesto rubio que derrochaba testosterona. Él parecía complacido con los regalos que le hacía y ella se sentía satisfecha, aunque nunca hablaran expresamente de ello. ¿Por qué no ayudarle a llegar a fin de mes? El equilibrio en aquella relación furtiva era casi perfecto, si tenemos en cuenta que la perfección no existe. Hacía tanto tiempo que Sabina no tenía sexo —si no recordaba mal la última vez que lo había hecho con Roberto había sido poco antes de su accidente, un par de meses después de lo de Lola—, que creía que no iba a volver a sentir deseo nunca más. Dimitri le había hecho cambiar de opinión. Y aunque sólo fuera por eso, a Sabina le compensaba aquella relación.

Sonó el teléfono justo cuando abría el grifo de la ducha.

—¡Por Dios! ¿Es que hoy no me voy a poder duchar? —gritó al aire—.

¿Quién coño es ahora?

Reconoció el número en la pantalla del teléfono y a punto estuvo de no contestar. Era la mayor de sus hermanas, Silvia. Resopló y se armó de paciencia. No era un buen día para discutir con Silvia, en realidad, ninguno lo era, pero aquél todavía lo era menos. La quería, pero Silvia se lo ponía siempre todo muy difícil.

—Buenos días, Silvia... —contestó con desgana, arrastrando cansina las palabras.

—Me he enterado de la sentencia de ese hijo de puta. No me preguntes cómo, porque yo me entero de todo, ya lo sabes. Quería que supieras que lo lamento mucho. No hay justicia en este país. Es lo que yo digo siempre: no robes para comer, que te pudrirás en la cárcel, mata a alguien con un poco de inteligencia y sales de rositas. ¿Qué piensas hacer ahora? —preguntó con tono exigente, como si tuviera la obligación de actuar. Silvia era así.

—¿Qué pienso hacer ahora? ¿Qué clase de pregunta es esa? —Por un momento a Sabina le pareció que Silvia le había leído el pensamiento, como si supiera que planeaba algo. Tal vez la conocía demasiado.

—Recurrir o yo qué sé... ¡Algo se podrá hacer!

—Tengo que hablar con los abogados, pero me temo que no hay nada que hacer. Si no encontramos pruebas nuevas que le inculpen...

—Y... ¿ya está?

—¡Qué coño quieres que haga, Silvia! ¿Qué salga de aquí, vaya a su casa y lo mate? —dijo irónicamente, elevando el tono, consciente de que era precisamente lo que pensaba hacer. Afortunadamente, su hermana no se lo tomó en serio, es más, incluso hurgó en aquellas palabras.

—Bueno, si al menos eso te motiva para salir de casa, oye, pues matamos dos pájaros de un tiro, y nunca mejor dicho —bromeó.

—No tiene gracia, ¿sabes? Y por favor, deja ese tema ya. ¡Ya me extrañaba a mí que no lo hubieras mencionado todavía! Siempre estás con lo mismo. —El asunto de su agorafobia parecía ser insalvable entre ambas hermanas.

—Es que no te entiendo, Sabina. ¡Qué clase de enfermedad es esa! La gripe es una enfermedad. El sarampión que pasaste a los siete años fue una enfermedad que, por cierto, casi te mata. ¡Yo qué sé! La rubeola...

—Se llama agorafobia —la interrumpió—. Siento que no seas capaz de comprenderla. Y no, no me la he inventado. La agorafobia está en los libros de psiquiatría. Estoy cansada de tener que estar siempre justificándome contigo.

—Si es que siempre has sido una excéntrica, hasta para elegir enfermedad. ¿No podías llevar una vida normal, un trabajo normal? ¡No sé, chica, ser normal! —la riñó como siempre.

—Mira, Silvia, no tengo ganas de discutir otra vez sobre lo mismo. A tu edad deberías haber aprendido ya que no todo el mundo puede ser tan perfecto como tú. —Incidió en lo de la edad de su hermana porque eso la molestaba, había cumplido los cincuenta y cinco y no lo llevaba nada bien—. Déjanos a los demás con nuestras imperfecciones y tú sigue mirándonos por encima del hombro. Para ti será más divertido seguro... —Suspiró con desidia—. Me agota tener que acabar siempre teniendo la misma conversación contigo. De hecho, no sé para qué me llamas, te lo digo en serio. Siempre terminamos discutiendo y últimamente siempre sobre mi problema.

—Porque te quiero, porque eres mi hermana pequeña. Porque es mi obligación preocuparme por ti —repuso, dulcificando el tono hasta lo empalagoso—. ¡Parece mentira que me hagas esas preguntas!

—No eres mi madre, Silvia, acéptalo, y no soy una obligación ni para ti ni para nadie. Ya soy mayorcita, ¿sabes?, aunque sea más joven que tú. —Volvió a meter el dedo en la llaga con intención de pellizcarla por dentro—. No te molestes, pero tengo cosas que hacer. Además, están llamando a la puerta... —mintió, para dar por finalizada la conversación.

—Bueno, pero llámame de vez en cuando, ¿vale? Y recupérate, que todo está en tu cabeza... —dijo rápidamente antes de que Sabina colgara.

Sabina se había criado entre mujeres. Era la pequeña de tres hermanas. Felisa, su madre, había crecido sirviendo desde los quince años en casa de unos señoritos madrileños de renombre. Hubiera querido ser cupletista, pero la necesidad la condenó a cantar mientras fregaba los suelos de otros. No estaba hecha para servir, era altiva y nada humilde, con aires de grandeza. Fue avispada y pronto cazó a un buen hombre, trabajador y alegre. Hubiera preferido que el señorito de la casa en la que servía atendiera a sus insinuaciones, pero no era demasiado agraciada y resultaba en exceso vulgar para los finos modales del hijo del señor. En esa casa de bien, todos parecían oler la ordinarietà a metros de distancia y Felisa no pudo conseguir su propósito a pesar de echar la caña con insistencia. El hombre que sí picó, Pedro, era un trabajador de clase media, un ebanista al que no le faltaba de nada. Felisa se conformó con aquel estatus y no le importó mucho porque, al fin y al cabo, ascendía un escalón. Tras poco más de dos meses de relación y con veinte años recién cumplidos, se quedó embarazada de Silvia y formalizaron la relación pasando por la vicaría. Había conseguido lo que buscaba, dejar de servir. Pedro y Felisa se casaron porque tocaba, en la parroquia de San Manuel y San Benito de Madrid, en la calle Alcalá, frente al Parque del Retiro. Una boda mucho más ostentosa de lo que hubiera podido imaginar. Bajo la hermosa cúpula de la iglesia, vestida con un traje de novia de satén organdí de

corte recto y blanco radiante, a pesar de su incipiente barriga, y con un ramillete de orquídeas en las manos, parecía una artista. El vestido era caro, pagado con los ahorros de tres años de trabajo de Pedro, un capricho de sirvienta con aires de señora. Ante el altar, Felisa se prometió a sí misma que nunca más volvería a trabajar para otros y, tras la boda, dejó de servir.

Silvia llegó seis meses y medio después. A los ojos de todos era prematura, pero las miradas de las viejas elucubraban todo tipo de teorías, sobre todo al ver a una criatura nacida antes de tiempo con casi cuatro kilos de peso. A Felisa la maternidad le quedó grande y le cortó las alas de cuajo. La niña lloraba de día y de noche y la obligaba a quedarse en casa y atender sus necesidades, de la misma manera que antes había atendido las de los señores cuando servía. Nada de salir de paseo con un buen abrigo para tomar un vaso de leche manchada en los cafés donde acudía la gente bien. La niña le ocupaba todo el tiempo y la economía no le permitía contar con los servicios de una niñera. Sentía que una vez más vivía para otros y no para sí misma, aunque fuera para una criatura que era sangre de su sangre, y puesto que el amor maternal no terminó de echar raíces en su egoísta corazón, la maternidad se le antojó una carga insoportable.

Por si eso fuera poco, Felisa se quedó embarazada de Penélope a los nueve meses de nacer Silvia y pronto se encontró con dos criaturas colgadas de su cuerpo, una de la mano y la otra del pecho, casi las veinticuatro horas del día. Se sumió entonces en una profunda depresión, en un pozo interior profundo y frío. La vida no había resultado ser lo que esperaba. Pedro sólo vivía para trabajar. No amaba a su esposa y, aunque quería a sus hijas, estar en casa suponía entrar en la caverna de Felisa y encontrarse con aquella oscuridad que lo impregnaba todo. Felisa pronto pasó a ser una madre ausente. A veces vagaba por las calles durante horas, con la excusa de tener que hacer algún recado, pero con el único objetivo de no atender sus obligaciones. Con el paso del tiempo, Silvia asumió el rol que había quedado libre y comenzó a encargarse de su hermana y también de su madre. Era ella la que preparaba el desayuno y el almuerzo, y también la que acompañaba a su hermana al colegio al que iban, sin el mayor interés de su madre sobre si hacía frío o llovía, si llevaban abrigo o la ropa limpia. Pedro, por su parte, cada vez salía más temprano y volvía más tarde a casa y el desamparo afectivo de las dos hermanas las marcó para siempre.

Sabina llegó tarde, por sorpresa, diez años después de que lo hiciera Silvia y cuando ésta, prematuramente madura para su edad, pensaba que su padre ya no compartía cama con su madre. De hecho Felisa descubrió que estaba embarazada cuando ya estaba de cinco meses. Tal vez por eso nació Sabina, porque de haberlo sabido antes, probablemente Felisa hubiera interrumpido su embarazo. Silvia recordaba a su madre maldecir su barriga constantemente e incluso desear

que la criatura viniera al mundo muerta como consecuencia de todos los medicamentos, ansiolíticos y antidepresivos que tomaba a diario. Pero Sabina nació robusta como un roble y sonrosada como un melocotón madurado al sol, bajo la mirada de desprecio de su madre que la escupió al mundo con hostilidad.

Su hermana mayor, Silvia, se encargó de ella como se estaba encargando también de Penélope. Pedro, el padre de familia, dejó la casa más pronto que tarde. Se convirtió en la figura paternal que firmaba los cheques a final de mes, un hombre con olor a dinero al que apenas llamaban papá, con las manos cortadas por la madera y serrín en los pulmones. Abandonó a su suerte a tres niñas en manos de una madre más que deficiente, acallando su conciencia con la rúbrica en un talonario. No es de extrañar que Silvia se educara en la responsabilidad, con un elevado nivel de autoexigencia. No podía caer, no se permitía ni un atisbo de debilidad, para eso ya estaba su madre. Tampoco podía delegar en nadie, para eso ya estaba su padre, y eso no sólo la había convertido en una dama de hierro, sino también en una mujer solitaria y de difícil acceso.

El tema del encierro de Sabina era materia sensible para ambas. La sombra de las ausencias de Felisa, casi nunca se referían a ella llamándola mamá porque no lo sentían, planeaba sobre sus cabezas. Para Silvia, Sabina era su hija, al igual que lo era Penélope. De hecho no había tenido hijos propios, ni pareja duradera, al igual que Sabina. Penélope, sin embargo, se había casado y tenía dos hijos adolescentes. Su infancia le había llevado a preferir hombres dominantes que ella confundía con protectores. Silvia temía por Sabina y le angustiaba pensar que tal vez venía marcada por una herencia genética que la predisponía a autodestruirse. Y Sabina también se lo planteaba en sus muchas horas de silencio. Si había alguien en el mundo a quien no quería parecerse, era a su madre.

Cada una a su manera, las tres hermanas habían huido del reflejo que el espejo materno les ofrecía. Silvia era una mujer que podía con todo, o al menos eso era lo que aparentaba. Era una ejecutiva temida y admirada por partes iguales en el mundo del *marketing* y la publicidad. Trabajaba en Caracol Publicity, una de las tres agencias de referencia nacional y extranjera, ubicada en la capital española. Manejaba cuentas millonarias y nunca permitía que sus sentimientos afloraran a la superficie como burbujas de agua en un estanque en calma. Su mar siempre era sobrio, sin oleaje, y si algo lo perturbaba, ella tomaba cartas en el asunto inmediatamente. Era resolutiva y con una autoestima férrea, lo que hacía que el resto de los mortales la consideraran prepotente y altanera. Nunca sucumbía a ninguna debilidad humana, su perfección asustaba y causaba rechazo a quien no se molestaba en rascar más allá de la fachada. A Sabina la quería como lo hace

una madre que quiere bien a sus hijos.

Penélope, por el contrario, se había casado joven y había pasado de la protección del ala de su hermana Silvia a la protección del ala de su esposo, sin dejar de ser un polluelo asustado. Había intentado ser lo que su madre nunca había sido: una buena madre y una entregada esposa. Era ama de casa, preparaba desayunos, comidas y cenas, acudía a los entrenamientos de sus hijos, pertenecía a la Asociación de Padres y Madres del colegio, no se le escapaba una revisión con el pediatra, era voluntaria en todo tipo de actividades, siempre se levantaba la primera y se acostaba la última, y además siempre estaba dispuesta para su marido, solícita. Ésa era la forma de ser perfecta que había elegido. Tenía dos hijos ya adolescentes, ambos varones, que imitaban el comportamiento misógino de su padre. La entrega de Penélope no era correspondida por su marido, Eduard, un catalán hijo de una familia dedicada al textil, propietario de una rama de la empresa en Madrid.

Y Sabina era el pájaro, ahora encerrado en una jaula. Siempre había sido algo más excéntrica que sus hermanas, bohemia y alocada. Era extravagante y nada convencional. En realidad era libre, tan solo esclava de su libertad. De niña gustaba de colocarse cintas en el pelo, recorriendo su frente, se pintaba mechones de colores vistosos utilizando los rotuladores de la escuela y calzaba sandalias con calcetines para ir al colegio de religiosas. Terminaba castigada por no vestir el uniforme reglamentario y por no llevar las manoletinas azul marino y el lazo en el pelo del mismo color, como estipulaban las normas. Muchos viernes por la tarde, cuando tocaba costura, se escapaba del colegio para sentir la libertad sacudirle el peinado. No le gustaba coser, y si quería pintar, sólo le dejaban copiar imágenes de santos y mártires con caras de angustia. Ella quería pintar flores y pájaros de colores volando sobre mujeres desnudas. Ella quería pintar el mar, ese con el que tantas veces había soñado. Huía de su gris realidad para encontrar el colorido de una vida diferente, hasta que huyó definitivamente, dos días después de su diecinueve cumpleaños.

Silvia no podía evitar preocuparse por ella. En su mundo organizado, donde había un sitio para cada cosa, Sabina era el caos en persona, estaba en todas partes y en ninguna al mismo tiempo. Por muchos años que cumpliera, siempre la veía como la niña pequeña que tenía pájaros en la cabeza, pero Sabina no soportaba que la tratara con aire protector, eso la ahogaba. Había huido de Madrid para poner distancia con su familia, pero a pesar de sus esfuerzos, no había conseguido cortar del todo el cordón umbilical con su madre postiza, tan sólo diez años mayor que ella.

De nuevo sonó el timbre de casa. Sabina frunció el ceño mientras miraba de

rejo el reloj de la cocina. No podía ser Dimitri, no habían pasado ni cinco minutos desde que se había marchado con *Dalí*. Definitivamente hoy no le estaba permitido darse una ducha.

Respiró profundamente, puso la mente en blanco, y después recreó su pensamiento con una imagen del mar en calma, una postal en su cabeza. Ese ejercicio mental le ayudaba a controlar la ansiedad antes de abrir la puerta. Observó por la mirilla. Eran Roberto y Griselda, la cuidadora de éste.

—Buenos días, señora. Si no le incomoda, le dejo al señor Roberto mientras aseo la casa —dijo Griselda con voz cantarina al otro lado de la mirilla. Roberto sonreía como un niño.

Sabina no dijo ni sí ni no, simplemente abrió la puerta resignada. Qué otra cosa podía hacer. Griselda no traspasó el umbral, empujó levemente a Roberto hacia el interior y éste entró como un niño tímido, con las manos entrelazadas, dando pasos cortos y mirando al suelo.

—Pasa, Roberto... —Le cogió la mano amorosamente—. ¿Quieres ver la televisión un rato? —Él asintió con la cabeza.

Lo acomodó en el sofá y *Gala* tardó sólo unos segundo en colocarse sobre el regazo de Roberto. Adoraba como lo que más un regazo caliente y una mano dispuesta a las caricias. Sabina, todavía vestida con una camiseta y unas bragas, se agachó levemente delante del televisor, buscando el mando a distancia, para sintonizar un canal que fuera del agrado de Roberto. Ella apenas veía la televisión. Eligió finalmente un canal temático que emitía un reportaje de animales de la Selva Amazónica

—Estás muy guapa, Sabina. —Sonrió con picardía libidinosa—. Tienes un culo muy bonito. —Dicho lo cual se tapó la cara de vergüenza, sonrojado como un tomate.

La melancolía hizo sonreír a Sabina. El Roberto que ella había conocido parecía haber escapado de su cuerpo. Allí sólo quedaba un niño pequeño con apariencia de hombretón. Estaba desamparado. Era un niño dentro de un hombre, sin posibilidad de ser ninguna de las dos cosas.

Tres meses después de que asesinaran a Lola, Roberto sufrió un grave accidente. Le gustaban los deportes de riesgo, la adrenalina era su droga. *Rafting*, submarinismo, kayak, paracaidismo... Por tierra, mar y aire, le encantaba desafiar a la naturaleza y poner a prueba su buen estado físico. No tenía miedo, es más, le gustaba sentir que no había límites en su vida. Sabina había llegado a pensar que su relación con ella, en su inicio extramatrimonial, había empezado siendo también parte de esta afición, un deporte prohibido en la cama de otra, y que sería de alto riesgo si lo descubría su mujer, como así fue.

El día del accidente, un domingo espléndido, había salido para volar en parapente. Roberto era casi un experto en esa disciplina, su preferida de entre todas las que había probado. Decía que le hacía sentir como un pájaro. «Si algo te convierte en un ser libre, Sabina, eso es volar. Ninguna otra cosa está más cerca de la libertad», le decía a menudo. Había hecho un curso oficial y, tras muchos vuelos en un biplaza a motor, hacía ya tiempo que practicaba el vuelo libre, sin motor y en solitario. Solía quedar con un grupo de amigos que compartían la misma afición, y siempre que disponía de tiempo y el clima lo permitía, volaba como una gaviota a orillas del Mediterráneo.

Pero la naturaleza tiene sus propias reglas y el riesgo que se corre al desafiarla es grande. Ella puede plantarte cara y no hay valentía suficiente que pueda vencerla. Sabina pensaba que tal vez el hombre no había nacido para tener alas y que pretender ser demasiado ambicioso con la vida siempre tiene un precio. Y aquello había sido lo que le había ocurrido a Roberto esa fatídica mañana de domingo, mientras volaba como un pájaro con su grupo de amigos, en una de sus excursiones en bandada. Las corrientes cambiaron bruscamente y el parapente quedó a merced del viento. Roberto, a pesar de su pericia, no pudo controlar su trayectoria y terminó precipitándose violentamente contra el suelo. De poco sirvió el equipo que protegía su cuerpo. Siempre había sido muy cuidadoso en lo que a su seguridad se refería y no escatimaba dinero en ello, pero el brutal golpe que recibió en la cabeza le dejó secuelas de por vida.

—¿Quieres un refresco, Roberto?

—¡Vale!

—¿Una Coca-Cola? —Asintió con la cabeza, de arriba abajo, compulsiva y rítmicamente, sonriendo con generosidad.

Mientras se la servía, Sabina recordó cómo le gustaba a Roberto el vino antes del accidente. De cada descorche hacía un ritual. Conocía cada cosecha, cada añada, cada sello grabado en el corcho de cada bodega. Cada vez que abría una, olfateaba sutilmente su humedad y se servía una pizca de vino con precisión milimétrica. Después, se llevaba la copa a la boca y golpeaba su lengua contra el paladar, sacudiendo los aromas del vino hasta su nariz. Ese pensamiento la llevó a otro. A las cenas de verano mirando al mar, al anochecer en aquel paraíso donde la brisa siempre era la apropiada para no apagar las velas de la mesa, a ese movimiento sutil de la copa que tenía por costumbre Roberto, haciendo girar el vino, mientras la miraba a los ojos y le decía cuánto la deseaba. Ella podía sentirlo y el deseo se le abotargaba en la sangre. Después, durante las noches del mes de agosto asistían a algún concierto del Festival Internacional de Música Antigua, con la acústica del Castillo del Papa Luna y el tiempo detenido en otra

época, y terminaban robándose la piel por debajo de la ropa con prisas para llegar a casa.

Ahora, sin embargo, bebía Coca-Cola y no probaba el alcohol, como un niño pequeño.

Los hielos tintinearón contra el vidrio y la espuma del refresco se desbordó con insolencia hasta derramarse sobre la encimera de la cocina.

—Toma. Ten cuidado que está muy lleno.

—Gracias.

—¿Te estás portando bien con Griselda? —le interrogó con tono severo y maternal.

—Sí, bien.

—¿Seguro? —Roberto escapó con la mirada y se refugió en el vaso. No le interesaba demasiado contestar.

Tras el accidente, había permanecido un mes y medio en coma. Los médicos apostaron poco por su vida y no supieron precisar cuáles serían las secuelas en caso de despertar. Todos los planes de la pareja se habían visto truncados por aquel vuelo con parapente. Su exmujer sólo acudió al hospital para enterarse del tiempo de vida que podría quedarle; parecía desear su muerte o tal vez su herencia. Su hijo, el único fruto de la pareja, que vivía en EE.UU., donde cursaba estudios universitarios de arquitectura, sólo lo visitó en dos ocasiones. Fue Sabina la que permaneció junto a él a los pies de una cama fría de hospital y, estando allí, día tras día, noche tras noche, se dio cuenta un día de que tal vez lo quería de verdad, como sólo se quiere una vez en la vida. Un descubrimiento cruel que había llegado demasiado tarde.

La muerte no le ganó la partida y, finalmente, Roberto despertó como si hubiera realizado un viaje en el tiempo. Seguía siendo un robusto y atractivo hombre de cuarenta y seis años, pero con las facultades intelectuales y psicomotrices de un niño de diez. Tuvo que empezar de cero por segunda vez.

Cada vez que lo miraba, Sabina recordaba la película de Mike Nichols, *A propósito de Henry*, interpretada por Harrison Ford, en la que un prestigioso abogado era tiroteado durante un atraco en un supermercado y quedaba en coma con daños cerebrales. Tras despertar, su familia descubría que había dejado de ser el hombre ambicioso y cruel que era y, en su lugar, encontraron a alguien diferente, a un hombre obligado a empezar de nuevo. Algo así le había pasado a Roberto.

Por fortuna para él y fastidio de su exmujer, porque no heredó, Roberto contaba con un buen colchón económico que le respaldaba y así fue como Griselda entró a formar parte de su vida. Era su cuidadora, su ama de llaves, su

señora de la limpieza, su memoria y su aprendizaje. Griselda era su compañera, su madre y su maestra. Risueña y de carácter afable, debía tener unos treinta y pocos años. Nunca le había preguntado su edad. Hablaba sin descanso de Medellín, su ciudad de origen, y de lo mucho que extrañaba Colombia. Exhibía una dulzura curtida. Le contaba a Sabina una y otra vez qué bonita y colorida era su tierra. Decía extrañar la Feria de las Flores y el desfile de los silleteros, una tradición local que se celebraba a finales del mes de julio y en la que los cultivadores lucían grandes silletas de flores, hechas por ellos mismos, cargadas sobre sus espaldas. Griselda llevaba el color de su tierra en la mirada, pero ésta se volvía triste cuando recordaba a su hijo, un pequeño de diez años al que había dejado en su país. Vestía siempre con ropa que parecía dos tallas menos de lo que le correspondía. Sus generosas y voluptuosas curvas se movían al ritmo caribeño de la música que escuchaba constantemente y que se colaba por el hueco de la escalera y subía hasta el ático. Escondida a buen recaudo en el interior de su sujetador, junto al pecho, siempre llevaba una foto plastificada de Aden, su hijo, y no perdía la oportunidad de mostrarlo con orgullo y nostalgia combinados.

—Ve, señora, mi Aden es una criatura de Dios, no como el desgraciado de su padre, que con esa carita de ángel es un demonio que me engatusó con malas artes. Me saca muy buenas calificaciones en la escuela. ¿Usted cree que al señor Roberto le importará que lo traiga a vivir con nosotros? Mi mamá está viejita y no puede cuidarlo más tiempo y Medellín es peligrosa para un joven adolescente. Mi Aden es buen niño, pero ya pronto será un jovencito y no quiero que ande con malas compañías. —Buscaba de vez en cuando la aprobación de Sabina, mostrándole la foto que besuqueaba con insistencia.

Sabina opinaba que Griselda era ese ángel que la vida le había puesto a Roberto en el camino el día que le había castigado con el accidente, algo así como una forma de mantener cierto equilibrio cósmico. Era amorosa y eficiente, generosa y paciente. Parecía que no le guardaba rencor a la vida a pesar de las penurias y dificultades que había sufrido. Ella sólo miraba hacia delante, con optimismo, agradeciendo cada nueva oportunidad para empezar otra vez. En cierta manera la envidiaba. Sabina, sin embargo, se había quedado en el pasado, en la muerte de Lola, en el accidente de Roberto. Como una prisionera, arrastraba una bola de hierro anclada a su tobillo y eso le impedía avanzar. Griselda, por el contrario, le sonreía al futuro, bailaba salsa y exhibía sus prominentes y poco proporcionadas curvas sin complejo alguno. Nunca se lo había dicho, pero la admiraba y adoraba los frijoles con chicharrón que preparaba.

Una de las secuelas que sufría Roberto desde el accidente era la imposibilidad de controlar determinados impulsos. A veces tenía ataques de ira, como un niño tiene rabietas, y otras, ataques de lujuria, cuando la libido del hombre adulto que era se le desbordaba. Era entonces cuando se abalanzaba sobre Griselda como un perro en celo e intentaba manosearla y besarla con desespero animal.

—Señorita Sabina, tenemos un problema con el señor Roberto, a ver cómo se lo explico... —había dicho esquivando su mirada de pura vergüenza el día que se lo contó.

—¿Un problema de qué tipo, Griselda?

—De necesidades masculinas, ¿usted me entiende? Ahí, tan grandote como es, necesita un desahogo de vez en cuando. El señor parece un niño, ya lo sé, pero le gusta una hembra como le gusta a un hombre y claro, como yo estoy a mano... Ya me entiende.

—No, no te entiendo, Griselda. ¿Podrías explicarte un poco mejor?

—¡Ay! ¡No me haga usted pasar por eso señora! —protestó pudorosa—. Pues que el señor necesita que una señorita de compañía le asista de vez en cuando para que me deje tranquila —soltó cantarina, sin apartar la mirada de sus pechos—. Ya sabe... —Agitó las manos señalando a los genitales.

—¿Una puta? ¿Estás sugiriendo que Roberto necesita de los servicios de una prostituta? —Aquello no se lo esperaba Sabina. Griselda asintió satisfecha de haberse sabido explicar sin tener que entrar en más detalles.

La tarde que se produjo aquella conversación, Sabina pensó que la vida era muy surrealista, una guionista despiadada que inventaba historias inverosímiles. Hacía poco que ella vivía recluida en su ático. Aún recordaba cuando Roberto visitaba su cama, el olor a sudor fresco y el sabor salado de su piel. Pero habían pasado muchas cosas desde entonces y mirar atrás le dolía. Desde aquella conversación con Griselda, había pensado en esa charla muchas veces. A Sabina le había chirriado un poco en su momento, pero ahora que ella se acostaba con Dimitri a cambio de generosos regalos y alguna propina de vez en cuando, pensaba que, al fin y al cabo, Roberto y ella no eran tan diferentes. Ambos vivían encerrados en sus respectivos mundos y ambos tenían necesidades sexuales que satisfacer, pero con una diferencia: Roberto jamás volvería a ser el mismo y Sabina empezaba a barruntar un plan para recuperar su vida.

4

Matar, ése era el objetivo, ojo por ojo. Matar a distancia. A Sabina le resultaba difícil encontrar la manera. Matar a distancia sin salir de casa. La palabra «imposible» aparecía entonces en su pensamiento, con grandes letras luminosas, parpadeando, en color rojo. ¿Realmente era imposible? Las noches cada vez eran más largas y desquiciantes y, lejos de encontrar respuestas, de conseguir urdir un plan, se sentía cada vez más impotente y frustrada. Se odiaba. Se odiaba por ser débil, por ser vulnerable, por no saber cómo conseguir romper el círculo vicioso en el que vivía atrapada, mareada y aturdida. Tenía miedo, estaba muerta de miedo, muerta en vida.

Frente al espejo del baño, se miró a los ojos una vez más. No se encontraba.

—¿Dónde estás, Sabina? ¿Dónde te has escondido, asquerosa cobarde? ¡Eres igual que tu madre, maldita seas! ¡Abre esa puerta de una puta vez y sal ahí afuera! ¡Dale a ese tipo lo que se merece, hazlo con tus propias manos si es preciso, pero hazlo de una vez! Mírale a los ojos y haz que manche los pantalones como un niño cagado de miedo. Quiero que borres su mirada de odio de tu puñetera memoria y la sustituyas por su mirada de súplica. ¡Haz que suplique por su vida! ¿Te imaginas qué gran satisfacción? ¡Enfréntate a él!

Jadeaba sonoramente. Había dejado caer levemente su peso sobre los brazos, apoyándose en el lavabo. Se enseñaba los dientes como un perro de presa antes de atacar, furiosa. Era imprescindible vencerse a sí misma para poder llevar a cabo su plan, pero... ¿cómo hacerlo?

—Todo está en tu cabeza... todo está en tu cabeza... todo está en tu cabeza... —susurraba mientras se acercaba a la puerta de casa. *Gala* se ensortijó entre sus tobillos y casi la hizo tropezar. *Dalí* bostezó indiferente desde el sofá—. Todo está en tu mente. Nada puede dañarte...

El aire llegaba entrecortado a sus pulmones y su pecho se elevaba con poco disimulo en cada inspiración. Sudaba. Hacía calor pero sudaba en exceso. Notaba como una gota le hacía cosquillas al resbalar entre sus pechos y las sienes le ardían. Las palmas de las manos estaban resbaladizas e instintivamente se las secó con la camiseta en un intento infructuoso de secarlas.

—Bien, Sabina, ahora vas a abrir esa puerta y vas a salir ahí afuera. No va a ocurrir nada malo. Es de noche y no hay nadie. Saldrás tan sólo hasta el rellano y te sentarás en el primer escalón de la escalera, ¿entendido? —Hizo una pausa, para interiorizar su mensaje—. Un minuto fuera y ya está, sólo estarás un

minuto, un primer minuto fuera de casa, el primero de otros muchos...

Asintió con la cabeza y cerró los ojos para visualizar la escena que se acababa de ordenar. Era su tirana y su esclava al mismo tiempo. Ordenaba y obedecía, luchando por elegir una de esas dos personalidades. El corazón le palpitaba con fuerza y reconoció la ansiedad alojada en la boca de su estómago. Una arcada le sobrevino sin avisar, pero no dejó que le siguieran otras. Inspiró profundamente. Empezaba a faltarle el aire. Paró un segundo para respirar y pensar en una imagen del mar en calma para distraer la mente. Parecía funcionar. Giró la llave de la cerradura superior, hacia la izquierda, y le dio tres vueltas. Después, abrió el cerrojo de seguridad. Listo. Ahora sólo había que hacer presión sobre la manecilla y abrir. Parecía fácil. Sintió el frío del metal en la palma de la mano y el frescor le recorrió el brazo entero. *Gala* maulló. Controló la respiración una vez más y cerró los ojos antes de abrir la puerta como nunca lo hacía, de par en par. No lo veía, pero pudo sentir el abismo fuera. Un suspiro de aire fresco proveniente del rellano le acarició la cara empapada en sudor. Contuvo la respiración hasta que no pudo más.

—No pasa nada, Sabina... Ahora vas a abrir los ojos y caminarás. Darás unos pasos hacia el exterior, sin miedo, pensando en el mar azul y con esos puntitos plateados que le salen al agua cuando el sol brilla en verano. Abrirás los ojos y comprobarás que puedes salir... —se dijo sonriendo, como lo hacía su psiquiatra.

Obedeció. Abrió los ojos y se encontró en el umbral de su casa, con la puerta abierta de par en par. El pulso se le aceleró y tuvo que volver a controlar la respiración, inspirando por la nariz y expirando por la boca. Dio un primer paso. Posó su pie derecho en la alfombrilla del rellano. Iba descalza y el brezo le pinchó la planta del pie. Pisó las letras negras que decían «Welcome». Después, el pie izquierdo le acompañó e hizo lo propio.

—Ya estás fuera, lo ves... ya estás fuera.

Al tiempo que doblegaba su ansiedad, una satisfactoria sensación de éxito la hizo sonreír levemente. Duró poco, no podía sonreír y soltar el aire de sus inspiraciones profundas al mismo tiempo. Un atisbo de victoria le cosquilleaba el estómago.

—Ahora tres pasos más hasta ese escalón. Puedes hacerlo. Sólo tres pasos más...

Caminaba tan despacio que parecía que lo hacía sobre cristales rotos, a punto de perder el equilibrio. La escalera se le antojaba infinita. Alcanzó a rozar con la yema de los dedos de la mano derecha el pasamanos. La madera de roble antiguo le infundió seguridad. Todo estaba bajo control, pero el control no era su fuerte, el control era efímero para ella. Su mirada se recreó por un instante en el hueco

de la escalera y sintió vértigo, el estómago se le puso del revés. El control se le escapaba de las manos. Volvieron las arcadas, el hueco era tan negro que temió caer en él. De niña temía que una mano huesuda y de uñas putrefactas saliera de la nada para atraparla. En aquel momento tenía esa misma sensación, estaba al borde del precipicio. Se sintió mareada y empezó a sentir las piernas entumecidas. Su respiración excitada retumbaba en las paredes. *Gala* salió corriendo escalera abajo hasta perderse su negro pelaje en la oscuridad. Fue entonces cuando el control se rompió definitivamente.

—¡*Gala*, ven aquí! —Todo le daba vueltas y no alcanzaba a ver a la gata. La vista se le estaba nublando, se ahogaba, quería volver a casa—. ¡Maldita gata, ven aquí! —la increpó entre jadeos entrecortados. Apenas podía pronunciar palabra. Estaba paralizada, presa de un pánico anárquico.

El rellano empezó a moverse ante sus ojos. Las paredes dejaron de ser sólidas y adquirieron formas insólitas, como garabatos de niño. Por momentos el espacio se hacía pequeño, se estrechaba para volver a hacerse grande. Su pánico distorsionaba la realidad. Sabina se agachó, agazapada por miedo a ser aplastada por las paredes que se movían. ¿Qué estaba pasando? Como un animal perseguido por un depredador despiadado, a cuatro patas, retrocedió sobre sus pasos y alcanzó el umbral de la puerta de su casa con desesperación y, cuando estaba a punto de cerrarla tras de sí, *Gala* se coló furtivamente.

Se hizo un ovillo en el suelo, apoyada en la puerta y ahogó sus jadeos hasta que logró controlar de nuevo la respiración. No lo había conseguido. Tuvo que aceptar que el pánico era más fuerte que ella, al menos de momento. Se sentía vencida y esclava, dominada y sometida; se sentía como un desperdicio humano, muerta de miedo y sobrepasada por la impotencia. Y una noche más, se dejó vencer por esa parte de sí misma que había tomado el control.

Como cada viernes por la tarde tenía sesión con su psicoterapeuta, a domicilio, por supuesto, como todo lo que hacía desde hacía dieciocho meses. Al principio, debía reconocerlo, había aceptado la terapia un poco por conveniencia y a regañadientes. Lucas podía ser una persona muy insistente, pero tenía razón en una cosa: o Sabina salía de casa para ir al juicio y contar en persona que ella había visto a Eugenio matar a Lola, o encontraba a alguien que le permitiera hacer eso mismo, pero sin atravesar el umbral de la puerta.

En su momento necesitó de un dictamen médico forense para poder testificar en el juicio por videoconferencia. De no haber sido diagnosticada su agorafobia y de no haber estado en tratamiento, a Sabina, la testigo fundamental en el juicio por el asesinato de Lola, no le habrían permitido prestar testimonio de otra manera que no fuera la convencional, es decir, en la sala de vistas y en persona.

Así que su tratamiento, más que con fines terapéuticos, comenzó por practicidad jurídica.

Al principio, ni ella misma era consciente de la gravedad de su patología. Pensaba que se trataba de algo pasajero, como una pesadilla que desaparece al despertar y de la que incluso resulta complicado recordar los detalles. Estaba en la fase de negación de su problema. Después, cuando el tiempo se sucedía imparable y su grado de angustia se desbordaba por momentos, como una gaseosa agitada dentro de una botella y derramada sin control al intentar abrirla, se argumentó a sí misma, hasta el convencimiento pleno, que en cuanto el juicio se celebrara, en cuanto Eugenio fuera condenado y encerrado en la cárcel el mayor tiempo que permitiera la ley, todos sus males se evaporarían como en un truco de prestidigitador.

Pero no fue así. Nada había salido como esperaba, la vida inventaba historias escritas del revés. Eugenio ni siquiera había sido condenado, es más, lo había absuelto un jurado que no había dado credibilidad al testimonio de una desequilibrada que vivía encerrada en casa como una loca. No habían considerado que reconocer los ojos de un asesino fuera suficiente para encerrarlo de por vida. Además, Amalia le había dado una coartada. Todos esos ingredientes metidos en una coctelera habían permitido que Eugenio paseara con total libertad por las hermosas calles de Peñíscola y viviera en la casa que había sido de Lola. Sin embargo, Sabina estaba encerrada en una cárcel sin barrotes ni fecha de salida y, tan sólo de pensarlo, le hervía la sangre.

Teniendo en cuenta eso, Sabina empezaba a pensar que tal vez debía asumir que tenía un serio problema, un problema que no podría solucionar ella sola. Tal vez era hora de tomarse en serio, como no había hecho hasta ese momento, las sesiones con su psiquiatra, Fátima Durán. Había jurado justicia, o tal vez venganza, en realidad no le importaba el nombre que otros le dieran a lo que tenía planeado hacer, pero lo que sí tenía claro era que para llevarlo a cabo, necesitaba recuperarse.

La doctora Durán se sonaba la nariz con un pañuelo de papel. Sus ojos llorosos estaban enrojecidos e hinchados detrás de los cristales de sus gafas de pasta negra. Su rostro era menudo, como todo su cuerpo, con una abundante cabellera rizada poblada de canas distribuidas con cierto orden entre su pelo negro. Había saludado a Sabina ofreciéndole la mano, siempre guardaba distancia a pesar de la cercanía, y no llevaba ni dos minutos en la casa cuando empezó a encadenar estornudos, uno detrás de otro, sin poder parar, mientras intentaba quitarse de encima al enorme *Dalí*, que se mostraba peligrosamente afectuoso.

«¡Dios mío, he olvidado pasar la aspiradora!», pensó Sabina. «¿Cuánto tiempo

hace que no lo hago?» Intentó recordarlo en su caos mental. «¿Tres? ¿Tal vez cuatro días? ¡Qué horror! A esta pobre mujer le puede dar algo... Joder Sabina, joder, que no es a ella a quien quieres quitar de en medio, es más, la necesitas...» Fátima Durán era alérgica al pelo de gato y ambas habían acordado que Sabina fuera escrupulosa con la limpieza el día que ella la visitaba.

Con *Gala* debajo del brazo, caminando apresuradamente hacia su cuarto para encerrar a la gata, Sabina la invitó a sentarse, mientras le ordenaba a *Dalí* que la dejara tranquila.

—Al final una paciente como yo va a resultar de alto riesgo para tu salud — bromeó.

—Bueno, siempre se dice que los psiquiatras nos enfrentamos a tipos desquiciados que pueden volverse contra nosotros, la de películas que he visto con ese argumento, pero la verdad es que no he oído hablar nunca de ningún colega que haya tenido que abandonar a su paciente por un ataque de alergia o por culpa de un perro excesivamente cariñoso y más grande que un caballo — repuso la doctora antes de volver a estornudar.

La doctora Durán tomó asiento en el sofá de lectura y Sabina, de reojo, observó que estaba lleno de pelos de *Gala*. La alivió pensar que apenas los notaría pegados a su ropa porque Fátima siempre vestía de negro, el mismo color del pelaje de la gata. Con cierto disimulo extendió sobre el otro sofá de tres plazas una tela de colores estampados que en ocasiones utilizaba para no dañar la tapicería. Le daba vergüenza que pensara que descuidaba la limpieza de su casa, aunque no le hubiera faltado razón, pero eso no quitaba que le incomodara, porque era algo que le habían inculcado desde niña. Para su madre siempre había sido más importante limpiar que amar. «La porquería se ve y qué dirá la gente», solía decir. Sabina había reflexionado muchas veces sobre aquellas palabras. Cada vez que las recordaba llegaba a la conclusión de que tal vez su madre estaba en lo cierto. El amor no es visible a los ojos de los demás, por eso a veces resulta tan difícil de reconocer y es tan fácil descuidarlo. Tomó asiento frente a Fátima.

—¿Te importa que me fume uno? —Le enseñó el último cigarro de la cajetilla.

—Debería importarme, y mucho, porque hemos quedado en que tienes que dejar de fumar. Pero supongo que debemos ir por partes.

—Sí, es mejor ir por partes. —Encendió el mechero y dio una calada profunda. Fátima volvió a estornudar—. Será mejor que abra la ventana un poco, es que *Gala* está cambiando el pelo, ya sabes... —mintió. Abrió el gran ventanal que daba al estudio y una bocanada de aire caliente se coló desde la calle. A pesar de eso, resultaba agradable; el ambiente de la casa era agobiante.

—¿Y bien?

Ésa era la pregunta de todos los viernes por la tarde: «¿Y bien?». La doctora Durán la acompañaba de un leve movimiento de cabeza, ladeándola hacia la derecha con suavidad, apenas perceptible. Al mismo tiempo la enfocaba con los ojos, como si ajustara el *zoom*. Sabina conocía muy bien esa mirada porque ella misma la utilizaba cuando pintaba. Pero en los diminutos ojos de la doctora, como dos chinchetas negras hundidos en su cara, había algo más. La observaba de una manera especial, adivinando lo que pensaba. Sabina estaba convencida de que en aquellas gafas de pasta, grandes y pasadas de moda, debía de haber un microchip o algo por el estilo, capaz de descifrar sus pensamientos. Cada vez que estaba frente a Fátima Durán sentía que su cerebro era una naranja y la doctora, un exprimidor a punto de sacarle el máximo zumo posible.

—Supongo que mal —confesó incapaz de mentir ante aquel sutil interrogatorio psicológico—. Después de la sentencia nada de esto parece tener sentido.

—Sé que esperabas un resultado distinto y también sé que pensabas que todo acabaría cuando encerraran a Eugenio. Tal vez ahora sea el momento de tomarte en serio lo que te ocurre. Tal vez ahora sí quieras dejarte ayudar.

«¡Joder! ¿Cómo lo sabe?» Abrió los ojos como platos sin verbalizar sus pensamientos.

—Bueno, si te estás preguntando cómo es que sé lo que estás pensando, te diré que soy tu psiquiatra y mi trabajo es, entre otras cosas, saberlo. —Estornudó—. ¿Puedes traerme un poco de agua, por favor? —Le pidió entre el segundo y el tercer estornudo—. Voy a tomarme un antihistamínico. No sé qué me pasa hoy.

Sabina espachurró el pitillo sobre el cenicero de cristal y rápidamente le sirvió un vaso de agua fresca de la botella del frigorífico.

—Y ya que te has levantado, por favor, apaga también la radio. —Siempre tenía que recordárselo.

Fátima rebuscó en su bolso hasta que encontró un pastillero de nácar. Lo abrió y cogió una diminuta pastilla azul. Se la puso en la lengua y bebió un sorbo. Con un brusco movimiento de cabeza hacia atrás, exageradamente violento para el tamaño de la pastilla, se la tragó.

—¿Te estás tomando la medicación? —Volvió a ladear la cabeza y a clavar sus ojos chincheta en ella.

—¡Por supuesto! —mintió con vehemencia, esta vez sí. Fátima hizo un gesto de desaprobación—. ¡Está bien! ¡Vale! ¡No siempre! ¡Prefiero evitar en la medida de lo posible la química! ¡No me gusta tomar medicamentos!

—¿Por tu madre? ¿No quieres reconocerte como una enferma depresiva como ella? ¿Es eso lo que temes?

Por un instante, Sabina se quedó muda. «Odio que haga eso, odio que sepa lo que estoy pensando en cada momento, joder.»

—Si lo sabes, ¿para qué lo preguntas? —respondió con desdén.

—Hostilidad...

—Sí, hostilidad... ¿y qué pasa? Tengo derecho a estar un poquito hostil —dijo con retintín—. Un desperdicio humano queda libre, totalmente impune de un asesinato que yo presencié, el hombre al que amé es ahora un esperpento de sí mismo y yo exijo mi derecho a ser hostil. ¿Le parece a usted mal doctora?

—No, en realidad me parece perfecto. Guardar la hostilidad dentro de ti sólo sirve para hacerte daño, autodestruirte. —Fátima hablaba siempre con una tranquilidad ensayada. Por mucho que se enfadara Sabina, la línea curva de su tono de voz nunca dibujaba picos—. Tal vez sea el momento de transformar toda esa energía negativa en energía positiva. Ya sabes lo que se dice, que la energía ni se crea ni se destruye, tan sólo se transforma...

—¿Acaso crees que puedes salvarme? —Más que una pregunta era un reproche, una llamada de auxilio sin querer reconocerlo.

—No, Sabina, yo no puedo salvarte.

Mordiéndose las uñas con avidez, pues no le quedaba tabaco, Sabina frunció el ceño al escuchar esas palabras. Se suponía que no era eso lo que su psiquiatra debía decirle.

—En realidad eres tú la única persona que te puede salvar. —Fátima dijo un «tú» especialmente sonoro y después se limpió la nariz que le seguía moqueando—. Yo puedo darte los instrumentos para hacerlo, pero sólo tú puedes utilizarlos.

Estornudó de nuevo. Se quitó las gafas para secarse las lágrimas que resbalaban por sus mejillas y prosiguió:

—Dime una cosa... ¿No hay nada que te motive para salir ahí fuera? —Señaló la ventana—. Sé que todo lo malo que te ha ocurrido últimamente pasó ahí afuera, en el mundo exterior, fuera de este refugio, de tu casa. Sé que ahí empezaron tus ataques de pánico, primero esporádicamente, después casi a diario, hasta que decidiste no salir más para evitarlos... Ahora debemos invertir ese proceso. Como lo harías con un calcetín que al quitártelo quedó del revés. Es preciso que tomes las riendas. Estás a tiempo y puedes hacerlo. A tu miedo sólo hay una forma de vencerlo y es haciéndole frente. Dale la vuelta a todo esto. Acuérdate, como el calcetín. —Abrió una carpeta de piel negra y buscó unos papeles.

—¿Y qué pasa si lo he intentado y no lo he conseguido? —preguntó, recordando la sensación de amarga derrota que no la había abandonado desde el día anterior.

—Pasa que tendrás que seguir intentándolo, no hay otra, hasta que lo

consigas. Piensa en lo que te he dicho, piensa en algo que te motive para salir y nos vemos la semana que viene. Esta alergia me va a matar. —Se sonó de nuevo—. Toma, lee esto cuando tengas un rato, te vendrá bien. —Extendió la mano y le dio los papeles que había sacado de la carpeta. Sabina miró el encabezamiento donde se podía leer «Resiliencia»—. ¡Ah! Y por favor, no te olvides de pasar la aspiradora la próxima vez. Los gatos mudan el pelaje en primavera y en otoño y ahora estamos en verano.

Cuando se quedó a solas, la semilla de las palabras de la doctora Durán empezó a germinar en su cabeza. Siempre le ocurría lo mismo. Sabina sentía la distancia entre ambas, pero al mismo tiempo también su autoridad. No era como hablar con un amigo, no era como cuando hablaba con Lola o con Lucas, con esa complicidad de ser uno en dos personas. Con Fátima era otra cosa, un respeto reverencial que a ella le imponía y que no experimentaba con casi nadie. Siempre que la doctora mencionaba algo, una frase que parecía pronunciada al azar, una palabra esporádica en una conversación, Sabina la recibía con una carga especial en su mensaje. Incluso cuando no quería tenerla en cuenta, la doctora Durán se imponía en su cabeza a pesar de la manifiesta rebeldía que mostraba Sabina a domesticar sus convicciones.

Se sirvió una copa de vino tinto y volvió a encender la radio. El silencio absoluto le pesaba en las sienes. Meditó sobre lo que la doctora le acababa de decir e intentó llegar a un acuerdo consigo misma, sin claudicar del todo.

—Está bien, Sabina, Fátima tiene razón. Si lo prefieres, no tomes la medicación, dominaremos la ansiedad de otra manera, pero eso sí, sabes que tienes un buen motivo para salir ahí fuera. Incluso diría que más de uno. Es hora de planificarte.

Se sentó en el taburete de la cocina y le dio la vuelta a los folios que le había entregado Fátima. Desde el piso de abajo, la casa de Roberto, subió el eco de la música caribeña que Griselda escuchaba a todo volumen. Acompañada de esa melodía alegre, se sumergió en sus pensamientos y sonrió con cierta perversión ante aquel contraste. Le divertía recrearse en ellos, era un recorrido satisfactorio. Estaba pensando en los motivos que tenía para escapar de su encierro y no eran precisamente amables. Cogió el bolígrafo con el que apuntaba la lista de la compra y escribió:

«Motivo 1: Amalia Enamorada. Culpable de falso testimonio. Culpable de dar una coartada falsa a un asesino. Culpable de ponerse un apellido ridículo y ñoño en su perfil de Facebook. Culpable de ser idiota.

Motivo 2: Eugenio Santamaría. Culpable de asesinato. Culpable de reírse de la justicia. Culpable de creer que todos sus problemas han acabado con la absolución.

Condena para ambos: JUSTICIA».

Y marcó esta última palabra subrayándola dos veces. Se bebió el resto del vino de un trago. Se sentía pletórica, una extraña sensación que parecía haberla abandonado en los últimos meses de decadencia y a la que echaba de menos.

—¡Fátima, eres una gran psiquiatra! ¡Brindo por ti! —Alzó la copa pero se percató de que estaba vacía. La volvió a llenar hasta la mitad, repitiendo la operación con el brazo en alto—. ¡Por los motivos para salir de este puto agujero! ¡Por ti, *Gala*! —La gata se había subido a la mesa y ronroneaba. Bebió de nuevo todo el vino de golpe y llenó la copa por tercera vez—. ¡Por el mar! ¡Por la vuelta de la gran Sabina Lamer! ¡Por la justicia! También ella se merece una segunda oportunidad. —Le explicó a *Gala* que se le restregaba por la cara.

Dalí empezó a agitar el rabo con insolencia mientras se acercaba a la puerta de la calle. Parecía percibir que Dimitri iba a tocar el timbre en ese mismo instante, era su hora vespertina de hacer sus necesidades. Pero en cuanto subió al ático, Sabina no le dejó encargarse del perro. Estaba tan eufórica que dio prioridad a sus propias necesidades.

El efecto del vino tinto la había desinhibido con rapidez. Apenas dejó al chico pronunciar una palabra. Nada más entrar, tanto Sabina como *Dalí* se le echaron encima con cierto acoso.

—¡Eh! ¡Menudo recibimiento! Quita *Dalí*, quita de en medio. Algo me dice que tu dueña tiene prioridad. —Apartó al perro con la fuerza necesaria para quitarse de encima setenta y cinco kilos de peso, pero *Dalí* insistió mientras Sabina coqueteaba con los ojos chisporroteando y una risita aguda fruto del alcohol.

—A lo mejor quiere hacérselo con nosotros —bromeó Sabina mientras le desabrochaba la hebilla del cinturón al ritmo de la música caribeña de Griselda.

El perro finalmente desistió y se tumbó en el suelo, frustrado, emitiendo unos extraños sonidos que eran una mezcla de ladridos entrecortados y aullidos de insatisfacción. Dimitri le dio un ligero empujón a Sabina y la dejó caer sobre el sofá.

—No, aquí no, que está lleno de pelos de la gata. —Soltó una carcajada descontrolada y ebria—. La pobre Fátima ha tenido un ataque de alergia, tendrías que haberla visto —le explicó mientras le mordía los labios—. Vamos a la cama...

—Te noto muy contenta... ¿Tenemos algo que celebrar?

—Mi nueva terapia. Una terapia experimental que dicen los expertos que puede darme muy buenos resultados.

Lo tumbó sobre la cama y le quitó la camiseta. Después tiró de un camal del

pantalón vaquero con fuerza para hacer lo mismo con el otro. Él intentó desnudarla también a ella, pero Sabina no estaba por la labor, se sentía decidida y dominante y prefirió hacer que dejarse hacer.

—Estás preciosa... Quítate la camiseta para mí.

Cierto pudor adquirido con la edad, cierta vergüenza del propio cuerpo ante la perfección del de su amante, que bien hubiera podido ser una escultura del mismísimo Miguel Ángel, hacía que nunca se desnudara del todo frente a él. Sabina quiso creerse que estaba preciosa de verdad y hasta valoró seriamente la propuesta de Dimitri, pero no estaba tan borracha como para mostrarle sin cierto complejo el paso de los años por su vientre y el efecto de la gravedad en sus pechos.

—Hace calor, ¿verdad? —le dijo Dimitri dándole argumentos para que se desnudara.

Entonces Sabina se incorporó y cogió una botella pequeña de agua que siempre tenía sobre la mesilla de noche. Estaba medio llena. Se sentó a horcajadas sobre Dimitri, que estaba totalmente desnudo y visiblemente excitado, la abrió y la derramó sobre su camiseta.

—Tienes razón, hace muchísimo calor...

El agua resbaló por la camiseta de Sabina hasta gotear sobre el sexo de Dimitri. Con ambas manos, Sabina escurrió un extremo sobre el pecho del joven y luego extendió el agua con sus manos con lascivia, dibujando círculos húmedos alrededor de sus pezones. Un placentero escalofrío le hizo arquearse. Los pechos voluptuosos de Sabina se adivinaban sensualmente tras la tela traslúcida y mojada. Él los quiso buscar con sus manos por debajo de la camiseta, pero ella no le dejó.

—Hoy mando yo. A partir de ahora voy a ser yo la que mande. Esto no ha hecho más que empezar...

Dimitri no terminaba de comprender a qué se refería Sabina, pero no le disgustaba la idea de dejarse hacer. Se abandonó con gusto y no preguntó. Cerró los ojos y vivió la experiencia, mientras *Dalí* seguía esperando en la puerta para poder hacer sus necesidades.

5

Pase lo que pase, siempre amanece, y Sabina lo hizo sola en su cama. Había conseguido tener un sueño reparador. El vino y el sexo, junto con la motivación, habían sido más poderosos que ninguno de los somníferos que dormían en el cajón de su mesilla de noche. Pensó que debería probarlo la doctora Durán, no tenía aspecto de darse demasiadas alegrías. Echó de menos un cigarro que llevarse a los labios. No le quedaba tabaco en casa. ¿O tal vez sí?, se preguntó. En su lugar secreto, el arcón de debajo del colchón, tenía un escondite, una caja de zapatos, la caja de las cosas prohibidas, la caja de las emergencias. Dio con ella entre las mantas y la ropa de invierno. La abrió y... ¡Bingo! Las pequeñas alegrías solían ser intensas en su monótona vida.

Encontró dos pequeñas cajetillas con tres cigarros en cada una de ellas, dos rubios, de distinta marca, y uno negro. En la solapa de las cajetillas blancas, que parecían de juguete, se podía leer justo debajo del grabado de dos anillos dorados entrelazados, sujetados con unos lazos azules por unas palomas blancas: «*Enlace Lola y Eugenio*» y una fecha que maldijo al recordarla. Se le quitaron las ganas de fumárselos y el buen humor con el que había despertado se desvaneció. Esas cosas le ocurrían con demasiada frecuencia, vivía en una montaña rusa en su particular parque de atracciones del terror.

Encendió la radio y preparó café. Se mordía compulsivamente las uñas mientras esperaba a que el agua hirviera. El aroma debió llegar hasta Lucas, quien no tardó en presentarse en su casa. Solía desayunar con ella la mayoría de los sábados e incluso algún domingo, cuando la galería estaba cerrada.

—¡Abre, *mon amour*, traigo buenas noticias! —lo gritó tan fuerte por el telefonillo que seguro que se había enterado todo el vecindario.

Después de saludar a *Dalí*, que siempre era el primero en darle la bienvenida, acercó su cara a las mejillas de Sabina, sin llegar a rozarlas, y besó el aire sonoramente a derecha e izquierda, esparciendo el aroma de su perfume, Hugo Boss, por toda la casa.

—¡Uy, reina! ¡Estás divina! —La cogió de la mano izquierda, alzándola levemente, y la hizo girar sobre sí misma como una bailarina—. ¿Es nuevo ese pijama? Te da rubor en las mejillas.

—Sí, es el nuevo modelo de la pasarela de París —bromeó.

—Te lo digo en serio. Te noto resplandeciente.

—Será que he dormido estupendamente esta noche. ¿Quieres un café? —

preguntó, cambiando de tema. Temía que adivinara más de la cuenta.

—*S'il vous plaît*. Sin azúcar. Estoy cuidando la línea. Casi no puedo abrocharme hoy los pantalones.

Lucas llevaba una túnica de lino blanca que le llegaba por encima de las rodillas. La levantó y dejó ver cómo el botón del ceñido pantalón vaquero le oprimía provocando que asomara por encima de la cinturilla un pliegue de su barriga. Se lo mostró, señalándolo con la mano y poniendo cara de horror absoluto.

—¿Te das cuenta? ¡Tengo michelines! —Sabina sonrió, siempre conseguía hacerla reír.

—¿No será que te empeñas en ponerte unos pantalones demasiado apretados?

—*¡Oh Mon Dieu!* ¡Qué poco...entiendes! —exclamó mientras hacía un gesto con su dedo índice y corazón para que Sabina captara el doble sentido de la expresión—. Hay que mostrar las armas de guerra. Yo soy un soldado bien armado y eso siempre ayuda si lo intuyes, y no lo podrán intuir si no lo sugiero un poquito.

—¡Pero si luego te pones una blusa que te llega a las rodillas!

—Me la he puesto después de verme el michelín. He tenido que elegir entre mostrar el armamento o tapar las goteras del refugio. —Se bajó la túnica, metió barriga y se peinó su cabello rubio con los dedos—. Bueno, sentémonos, que tengo cosas que contarte.

Cogieron cada uno su taza de café y se acomodaron en el sofá de tres plazas, cada uno en un extremo.

—Coge bien la taza no se te vaya a caer... —Respiró profundamente y luego sonrió—. Tengo un cliente, un ruso con mucha pasta afincado en Peñíscola. Yo creo que es de la mafia o algo así, aunque claro, eso no es seguro, pero digo yo que si no lo es, debe ser una de esas fortunas del Este que vienen en busca del sol para gastarse el dineral. ¡Menudo casoplón tiene! Tendrías que verlo.

—¡Al grano, Lucas!

—¡Ay, sí! *Pardon*. —Volvió a hacer una pausa para coger aire—. Bien. Este cliente quiere una serie de cuadros de la gran Sabina Lamer. —Después de anunciarlo volvió a sonreír dejando el hueco de sus dientes al descubierto, como si fuera a posar para una fotografía, con las cejas arqueadas, una expresión fija durante unos segundos esperando la reacción de Sabina—. El arte es una gran inversión... —apostilló a modo de explicación—. ¿Y bien?

—Le habrás dicho que ya no pinto, ¿no? —La sonrisa de Lucas se desdibujó al instante.

—Por supuesto que no se lo he dicho, porque vas a volver a pintar. ¡Tienes que hacerlo! ¡Necesitas hacerlo! ¿Acaso piensas vivir de rentas hasta que te

mueras? ¿Cuánto dinero te queda? ¿Cuánto pagas de hipoteca? El dinero se gasta y llevas mucho tiempo sin ingresar ni un euro.

—¿Ése no es tu problema, Lucas! ¿Ahora eres también mi contable? ¿Te debo algo? ¿Te he pedido un solo euro alguna vez? Al contrario, te he hecho ganar mucho dinero. Tal vez sea eso lo que te preocupe en realidad... —le reprochó con mala intención

—Me ofendes. —Lucas se levantó y se atusó el cabello con aire altivo, casi teatral—. Sé que no piensas lo que dices y por eso no te lo voy a tener en cuenta. Mi Sabina no diría esas cosas... Además, ¿no sientes curiosidad por saber cuánto ofrece por cada cuadro? —le dijo mirando por la ventana y dándole la espalda.

—No me importa el dinero. No es mi prioridad ahora.

—*Ça me fait chier!* No es mi prioridad ahora, no es mi prioridad ahora... —repitió burlescamente—. *Merde!* Sabina, me estás empezando a sacar de quicio. ¿Cuál es tu prioridad si se puede saber? ¿Consumirte? ¿Acaso piensas morirte de asco aquí dentro? Perdona que te lo diga, *mon chérie* —dulcificó el tono—, pero creo que estás un poquito obsesionada.

Sabina calló y bajó la mirada. Le hubiera gustado decirle que ella ya tenía un ruso en su vida y que su prioridad era idear un plan para vengar la muerte de Lola, un plan que incluía a esa tal Amalia Enamorada y al propio Eugenio Santamaría. Le hubiera gustado decirle que en aquel momento nada era más importante para ella que eso. Le hubiera gustado decirle que incluso había pensado en darles un escarmiento a los nueve miembros del jurado, uno por uno, a todos ellos, por no haberla considerado una testigo válida, pero que al final lo había descartado aunque no por falta de ganas, sino porque era una misión imposible de llevar a cabo en su situación. Quería explicarle que buscaba en su cabeza cómo hacer todo eso, cómo esquivar la dificultad de una venganza justiciera sin salir de casa. Quería gritarle que luchaba por recuperarse para poder ir a por ese desgraciado y su patética nueva compañera, sumisa e idiota. Quería decirle tantas cosas... Y sí, tenía razón, sabía perfectamente que estaba obsesionada, pero no un poco, estaba obsesionada en toda la extensión de la palabra. Porque la obsesión era absoluta y lo ocupaba todo. Es gaseosa, se expande hasta tapar cada poro de tu piel y ahogarte dentro de ti misma, y ella ya se sentía ahogada a pesar de respirar cada día. Quería explicárselo, pero estaba convencida de que Lucas no quería escuchar nada de eso. Era un sordo que no quería oír, como el ciego que no quiere ver. En ese sentido era como su hermana Silvia, empeñado en tirar de ella hasta sacarla de allí, por la fuerza, sin molestarse en ahondar un poco en cómo se sentía. Pero no dijo nada, sólo guardó un claustrofóbico silencio.

Las señales horarias del informativo de la radio cortó con filo de navaja, preciso y limpio, el tenso ambiente. La noticia de cabecera no podía ser más oportuna:

Son las nueve de la mañana, buenos días.

Nueva víctima de la violencia machista, esta vez en la localidad de Úbeda, Jaén. Una mujer de treinta y siete años, y de nacionalidad peruana, ha muerto degollada, presuntamente a manos de su pareja sentimental, un español de cincuenta años que, tras darle muerte, ha intentado suicidarse lanzándose por el balcón de su casa, desde una altura de tres pisos. El presunto agresor se encuentra en estado grave, aunque no se teme por su vida. La víctima era madre de tres niños, uno de cinco, uno de tres años y un bebé de nueve meses de edad. Con ella ya asciende a cuarenta y siete la cifra de mujeres víctimas mortales de la violencia de género en lo que va de año.

Cambiamos de asunto...

Sabina alzó la vista y miró a Lucas unos segundos que fueron como siglos.

—¿Sabes qué número fue Lola? —Lucas no dijo nada, tan sólo negó con la cabeza y apretó los labios—. Ninguno. Ni siquiera fue un puñetero número, ni siquiera ocupó unos segundos en las noticias, ni tampoco le guardaron un minuto de silencio en la puerta del ayuntamiento, ni se encendieron velitas en su memoria... Nada de todo ese teatro se escenificó para ella. Ni siquiera fue nada de eso. ¿Y sabes por qué? —Lucas bajó la mirada, conocía muy bien la respuesta, pero sabía que Sabina necesitaba verbalizarla—. Porque para este sistema de mierda, Lola no fue una víctima de violencia de género. A Lola no la mató el cabrón de su marido, a Lola la mató un delincuente común que sólo pretendía robarle el bolso. ¡Ni un puto número en la lista! Jamás puso una denuncia por malos tratos, apenas lo sabíamos unos pocos amigos y no hicimos nada para evitarlo y ella no lo reconoció hasta que ya fue demasiado tarde. Lola no está en ninguna de esas listas de números con nombres que ya nadie recuerda. ¡Los números son tan fríos! Y dime Lucas... ¿no te parece asquerosamente triste y cruel?

—Sí, lo es...

—Porque en este país, hay víctimas y víctimas, hasta para eso tenemos categorías. Lola fue una víctima de tercera, una muerta más a manos de la delincuencia callejera. Y por si todo esto no fuera suficientemente duro de asimilar, nadie le ha hecho justicia. Se murió y ya está, la mataron y no ha pasado nada. La asesinaron delante de mis narices y su caso está abierto, no hay

un culpable. Ahí está su expediente, un montón de folios cogiendo polvo en la estantería de un juzgado, hasta que el tiempo lo relegue al olvido. ¿Es eso justicia? ¿Es eso justicia cuando yo sé que quien lo hizo ha salido impune?

—No, no lo es...

—¿Y quieres que pinte? ¿Me lo dices en serio? —Lucas suspiró. Era un golpe bajo—. ¿De verdad quieres que me ponga a pintar el mar y los pajaritos? ¿Paisajes bucólicos y esperanzadores? ¿Bonitas gaviotas flotando en el cielo sobre un mar plateado al atardecer? —Sabina se había levantado con ira y dibujaba con sus manos unos cuadros inexistentes—. Me temo que mi mar ya no es así, Lucas. Sabina Lamer ya no puede pintar esas cosas porque... no las siento, y para pintar necesito sentir...

Lucas la abrazó. Podía comprenderla pero no sabía cómo salvarla. Temía perderla también, como ambos habían perdido a Lola. La relación entre Lucas y Sabina era como la relación entre el mar y el viento, imprescindible, pero no siempre en calma. El mar necesita del viento para tener olas y el viento necesita del mar para que las gaviotas hagan garabatos en el cielo. Pero cuando el cielo y el mar se disgustan, inventan tempestades que preceden a la calma.

No se dijeron nada más. Tan sólo se dejó acunar por Lucas hasta que tuvo que marcharse. Estar entre sus brazos era estar en el mejor lugar del mundo en ese preciso instante y se dejó querer. Estaba tan falta de afecto que hasta le dolía su hueco.

La plomiza rutina la acompañó el resto del día. Calor húmedo pegado a su piel, ventanas cerradas y el aire acondicionado funcionando sin descanso, hacían que el ambiente fuera irrespirable, viciado y denso. Las horas caminaban lentas en el reloj de la cocina y sólo el ir y venir de Dimitri con el perro y la compra interrumpía la monotonía. Hasta el murmullo de la radio le recordaba a las beatas rezando en la iglesia, rosario en mano. Roberto y Griselda salieron del portal cogidos del brazo, como si fueran novios, y Sabina los saludó con la mano desde el ventanal, forzando una amable sonrisa. Nada le era nuevo, cada día era como el anterior y una copia del siguiente. Lamentarse de la situación no solucionaba nada, más bien todo lo contrario.

A veces se sentía como el Papa Luna en los días de su exilio. Había escuchado su historia en boca de Roberto, cuando ella todavía era una turista. La contaba con vehemencia. Recreaba la voz solemne de Benedicto XIII para explicarle, en primera persona, que en el siglo xv había tenido que refugiarse en el Castillo de Peñíscola tras el Cisma de la Iglesia de Occidente.

—¿Y qué pasó? —le preguntó Sabina divertida.

—Que la Iglesia cristiana de Roma se encontró de repente con dos papas

sucesores de Bonifacio IX. Aunque ahora que no nos escucha nadie —le dijo acercándose a su oído como si fuera un secreto que la historia no pudiera conocer—, sólo yo, Pedro Martínez de Luna, era el sucesor legítimo. —Sabina rio.

Contaba con todo detalle, como si lo hubiera vivido, que había logrado sobrevivir a dos intentos de envenenamiento y que había muerto refugiado en aquella fortaleza, a la longeva edad de noventa y seis años.

El día que había escuchado aquella historia por primera vez, ni por un segundo había alcanzado a imaginar que, años después, ella misma se sentiría como el Papa Luna en pleno siglo XXI. Su particular exilio, al que ella misma se había sometido, encerrada en su estudio, su castillo, la había llevado a recordar, palabra por palabra, aquella conversación con Roberto y hacerlo, le hacía reflexionar a menudo, sobre el particular sentido del humor que tenía la vida.

De repente le dio por sacar cuentas. Faltaba poco, apenas diez días, para que se cumplieran los dieciocho meses de encierro, un año y medio. Jamás pensó que duraría tanto, pero la vida es impredecible, se repetía una y otra vez últimamente. La vida escribe historias trágicas con letras de sangre en las que parece no dejarte decidir más que los detalles sin importancia.

—Tal vez sea un buen día para comenzar a idear el plan. Un día tan bueno como otro cualquiera, ¿por qué no? —se dijo.

Se encendió un cigarro. Por suerte Dimitri le había comprado tabaco y no había tenido que fumarse los de la boda de Lola. Eso hubiera sido un ultraje. Cogió los papeles donde había tomado notas, los mismos que le había entregado su psiquiatra. Le dio por ojearlos. Al fin y al cabo, Fátima le había dicho que tenía que leerlos. Leyó:

«Resiliencia: Es la capacidad del ser humano para sobreponerse al dolor emocional y a los traumas vividos, proyectándose en el futuro, con el fin de superar las adversidades y ser transformado positivamente por ellas».

Pensó de nuevo que Fátima Durán podía leerle el pensamiento, incluso a distancia. La imaginó ladeando la cabeza mientras la miraba con sus ojos chincheta detrás de sus gafas de pasta y vestida completamente de negro. Esa imagen la hizo sonreír.

—Bueno, no sabía yo que se llamaba así, «resiliencia», —tuvo que mirarlo para poder repetirlo—, pero se llame como se llame, acaba de empezar. Proyéctémonos pues en el futuro, Sabina, y busquemos la forma de hacer justicia. Si no puedo tener mi vida, les quitaré la suya.

Encendió el ordenador y se puso cómoda. *Gala* no tardó ni tres segundos en subirse a su regazo, clavándole ligeramente las uñas en las piernas antes de dar tres vueltas sobre sí misma y hacerse un ovillo. Se conectó a Internet y escribió

en la barra del buscador: «Venenos de acción lenta». Décimas de segundos bastaron para que cuatrocientos treinta y cinco mil resultados saltaran a la pantalla.

—*Voilà!*, que diría Lucas, así de sencillo...

Tomó nota por detrás de los papeles que hablaban de resiliencia, debajo de lo que había escrito el día anterior. Estaba asombrada ante la gran cantidad de información que ofrecía la red sin ningún tipo de control. Había artículos sobre los venenos más utilizados a lo largo de la historia, la presencia de venenos en asesinatos de ilustres personajes, estudios psicológicos que explicaban por qué las mujeres solían matar de esta manera... este último lo leyó con interés. Se hablaba del mercurio, del polonio, del ántrax, del cianuro, de distintos matarratas, de setas venenosas, de anticoagulantes de acción retardada, de venenos paralizantes, de semillas fatales y hasta del pez globo. Había de todo, como en botica, mucho donde elegir, tal vez demasiado.

—A ver, Sabina, céntrate un poco. Lo que estás buscando no sólo tiene que ser un veneno que no mate inmediatamente, sino que además puedas comprarlo con cierta facilidad, sin que nadie sepa que estás comprando un veneno. Lo sé, lo sé, no parece sencillo... Estaría bien poder encargarte de Amalia matándola como a una rata. Al fin y al cabo, es lo que es, pero no puedes pedirle a Dimitri que te traiga un kilo de manzanas, cuarto y mitad de queso gruyer, un paquete de café y de paso medio kilo de matarratas. Llamaría un poquito la atención, ¿no te parece? —*Gala* maulló como si contestara a la pregunta lanzada al aire y Sabina continuó con su conversación—. Seguro que te pregunta para qué lo quieres... no se va a creer que tengas ratas por aquí. Vamos a probar otra cosa...

Borró lo que había escrito en la barra del buscador y lo sustituyó por una nueva búsqueda. Esta vez escribió: «Venenos poderosos comprar». Para su sorpresa, esta vez los resultados fueron muchos más de un millón.

—Parece mentira que nadie controle toda esta información. Esto es un peligro... Alguien como yo podría hacer uso de ella. —No pudo reprimir la risa ante la ironía.

Dedicó casi una hora a investigar acerca de qué veneno iba a utilizar con Amalia. La idea era atraerla hasta casa, ya buscaría la forma de conseguirlo, y una vez en el ático, suministrarle el veneno escogido. El veneno debía tardar cierto tiempo en hacer efecto. Por nada del mundo quería un cadáver en su ático. No buscaba nada de efecto fulminante, más bien al contrario. Por lo tanto, necesitaba alguna sustancia que tardara horas en minar su organismo y de dosis única.

Aunque parecía complicado, en realidad el plan se le antojaba bastante más sencillo de llevar a cabo que el todavía inexistente para encargarse de Eugenio,

pero no tenía prisa. Quería actuar poco a poco, primero ella y después él, el plato fuerte. Le hubiera encantado matar a Eugenio con sus propias manos, mirándole a los ojos. Sólo pensarlo ya le sabía dulce, pero las prisas no eran buenas consejeras y tenía tiempo, tal vez era tiempo lo que empezaba a sobrarle. Amalia sería un succulento entrante, una toma de contacto, un ensayo, una forma de probarse a sí misma.

Amalia y Sabina no se conocían, al menos no personalmente. Nunca se habían visto cara a cara. Ni siquiera en el juicio por el asesinato de Lola, Amalia pudo ver el rostro de Sabina porque testificó por videocámara y sin mostrar su cara. Sabina era, pues, una desconocida para Amalia, una sombra que la acechaba en sus pensamientos sin ella intuirlo siquiera. Sin embargo, Sabina sí conocía a Amalia a través de las fotografías que ésta ponía en su perfil de Facebook. En realidad sabía mucho de ella y la información es poder, tal vez el arma más precisa y dañina que jamás se haya inventado nunca. Conocía de Amalia su rutina, los lugares que frecuentaba, los amigos que tenía, hasta sus flores preferidas y sus gustos culinarios. Sabía que había cogido peso y que por eso ahora sólo tomaba bebidas edulcoradas, que le gustaba el color rojo, que adoraba los zapatos, que no podía tomar demasiado el sol porque su piel era extremadamente blanca y se quemaba con facilidad. Sabía que fumaba desde los trece años y que había intentado dejarlo en varias ocasiones, sin éxito. Sabía que odiaba los días de lluvia y que planeaba tener al menos tres hijos con Eugenio. Conocía los nombres que pensaba ponerles: Carla, Lucía y Laura, en caso de ser niñas y Jorge, Luis y Aitor, en caso de ser niños. Conocía la fecha de su cumpleaños e incluso el nombre de su escritora favorita. La vida de Amalia era pública por voluntad propia y Sabina había sido una espectadora de excepción durante casi dieciocho meses, atenta a cada detalle. Además, y de ello se sentía especialmente satisfecha, Sabina contaba con el aliado del anonimato y podía jugar con su segunda personalidad, la de Esperanza García, su otro yo virtual, para llevar a cabo su venganza.

No podía decir lo mismo en el caso de Eugenio Santamaría. Los dos se conocían muy bien, demasiado bien tal vez. Sabina nunca había visto con buenos ojos a Eugenio y él lo sabía, lo supo desde el primer minuto que cruzaron sus miradas. Al principio fue simplemente eso, una ausencia total de conexión, cierta hostilidad alojada bajo la piel que producía un rechazo en Sabina que no sabía muy bien cómo explicar. *Gala* jamás buscó sus caricias, algo extraño en ella, y *Dalí* nunca acudía a saludarlo como hacía con todas las visitas. Tal vez Sabina tenía ese algo de animal y había percibido en Eugenio eso que no se puede ver con los ojos humanos. Lo suyo no empezó con buen pie y tal vez, al saberse descubierto por Sabina, Eugenio alimentó esa enemistad hasta llegar a contagiar

a Lola con su hostilidad. Siempre se le dio bien la estrategia del divide y vencerás.

—Lo que te pasa es que estás celosa. Te mueres de envidia porque me voy a casar con él. Porque te recuerdo que tú eres la amante de Roberto, la otra, a la que deja en casa cuando se va a dormir con su esposa. Si te quisiera de verdad ya se habría divorciado y estaría contigo. Siempre está dándote excusas que tú te tragas como una tonta, eso es lo que te pasa —le había reprochado un día Lola mientras tomaban un chocolate con churros en el paseo marítimo. Hacía frío y Sabina no se había alegrado demasiado de la precipitada boda que Lola acababa de anunciar. Su manifiesta decepción había golpeado a Lola en el estómago. No se lo esperaba de su mejor amiga.

—No es justo que digas eso.

—¡Claro! A la señora artista no le gusta escuchar lo que opinamos los demás sobre su novio, perdón, su amante casado... Pero tú sí te sientes con derecho a dar lecciones a los demás sobre sus parejas, ¿verdad? Dejémonos de paños calientes, Sabina. Nunca te ha caído bien Eugenio, pero resulta que es el hombre que he escogido para casarme, va a ser mi marido, te guste o no. No me hagas elegir entre vosotros.

—¡Yo no te estoy haciendo elegir! ¡Jamás haría una cosa así! ¿Cómo puedes pensar eso de mí?

—Él dice que quieres apartarme de su lado.

Aquello fue como una bofetada para Sabina. «Cabrón manipulador», pensó haciendo esfuerzos por contener la rabia.

—¡Él, él, él y siempre él! ¿Te das cuenta? A ver si es él el que te está haciendo elegir, el que quiere que nos separemos... ¿No lo has pensado? —Lola apartó el chocolate y se limpió la boca con una servilleta de papel. Parecía contrariada.

—Creo que todo esto ha sido un error, un triste error, Sabina. No tengo madre y tú eres lo más parecido a una hermana. Venía a pedirte que fueras mi madrina, pero veo que me he equivocado en la elección. Lamento mucho todo esto. — Lola se fue disgustada y Sabina se quedó profundamente entristecida aquel día.

La pequeña victoria de ambas, al menos así lo vivía Sabina, era que siempre acababan reconciliándose. Ningún enfado, fuera por el tema que fuera, tuviera la trascendencia que tuviera, duraba más de tres días. Las llamadas de teléfono rompían con los planes de Eugenio de convertir a Lola en un ser solitario y sin amigos. Y siempre terminaban unidas como dos partes de un mismo ser.

Como no podía ser de otra manera, Sabina hizo los honores como madrina y Lucas ejerció de padrino. Por una vez en su vida, el marchante de arte eligió un modelo sobrio y elegante para la ocasión, un traje de chaqueta gris marengo, con camisa blanca y corbata azul cielo. Estaba irreconocible. En la ceremonia, a

Sabina le dio por pensar que resultaba sospechoso que nadie de la familia del novio ocupara un lugar en el altar y que tan sólo un hermano y un escaso grupo de amigos fueran invitados a la boda, pero no se lo dijo a nadie. Había algo extraño en aquel tipo.

Iba, pues, a resultar complicado atraer a Eugenio hasta su ático. Cómo y de qué forma darle su merecido era un pensamiento circular que no salía de su cabeza. ¿Con qué pretexto atraerlo? ¿Acaso había algo en el mundo que pudiera convencer a Eugenio para ir al encuentro de Sabina, a su casa, a casa de la principal testigo en su juicio por asesinato? Si existía una respuesta para esas preguntas, Sabina no era capaz de hallarla. Le daba vueltas y vueltas al asunto y sólo llegaba a la conclusión de que con Eugenio, era Mahoma quien tendría que ir a la montaña.

Entre tanta información sobre venenos y el calor, divagaba por momentos. El zumbido del aire acondicionado le taladraba el cerebro. Hacía demasiado calor como para que estuviera funcionando. Levantó la mano y la colocó delante de la salida de aire. No salía frío. Lo programó a diecinueve grados, en lugar de los veintitrés que tenía siempre. Sólo consiguió escuchar un sonido hueco, a motor roto, que no auguraba nada bueno. Después sonó como un avión a punto de despegar, de menos a más volumen, hasta que súbitamente se paró.

—¡Mierda! ¡No puede romperse ahora! ¡Estamos en julio y a más de treinta y cinco grados! ¡Joder!

Apretó con frenesí todos los botones del mando a distancia del aparato, apuntando a derecha e izquierda, pero el aire acondicionado no daba señales de vida. Maldijo su suerte. Su casa, además de ser una cárcel, ahora también era un horno, un insoportable y agónico encierro en el que ella era como un pavo en Navidad, rellena de odio y rencor.

Decidió no abrir las ventanas, al menos de momento. La diferencia de temperatura con el exterior era más que significativa y la habitación todavía conservaría el frescor durante un tiempo. Se encendió otro cigarro y dio una calada hasta notar el humo en sus pulmones. Intentó centrarse. La concentración no era su fuerte últimamente.

De entre toda la lista de venenos hubo uno que le llamó poderosamente la atención, la toxina botulínica, conocida porque es comercializada para aplicaciones cosméticas en tratamientos de medicina estética para eliminar las arrugas.

—¿Lo que se usa para las arrugas es un puñetero veneno? —se sorprendió.

Pinchó sobre un enlace que le pareció interesante. Se trataba de un artículo publicado años atrás en una revista dedicada a asuntos de salud, cuyo titular era

«Un potentísimo veneno al servicio de la medicina». Cigarro en mano lo leyó con interés.

«La toxina botulínica es una neurotoxina, elaborada por la bacteria anaeróbica Clostridium botulimun. Se trata de una de las sustancias más letales que se conocen. La medicina la ha puesto al servicio de numerosos tratamientos médicos.»

—¡Madre mía! ¿Sabrá esto la gente que se lo pincha en la cara? ¡Qué feliz es la ignorancia! —Continuó con el artículo:

«Esta toxina, también llamada botulina, es un potentísimo veneno presente en alimentos contaminados, normalmente como consecuencia de un mal envasado, más habitual en zonas rurales donde se realizan envasados caseros de alimentos, o a causa de unas deficientes normas de seguridad e higiene en el envasado industrial. Es la causante del botulismo, una grave enfermedad que se inicia con trastornos gastrointestinales (náuseas, vómitos y sequedad de boca), una vez han transcurrido entre ocho y treinta y seis horas desde la ingesta de los alimentos en mal estado, y que cursa con parálisis generalizada que puede llevar a la muerte. La enfermedad también puede contraerse por infección de alguna herida abierta al entrar en contacto con la toxina botulínica.»

—Interesante —susurró—. El veneno hace efecto horas después de ser ingerido.

Sabina apuntó este dato, junto con el nombre de la toxina. Era justo una de las características que necesitaba que tuviera el veneno, un efecto retardado. Después siguió leyendo, saltándose algunos párrafos del artículo que hacían referencia a datos técnicos que se escapaban a su comprensión.

«Existen siete tipos de toxina botulínica, nombradas con las primeras siete letras del alfabeto. La que está presente en los alimentos contaminados es la C y la utilizada en tratamientos cosméticos es la A.

La ciencia ha descubierto que además de ser uno de los venenos más peligrosos que existen, paradójicamente también da buenos resultados en el tratamiento de distintas patologías. Su aplicación clínica es muy amplia, desde problemas neurológicos, para tratar enfermedades caracterizadas por movimientos involuntarios, hasta para la hiperhidrosis o problemas de exceso de sudoración, pasando por otras patologías como la fisura anal o el estrabismo, entre otras. Muy conocida es su aplicación cosmética con un excelente resultado para eliminar las arrugas del rostro producidas por el paso del tiempo.»

—Es gracioso pensar que lo que no te mata te hace más bella —bromeó en voz alta. Continuó leyendo y se detuvo en una línea que decía «Un poco de historia»:

«La toxina botulínica, debido a su potente toxicidad y a su origen biológico, es considerada un arma biológica en ataques de bioterrorismo a tener muy en cuenta. Se tiene constancia de que existía un plan para ser utilizada por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial en un ataque contra Inglaterra, aunque finalmente no se llevó a cabo. Formó parte del arsenal de armas biológicas de Sadam Husein y la extinta URSS también la utilizaba como arma militar. Además, se sospecha que grandes potencias, como EE.UU. o Corea del Norte, podrían estar trabajando en proyectos militares con la mortal toxina, conocida como Agente X».

A Sabina se le pusieron los pelos de punta. Estaba sudando. No sabía muy bien si era por el calor o por toda esa información que estaba leyendo. Tal vez por ambas cosas a la vez. Dio otra calada al pitillo e improvisó un abanico con los papeles donde lo estaba apuntando todo.

Leyendo aquello se sintió como un pequeño muñeco de trapo a merced de un mundo loco de atar. Armas biológicas, bioterrorismo, Agente X... todo aquello le sonaba a una película de James Bond. Luego pensó que en realidad ella también era una loca que planeaba actuar contra la vida de otros. La ironía la hizo sonreír.

—¡Estamos todos locos! ¡El ser humano es una mierda! ¿Lo sabías, *Gala*? — La gata maulló.

Necesitaba saber algo más sobre esa toxina. Tenía muchas preguntas por responder. ¿Tenía el mismo efecto la toxina tipo C, la que está presente en los alimentos contaminados, que el preparado que se utiliza en medicina estética? ¿Había alguna forma de conseguir botulina comercial, la tipo A, sin necesidad de intermediario? ¿Podía comprarla sin ser médico? ¿Podía el compuesto médico ser letal en caso de conseguir que Amalia lo ingiriera? ¿Qué dosis necesitaba para ello?

Las apuntó todas y decidió buscar de nuevo las respuestas en la red. Tecleó en el buscador: «Botulina, efectos adversos y contraindicaciones, ingesta». Treinta y ocho mil entradas aparecieron en la pantalla del ordenador. Buceó entre todas ellas, un poco de información de aquí y otro poco de allá. Empezaba a dolerle la cabeza y el calor ya era insoportable. Encendió un ventilador de mesa, pero sólo consiguió remover el espeso ambiente de la casa. *Dalí* bebió agua a lengüetazos del recipiente que tenía en la esquina de la cocina, al lado del frigorífico. Sabina hizo lo mismo de una botella de agua de litro y medio que había sacado de la

nevera. Después continuó.

Encontró artículos advirtiendo de los graves efectos secundarios de la toxina botulínica utilizada en tratamientos cosméticos. La toxina inyectada de manera negligente podía ocasionar debilitamiento muscular, problemas en la deglución, desórdenes del habla y dificultades respiratorias, complicaciones que incluso podían derivar en la muerte. Se advertía especialmente de la importancia de ponerse en manos de médicos especialistas. Se hablaba de la práctica clandestina de la medicina estética y de su enorme peligro para la salud. Encontró todo tipo de testimonios de personas que habían puesto su belleza y su salud en manos de falsos profesionales. La red estaba llena de esperpénticas fotografías de personas, normalmente mujeres, deformadas por el abuso de esta toxina. Algunas famosas, estrellas del cine y la televisión, también contaban sus experiencias. Había todo tipo de información. Incluso encontró comunicados de la FDA, Agencia Federal Estadounidense de Control de Medicamentos, y de las Autoridades de Salud de Canadá advirtiendo sobre los efectos secundarios de la botulina. Pero no encontró nada que aportara un poco de luz sobre la ingesta de la toxina botulínica tipo A.

—¡Joder, Sabina! ¡Nadie va por ahí tomándose esa mierda como si se tomara un vino! Tan sólo dicen que en caso de ingerirla accidentalmente hay que ponerse en manos de un médico inmediatamente. Ni siquiera se me ocurre cómo puede alguien tomarse eso de manera accidental... ¡No hay datos porque no ha ocurrido en ningún caso!

Había leído que la toxina botulínica era un veneno cuarenta millones de veces más poderoso que el cianuro, pero desconocía de qué forma actuaba en caso de ser ingerida. También había leído que el preparado comercial contenía proteína purificada y que, antes de ser comercializada, se comprobaba su seguridad y eficacia, como no podía ser de otra manera. Era profana en la materia, ni siquiera había estudiado ciencias en el instituto, y las informaciones le parecían contradictorias. Estaba hecha un lío. Empezaba a pensar que había sido un error documentarse a través de Internet, pero tampoco tenía otra forma de hacerlo.

—¿Significa todo esto que la toxina que se comercializa no es mortal de necesidad? —Cayó en la cuenta de que en las notas que estaba tomando había más preguntas que respuestas. La ignorancia le pareció esta vez un pozo sin fondo. Necesitaba descansar.

Imprimió algunos artículos que le parecían interesantes para leerlos después. No tardaría demasiado en llegar Dimitri para sacar a *Dalí*, que ya estaba rondando nervioso la puerta. Era tarde, hacía calor y le dolía la cabeza. Pensar un plan para vengar a Lola estaba resultando hartamente complicado y empezaba a agobiarse. Le faltaba el aire. Necesitaba una ducha que la ayudara a pensar con

claridad.

6

Los domingos estivales eran una fiesta en el casco antiguo de Peñíscola. La gente salía a la calle como las hormigas del hormiguero. El bullicio recorría hasta el último de los callejones desde primera hora de la mañana. Todos iban y venían, los turistas se hacían fotografías, hablaban en distintos idiomas, las terrazas de los bares olían a café con leche y las tazas tintineaban como música improvisada mientras los gorriones picoteaban las migas de pan que las tostadas habían dejado caer al suelo y las gaviotas ponían la banda sonora a la estampa. Sabina no necesitaba despertador. Vivía en pleno centro histórico y la frenética actividad turística se colaba por las rendijas de sus ventanas desde bien temprano en un equilibrio perfecto con el encanto histórico. Envidiaba las risas despreocupadas de los paseantes. Hubiera dado cualquier cosa por poder disfrutar en una terraza de ese café que su nariz adivinaba. Echaba a faltar a sus amigos y a los artesanos y comerciantes que abrían sus tiendas cada domingo, salpicando de colores las calles, dibujando sonrisas acogedoras.

Recordó entonces el primer beso que Roberto le había robado en el Portal del Fosc, una de las entradas de la muralla de la ciudad, cuya oscuridad les había invitado a un beso furtivo. Desde entonces, no había habido un solo día en que no lo hubieran repetido cada vez que pasaban por allí, como un ritual de enamorados que viven un amor prohibido.

La vida de ahí afuera era sonora y colorida. El mar seguía brillando a la derecha de su ventana y la línea del horizonte era más perfecta que nunca. Se preguntó si era posible que un mismo mundo fuera a dos velocidades distintas, rápido y hasta vertiginoso en el exterior, lento hasta el hastío dentro de su casa. Se preguntó si era posible que, viviendo en el paraíso, ella misma hubiera inventado su propio infierno entre las cuatro paredes de su estudio.

Volvió a la cama, no tenía nada importante que hacer y la monotonía le pesaba en el pecho como una losa. Envidiaba ese mundo, a toda esa gente que ni siquiera valoraba la importancia de esas pequeñas cosas que estaban haciendo. Reír, pasear, charlar, hacerse una bonita fotografía, tomar un café... La añoranza de lo cotidiano empezaba a ser insoportable.

Metida en la cama, destapada porque hacía mucho calor, pero con la cabeza debajo de la almohada, de repente cayó en la cuenta de que ya no podía recordar cómo olía el mar. Eso la angustió. Contuvo la respiración unos segundos. Buscó en cada rincón de su cerebro, hasta en el más recóndito, en ese sitio donde se

almacenan los recuerdos, pero no logró reproducirlo. Últimamente se le olvidaban muchas cosas: se le desdibujaban los rostros de amigos a los que hacía mucho tiempo que no veía, no lograba acertar el color de las paredes de su cafetería preferida, y ni siquiera recordaba con precisión cómo era la casa de Lola. Los detalles de sus recuerdos se borraban con el paso del tiempo. Lo único que conservaba de su vida pasada estaba desapareciendo con lentitud. Era una tortura despiadada y cruel.

Sin embargo, algo que hubiera querido olvidar, borrar de su mente, darle a un botón para enviar a la papelera de reciclaje como en los ordenadores, siempre permanecía ahí, día y noche. Eran los ojos de Eugenio, escondido como un cobarde tras un casco, empuñando el arma que había disparado contra Lola. Ésa era una imagen imborrable. Parecía que se la hubieran tatuado en sus recuerdos y de ninguna de las maneras lograba hacerla desaparecer.

Pensaba en todo esto, en cómo era la vida de fuera la que entraba en la suya y no al revés, en cómo Dimitri, Lucas, Roberto o Griselda eran su único mundo, cuando tocaron el timbre. Recordó entonces que era domingo.

—Buenos días tenga usted, señora. Roberto ya ha desayunado, se ha aseado y está muy contento de verla, ¿a que sí, Roberto? —comentó Griselda, risueña y cantarina como siempre, mientras entraba en la casa. Roberto sonrió con generosidad, siempre sonreía.

Durante las mañanas de los domingos y parte de las tardes, Griselda disfrutaba de tiempo libre. Al principio de cuidar de él, Roberto se quedaba solo en casa, con algo frío preparado para comer y algunas películas para pasar el rato. Su exmujer nunca se había hecho responsable de la situación, el divorcio la eximía de cualquier responsabilidad, y su único hijo se escudaba en la distancia, estudiando en EE.UU. Parte del verano lo pasaba en Peñíscola, con su madre, pero tampoco concebía sus vacaciones como un tiempo para cuidar de su padre. Roberto era un estorbo con dinero. No tenía más familia, porque la mayoría de los amigos, la familia que escoges, le habían dado la espalda después del accidente. Todos ellos habían sido malas elecciones. Ya no era un hombre prestigioso, ya no daba fiestas a las que acudían los engolados señores poderosos con sus operadas señoras perfumadas colgadas del brazo, luciendo sonrisas falsas. Ya no era el arquitecto de vanguardia. Ahora era una sombra de aquel hombre triunfador.

Uno de los días que se había quedado solo, Roberto quiso calentarse en el microondas una lasaña que Griselda le había dejado para comer. No tuvo la precaución de quitarle el papel de aluminio con el que la había cubierto. Como siempre hacía, lo programó para que calentase un minuto. El microondas empezó a dibujar extrañas luces azules, como rayos de tormenta, y en tan sólo

unos segundos se prendió fuego. Roberto, torpe y asustado, intentó apagarlo como pudo, dándole golpes con el trapo de cocina. El microondas se convirtió en una nube de intenso humo negro y llamas, que alertó a los vecinos. Roberto gritaba, pedía auxilio y hasta tuvieron que intervenir los bomberos, mientras Sabina, en el piso de arriba, no fue capaz de hacer nada para ayudarlo. Afortunadamente todo se quedó en un terrible susto. Los bomberos dijeron que había tenido mucha suerte porque, de haber intentado apagar el fuego con agua, hubiera podido electrocutarse. Desde aquel día, Sabina se ocupaba de él durante el tiempo que Griselda estaba fuera. Ella se había prestado a ello y nadie había rechazado el ofrecimiento porque, en realidad, nadie más estaba dispuesto a hacerlo, más bien todo lo contrario.

—¡Estupendo! ¿A que no sabes lo que vamos a comer hoy, Roberto? Voy a pedir unas *pizzas* a Giovanni, con mucho *pepperoni* y doble de queso, comeremos patatas fritas y beberemos mucha Coca-Cola. —Sabina era cómplice de aquel niño grande y sabía que Griselda cuidaba mucho su dieta porque Roberto tenía problemas de colesterol. Pero aquélla era su pequeña travesura de los domingos.

—¡Bueno, bueno, bueno! ¡Haré como que no escuché eso, señora! —dijo Griselda haciéndose la ofendida y agitando las manos alborotadamente—. Mejor me marchó a la playa un ratito, que para cuando llegue yo no cabrá una cabeza de alfiler. Cuídense. Con Dios.

Griselda se cruzó en el portal con Dimitri que subió dando zancadas las escaleras hasta el ático. Roberto le abrió la puerta y *Dalí* se abalanzó sobre él como siempre hacía.

—¡Qué temprano has llegado hoy! —comentó Sabina. Dimitri no respondió con palabras. Puso su mano alrededor del cuello y atrajo los labios de Sabina hasta los suyos. Roberto bajó la mirada y esquivó la escena.

—Dimitri... No seas inoportuno —murmuró Sabina molesta. No le parecía apropiado. Estaba incómoda. Roberto se había sentado en una esquina del sofá, dándoles la espalda mientras acariciaba a *Gala*. Era su forma de no estar allí, entre los dos.

—¡Vale, vale! —se excusó Dimitri levantando las palmas de las manos—. ¡Tú mandas! Será mejor que me lleve al cuatro patas.

Cuando salió por la puerta, Sabina se acercó hasta Roberto, apartó a *Gala* y le dio un abrazo. Se sentía extraña en aquella situación. De alguna manera sentía que lo estaba traicionando. Era una locura pensar así, lo sabía, pero no podía evitarlo. Todavía sentía cierto compromiso hacia él y no sabía hasta qué punto Roberto conservaba en su memoria lo que ambos habían sido.

—¿Tú sabes que yo te quiero mucho, verdad? —susurró. «Tal vez no debería

decirle eso, tal vez le confunda...», pensó. Roberto volvió a sonreír.

—Griselda me ha puesto una canción en mi *iPod*. Le he dicho yo que me la descargara. Era una sorpresa para ti. Una sorpresa para hoy.

—¡Una sorpresa! ¡Me encantan las sorpresas! —mintió con un entusiasmo fingido e infantil—. A ver, dámelo y la escuchamos.

Sabina apagó la radio. Colocó el *iPod* sobre el reproductor, sin esperar ni por un segundo escuchar lo que iba a sonar.

—Es la canción número sesenta y cinco.

Buscó la canción indicada y unos acordes de guitarra comenzaron a sonar. Los reconoció inmediatamente y el vello de todo el cuerpo se le erizó. Un escalofrío la hizo estremecerse. A la guitarra pronto le acompañó la voz de Silvio Rodríguez. Sonaba *Te amaré*, la canción de la historia de amor entre Roberto y Sabina.

*Te amaré, te amaré como al mundo
Te amaré aunque tenga final...*

—¿Te has acordado de nuestra canción? —Roberto asintió con un ligero movimiento de barbilla y los ojos cristalinos, de un negro profundo y desconcertante. «¿Roberto estás ahí? No te has ido del todo, te acuerdas de nuestra canción...», pensó. El corazón le dolía. Le hubiera gustado decirle tantas cosas... Le hizo levantarse del sofá, lo abrazó y bailó aquella balada como si la vida no se la hubiera arrebatado también.

*Te amaré, te amaré en lo profundo
Te amaré como tengo que amar
Te amaré, te amaré como pueda
Te amaré aunque no sea la paz...*

Los acordes de guitarra se le enroscaban por dentro como la hiedra trepa por la pared. Roberto no podía verla, pero Sabina estaba llorando. Era un llanto ahogado, encerrado dentro de ella como las aguas de un pozo. Tan sólo alguna lágrima escapaba a su férrea voluntad de no mostrarse débil. Nunca antes había cobrado tanto sentido la letra de aquella canción. Apretó el cuerpo de Roberto contra el suyo, casi con rabia, y se recreó en cada palabra.

*Te amaré, te amaré lo que queda
Te amaré cuando acabe de amar
Te amaré, te amaré si estoy muerto
Te amaré el día siguiente además
Te amaré, te amaré como siento
Te amaré con adiós, con jamás...*

Cerró los ojos y evocó el momento justo en el que la había escuchado por primera vez. Aquella canción había sonado en la playa una noche de San Juan. Los jóvenes festejaban la magia del solsticio alrededor de una hoguera. La luna estaba menguando. El fuego catártico quemaba todo lo malo ocurrido durante el año y la gente pedía deseos que cumplir para el próximo. Roberto y Sabina se descalzaron y se sentaron en la arena. Un grupo de chicos cantaba alrededor de una hoguera. Uno de ellos tocaba la guitarra y le dedicaba esta misma canción a una joven de pelo largo y mirada entregada. Era la magia del amor temprano al lado del mar. Roberto hizo suya la declaración de otro y en aquel momento le dijo a Sabina, por primera vez, que la quería. A ella le gustó tanto escucharlo que quiso creérselo. Él todavía estaba con su esposa, pero tal vez era sincero. Cuando el amor se le reveló a Sabina meses después, cuando sintió de verdad que amaba a Roberto y que él la amaba a ella, el tiempo ya les era escaso, sin ellos saberlo siquiera.

*Te amaré, te amaré junto al viento
Te amaré como único ser
Te amaré hasta el fin de los tiempos
Te amaré y después te amaré.*

La música calló y dejó que el silencio les volviera a incomodar. No pudo evitarlo. Sabina besó los labios de Roberto con un amor más maternal que carnal. Le dio las gracias al oído y en la mirada de Roberto, Sabina adivinó al hombre que fue un día. La fugacidad de aquel momento resultó hasta cruel. Ya nada era como había sido, ya nada sería como antes. El fuego de aquella hoguera ya era ceniza.

El timbre interrumpió aquel diálogo sin palabras. Era Dimitri que volvía con *Dalí*. Tenía prisa.

—¡Pero si no has tardado ni diez minutos! —protestó Sabina—. *Dalí* necesita hacer algo más de ejercicio.

—Hoy no puedo dedicarle más tiempo. He quedado.

—Eso no es lo que acordamos, ¿recuerdas? Paseos de al menos media hora. Un perro tan grande no puede estar tanto tiempo encerrado, necesita moverse. — A Dimitri no le gustó la regañina. En general no le agradaba nada que Sabina se comportara como su madre. Lo hacía con cierta frecuencia, casi siempre, excepto cuando estaban en la cama.

—Este perro no es mi responsabilidad. Tal vez deberías ser menos egoísta y pensar más en él. ¿No crees que sería más feliz con otro dueño? ¿Con alguien que fuera capaz de sacarle a pasear, por ejemplo? Que tú estés aquí metida le está obligando a él a estar también encerrado. ¿Lo has pensado alguna vez?

Las palabras de Dimitri escocían como sal en la herida, pero no le respondió. Se le hizo un nudo en el estómago de pura rabia porque sabía que tenía razón y la culpa la enmudeció. Una mirada furiosa fue su única respuesta. Dimitri captó enseguida la indirecta.

—Me marchó, llego tarde. Me ha dicho Lucas que esta tarde pasaría él. Descuéntamelo del sueldo si quieres. Hasta mañana.

Dio un portazo al salir, los cristales vibraron y Roberto frunció el ceño.

—¿Puedo abrir la ventana? Hace muchísimo calor...

Parecía que Roberto aún conservaba una oportuna capacidad para cambiar de tema y distraer la atención.

Con los ventanales abiertos, la calle entró en el ático. Llegaban los aromas a fritura de los bares, la brisa mediterránea y la algarabía de la gente. Sabina respiró profundamente e intentó sacudirse el malestar del cuerpo. Visualizó que le salía por la punta de los dedos de las manos, en forma de rayos de color verde. Era uno de sus ejercicios para controlar la ansiedad. Volvió a poner la radio, el silencio la mataba lentamente. La dejó con un volumen apenas audible.

—Tengo cosas que hacer. ¿Quieres leer algo? ¿Prefieres ver la televisión?

—Quiero estar contigo. ¿Vas a pintar?

«Qué manía tiene todo el mundo con que pinte», pensó con un punto de irritación.

—No, es otro tipo de trabajo el que tengo pendiente. —Al ver la mirada de Roberto se relajó y sonrió—. Está bien, puedes estar aquí, pero en silencio, ¿de acuerdo?

Encendió el ordenador portátil y, mientras se ponía en funcionamiento, ojeó toda la información que había recopilado el día anterior. Había tomado una decisión: utilizaría la toxina botulínica para envenenar a Amalia. Ella sería el conejillo de Indias, el ratón de laboratorio. Así, una vez comprobado el efecto del veneno con su primera víctima, todo sería mucho más fácil con Eugenio, y en caso de no matarla, un buen susto sería suficiente para una encubridora de asesinos. Cualquier posible error podría ser subsanado.

Pensar en ello la reconfortaba. Le hubiera gustado contárselo a alguien, hacer partícipe a alguna persona de su plan magistral, alguien que se sintiera como ella. Seguro que había muchísima gente insatisfecha con el sistema. No entendía cómo la gente se conformaba ante tanta injusticia. ¿Por qué nadie se tomaba la justicia por su mano?

Hablar de ello en voz alta era políticamente incorrecto y, probablemente, si lo hubiera hecho, sólo hubiera servido para que la acusaran de loca, trastornada, obsesa o psicópata. Ya estaba acostumbrada a que se refirieran a ella como a una excéntrica en el mejor de los casos. La gente hubiera dicho que lo que estaba

planeando no era justicia sino venganza, pero a Sabina le importaba un bledo el nombre que le pusieran. Le importaba un bledo la gente. Al fin y al cabo, una de las leyes más antiguas del ser humano era la ley del Talión, ojo por ojo, vida por vida, y, sin embargo, ahora que presumíamos de ser civilizados, pensaba ella, todo había cambiado. Las leyes diseñaban puertas de atrás para que los culpables escaparan a hurtadillas, guiados por sus caros abogados al servicio del delito. Los inocentes se pudrían en las tumbas, mientras los impuestos de todos financiaban un teatro al que llamaban sistema jurídico. La justicia de los pobres no comía en la misma mesa que la justicia de los ricos. Hecha la ley, hecha la trampa. Había leído mucho sobre todo eso, había tenido demasiado tiempo para ello. ¿Tutela judicial efectiva? Ella se reía de ese término en el que decían se basaba nuestro Estado de Derecho. Sólo eran bonitas palabras para disfrazar una justicia de colador, llena de agujeros. ¿Evitar la indefensión? Era un chiste macabro que no le hacía ninguna gracia. ¿Quién la defendía a ella? ¿Quién había defendido a Lola? Todo le parecía una hipócrita pantomima, un teatro para mantener a raya a las masas. En cambio, si alguien como ella intentaba devolver el equilibrio que el sistema le había negado, si hubiera contado lo que pensaba hacer, hubiera pasado de víctima a verdugo al instante. La sociedad la hubiera criminalizado en una décima de segundo. Tal vez en realidad lo que todos temían era que una hormiga se rebelara y el resto del hormiguero siguiera el ejemplo. Tal vez el mundo era cobarde y sólo unos pocos tenían el arrojo suficiente para hacer justicia. Hacía falta valor para hacer lo que iba a hacer. Y no, no podía contarle, no podía compartir sus planes con nadie más. Todos estos pensamientos estaban herméticamente guardados en su cabeza, sin posibilidad de darles salida, como ella lo estaba en su casa, un juego de muñecas «*matrioskas*» convertido en espiral.

Mientras Roberto, sentado a su derecha, la observaba, tecleó en el buscador «comprar toxina botulínica A medicina estética». La magia se hizo de nuevo. El primer resultado de la lista la dirigía a una página web que vendía viales de toxina de distintas marcas comerciales. El precio era de trescientos cincuenta euros cada caja de dos viales y, tras el pago, te la enviaban por correo desde Andorra.

—Vaya, menos mal que sólo se puede vender a personal cualificado —bromeó en voz alta. Le parecía increíble que pudiera comprar algo así de una forma tan sencilla. Había escuchado que Internet ofrecía manuales con sesiones tutoriales para fabricar explosivos y cosas por el estilo, pero hasta ahora no había comprobado el potencial que tenía la red.

—¿A personal qué? —preguntó Roberto.

—A médicos. En teoría, lo que voy a comprar sólo se puede vender a médicos. ¿Tengo pinta de médico? —Roberto sonrió—. Pero claro, las normas están para saltárselas. Qué tiempos aquellos en los que se viajaba a Andorra para traer azúcar y mantequilla. Ahora resulta que de Andorra no sólo puedes traer perfumes, televisiones de plasma y videocámaras a buen precio, sino que también puedes comprar un poco de toxina botulínica como si tal cosa.

Solicitó dos cajas, con dos viales cada una, de la marca más económica que ofrecía la web. Total, era para matar, pensó. Desconocía qué cantidad exacta iba a necesitar, así que decidió que sería mejor aprovisionarse con generosidad para no quedarse corta.

Al hacer el pedido, se abrió una ventana en la pantalla con un mensaje que decía: «El producto que va adquirir puede ser peligroso para su salud. Debe ser administrado siempre por un médico especialista. Consulte el prospecto». Pensó que tenía su gracia, la vida le resultaba muy irónica últimamente. Hizo el pago con tarjeta bancaria y rellenó los datos de su dirección. En tan sólo tres días tendría el pedido en casa. Así de sencillo.

Se sintió pletórica y quiso celebrarlo. Roberto ojeaba entretenido las hojas de papel. Sabina lo observó mientras se servía un vino y se preguntó si sería capaz de entender lo que estaba leyendo. Lo dudaba. Había sido un hombre de una inteligencia deslumbrante, pero ahora desconocía hasta dónde alcanzaba a comprender, ni siquiera los médicos estaban seguros de eso, ni de otras tantas cosas.

—¿Quieres una copa de vino?

—No me gusta. Prefiero agua con hielo.

El sonido engolado del vino escapando de la botella acompañaba a sus pensamientos. Roberto era capaz de recordar su canción de amor y, sin embargo, había olvidado cuánto le gustaba el vino. Tal vez el accidente le había cambiando los gustos. ¿Era eso posible?

—Toma, vamos a brindar. —Le ofreció el agua con mucho hielo tintineando contra el vidrio.

—Trae mala suerte hacerlo con agua. —Sabina frunció el ceño. No le gustó la observación por si tenía algún atisbo de verdad, teniendo en cuenta lo que estaba planeando, pero la ignoró.

—Eso son tonterías. No debes creer en esas cosas —dijo desafiando al mal fario—. ¡Por la justicia!

—¡Por la justicia!

Comieron *pizza* de Giovanni, las mejores *pizzas* de *pepperoni* de toda Peñíscola. Bebieron muchos refrescos. Compartieron una bolsa grande de patatas fritas e

incluso durmieron la siesta juntos. Las aspas del ventilador del techo de su dormitorio giraban hipnóticamente y emitían un rítmico sonido que adormeció a Roberto en segundos. La pesada digestión también ayudó. Los haces de luz que se colaban por los agujeros de la persiana bajada dejaban ver las motas de polvo bailar al ritmo del aire en movimiento. La escena hizo que a Sabina le volviera a la mente una de esas tardes de sexo vespertino, una en la que Roberto había bromeado con casarse con ella en la ermita de la Virgen de la Ermitana, en lo alto del peñón, junto al Castillo, con el mar y el cielo separados por una línea haciendo de testigos mudos de su amor. Ella no se lo tomó en serio, pero le gustó escucharlo de sus labios como si fuera verdad e incluso se llegó a imaginar pintando su boda con el mar de Peñíscola a sus pies.

Cerró los ojos y se centró en escuchar la sonora respiración de Roberto fundiéndose con el murmullo de la radio de fondo. Se recreó en ese instante y lo encontró tan placentero como compartir cama con Dimitri, sólo que de una forma distinta. Recordó con cierta amargura que cuando Roberto y ella estaban juntos, apenas habían dormido en la misma cama. Tenían sexo pero no solían dormir juntos, tal vez porque podía resultar demasiado íntimo. Volvía a antojársele la vida asquerosamente irónica. Quiso dormirse un rato pero no pudo. Su cabeza era una olla exprés a punto de ebullición. Pensó que urgía arreglar el aire acondicionado. Meditó sobre lo que Lucas le había dicho. Tal vez debía volver a pintar; era cierto que su economía empezaba a rozar las dificultades. Sintió una punzada en el estómago al recordar los reproches de Dimitri, nunca antes había sido tan cruel con ella. Tejía pensamientos de aquí y de allá, alrededor de su pensamiento central, eso que otros llamaban venganza, pero que para ella era justicia. Los planes para engatusar a Amalia se reproducían como setas en su cabeza. No sabía cómo pararlos, era incapaz de hacerlo. Diseñó mil estrategias en minutos, imaginando todos los posibles escenarios. Reprodujo la conversación previa que mantendría con ella. Hasta pensó qué ropa iba a ponerse para la ocasión. Pensó que las ocasiones importantes requieren de un vestuario especial, como en las bodas o en los funerales. No podía parar su cabeza, así que decidió dejar que las ideas fluyeran, tal y como le recomendaba la doctora Durán.

7

Aunque ya fuera lunes, para Sabina era un día más, un día cualquiera. Sólo los domingos, con la visita de Roberto, la rutina se quebraba sutilmente. Había pasado mala noche porque se había acostado disgustada. Lucas se había encargado de sacar a *Dalí* la noche anterior, tal y como había acordado con Dimitri, y al llegar a casa lo había encontrado especialmente distante con ella. Cuando Sabina quiso saber qué le pasaba, él sólo dijo:

—Todos tenemos problemas, Sabina, no eres la única persona en este mundo que sufre.

Dos veces en el mismo día, dos reproches salidos de bocas distintas, la de Dimitri y la de Lucas. Eso le había dado qué pensar. Necesitaba poca cosa para pasar la noche en vela. Se sintió egoísta y llegó a la conclusión de que tal vez, con la intención de alejarse todo lo que le fuera posible de la imagen de su madre, en el fondo, lo único que estaba consiguiendo era, paradójicamente, parecerse a ella. Su madre procuraba no entrar en casa y ella no salía de la suya. Ahora que lo pensaba, había poca diferencia entre ambas actitudes. Alguna vez había hablado de ello con la doctora Durán, y recordó que Fátima lo había llamado algo así como la profecía autocumplida. Tanto empeño por querer escapar de algo no hacía más que atraerlo hacia tu vida, como un imán. Ella era un imán de sus propios miedos. Atraía sus temores con la misma fuerza con la que los intentaba ahuyentar. Probablemente era eso lo que le estaba pasando y, de seguir así, se quedaría sola girando alrededor de su propio ombligo, embebida por su realidad, como había hecho su madre. El agujero negro se la estaba tragando y pronto nadie ofrecería su mano para tirar de ella y sacarla de allí. Pisaba arenas movedizas. Le asustaba la soledad. Tenía miedo de estar sola y al mismo tiempo no deseaba compañía. Se había acostumbrado a su mundo, estructurado en unos pocos metros cuadrados, pero también necesitaba sentir la red que al trapecista le da seguridad, tener la certeza de que fuera de allí, por muy alto y peligroso que fuera su salto mortal, había personas a las que les importaba. Si sacaba cuentas, los números son siempre muy fríos pero terriblemente sinceros, podía contar a esas personas con los dedos de una mano y todavía le sobraba alguno. Con el tiempo, la gente se estaba cansando de ser su satélite y hasta ella misma empezaba a echar de menos aquellos días en los que era la estrella. No les culpaba por ello, más bien se culpaba a sí misma. Culpa, mucha culpa, siempre la culpa, omnipresente en su vida.

Hizo un ejercicio de autocrítica y decidió llamar a Lucas. Reconoció que no mimaba lo suficiente a quien la quería. Siempre era Lucas quien la llamaba a ella. Estaba convencida de que la confianza es una mala consejera y el victimismo muy egoísta. Además, tenía una noticia que darle.

—*Oui, allô?*

—Espero no haberte despertado. Ayer me quedé un poco preocupada y quería saber si te apetece comer hoy conmigo. Tengo algo que decirte. —Sabina anió la voz y utilizó un tono misterioso y persuasivo.

—¿No será que estás embarazada? *Oh, mon Dieu!* No podría soportar tener que sacar a pasear también al niño. Con un perro se liga, pero con un niño... es misión imposible para un maricón de mi edad. Pensarían todos que soy su abuelo... ¡Me pongo enfermo sólo de pensarlo! —bromeó histriónico. Sabina respiró aliviada; el humor de Lucas era el mejor barómetro de su presión y parecía estar bien.

—De trillizos, sí, estoy embarazada de trillizos y quería presentarte al padre, el Señor Santo, Espíritu Santo... —Ambos rieron a carcajadas.

—No te preocupes por mí, cielo —dijo susurrando al teléfono—. Lo de ayer era un problema de pantalones, ya me entiendes... Ahora no te lo puedo contar, porque lo tengo durmiendo aquí a mi lado. Es adorable, con tantos músculos y todos tan apretados... —comentó con lascivia—. Ya conoces mi teoría. No hay pelea que no se arregle entre las sábanas y bueno, si no se termina arreglando con un orgasmo de fuegos artificiales, pues eso que se lleva tu cuerpo serrano. —Sabina podía imaginarlo ahogando una risita de sátiro y con sus rizos rubios alborotados—. Acepto la invitación, me paso para comer. Intuyo que me vas a dar buenas noticias, te noto de buen humor. En cuanto cierre la galería me acerco a tu casa. Te dejo, que se ha despertado la obra de arte y creo que va a necesitar a alguien que le rasque la espalda en la ducha. *Au revoir.*

La conversación le devolvió cierto equilibrio, el suyo era muy quebradizo, parecía hecho de hojaldre. Cualquier suspiro que se le escapaba hacía inclinar la balanza hacia la negatividad, de la misma forma que una sonrisa de Lucas la decantaba hacia cierta euforia desmedida, aunque sentía que acababa de poner tan sólo una tirita a la herida. Se encendió un cigarro que sólo consumió hasta la mitad. Era para calmar la ansiedad de la mañana. Después de cuatro caladas lo tiró por la taza del váter. Se dio una ducha y abrió las ventanas. El calor le recordó que debía solucionar la avería del aire acondicionado con urgencia. *Gala* maullaba con insistencia. Su cacharro del agua estaba vacío y la caja de arena donde hacía sus necesidades, sucia. Olía a orines de gato mezclados con el café recién hecho que humeaba ya en la cafetera. La radio daba las noticias de los muertos en carretera ese fin de semana de julio, coincidiendo con la operación

salida de vacaciones. Quince fallecidos en las últimas cuarenta y ocho horas.

—¡Ya voy, *Gala*, ya voy, no seas pesada! —La gata se le enroscaba entre las piernas mientras Sabina se cubría el cuerpo con una toalla por debajo de los brazos y se colocaba otra en la cabeza como un turbante—. Un día vas a hacer que me caiga. ¡Quita de en medio, que me voy a tropezar!

Encendió el ordenador portátil y mientras se iniciaba, le puso agua a *Gala* y se sirvió un café solo, sin azúcar. No tenía ningún correo electrónico que contestar, nadie le había escrito. Antes recibía algún que otro mensaje de otros artistas, amigos suyos repartidos por el mundo, intercambiando información de exposiciones y esas cosas, pero últimamente el mundo al que una vez había pertenecido parecía estarse difuminando en todos los rincones. Afortunadamente aún le quedaban los admiradores de su arte. Muchos turistas la descubrían por primera vez al ver el cuadro que años atrás había donado al Museo del Mar de la ciudad. Era un imponente lienzo de dos por tres metros, con la imagen del peñón y el Castillo iluminado, en una noche majestuosa sobre un mar embravecido pintado al óleo. A los pies del cuadro rezaba un cartelito que decía: obra cedida por la artista Sabina Lamer, afincada en Peñíscola, la pintora del mar por excelencia. Había pensado que un Museo del Mar era quizás el lugar más apropiado del mundo para exponer una obra suya. De vez en cuando el ayuntamiento le hacía llegar cartas de alguno de los visitantes que, fascinados con la obra, le comentaban sus impresiones. Le encantaba ese contacto con la gente que compraba o admiraba sus cuadros. Pero hacía tiempo que eso ya no ocurría. En el buzón del portal de casa sólo había correo comercial y bancario, frío y aséptico, casi quirúrgico, y en el electrónico, algún que otro *spam*, la basura moderna. Tenía la sensación de empezar a desaparecer, a dejar de existir. Se estaba desdibujando.

Le dio por pensar que, de haberse muerto en aquel mismo instante, nadie se hubiera enterado hasta que no empezara a ser un cadáver maloliente.

—¿Cuánto tiempo tarda en descomponerse un cuerpo? ¿Tú lo sabes? —le preguntó a *Gala* que bebía agua—. Supongo que con este calor de mil demonios no demasiado. Tal vez un día sería más que suficiente.

No era capaz de recordar el olor del mar y, sin embargo, sí que pudo reproducir con exactitud, en su cabeza, la punzada del hedor de la carne podrida. Le dio náuseas. Si ocurría, si se moría en aquel mismo momento, tal vez Dimitri se extrañaría al ver que no abría la puerta cuando viniera a sacar a *Dalí*. Eso tal vez le alarmara. Era triste imaginar que sólo la echarían de menos por su perro y no por ella misma.

—¡Joder, Sabina! ¡Tienes que dejar de pensar esas cosas! —se riñó—. Recuerda lo que te dice siempre Fátima: «Tú controlas tus pensamientos. Tus

pensamientos no te controlan a ti». —Suspiró—. ¡Qué jodidas mentiras dice esa mujer! ¡Céntrate de una puta vez! ¡Sé racional! ¿Por qué te ibas a morir ahora? ¡A ver!

Se le ocurrieron muchas cosas que contestarse: un infarto, una mala caída en el baño con un golpe fatal en la cabeza, cualquier otro accidente doméstico de los que aparecen como frecuentes en las estadísticas, un derrame cerebral... La muerte acecha, pero prefirió no alimentar esa malsana conversación consigo misma. No la llevaba a nada bueno y desoía su firme propósito de salir adelante y volver a ser la que era.

—Piensa en positivo. Seguro que Lucas te echaría de menos enseguida. Siempre está pendiente de ti. Te llama, te visita, es tu amigo. También Griselda, y Roberto... Hasta Silvia te llama de vez en cuando... Además, no te vas a morir, tienes que cumplir con tus planes. Te vas a dar el gustazo de hacer justicia. ¡Eso es! ¡Eso está mucho mejor! ¡Joder con tu puta cabeza loca, Sabina!

Bebió un sorbo de café. Su humor ya había vuelto a cambiar, como una veleta de un soplido. Se conectó a Facebook, a su otro yo, y cuando estaba a punto de ponerse al día con las vidas de Eugenio y Amalia, Dimitri llamó al timbre. Venía a por *Dalí*.

—Hola, jefa, ¿estás enfadada conmigo? Ayer me pasé un poco, lo sé. ¿Me perdonas? —Lució sonrisa arrebatadora mientras se disculpaba con un exagerado acento ruso, que sólo acentuaba cuando quería ponerse interesante, y le daba unas palmaditas a *Dalí* en el lomo—. Estás muy sexy con esas toallas. —Sabina sucumbió durante un instante, necesitaba sucumbir—. Si quieres me quedo un ratito. —Dimitri se acercó al cuello de Sabina y empezó a mordisquearlo con suavidad, recorriéndolo entero muy despacio. A pesar del calor, la piel se le erizó y sintió un escalofrío.

—Ahora no puedo, tengo cosas que hacer...

Apenas acertó a pronunciar esas palabras sin que se le escapara un ronroneo placentero. Dimitri le lamió con pericia el lóbulo de la oreja, sólo con la punta de su lengua, perfilando su contorno como si fuera un lápiz húmedo.

—¿Estás segura de eso? —susurró con un aliento caliente mientras le quitaba la toalla de la cabeza y su cabello mojado le caía por la espalda.

—No del todo, la verdad. Últimamente estoy segura de pocas cosas. Tal vez... en otro momento. ¿Esta noche?

—¿Negociando conmigo? ¿En serio podrás esperar? No me lo creo... Mira como estoy. —La apretó contra su cintura para que notara su erección debajo de sus pantalones cortos—. No me puedes dejar así, eso está muy feo.

—No me queda más remedio que hacerlo... créeme. Además, he quedado con Lucas, viene a comer dentro de un rato. Está al llegar. —Lo apartó de su cuerpo

con sutileza—. Si nos pilla juntos, lo mismo se apunta a la fiesta. Sé que le gustas...

La sugerencia no le agradó demasiado a Dimitri que ya había notado varias veces cómo los ojos de Lucas lo desnudaban, es más, hubiera dicho que hasta le hacían una radiografía. Se sentía intimidado y nada cómodo cuando era un hombre el que lo deseaba.

Sabina intentó recomponerse, pero su respiración, casi jadeante, estaba desbocada. Agradecía tanto sentirse viva de vez en cuando que era capaz de perdonarle casi todo a Dimitri. Sólo él conseguía recordarle que tal vez no estaba todo perdido dentro de ella.

—Esta noche no puedo, tengo planes. Pero me lo debes —dijo mientras le colocaba la correa a *Dalí*.

Le hubiera gustado preguntarle qué clase de planes tenía para esa noche, pero se reconoció a sí misma en una posición que no le correspondía, de haberlo hecho. ¿Quién era ella para Dimitri? ¿Qué era Dimitri para ella? No tenía derecho a saber nada más sobre su vida fuera de aquellas cuatro paredes, ni siquiera tenía derecho a imaginarla y tampoco podía exigir explicaciones que traspasaran la frontera de su acuerdo implícito. Se tragó, pues, las preguntas y le dedicó una sonrisa forzada.

—Tal vez otro día. No te olvides la lista de la compra. Ahí tienes el dinero.

Le señaló un par de billetes de cincuenta euros que había dejado sobre el recibidor, debajo de una caracola de mar. Era mucho más de lo que necesitaba para pagar lo que había anotado en la lista, que no debía ascender a más de treinta euros.

—Quédate con la vuelta. —Dimitri sonrió luciendo dentadura perfecta—. No me mires así. Soy una mujer generosa con mis propinas.

Mientras el chico y el perro salían por la puerta, Sabina recordó la frase que su padre decía a menudo: «Todo lo que puedas comprar con dinero es siempre barato». El pago de generosas propinas con Dimitri era algo que nunca habían hablado explícitamente, tal vez porque a ambos les hubiera resultado incómodo hacerlo. Supieron entender sus necesidades mutuas sin que hicieran falta las palabras, y ese lenguaje cómplice, ese negocio sin contrato, sólo les había reportado mutuos beneficios hasta el momento, unos más mercantiles que los otros. Pero en ese proceso de poseer un cuerpo y entregar el suyo al éxtasis, Sabina estaba empezando a dejarse no sólo la piel, sino también el alma. La frontera entre lo acordado y lo inconveniente empezaba a difuminarse para ella, aunque en el fondo no quisiera reconocerlo.

Por fin pudo ponerse con cierta tranquilidad delante del ordenador. Retomó su labor de espionaje de la pareja que tenía en su punto de mira. Empezó por

Eugenio. En su perfil no había habido demasiada actividad. Solamente había subido una fotografía con Amalia. Ambos brindando, él con cerveza y ella con lo que parecía un refresco de cola. Estaban en un restaurante. Sabina distinguió unos cuadros en las paredes que parecían burdas imitaciones de pinturas de Botero. Siempre se fijaba en los cuadros de las fotografías que la gente se hacía, era deformación profesional. Dedujo por ellos, y por el resto de la decoración, que la foto se la habían hecho en un restaurante de comida mexicana. No supo identificar cuál. Tal vez era nuevo, llevaba mucho tiempo sin ir a cenar fuera. Cuánto habría cambiado la ciudad en todos estos meses, se preguntó. Le consoló pensar que los siglos de historia bien podían esperarla unos meses. Miró la fecha. La fotografía había sido tomada el sábado anterior. Le hizo gracia pensar que mientras ellos cenaban con despreocupación, ese mismo día ella ya tenía toda la información acerca del veneno que pensaba utilizar para hacer justicia. No le agradó tanto leer el texto que acompañaba a la fotografía. Eugenio había escrito: «*Con Amalia, la mujer de mi vida. Te debo mucho cielo. Gracias por todo. Te quiero*».

—Un hombre agradecido. —El sarcasmo hablaba por ella—. ¡No sabía que tenías esa virtud, hijo de puta! Por supuesto que le debes mucho, y tanto que le debes, cabrón...

El testimonio de Amalia había sido clave en la absolución de Eugenio, absolutamente definitivo. Ella le había respaldado, le había dado cobijo bajo una mentira en forma de coartada. Ella, la que se hacía llamar Amalia Enamorada, un nombre cursi y empalagoso hasta el empacho, era una mentirosa capaz de cometer falso testimonio delante de un jurado, sin parpadear. Amalia había abierto el paraguas en el momento del chaparrón y había invitado a cobijarse al asesino de Lola. Y eso para Sabina tenía un nombre, cómplice. Y claro, por supuesto, Eugenio le debía nada más y nada menos que la libertad. ¿Acaso hay algo máspreciado para un hombre?

Compungida y angustiada, así interpretó Amalia el papel de testigo en posesión de la verdad. Delante de los nueve miembros del jurado resultó convincente, tal vez por las lágrimas que resbalaban por sus mejillas, como en los buenos melodramas; tal vez por el estudiado guion, con horas, detalles y datos exhaustivos; tal vez porque el jurado simplemente prefirió asistir a un espectáculo teatral en lugar de a un juicio por la muerte de una mujer.

Amalia contó que aquel día no se había separado de Eugenio ni un segundo. No podían estar el uno sin el otro. Interpretó su papel con una credibilidad pasmosa. A la hora de los hechos dijo haber estado cocinando, en casa de Lola, en la cocina de Lola, acompañada del que fuera su marido. Reprodujo cada palabra de la conversación que ambos habían mantenido, incluso recordaba qué

canal de televisión habían sintonizado en la salita de estar. El sonido se colaba por el pasillo. Él había dado la misma versión. Sabina estaba segura de que se habían puesto de acuerdo, ella le había informado de todo cuanto necesitaba decir, ambos sincronizaron sus testimonios escapando airosoamente a las posibles contradicciones.

Amalia había explicado que sabía que Eugenio estaba en proceso de separación, al parecer no había secretos entre ambos. Dibujó un retrato de Eugenio muy alejado de la realidad. Para ella era un buen hombre, amable, detallista y cariñoso. Igual de detallista y cariñoso que lo había sido cuando conoció a Lola, el mismo patrón de comportamiento, había pensado Sabina. Aquel mismo día le había regalado flores, margaritas blancas, sus preferidas, un par de horas antes de matar a Lola. La florista lo confirmó.

—¿Quién regala flores a otra antes de disparar a su propia esposa? ¿No le bastaba con divorciarse? La mató como quien tira un trasto viejo a la basura, porque le estorbaba... Tal vez debería dejar que Amalia probara su propia medicina... Sólo es cuestión de tiempo que se obre la transformación y ese cabrón deje de ser tan cariñoso y detallista para mostrar su otro yo, posesivo y manipulador. Lo sé, lo he visto, he sido testigo de esa transformación. Eres una maldita idiota, Amalia.

Para Amalia, Eugenio sólo era un hombre que buscaba una segunda oportunidad, algo desvalido y castigado por el amor. Por eso, con voz firme, la mano en el pecho y la mirada puesta en la tribuna del jurado, testificó con ojos vidriosos que Eugenio no se había ausentado de su lado ni un minuto y que incluso habían estado haciendo el amor hasta terminar dormidos.

Todo le resultó grotesco, esperpéntico, pero creíble. De no haber estado allí cuando todo había ocurrido, viendo como Eugenio apretaba el gatillo, hasta Sabina se lo hubiera tragado. Ella sabía que Eugenio sólo había necesitado una hora para cometer el asesinato. Una grieta de tan sólo sesenta minutos en la historia de Amalia que la policía no supo encontrar. Su nueva amante le había proporcionado una coartada que se había convertido en el testimonio al que tuvo que enfrentarse Sabina. La palabra de una contra la palabra de otra. La versión de una mujer entregada frente a la versión de una mujer trastornada que aseguraba reconocer la mirada del asesino detrás de un casco de moto en un momento de suma tensión. El jurado lo tuvo claro y el combate lo ganó Amalia. Lo que Amalia llamaba amor, venció sobre la verdad. Y Amalia se convirtió para Sabina, en cómplice de asesinato.

¿Puede una mujer enloquecer de amor hasta el punto de encubrir a un asesino? ¿No tendría Amalia ni el más mínimo atisbo de duda acerca de la culpabilidad del hombre con el que se metía en la cama? Y el miedo, ¿no le acechaba en la

intimidad? ¿Podía dormir tranquila? ¿Dónde estaba su conciencia? ¿No temía que pudiera volverse violento con ella? Sabina se preguntaba tantas cosas que, antes de vengarse, le hubiera gustado someter a Amalia a un interrogatorio para poder encontrar cierta lógica en aquel comportamiento.

Dejó el perfil de Eugenio y abrió el de Amalia. Ella también había colgado esa misma fotografía.

—¡Qué derroche de originalidad!

Le llamó la atención comprobar que en ese mismo instante, Amalia también estaba conectada. A Sabina se le aceleró el corazón. Espiaba sin ser vista, como cuando de niña se asomaba a la mirilla cuando llegaba su hermana Silvia y la veía besarse con un chico en el portal, cuando la luz automática del rellano se apagaba. Notaba la adrenalina correr por sus venas. Encontró cierto placer extraño en ello. Empezaba a gustarle aquello. De repente, Amalia escribió algo nuevo, decía así:

«Hola chicas, espero que a alguna de vosotras os pueda interesar. Vendo Thermomix, en perfecto estado y con muy poco uso. Resulta que tengo dos y me he preguntado, ¿para qué quiero yo dos robots de cocina? Jajajaja... Es un chollo, 300 euros. 😊 Interesadas contactar por mensaje privado».

—¡Ya te tengo, hija de puta! —gritó eufórica Sabina. *Gala* levantó las orejas y la miró fijamente. Después volvió a dormir, no sin antes bostezar.

Rápidamente, temerosa de que alguien se le pudiera adelantar, escribió un mensaje privado interesándose por la oferta. No podía dejar escapar ese golpe de suerte.

«Hola, Amalia. Acabo de leer que vendes un robot de cocina. Precisamente estaba pensando estos días en comprarme una Thermomix. ¿Qué coincidencia, verdad? 😊 Estoy interesada, además me parece que le has puesto un precio estupendo. Me la quedo. Esperanza.»

La respuesta de Amalia no se hizo esperar.

«Hola, Esperanza. Vaya, qué rápido. No pensaba que la fuera a vender tan deprisa. Es una suerte que estuviéramos las dos conectadas ahora mismo, yo interesada en vender y tú en comprar, qué coincidencia...»

—¡Ni te lo imaginas!

«¿Quieres verla? Te puedo mandar una foto, aunque te aseguro que apenas se ha utilizado. Resulta que mi novio ya tenía una, y yo otra, y como ahora nos vamos a ir a vivir juntos, pues nos hemos encontrado con dos. La suya está más nueva y es la que vendo.»

—No me lo puedo creer... ¡Será desgraciada! ¡Está vendiendo las cosas de Lola! ¿Sabes, *Gala*? Cada vez tengo más ganas de matarla. —*Gala* se lamió la pata derecha despreocupada.

«No es necesario. Si tú dices que está bien, seguro que es así.»

«Te lo aseguro, se me da fatal mentir. Está como nueva, cuando la veas me darás la razón.»

—¿Que se te da mal mentir? ¡Serás falsa! —exclamó indignada. Pero tenía que seguir leyendo, porque Amalia seguía tecleando:

«¿Oye? ¿Y cómo lo hacemos? Yo estoy en Peñíscola, un pueblo del norte de Castellón. ¿De dónde eres tú? En tu perfil no lo pone. Te la puedo mandar por mensajero y tú me haces un ingreso en una cuenta. ¿Te parece bien?»

«No hace falta. Yo también estoy en Peñíscola. Podríamos vernos.»

«¡Qué bien! Hoy es el día de las casualidades.»

—No lo sabes tú bien, idiota... Acabas de morder el queso de la trampa de ratones.

Sabina cayó en la cuenta de que necesitaba ganar tiempo. La toxina que había comprado por Internet no llegaría hasta el miércoles, no podía programar una cita para antes de esa fecha. Además, necesitaba buscar una buena excusa para poder quedar en su casa. Pensó con rapidez.

«Sólo hay un problema. Bueno, en realidad tampoco es demasiado problema. El otro día, haciendo footing, me torcí el tobillo. Ha sido una torcedura muy fea y tengo un buen esguince. Vivo en un ático en el casco antiguo y no tiene ascensor. Debo guardar reposo en el pie, ya sabes, apoyarlo lo menos posible. El médico me ha dicho que por lo menos esté así dos largas semanas. Las escaleras son insalvables para mí, una auténtica tortura. ¿Te importaría venir a mi casa? Me harías un gran favor, tengo pesadillas con esas malditas escaleras. El jueves me viene perfecto.»

Amalia tardó en contestar. Durante unos interminables segundos la pantalla del ordenador no mostró ningún mensaje. Sabina podía escucharse el corazón. Temió que estuviera dudando sobre si acudir o no a la cita con una desconocida, en su propia casa. Realmente podía resultar algo imprudente. Era razonable que desconfiara. Ella misma lo hubiera hecho. Se apresuró a interrumpir ese bucle de pensamiento.

«Tranquila, no soy una asesina peligrosa, jajajaja 😊 sólo una coja circunstancial», se permitió bromear con todo descaro y surtió efecto.

«Jajajaja. Ya me imagino. No te preocupes, me parece bien. El jueves quedamos. ¿A qué hora? Yo ahora no trabajo, tengo disponibilidad. Pásame la dirección.»

La hora, un detalle importante. Un momento de angustia se le atravesó entre tanta euforia.

—¿Y si no se fía y viene a la cita con Eugenio? ¡Joder, Sabina, siempre te pones en lo peor! ¿Te crees que ella puede intuir lo que va a ocurrir cuando venga? Pues no, eso sólo lo sabes tú. Ella viene a venderte la puñetera Thermomix de Lola. —El corazón le iba a mil por hora. Estaba algo paranoica.

Respiró profundamente hasta en tres ocasiones. Intentó calmarse, pero se mordía las uñas frenéticamente—. Ya está, cítala a una hora en la que ese cabrón esté trabajando, por si acaso.

«Pásate a las once de la mañana y te invito a tomar algo. Será un placer conocerte personalmente. Eres muy simpática. Quién sabe, lo mismo nos hacemos amigas, me gusta conocer a gente nueva, y más viviendo las dos en Peñíscola. Podría ser el principio de una bonita amistad.»

Le dio las señas y se despidió de ella hasta el jueves con una alegría prudente, contenida. Se encendió un cigarro con manifiesta ansiedad. La primera calada le supo a gloria. Dibujó con el humo una línea recta en el aire. *Gala* seguía aseándose, lamiéndose con meticulosidad. Hasta que todo no hubiera salido como tenía planeado, no quería cantar victoria, era lo mejor. Pero se sentía afortunada. Aquella coincidencia, que ella estuviera conectada en el mismo momento en el que Amalia escribía una oferta para vender una Thermomix, era algo así como una señal del destino, cierto equilibrio kármico. Sin embargo, debía reconocer que le daba un poco de miedo pensar en lo sencillo que había resultado todo.. Nada era tan fácil en su vida últimamente, y temía encontrarse con algún inconveniente en el momento más inoportuno. Le gustaba esa frase que solía decir Lucas: «Si quieres que Dios se ría, cuéntale tus planes». Le rogó al cielo que, si existía Dios, esta vez decidiera ponerse de su parte.

—¡Joder! Estamos en el mes de julio... ¿Y si Eugenio está de vacaciones? — Cada nueva posibilidad que pensaba provocaba una angustia que le salía por la boca en forma de pregunta. Dio otra calada profunda al cigarro. Le pesaba el pecho y le faltaba el aire. Se resignó—. Ahora ya está, ya está hecho. Sólo queda confiar en la suerte. Si aparece con él, ya improvisarás... no queda otra. —dijo mientras cruzaba los dedos.

Apuntó la fecha y la hora de la cita por si acaso, aunque sabía que era imposible que se le olvidara. Anotó también el precio de la Thermomix, trescientos euros. Debía pedirle a Lucas que fuera al banco por ella. Solía encargarse de hacerle esas gestiones.

—No me va a salir nada barato este plan. Entre los viales de toxina y esto, se me va a ir a los mil euros. ¿Tú sabes lo que cuesta un sicario, *Gala*? —La gata la ignoró por completo—. ¿Hay crisis para los asesinos a sueldo? Quizás ahora hasta tienen ofertas. Dos muertos al precio de uno. Eugenio y Amalia por el mismo precio. —Dio otra calada profunda sin borrar la sonrisa de sus labios al visualizarse negociando con un asesino a sueldo—. Tal vez hubiera sido mejor contratar uno, ¿no crees? —Expulsó el humo recreándose en ello—. ¿Y renunciar al placer de hacerlo tú misma? — Una carcajada retumbó en toda la casa. Quería contener la euforia pero se sentía realmente pletórica, amargamente feliz—. Eso no tiene precio, Sabina... Todo lo que puedas pagar con dinero es

siempre barato. No lo olvides.

Cargado con las bolsas de la compra y empapado en sudor, Dimitri llegó junto con Lucas, que llevaba a *Dalí*. Habían coincidido en el portal.

—¡Qué pronto has venido! —le dijo Sabina a Lucas que no le esperaba hasta un poco más tarde. Ayudó a Dimitri a dejar las bolsas de la compra sobre la encimera de la cocina.

—Había poco que hacer y, para qué negarlo, me muero de curiosidad.

Los ojos de Lucas escrutaban sin descanso cada movimiento de Dimitri, sin disimulo alguno. El chico no pronunció palabra. Podía sentir en su nuca su mirada lasciva, lo que le hacía sudar aún más. Incluso hubiera jurado que llegaba a rozarle su aliento caliente. *Dalí* lamía las manos de Lucas para llamar su atención, pero de nada servía su insistencia.

—Si no necesitas nada más, me marchó.

—Todo perfecto, muchas gracias, Dimitri.

—Qué servicial y predispuerto —comentó Lucas—. ¿Has pensado alguna vez ganarte un dinerito...

—¡Lucas! —exclamó Sabina.

—Como modelo artístico iba a decir... ¡Será posible! *C'est incroyable!* En la escuela de Bellas Artes nunca viene mal un Miguel Ángel como tú. —Dimitri no respondió. Estaba incómodo. Sonrió con desgana y se despidió de ambos con un gesto. Cuando se cerró la puerta, continuó la conversación.

—No te metas con el chico. ¿No ves que le incomodas? Eres un viejo verde.

Sabina le dio un manotazo. Lucas estaba picoteando de una bolsa de patatas fritas y *Dalí* esperaba, sentado y obediente, a que le diera alguna, mirando con ojos misericordiosos.

—Ni se te ocurra darle nada, que luego se pone malo.

—Me he dado cuenta de cómo te mira. No cambies de tema, *mon amour*. Y no me lo vayas a negar. Ya hace tiempo que os observo. Puedo olerlo. ¿A que sí, *mon petit chien*? —interrogó a *Dalí*, buscando un cómplice comprado con una patata frita. *Dalí* ladró sonoramente y Lucas le tiró su premio—. ¿Te das cuenta? Él también puede olerlo.

—No sé qué dices. Los años te están sentando fatal. No sé qué puedes oler. —Sabina se sentía acorralada como un conejo delante de un sabueso. La conocía demasiado. Sabía muy bien que, llegados a ese punto, sólo quedaba una opción, rendirse a lo evidente.

—¡El sexo! ¡Lo puedo oler en esta casa! —Inspiró profundamente, como si buscara un rastro olfativo. Con el cuello adelantado, su nariz le llevó hasta la puerta del dormitorio antes que el resto del cuerpo—. ¡Ajá! ¡Aquí! ¡Aquí es

donde fornicáis! ¡Mala pécora! ¡Y no me has contado nada! ¡Esto no te lo perdono!

Lucas, haciéndose el ofendido, se peinó sus rizos rubios con los dedos de la mano y se los recogió en una coleta, mientras fruncía el ceño, en un gesto teatral, esperando una confesión por parte de Sabina. Ella suspiró rendida.

—¡Está bien! Estamos juntos de vez en cuando. Pero no es nada serio, un desahogo ocasional. Pero si sólo es un crío...

Una sonrisa picarona iluminó el rostro de victoria de Lucas. El hueco entre sus dientes incisivos dibujaba un punto negro a su inmaculada sonrisa. Dio palmas ridículas mientras se sentaba en un taburete de la cocina, con la bolsa de patatas a su lado y *Dalí* sin perder detalle de las migajas.

—Sí, sí, un crío, me conozco yo a esa clase de críos, créeme... Ya me lo estás contando todo... y con lujo de detalles. Me interesan especialmente los detalles, ya me entiendes. Dame algo de beber que se me está secando la boca de pensarlo... *Mon Dieu!* ¿Hace calor aquí o soy yo que me estoy sofocando? —Se abanicó con una servilleta de papel.

—Pero no era eso lo que tenía que contarte. De hecho no pensaba hacerlo. —Abrió la nevera y sacó un par de refrescos.

—Pues soy todo orejas, orejas y rabo, como los toros. —Lucas le guiñó un ojo.

Al aperitivo entre confidencias, aceitunas y patatas fritas, le siguió la comida aderezada con mucha conversación. Hablaron de Dimitri, de su peregrinaje por la cama de Sabina, de cómo había empezado todo, sin buscarlo pero sin evitarlo, y también de ese sentimiento de culpa que arrastraba cada vez que se acostaba con él. Hablaron del mercadeo de la carne humana, del deseo satisfecho con dinero, del miedo a la soledad, del sentimiento de soledad a pesar de la compañía, la peor soledad que existe. Sentía que con Lucas podía hablar de todo sin ser juzgada.

Él le habló de su última conquista, de la carne prieta que visitaba su alcoba, de la banalidad de sus relaciones, del lastre de los años, de la frivolidad como bandera para no bucear más allá por temor a ahogarse en lo profundo. Ambos hablaban el mismo idioma, el de los amigos.

Ella confesó su deseo de encontrarse y su miedo de hacerlo al mismo tiempo, porque quizá no le gustara lo que iba a descubrir. Le dijo también que había meditado sus palabras y que pensaba que tenía razón. Volvería a pintar. Volvería a dibujar el mar, volvería a reconstruir a Sabina Lamer a partir de los trozos que quedaban de la que había sido. Brindaron por ello. Lucas sabía que aquella decisión suponía un paso adelante. Era una gran noticia.

Y terminaron hablando de Lola, la ausencia común, el pico del triángulo, el dolor compartido. Y así transcurrió la tarde, con verdades desnudas alrededor de una hamburguesa. Pero también con un secreto que a Sabina le pinchaba por dentro, las treinta y seis horas que la separaban de su encuentro con Amalia. Había comenzado la cuenta atrás.

8

No dejó que la sorprendiera el alba. Combatió el insomnio de la madrugada pintando. Hacía tanto que no olía a aceites y a lienzos que tuvo la sensación de que era su primera vez. Se embriagó de esos aromas. La noche todavía conservaba la oscuridad y, al final del horizonte, el sol se desperezaba con timidez. Sabina volvía a pisar su rincón de pintura después de muchos meses sin hacerlo, a hurtadillas, casi en secreto, descalza. Se lo había prometido a Lucas y ella era mujer de palabra.

Estaba nerviosa. *Dalí* interrumpió su sueño y, extrañado al verla deambular por la casa a esas horas, la buscó cariñosamente para darle los buenos días. Zalamero, agitaba la cola con insistencia mientras le daba un abrazo de perro gran danés. *Gala* se estiró con elegancia felina. Con un maullido parecía preguntar «¿qué jaleo es este a estas horas?». Sabina se encendió un cigarro, pero no conectó la radio. Se sentía extrañamente cómoda con el silencio, algo novedoso para ella.

Los lienzos abandonados reposaban en una esquina, cubiertos por sábanas blancas, como fantasmas dormidos. Los descubrió tirando de ellas con fuerza, como un mago cuando hace magia. El polvo voló por la habitación, libre y caótico. Sabina abrió la ventana para que el amanecer entrara.

Para ella, pintar era lo mismo que volar, pero sin alas y sin despegar los pies del suelo. Se recordaba pintando desde que tenía memoria. Antes que hablar incluso, ya garabateaba paredes, mesas y papeles. Su madre la reñía por ello. Y la siguió riñendo cuando decidió dejar los estudios y dedicarse de lleno a la pintura, como si le importara lo que hiciera con su vida.

—Todos los artistas son unos muertos de hambre y tú no vas a ser una excepción. O te buscas una profesión con la que mantenerte como tu hermana Silvia, o te casas con un hombre que te dé de comer como tu hermana Penélope. Ésas son las dos opciones. Yo no pienso mantener vagos, artistas con pajaritos en la cabeza. Así que si sigues empeñada en no estudiar y no trabajar, tendrás que salir de esta casa. —Ése fue el ultimátum de Felisa el día que le dijo que quería ser pintora.

No volvió a verla con vida. Sabina recogió sus cosas y abandonó su hogar a los diecinueve años, sin discutirle ni una palabra. Sabía que era inútil hacerlo. Cinco años más tarde, Felisa murió sola, en su cama, vencida por una muerte en vida que la sedujo durante años hasta conquistarla definitivamente. Sabina no

fue a su entierro, no porque no sintiera su muerte —al fin y al cabo era su madre y la quería a su manera—, sino porque temía despedirla con reproches de hija falta de afecto. No se hubiera perdonado a sí misma no haber podido derramar una sola lágrima por su madre, se hubiera sentido fatal por ello, pero tampoco podía asegurar que el llanto hubiera sido sincero. Prefirió no ponerse a prueba y dejar las cosas tal y como estaban.

Era curioso cómo esos pensamientos la visitaban tantos años después, en el mismo instante en el que intentaba retomar la pintura. Le hubiera gustado echarle en cara a su madre que no había necesitado a un hombre, como ella, para salir adelante; tampoco otro trabajo que no fuera el de pintar. Ni siquiera había necesitado a otra madre que hiciera lo que ella no había hecho nunca, quererla, aunque Silvia le ponía empeño. Pensar todo aquello hizo que se sintiera fuerte. Si había conseguido salir adelante en aquel momento, a pesar de la juventud o tal vez gracias a ella, tal vez podría volver a hacerlo por segunda vez.

Escogió un lienzo de un metro cincuenta por un metro. Iba a ser el primero de una serie de diez cuadros, la nueva etapa de Sabina Lamer. Ya había amanecido y la luz era cálida. Cerró los ojos y visualizó el mar. Tal vez en otra vida había sido una sirena o un delfín, porque ni siquiera necesitaba mirarlo para pintarlo, lo llevaba dentro, encerrado. Pero esta vez era distinto, el mar de su interior ya no era azul, ni turquesa los días de sol. Había cambiado los colores por aguas grises y espuma de olas plateadas, con la luna de espejo. Estaba pintando el mar de noche, alborotado e intranquilo, como su espíritu.

Se recogió el pelo torpemente en una cola y, descalza, se arrancó de dentro su desasosiego con pinceladas tan certeras como libres. El tiempo no existía, ni la sed, ni el hambre, ni el calor del día que ya empezaba a pegarse a la piel. Podía escuchar al mar agitado quejarse como un niño con una rabieta. Incluso era capaz de pintar el sonido del viento. Las horas pasaron de puntillas por el reloj, para no molestar, pero el timbre del teléfono la devolvió a la realidad.

—¿Quién llama a estas horas? —se dijo en voz alta.

Miró el reloj de cocina y se dio cuenta de que ya eran más de las nueve de la mañana. El tiempo se le había pasado volando. Notó una punzada de hambre en el estómago y, mientras preparaba la cafetera, contestó.

—¿Sí?

—Buenos días, soy Silvia.

—¿Silvia? —No la esperaba y necesitó unos segundos para ubicarse.

—Tu hermana, ¿recuerdas?

—Cómo podría olvidarte, hermanita —repuso con ironía al tiempo que se encendía un cigarro. Qué bien le sabían los primeros cigarrillos de la mañana.

—¿Cómo estás?

—Bien, muy bien, estupendamente. —Para qué entrar en detalles con Silvia, pensó.

—Me alegra oír eso. Te llamo porque tengo algo que contarte. Me moría de ganas de decírtelo, espero no haberte despertado.

—No, estaba pintando, no te preocupes.

—¿Pintando? ¡Eso es fantástico! No me habías dicho que lo habías retomado.

—Pues te lo digo ahora. Pero cuéntame tú, ¿qué es eso tan importante que me tienes que decir? —Sabina desvió la conversación convenientemente, no tenía ganas de hablar sobre ella. Con Silvia esas conversaciones siempre terminaban igual, en un callejón sin salida.

—Yo tengo noticias. Buenas noticias. En septiembre me van a ascender. Un puesto de mucha responsabilidad.

—¡Genial! Me alegro mucho por ti. —El entusiasmo no adornaba sus palabras.

—Caracol Publicity está en proceso de expansión y va a abrir distintas delegaciones en varias ciudades europeas... Berlín, Milán y... ¡tachán! ¡París! ¿Adivinas a quién le han ofrecido la dirección de la delegación de París?

Se notaba que Silvia no cabía en sí de gozo. Sabina podía imaginársela al otro lado del teléfono con su traje chaqueta de Armani, probablemente de color gris marengo y camisa azul, en perfecta comunión con su cuerpo. Seguro que lucía un peinado impecable y derrochaba aroma de perfume caro a las nueve de la mañana, mientras que ella llevaba una vieja camiseta de algodón manchada de pintura y unas bragas, y hacía más de treinta horas que no se daba una ducha.

—Me alegro mucho por ti, hermanita. Si eso te hace feliz, también yo soy feliz. Además, te lo mereces, no conozco a nadie que trabaje mejor y con más empeño que tú. Esa empresa tuya te debe mucho y ya es hora de que te recompense de alguna manera. —Lo sentía de verdad, pero no lo demostró con efusividad.

—Gracias corazón, sé que eres sincera. Pero hay más... —«Peligro, Sabina», pensó. Ese suspense en sus palabras no auguraba nada bueno.

—Tú dirás.

—Me han dado libertad para formar mi propio equipo. Ya sabes, ejecutivos de cuentas, administración, y... equipo creativo... —Hizo una pausa y Sabina escuchó un suspiro—. Y ahí entras tú. He pensado que te encantaría vivir en París, la ciudad de la luz, de los pintores, de la bohemia... Allí estarías genial, alejada de esa casa que te hace tanto daño y, ya de paso, pones kilómetros de por medio con ese indeseable que te ha recluido como una presa. ¡Es perfecto! Yo no lo hubiera diseñado mejor, un plan perfecto para ti y para mí. Nueva ciudad,

nuevas oportunidades, nuevas amistades, todo nuevo. Empezar de cero y las dos juntas. ¿No sientes ya el cosquilleo en el estómago tan sólo de pensarlo?

Sabina respiró profundamente y contó hasta cinco, porque sabía que no podría llegar a diez. Aspiró con ansia de la boquilla del cigarrillo y expulsó el humo por la nariz. Ya olía a café. Hubiera necesitado una caja de Valium para poder calmarse en ese instante, pero como no era amiga de las pastillas, intentó ejercitar el autocontrol que tanto trabajaba con la doctora Durán.

—¿Has pensado Silvia? —Cada letra destilaba cinismo amargo—. ¿Desde cuándo piensas por mí? No recuerdo haberte pedido ayuda para planificar mi vida. —Respiró buscando paz en esa bocanada de aire—. Mira... no quiero ser grosera ni impertinente, de verdad, sé que te preocupas por mí, pero déjalo ya, ¿vale?

Hizo un esfuerzo por no mandarla a freír espárragos. Le saturaba ese cariño mal entendido que Silvia le profesaba. Le agobiaba su control, su planificación, su orden encorsetado y asfixiante. No soportaba que controlara su vida.

—¿Sabes una cosa? No te lo creerás, pero cuando me dieron la noticia me alegré más por ti que por mí. Fuiste la primera persona que me vino a la cabeza. —Silvia utilizó un tono severo en sus palabras. Estaba molesta, dolida—. Di gracias al cielo por esa oportunidad que me brindaban para poder ayudarte.

—¡No necesito tu ayuda! ¿Qué parte no puedes entender?

—No, Sabina, sí la necesitas, otra cosa diferente es que no la quieras aceptar. Eres una orgullosa y una cabezota, siempre lo has sido y, ¿por qué no decírtelo? Basta de paños calientes, ya eres mayorcita para asumir lo que los demás piensan de ti. También eres una egoísta. Lo envuelves todo con bonitas palabras de libertad, de autosuficiencia, pero en realidad eres como todo el mundo, no te creas distinta a los demás. Tu arrogancia es un defecto y no una virtud. Y sí, eres egoísta, porque tu li-ber-tad —remarcó cada sílaba con retintín—, no es más que una manera de mirarte el ombligo sin pensar en nadie más que en ti misma.

Silvia nunca le había hablado en ese tono. Cada una de sus palabras le arañaron las entrañas, porque reconoció cierta verdad en ellas, y la verdad no siempre te libera, a veces te pesa. Apagó el cigarro, aplastándolo con rabia contra el cenicero.

—Pues si ésa es tu opinión sobre mí, no entiendo el sentido de esta llamada —respondió orgullosa, convirtiendo su amor propio en un escudo.

—Porque te quiero. Sencillamente por eso. Pero tal vez tenga que asumir que mi amor no es correspondido. Cada vez que intento acercarme a ti, me doy de bruces contra un muro.

Sabina calló. No pudo responder que también la quería. Esas palabras dirigidas a Silvia se le empastaban la boca. En su familia, esas cosas no se

decían y en algunos casos, ni siquiera se sentían. Los ojos se le humedecieron y tragó saliva amarga. Y en ese momento, cuando quiso esforzarse por verbalizar que la quería, que incluso la admiraba, pero que no soportaba su control a pesar de sus buenas intenciones, las palabras se le quedaron dentro, como todo, porque sonó el timbre de la puerta con una insistencia poco habitual.

—Hablamos en otro momento Silvia, alguien aporrea mi puerta. Creo que es Griselda y está dando voces. —Silvia no respondió, se limitó a colgar el teléfono.

El timbre sonaba rítmicamente al mismo tiempo que los golpes en la puerta. Griselda pedía a gritos que le abriera. Sabina, alarmada por el escándalo, se apresuró a retirar la cafetera del fuego, que se estaba desbordando, y a ponerla sobre la encimera de la cocina. Dando zancadas sin tan siquiera buscar un pantalón que ponerse, abrió la puerta. Allí estaba Griselda, cariacontecida, con el rostro desencajado y sujetando un arma con el dedo índice y pulgar de la mano derecha, como si le quemara.

—¡Dios mío, Griselda! ¿Qué ha pasado? ¿Qué haces con una pistola? ¿Roberto está bien? ¿Y tú?

—Sí, señora, Roberto está perfectamente, abajo lo dejé, viendo la televisión. —Jadeaba y le costaba encontrar el aire para explicarse. Su ceñida camiseta de color rojo evidenciaba lo agitado de su respiración—. La que no está bien soy yo, señora. Me va a dar un patatús.

—¿Qué haces con un arma? ¿Está cargada? ¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Acabo de encontrarla en casa del señor Roberto. —*Dalí* se acercó para olfatearla y Sabina lo apartó bruscamente.

—¿Quieres decir que estaba en casa de Roberto?

—Eso mismo, señora. Estaba guardando la colada y, cuando abrí el cajón de los calcetines del señor, se cayó una madera que había al fondo. Dejó a la vista un hueco y ahí, en ese hueco, estaba esto. —Griselda no había soltado el arma y la seguía sujetando con dos dedos, manteniendo el brazo a cierta distancia de su cuerpo.

—¿La guardaba en un doble fondo de un cajón? ¿Y desde cuándo tiene eso Roberto en casa?

—No tengo ni idea. Pero ya se puede usted imaginar el susto que me he llevado. Me marché de Medellín para no tener que temer las armas de fuego de los indeseables y me meto en una casa con una pistola... ¡Y yo sin saberlo! ¿Y si le llega a dar al señor Roberto por usarla? Ah no, eso sí que no, por ahí no paso. —Con el dedo índice de la otra mano hizo un gesto negativo acompañándolo con un movimiento rápido de cabeza de derecha a izquierda.

—Mujer, no vayas a pensar que eso hubiese podido ocurrir. Roberto te adora

y, además, no es violento. Sus motivos tendría para tenerla en casa. Sería para su protección, qué sé yo...

—Sí, claro. Un arma sólo sirve para una cosa, señora, para dispararla. Y ya sabe que las carga el mismísimo Satanás.

—Anda, mujer, déjala ahí, sobre la mesa, pero con cuidado.

Griselda obedeció. Parecía estar algo más calmada. Se limpió los dedos en el pantalón vaquero que llevaba puesto, como si se le hubiese pegado algo peligroso a la piel.

Sabina la observó a cierta distancia. Se trataba de un revólver compacto de cañón corto con acabado en satén inoxidable y empuñadura de goma negra. Tenía grabado «Made in USA. Marca Registrada Smith and Wesson 60. Springfield MASS». A Sabina le recordó a las armas de las películas del Oeste, aunque algo más pequeña. No pudo evitar que le viniera a la memoria la pistola que había acabado con la vida de Lola. Aquélla era una automática. Se estremeció.

Con sumo cuidado y algo nerviosa porque nunca había tenido una pistola en sus manos, quiso saber si estaba cargada. La cogió de la mesa, calculó que debía pesar poco más de medio kilo. Apuntó hacia el techo, para evitar posibles accidentes, e intentó abrir el tambor.

—¡Bendita sea la Virgen de la Candelaria! ¡Señora Sabina, qué va a hacer!

—Sólo quiero saber si está cargada. Tranquilízate. —Le dio un ligero golpe al tambor, como había visto hacer en las películas, y éste se abrió.

—¡San Lorenzo patrón! —Griselda se persignó con énfasis de creyente asustada.

El revólver de Roberto estaba cargado. Tenía cinco balas doradas, una en cada uno de sus compartimentos. Sabina volvió a cerrar el tambor. El corazón le latía a mil por hora. Roberto jamás le había mencionado nada de un arma en su casa.

—¿Y ahora qué, señora? Porque yo no me llevo eso a casa ni loca.

—¿No había nada más en ese hueco que dices que encontraste? ¿No has encontrado munición?

—Nada de nada, sólo esa pistola. Imagínese que llega a estar ya aquí conmigo mi niño, mi Aden, y un día se la encuentra. ¡Ay, no quiero ni pensarlo!

A Griselda el pánico le había desencajado el rostro y se agitaba, voluptuosa, de aquí para allá, con las manos en la cabeza, llevada por sus pensamientos. Había sacado de su pecho derecho la fotografía plastificada de su hijo y la besaba una y otra vez.

—Bueno, no ha pasado nada y eso es lo importante. Si quieres la puedes dejar aquí, en mi casa, hasta que decidamos qué hacer con ella. —La solución pareció satisfacerla.

—Muy buena idea, señora. Pero tenga cuidado que un arma no es nunca buena compañía. Habría que llamar al hijo del señor para que se la llevara. Yo qué sé. A lo mejor su exesposa sabía que la tenía... O llame a la policía. ¡Ay, no sé! Haga usted lo que quiera...

Alborotada, Griselda se marchó. Las voces que daba Roberto llamándola se escuchaban por el hueco de la escalera.

—¡No se me altere, no se me altere! ¡Que ya estoy bajando, señor!

Parecían un matrimonio, pensó Sabina. Se quedó a solas con el revólver y fantaseó con la posibilidad de utilizarlo. Cinco balas eran un gran regalo del destino que tal vez debía aprovechar. Se sirvió un café y decidió darse una ducha fría. Estaba empapada en sudor, fruto del nerviosismo y de las altas temperaturas.

—¡Joder! Todavía no he llamado al técnico del aire acondicionado. Me voy a ahogar aquí dentro.

Cuando salió del baño, *Gala* husmeaba el revólver. Lo cogió y buscó un lugar donde poder esconderlo. Nunca había sido buena para los secretos y se sintió torpe. Le faltaba ingenio para encontrar un buen lugar.

—¿Dónde guarda la gente estas cosas? En cajas fuertes o en cajones secretos, como Roberto. Pero yo no tengo nada de eso —le dijo a *Dalí*, que la perseguía jugueteando, pensando que la pistola era un premio.

Fue a por una toalla con la que envolverse el pelo mojado y, al abrir el armario del cuarto de baño donde las guardaba, pensó en esconderla entre ellas, debajo de la pila de toallas limpias. Le pareció que era una buena idea. Al fin y al cabo, sólo ella las utilizaba. Guardó el arma procurando que no quedara a la vista, en una esquina de la estantería, arrinconada, y luego volvió a poner todas las toallas encima, como si nada. Respiró entonces más tranquila.

A Sabina el destino siempre le había parecido caprichoso. Justo cuando faltaban menos de veinticuatro horas para recibir la toxina con la que pensaba envenenar a Amalia y, si todo salía como tenía planeado, también a Eugenio, aparecía un arma cargada como de la nada. Ni antes ni después.

Encontró cierto placer en recrear la idea de cambiar los planes para Eugenio. Quien a hierro mata, a hierro muere, y tal vez fuera más justo volarle la cabeza tal y como él había hecho con Lola. Ahora disponía de un revólver cargado con cinco balas. Al final, todo era cuestión de justicia, de equilibrio. Sabina se imaginó la escena y encontró en ella cierta belleza poética. Se la imaginó teatralmente, con música de Wagner sonando de fondo y actuando con la frialdad de una asesina avezada, más superheroína de cómic que persona real. Lo perverso se le estaba volviendo placentero. Pero la vida no es una fantasía en la

que todo sale bien, ella era muy consciente de eso. La vida siempre tiene escollos que salvar, y pegarle un tiro en la cabeza a alguien siempre presenta serios inconvenientes. Para Sabina, el más importante de todos era que no podía ejecutarlo en su casa y no podía salir de ella para hacerlo en otro sitio.

No quería pensar en ello. Fátima Durán le había enseñado que no debía adelantar los acontecimientos y con ellos, sus problemas. Sólo existía el presente, ni tan siquiera el pasado debía ser relevante, solía decir la doctora. Pero aunque en la teoría esa premisa resultaba sumamente atractiva, en la práctica, Sabina opinaba que si el pasado no marcara al ser humano, tal vez los psiquiatras tendrían mucho menos trabajo. Ella era un buen ejemplo.

Dalí empezaba a mostrarse inquieto, y aquello era señal de que Dimitri se retrasaba. Sabina encendió la radio. El silencio provocaba que le diera vueltas a la cabeza. Una vez había leído que el silencio propio desnuda la conciencia y que el ajeno lo hace con la confianza. Estaba de acuerdo con aquel pensamiento. Estar a solas consigo misma demasiado tiempo le hacía escucharse más de lo aconsejado. El silencio le susurraba al oído lo que su conciencia barruntaba.

Dimitri llegó risueño y magnánimo. Olía a colonia fresca y brillaba como un lucero. Un halo de buena energía le acompañaba. Jugueteó con *Dalí*, como dos chicos grandes. El perro lo adoraba y Sabina sentía una punzada de celos al reconocerlo. No tenía fuerza moral para culparle, al fin y al cabo era él quien le ofrecía su dosis de libertad diaria, y ella, el encierro el resto del día. Con *Gala* todo era distinto. Su mundo había pasado de una caja de zapatos a las paredes del ático. Jamás había sabido que existía un mundo más allá de ellas.

A Dimitri le llamó la atención el desorden del *loft*, junto al ventanal, donde Sabina tenía su espacio de pintura. Había un lienzo sobre el caballete, las pinturas estaban diseminadas por la zona y las sábanas blancas, que antes lo cubrían todo, estaban sobre una silla.

—¿Estás pintando? —le preguntó con asombro acercándose al lienzo.

—Ya ves, ha vuelto la gran Sabina Lamer... Lucas tiene un comprador interesado en una serie de mis obras, un compatriota tuyo.

Se acercó por detrás al cuerpo firme de Dimitri y lo rodeó con sus brazos, pegándose a su espalda. Le hacía sentir bien observar el rostro de admiración del joven frente a la pintura, le resultaba muy excitante. Se sentía deseada a través de su cuadro.

—¿Te gusta?

—¡Es fantástico! Y a la vez...

—¿Qué?

—Inquietante.

Sabina se apretó más a su cuerpo para que Dimitri notara sus pechos en la espalda, redondos e indómitos. Jugó con la cinturilla del pantalón e introdujo una mano por debajo de su ropa interior, sin que ambos dejaran de observar el cuadro. *Dalí* gemía delante de la puerta y arañaba con las patas intentando abrirla. Dimitri se giró y le sujetó la cara con ambas manos. Había entendido el mensaje a la perfección. La besó con deseo comprado y ella jugueteó con su lengua durante unos segundos. Los gemidos de *Dalí* comenzaban a ser lamentos.

—¿Qué es eso? ¿Una pulsera?

A Sabina le había llamado la atención una esclava de plata que Dimitri lucía en la muñeca derecha. No se la había visto antes. Él se hizo el despistado y, visiblemente incómodo, intentó esconderla con torpeza, como un niño pequeño, escondiendo la mano tras su espalda. La curiosidad creció como la espuma en el interior de Sabina y forcejeó con él hasta que se dejó coger la mano. Hubiera preferido no ser tan curiosa, porque cuando leyó la placa de la esclava descubrió que llevaba un nombre grabado, un nombre de mujer, Ana.

—Sólo es una amiga —se excusó Dimitri al ver el rostro decepcionado de Sabina.

—Claro, claro, no tienes por qué darme ninguna explicación, seguro que eres un chico muy popular. —El disimulo no era su fuerte, pero hizo lo que pudo—. Un chico como tú seguro que tiene muchas amigas. A tu edad yo también era muy popular.

«¡Dios mío! ¿He dicho eso en voz alta?», se horrorizó para sus adentros. La había delatado el subconsciente, ese amargo sabor de saberse mayor ante el chico nunca la abandonaba. El erotismo de la escena se cortó como un vaso de leche al que le exprimes un limón, súbitamente y sin posibilidad de recuperarlo. Dimitri bajó la mirada y se recompuso un poco la ropa. Sabina hizo como que no le importaba demasiado, pero en realidad se censuró a sí misma reconocer que había sentido una punzada en el corazón al leer el nombre de otra mujer en aquella esclava de plata. Todo era extraño y complicado, pensó, cuando en realidad debía ser sencillo.

—Será mejor que lo dejemos para otro momento —dijo finalmente Sabina para ahuyentar la incomodidad. El chico asintió con la cabeza.

—Sí, voy a encargarme de él. Es tarde —respondió señalando al gran danés.

Pero *Dalí* había dejado de gruñir. Sus inútiles gemidos habían dado paso a la acción. Con la pata trasera en alto y pegado a la puerta, un enorme chorro de orina desahogaba sus necesidades.

9

El resto del día se le hizo eterno, le pesaban los acontecimientos. Esperar a que pasara el tiempo era como vivir dentro de un reloj de arena, cayéndole acompasadamente cada grano en su cabeza. La ansiedad le hablaba. La invitaba a asaltar la nevera de pura insatisfacción y ella la escuchaba.

Al atardecer, decidió darse un baño relajante que le ayudara a poner en orden sus ideas. Echaba de menos bañarse en el mar. A veces lo había hecho desnuda, de noche, con Roberto, en alguna de las calas de Peñíscola que conocían los lugareños. Echaba de menos la sal en su piel y el cuerpo de Roberto pegado al suyo, como si fueran uno, dentro del agua, bañándose furtivamente, en silencio, a escondidas de las miradas de algunos pescadores solitarios que dormitaban pacientemente junto a sus aparejos en las madrugadas del verano mediterráneo.

Era martes y al día siguiente iba a llegar el paquete con la toxina desde Andorra. Todo se estaba acelerando y tenía la sensación de estar improvisando más de lo que le hubiera gustado. Se sentía insegura. Tenía un plan, pero sólo era un boceto, nada más...

Cogió la tableta de chocolate, su mejor amiga en esos momentos, el paquete de tabaco y un cenicero. Lo colocó todo en el borde de la bañera, en una esquina. Dejó que el grifo emitiera ese sonido relajante del agua cayendo. Quiso imaginar que era una cascada, pero sólo era un grifo. Cuando el agua hubo alcanzado el enganche metálico del tapón, lo cerró.

Estaba tibia, justo en el punto de temperatura que te reconforta. Hacía mucho calor pero odiaba bañarse con agua fría. Se deshizo de la camiseta y de la ropa interior. Hizo una pelota con ellas y la encestó en la ropa sucia. Metió primero el pie derecho en la bañera y después el izquierdo. El placer del cosquilleo producido por la diferencia de temperatura entre el agua y su cuerpo le hizo cerrar los ojos. *Dalí* se acomodó a su lado, sobre la toalla que usaba de alfombrilla. Con cuidado de no resbalar, se sentó y se recostó casi al mismo tiempo, produciendo una ola artificial que desbordó un poco. El agua le cubría los pechos, que flotaban erizados, asomando la punta de los pezones por la superficie. Suspiró.

Pensó en Silvia y en cómo sus conversaciones siempre se truncaban en el peor momento y terminaban sin ser resueltas. Pensó también en su otra hermana, Penélope, con la que hacía tanto tiempo que no hablaba que no podía ni precisarlo. Recordó cuando de niñas las tres jugaban a ser los *Ángeles de*

Charlie.

—Penélope... —pronunció su nombre en voz alta—. La buena de Penélope. Siempre tan callada por no molestar, tan sumisa, tan...

Silvia tenía razón, se dijo, era una egoísta. Hacía mucho que no hablaba con Penélope y siempre que lo hacía era porque ella llamaba a Sabina y no al revés. Por alguna razón había dejado de hacerlo y Sabina no había levantado el teléfono ni una sola vez para interesarse. No sabía cómo le iba la vida, no tenía ninguna noticia de sus dos sobrinos, sus únicos sobrinos, ni sobre su matrimonio, aunque no le gustara su cuñado. Ni siquiera le había preguntado a Silvia por ella. Sí, era una egoísta.

Cortó un trozo de chocolate negro de la tableta, sonó hueco y apetitoso. Con una mano sujetaba un cigarro entre sus dedos y con la otra la onza. Intercalaba mordisco con calada, con los ojos cerrados.

—¡Mierda! ¡El aire acondicionado! A estas horas ya no puedo llamar al técnico.

Un pensamiento la llevaba a otro y de nuevo pensar en Dimitri la entretuvo unos minutos, pero ninguno se quedaba demasiado tiempo. Abrió los ojos y se miró el cuerpo debajo del agua. Por el efecto óptico le pareció el de otra persona, ajeno a ella, blanquecino e hinchado. Imaginó el cuerpo de esa tal Ana. En su imaginación, Sabina siempre salía perdiendo. Se preguntó el porqué de lo que sentía por Dimitri. Si todo estaba tan claro, si sólo era un acuerdo entre ambos, ¿qué la llevaba a sentirse utilizada?

—No tiene sentido, nada de todo esto lo tiene. Ni siquiera cuando empezaste a salir con Roberto, un hombre casado, te sentiste de esta manera, Sabina. ¿Qué ocurre? ¿Has cruzado la línea? —Dio una calada profunda y apagó la colilla—. No sé qué pretendes. Tal vez sería mejor liberar a Dimitri de toda esta historia, porque al final lo único que vas a conseguir es que también se quede atrapado en tu tela de araña. Es joven, déjalo volar...

Se comió el último trozo de chocolate, dejó que se fundiera en el paladar, apretando ligeramente con la lengua. Atrapó la dulce sensación unos instantes. Le supo a poco.

—La mente en blanco, Sabina, en blanco... inténtalo... —se susurró mientras cerraba los ojos y controlaba su respiración.

La doctora Durán le había enseñado muchos ejercicios para relajarse, para controlar sus pensamientos, ejercicios para poner la mente en blanco, pero ella jamás conseguía que alcanzara ese color. Todo lo contrario. La mayoría de las veces, si hubiera tenido que buscar un color para definir sus pensamientos, podría haber dicho sin temor a equivocarse que eran grises, a veces casi negros, pero jamás blancos, tampoco azules, ni verdes ni rosas. Cada vez que lo

intentaba, su mente parecía una autopista en plena hora punta. Sus pensamientos iban de aquí para allá, sin pagar peaje, anárquicos, casi como conductores suicidas.

—¿Quién coño puede poner la mente en blanco?

Le frustraba no tener control sobre sí misma. Sumergió la cabeza, con los ojos abiertos. El cabello flotaba. La radio no se escuchaba debajo del agua, había un silencio vacío que le presionaba las sienes. Aguantó la respiración y soltó un poco de aire por la nariz, fabricando burbujas que buscaban la superficie. Quiso ser una burbuja de aire de las que siempre encuentran la libertad en el exterior, de las que nunca se ahogan. Por un segundo, allí sumergida, pensó en no respirar más, incluso se esforzó en ello, pero enseguida sacó la cabeza, con la boca abierta para coger una bocanada de aire.

—Idiota, que eres una idiota. No sé a qué estás jugando.

Se enfadó consigo misma y dio por finalizado el baño. Quitó el tapón de la bañera y se quedó dentro mientras el agua se escapaba. También quiso ser agua para escurrirse por el desagüe. Después se secó y se vistió con una camiseta limpia y unos viejos pantalones vaqueros a los que había cortado los camales. Tenía el armario repleto de vestidos que hacía demasiado tiempo que no se ponía. Los observó como cadáveres colgados. Era un armario que parecía un ataúd.

La tarde la invitaba a pintar hasta que anocheciera. Le agradaba sentir esas ganas, pero a pesar de ello, no pudo hacerlo. Cuando estaba delante del lienzo, preparada para continuar con el primer cuadro, de nuevo llamaron a la puerta con insistencia.

—¿Y ahora qué? —gritó con fastidio mirando al techo.

Observó por la mirilla antes de abrir. No esperaba a nadie. Era Griselda otra vez. Parecía que no se le había borrado la cara de susto.

—¿Qué pasa ahora, mujer! ¡Menudo día me estás dando!

—¡No me hable de día, señora! Quien me vuelva a decir que mi trabajo es tranquilo lo mando a freír espárragos. El señor Roberto lo ha vuelto a hacer.

—¿El qué? ¿Te ha vuelto a acosar? ¿Qué ha hecho ahora?

—¡No, señora, no me ha tocado! ¡Escaparse! ¡Eso es lo que ha hecho! Me he metido en el baño para quitarme el susto del cuerpo y darme una ducha, y no sé si es que olvidé cerrar o es que encontró la llave y abrió, pero el caso es que no está en casa, se ha ido otra vez. ¡Dios Mío Jesucristo! No gana una para disgustos.

No era la primera vez que Roberto se escapaba. Durante el tiempo que llevaba viviendo con Griselda lo había hecho en otras cuatro ocasiones. Al principio no

cerraba por dentro, pero después de escaparse la primera vez, Griselda tenía siempre la precaución de darle una vuelta al cerrojo y guardar las llaves en el bolsillo de su bata de estar por casa. Era algo así como la guardiana del castillo. Pero Roberto había conseguido burlar el encierro otras tres veces más, aprovechando un descuido de la buena de Griselda para robarle las llaves, como en los cuentos. La última vez había ocurrido durante la noche, mientras ella dormía, con nocturnidad y premeditación. Dos de las veces había vuelto por su propio pie, y las otras dos lo había localizado la Policía Local de Peñíscola, paseando tranquilamente por las calles del pueblo, como un turista más.

—¡Es incorregible! Le tengo dicho que no puede salir de casa él solo y ¿sabe lo que me pregunta, señora? —Sabina se encogió de hombros—. Me pregunta que por qué no... ¿Cómo se lo explico? ¿Cómo le digo que puede ser peligroso para él? ¿Y si no sabe volver y se pierde? ¿Y si se desorienta y se extravía? ¿Y si le da por ir al mar, a bañarse en la playa, y se ahoga?

Griselda ya se estaba poniendo en lo peor, tenía una gran capacidad para dramatizar cualquier acontecimiento. Movía vigorosamente las manos y sus preguntas al aire siempre escondían respuestas trágicas.

—¡Frena, Griselda! —le gritó Sabina mientras le sujetaba las muñecas para intentar calmarla. Empezaba a contagiarle su histeria. Tenía su gracia que fuera ella la que le tuviera que devolver la cordura a la situación—. Seguro que está bien. Si ha sabido volver dos veces, lo más lógico es que sepa hacerlo una tercera vez.

—Y si...

—¡No hay y si que valga, mujer! Sal a ver si lo encuentras y yo daré aviso a la policía. ¿Cómo iba vestido? —Griselda miró hacia el techo para recordar.

—Pantalón corto de color blanco y camiseta deportiva Nike, de color azul marino, con el *rayajo* ese en el pecho —dibujó el logotipo con el dedo en el aire—, también en blanco. ¡Ay, señora! Si le pasa algo por mi culpa...

—No le va a pasar nada, ya lo verás. Seguro que sólo quiere sentir el aire fresco, encontrar los tesoros o caminar solo, como hacía antes...

Roberto siempre había sido un apasionado de la historia en general y de la de Peñíscola en particular. Bromeaba diciendo que en otra vida había sido un templario y que algún día encontraría el valioso tesoro que, según decía la leyenda, escondió esa orden en aquellas tierras. Cuando la vida todavía les pertenecía, hacían excursiones por el Parque Natural de la Sierra de Irta, donde algunos historiadores apuntaban que llevaba siglos enterrado, aunque Roberto era más partidario de la teoría que defendía que se hallaba en el Castillo de Peñíscola. Se le iluminaban los ojos cuando le contaba que encontraría los 1.500 cofres repletos de piedras preciosas y que con ellas mandaría hacerle una corona

como la reina de su castillo que era. A Sabina la hacía reír a carcajadas. Ella bromeaba.

—Anda, déjate de leyendas, a ver si en lugar del tesoro de los templarios vas a encontrar el Códice Imperial del Papa Luna,¹ y te me quedas helado y hueco por dentro.

A menudo recordaba esas bromas y le daban mal fario, visto lo ocurrido después.

Obediente y algo liberada de la responsabilidad, Griselda salió a buscarle tal y como le había indicado Sabina. Se sentía mejor al saber que ya no era ella quien llevaba las riendas de esas situaciones. A Griselda ese tipo de responsabilidades le pesaban demasiado y agradecía siempre la solícita intervención de Sabina. Había notado cuánto quería a Roberto, lo mucho que se preocupaba por él, no como su exmujer o su hijo. Era una mujer observadora y, aunque nunca había llegado a hablar de ello abiertamente con Sabina, pudo intuir, nada más conocerse, que entre ambos había habido mucho más que una bonita amistad entre vecinos.

—¡Griselda! ¡Llévate el teléfono móvil por si te tengo que localizar! —le gritó Sabina desde el quicio de la puerta, cuando Griselda ya estaba bajando la escalera al trote.

Un suspiro sonoro y profundo pareció vaciar a Sabina por dentro, casi la dejó hueca. C cogió a *Gala* en brazos y la sujetó con un brazo, mientras se mordía las uñas de la otra mano sin ni siquiera ser consciente de ello. Intentó recordar el teléfono de la Policía Local de Peñíscola. No lo consiguió, así que se ayudó de una pequeña libreta negra donde anotaba los números importantes.

Mientras buscaba la letra «p», quiso enfadarse con Roberto, pero no pudo. Quizás ella era precisamente quien más le entendía. Una cárcel impuesta sin ser culpable de nada es siempre la peor de las cárceles y ambos estaban encerrados de una u otra manera. Lo comprendía, porque sabía cuánto amaba Roberto esa sensación de libertad, incluso de volar como un pájaro, tal vez la mayor forma de libertad que existe como él solía decir y ahora, ni siquiera le dejaban pasear solo por la calle. Ese Roberto que aún estaba dentro de él quería escapar y volver a ser libre, sin nadie que guiara sus pasos cogiéndole del brazo. Ella lo entendía muy bien.

Avisó a la policía. Por suerte Sabina conocía a uno de los inspectores y estaba de guardia esa tarde. Mostró mucho interés y dio aviso a todas las patrullas que estaban en la calle. Poco se podía hacer, más que esperar, bien a que volviera, bien a que lo encontraran.

La frenética actividad de aquel inusual martes se frenó de golpe a la espera de

noticias durante más de dos horas. Sabina intentó llenar el tiempo pintando, pero el frágil equilibrio de su cabeza estaba más que en crisis aquel día. Pistolas, escapadas, policía... demasiado para un solo día. Sabina tenía la sensación de que últimamente su casa era el epicentro de un huracán que amenazaba con arrasarlo todo a su paso. Y aún faltaba llevar a cabo lo planeado.

Dimitri llegó para sacar a *Dalí*, puntual como cada tarde, y Sabina aprovechó para pedirle ayuda con Roberto.

—Date una vuelta con *Dalí* por el pueblo, especialmente por los alrededores del Castillo. Por favor, cuatro ojos encuentran más que dos y Griselda no puede llegar a todos los rincones. A Roberto siempre le gustaba sentarse allí y contemplar las vistas. Tal vez haya suerte...

—¿Estás preocupada? —le preguntó cariñosamente el chico, que ya no llevaba la pulsera de plata con el nombre de Ana.

—Bueno, un poco. Quiero pensar que sabe lo que hace, pero no sabría decirte hasta qué punto es responsable de sus actos. A veces tengo la sensación de que es más capaz de lo que todos pensamos y, sin embargo, otras veces lo veo tan desvalido... —A Sabina se le entristeció la mirada.

—¿Le quieres?

La pregunta la cogió desprevenida. Era tan profunda y sencilla a la vez, que un sí o un no hubieran sido injustas respuestas. Sabina le miró a los ojos, intentando que su mirada explicara mejor algo que era difícil de contar con palabras.

—Es complicado —alcanzó a decir, y pensó: «Eres demasiado joven para comprenderlo, demasiado feliz para entender la infelicidad».

—Yo creo que sí. Creo que si él estuviera bien, ya sabes, como antes del accidente, tú no estarías aquí, encerrada. Estarías con él, estaríais juntos. Ahora él está en su casa y tú en el piso de arriba, en el mismo edificio pero separados, juntos pero lejos. Has tenido mala suerte.

Sus palabras le erizaron la piel y le cortaron la respiración. Hablar desde lo profundo de las cavernas de sus sentimientos era algo que no tenía por costumbre hacer con Dimitri. Él era otra cosa o al menos eso creía ella. Dimitri era el recreo después de horas de estudio, el patio del colegio, un día de verano jugando a salpicar con el agua del mar. No le respondió. Le dedicó un parpadeo forzado para evitar que las lágrimas la hicieran sentir más incómoda todavía. Y después cambió de tema.

—¡Anda, lárgate ya! No tengo ganas de volver a fregar una meada de *Dalí*. — El chico le dedicó una sonrisa comprensiva y se marchó.

Subió el volumen de la radio para llenar el silencio de palabras huecas que no aportaban nada nuevo. Hablaban del paro estival, de los destinos preferidos para

las vacaciones y de cómo la crisis había beneficiado el turismo rural. Mientras se preparaba un sándwich de pavo cocido y queso, pensó en la suerte, la que según Dimitri no había tenido de su parte. *Gala* maullaba excitada por el aroma succulento del fiambre de pavo. Maldijo esa suerte, dudando incluso de que existiera. Su hermana Silvia solía decir que la suerte es una amante ingrata, que a pesar de desearla con todas tus fuerzas y colmarla de atenciones, es libertina y suele abandonarte con facilidad, dejándote hecha polvo. Sabina siempre había pensado que en lo más profundo de su hermana, esa mujer pragmática y resolutiva, dormía un poeta.

Para ocupar el tiempo cogió las hojas en las que estaba anotando todo su plan y las repasó. Entre bocado y bocado cayó en la cuenta de que necesitaba una muleta, solución salina y una venda.

—¡Idiota! Ya habías olvidado que te hiciste pasar por coja para que Amalia viniera a casa. ¿Cómo se te ha podido pasar? Necesitas ser una coja convincente. ¡Joder, Sabina! ¡Un detalle así es importante! Y la solución salina también. La toxina se tiene que reconstituir. ¡Mierda! Mañana habrá que comprar todo eso...

Lo anotó en un *post it* de color rosa chicle y lo pegó en la puerta de la nevera. *Gala* aprovechó para robar un trozo de pavo del sándwich que Sabina había dejado sobre la mesa.

—¡Y el dinero!

Aún no tenía en casa los trescientos euros que costaba el robot de cocina que le iba a comprar a Amalia. Decidió apuntarlo también, no fuera a ser que la memoria le fallara. Con los papeles en la mano, leyó una y otra vez sus notas para asegurarse de que no se le pasaba por alto nada más. *Gala* se relamía de gusto después de dar buena cuenta del pavo robado. Todo parecía en orden, todo estaba listo. La interrumpió Dimitri que volvía de su paseo por los alrededores del Castillo. No había encontrado ni rastro de Roberto. Incluso había preguntado a la gente, pero nada, ni una sola noticia. Se había cruzado con Griselda en un par de ocasiones, pero de Roberto nadie había sabido decirles nada.

Empezaba a inquietarse. Habían pasado algo más de dos horas y la noche ya había cubierto el cielo de oscuridad cuando alguien llamó al timbre. Miró el reloj, pasaban unos minuto de las diez de la noche y, si Griselda llevaba llaves, no sabía muy bien quién podía ser. Tal vez la policía. Se angustió.

—¿Quién es?

—Soy Roberto, Griselda no me abre la puerta.

—¡Gracias al cielo! Sube a mi casa, Griselda no está. —Con la mano en el pecho se agarró un pellizco de la camiseta, como si en realidad se estuviera cogiendo el corazón.

La primera cosa que hizo al verle fue abrazarlo. Se descubrió más preocupada

de lo que pensaba, pero alguien debía mantener la calma en aquel caos. Después le sujetó la cara amorosamente con ambas manos y le hubiera gustado darle un azote como a un niño pequeño, pero tan sólo le riñó con benevolencia.

—Sabes que no puedes irte así, sin más, sin decir nada. No sabes lo preocupada que tienes a la buena de Griselda. No puedes darle esos sustos.

—¿Y tú estabas preocupada por mí?

—Claro que sí, cómo no iba a estarlo. Hasta Dimitri ha salido a buscarte con *Dalí*.

—Y tú... ¿has salido a buscarme?

La pregunta le provocó una punzada en el estómago. Nunca había pensado que tal vez Roberto se escapaba para que fuera ella misma la que saliera a buscarlo, pero supo reaccionar.

—Yo he preferido quedarme aquí por si volvías. Si me hubiera marchado a buscarte, ahora mismo no habría nadie en el edificio. Estarías en la calle sin poder entrar en tu casa. ¿A quién habrías encontrado a tu regreso? —Roberto la escuchaba atentamente sin decir nada—. Yo te lo diré. No hubieras encontrado a nadie. He sido yo quien ha avisado a la policía. ¿Sabes que también te está buscando la policía? Menudo lío has montado.

La respuesta pareció satisfacerle porque sonrió y volvió a abrazar a Sabina con afecto desmedido. A pesar de todo, seguía siendo un hombre fornido y fuerte.

—Me vas a ahogar... —protestó.

—Griselda me ha quitado mi pistola y se ha enfadado conmigo.

—Nunca me habías hablado de ella. —Le sorprendió que cambiara de tema de esa forma. Nunca antes le había mencionado nada sobre armas. Roberto se encogió de hombros—. No puedes tenerla en casa. Además, ¿para qué quieres tú una pistola?

—Es mía y no tiene derecho a quitármela. La tengo desde hace mucho tiempo. La quiero para defenderme, por si alguna vez entra alguien a robar.

—Griselda no está cómoda con un arma en casa. No sabes el susto que se llevó al encontrarla.

—Estaba escondida. Ella escarbó entre mis cosas.

—No es eso lo que me ha contado. No es justo que la acuses de algo tan feo. Me dijo que estaba en un doble fondo de un cajón y que se rompió. Por eso la encontró, por casualidad. Pero... tú sabías muy bien dónde estaba, ¿verdad?

—Por qué no iba a saberlo, la escondí yo...

—¿No tendrás más?

—¿Pistolas? No, sólo tenía esa.

Por un momento cayó en la cuenta de que Griselda y la Policía Local seguían

buscando a Roberto. Cogió el móvil y avisó a la policía de que Roberto había vuelto sano y salvo a casa, pero cuando quiso hacer lo mismo con Griselda, ella no respondió a la llamada.

—Seguro que al final no se ha llevado el móvil y está por ahí angustiada, buscándote. No está bien eso, Roberto, ¿me entiendes? Tienes que pensar que los demás nos preocupamos mucho por ti. Griselda te cuida y es un amor contigo. No se merece que le des esos sustos. ¿Entiendes lo que te digo?

—Quiero que me devuelva mi pistola. —Sabina volvió a suspirar y se encendió un cigarro. Buscó un poco de calma antes de contestarle.

—Mira, Roberto, te voy a explicar una cosa. Ven conmigo.

Lo cogió de la mano y lo llevó hasta el baño. *Dalí* les siguió. El cuarto de baño era pequeño, la estancia más pequeña de la casa, y apenas cabían los tres dentro. Abrió el armario donde guardaba las toallas y las levantó levemente hasta que se pudo ver la empuñadura del revólver.

—¿Lo ves? He escondido aquí tu revólver. Te lo voy a guardar yo. Sigue siendo tu revólver, sólo que ahora en lugar de estar en el cajón de tus calcetines, está en mi baño, debajo de estas toallas. ¿Te parece bien? Sólo ha cambiado de lugar, pero sigue siendo tuyo.

Esperó unos segundos para contestar. Su gesto, con los labios apretados, evidenciaba que Roberto no estaba del todo conforme con el acuerdo.

—Pero si alguien entra a robar, tendré que subir aquí para cogerlo y a lo mejor no puedo escapar.

Tenía lógica la respuesta. Tampoco Lola pudo escapar, pensó Sabina, y eso que estaba en plena calle, pero el asunto del arma era innegociable. No iba a claudicar y tampoco pensaba tener una disertación al respecto con Roberto.

—No puedes tenerlo en casa y punto. Es peligroso. Griselda no quiere, le asustan las armas y, además, muy pronto vendrá su hijo Aden a vivir con vosotros. Tiene diez años, me ha enseñado fotografías. ¿No te parece genial? — Sabina intentó fingir entusiasmo—. En una casa con niños no se pueden tener armas. Podría haber un accidente. Si ocurriera algo por culpa del arma, tú serías el responsable.

Aquel argumento pareció convencerle, pero le llevó a cambiar de tema.

—Yo también tengo un hijo.

—Sí, lo tienes, es un chico guapísimo y muy listo. Se parece mucho a ti. Se está convirtiendo en un gran hombre, como su padre. Seguro que se convierte en un estupendo arquitecto, como lo fuiste tú. —A Roberto se le entristeció la mirada pero no dijo nada al respecto. Lo que estaba pensando le dolía y no quiso compartirlo.

—¿Podemos tener un hijo, Sabina? Uno que sea como tú y como yo. No

quiero vivir con el hijo de Griselda, no es mi hijo. Quiero estar contigo y tener nuestro propio hijo. Seguro que nuestro hijo nos querría mucho y cuando fuera mayor vendría a vernos todos los días. Me da igual si no es arquitecto. Me gustaría que fuera pintor, como tú. Te prometo que tiraré el arma a la basura. Nada de pistolas en casa si tú y yo tenemos un hijo.

Cruzó los dedos para hacer la promesa, y le mostró las manos para que ella comprobara con sus propios ojos que el compromiso era en firme. Lo selló con su mirada. A Sabina le dolió el alma como si se la estuvieran pinchando con alfileres, cientos de alfileres, uno a uno. Nunca antes habían hablado de tener hijos y ese ofrecimiento, como tantas otras cosas, llegaba demasiado tarde.

Le acarició el cabello, se lo peinó con los dedos, con ternura. Ella era mayor para ser madre, él era un hombre sin serlo del todo y ambos estaban atrapados en sus respectivas vidas. Se imaginó por una décima de segundo con una criatura en sus brazos. Nunca le había llamado la maternidad, pero las palabras de Roberto hicieron que fuera consciente de otra ausencia más en su vida. Pero lo que no puede ser, sencillamente no puede ser, le dijo a la punzada de su estómago, para que dejara de hurgar. Quiso mostrarse indolente consigo misma y apartó de su cabeza un pensamiento que no iba a ninguna parte.

No le contestó. El timbre interrumpió la conversación. Era Griselda, angustiada y casi fuera de sí por no tener noticias de Roberto a esas horas de la noche. Al abrirle la puerta y verlo en casa de Sabina, lo abrazó como una madre y después lo palpó con ambas manos para comprobar que estaba de una pieza.

—¡Ay, señor! ¡Dios bendito atendió mis oraciones! —Se persignó tres veces mirando al techo.

—Hace un rato que está aquí. Te dije que te llevaras el móvil —la riñó Sabina—. ¿Ves como no había de qué alarmarse? Ya he hablado con él. No lo volverá a hacer. ¿Verdad que no? —Sabina le dirigió una mirada desafiante y Roberto agitó la cabeza de derecha a izquierda, negando vehementemente.

—¡Dios bendito! Hoy creo que voy a necesitar una pastilla para dormirme. ¡Qué día, señora! ¡Qué día! Una semana como ésta y me quedo en los huesos comida por los nervios —dijo mientras se pasaba las manos por la cintura, perfilando su rolliza figura.

Griselda caminaba rítmicamente contoneando su trasero con gracia. Cogió de la mano a Roberto y éste le lanzó un beso con la otra mano a Sabina, que lo atrapó en el aire con un gesto.

—Buenas noches... Que descanséis.

—Usted también. Y agradecida por todo. Mañana prepararé un bizcocho con chocolate para que algo dulce nos quite esta amarga sensación que dejan los disgustos. Mi mamá, allá en Colombia, siempre lo hacía cuando pasaba algo

malo. Y al señor Roberto lo castigaré sin probar ni una migaja —le riñó teatralmente mientras se acercaban a la puerta—. A usted le subiré un buen trozo. Con Dios —se despidió, y cerraron la puerta tras de sí.

Ya eran casi las once de la noche y la luna hacía equilibrios sobre la línea del horizonte. En la arena de la playa había parejas que jugaban a dejarse hechizar. Sabina lo contemplaba todo desde el sofá, frente al ventanal, como una espectadora de la vida de otros, mientras *Gala* buscaba sus pechos con un ronroneo sonoro. Cerró los ojos y se abandonó.

1. Un pergamino sagrado y prohibido escrito por el emperador Constantino, que sólo podían hojear los pontífices y que helaba la sangre a quien lo leía y lo vaciaba de fe.

10

Le dolía todo el cuerpo. Su espalda parecía un acordeón y el cuello le crujía como una tostada recién hecha. Sabina se había quedado dormida en el sofá, con *Gala* buscando un espacio entre su cuerpo y la tapicería para hacerse un ovillo. A pesar de la incomodidad, curiosamente había tenido un sueño placentero, aunque no podía decir que también hubiese sido reparador. El ajetreo del día anterior le había consumido todas las energías y había quedado rendida ante el confort del sofá que la había acunado hasta caer en un sueño profundo, como hacía mucho tiempo que no tenía. Últimamente sus noches eran rebeldes. Había despertado empapada en sudor cuando el sol se había colado por el ventanal impertinentemente. Una babilla le resbalaba por la comisura del labio y tenía la boca seca y áspera como un estropajo.

Se despegó a *Gala* del costado. A Sabina le sorprendía la capacidad felina para soportar el calor, a la gata le apasionaban las altas temperaturas. *Dalí*, sin embargo, exhibía su larga lengua, carnosa y rosada, intentando atrapar un poco de aliento fresco, con respiración agitada.

Miró el reloj. Pasaban unos minutos de las nueve de la mañana. Antes que nada, llamó a la compañía de seguros para dar parte de la avería del aire acondicionado, no fuera a ser que se le olvidara de nuevo. Una teleoperadora con voz neutra, capaz de hacer más de diez preguntas seguidas sin mostrar ni un ápice de empatía, tomó nota del aviso.

—Por favor, le ruego que no se demoren, es horroroso soportar este calor en pleno mes de julio. Me estoy ahogando en casa —explicó Sabina enfatizando su ansiedad para intentar que la operadora se hiciera cargo de la urgencia.

—Señora Cifuentes, todo el mundo tiene prisa. Como usted bien dice, estamos en pleno mes de julio —parecía estar mascando chicle por el sonido que se colaba entre sus palabras pronunciadas con desgana—, y la mitad de nuestro personal está de vacaciones. Acudirá uno de nuestros técnicos lo antes posible, pero no puedo darle una fecha. Con «lo antes posible» quiero decir mañana, tal vez pasado mañana... No se quede en casa, váyase a la playa o a la piscina.

Se quedó con ganas de mandarla a algún lugar maloliente, con billete sólo de ida, pero se mordió la lengua. Masculló su malestar a regañadientes mientras se encendía el primer cigarro de la mañana, ponía la radio y cargaba la cafetera. El noticiario de la emisora local también parecía dormido. El locutor, con voz rasgada y haciendo esfuerzos por no carraspear, avanzaba las altas temperaturas

de aquel miércoles. Sólo de pensarlo ya sentía el asfixiante calor. Necesitaba un buen trago de agua fresca. Fue entonces cuando se dio de bruces con el calendario que prendía de la puerta de la nevera. Había un gran círculo rojo alrededor de aquel miércoles de julio. Era el día de la llegada de los viales de toxina botulínica desde Andorra. Por un momento casi lo había olvidado.

Sentir cerca, a falta de pocas horas, la presencia de Amalia, la encubridora mentirosa de un asesino, la excitó sobremanera. Una ola caliente le subió desde los pies hasta las sienas. Sintió la ansiedad como una losa sobre su pecho y un vértigo nauseabundo. Deseaba que llegara ese momento, tan esperado, tan imaginado, tan soñado desde hacía semanas, pero al mismo tiempo, estaba algo temerosa. Iba a envenenar a una persona, o al menos, lo iba a intentar, y la sensación de sentirse poderosa, con capacidad para decidir sobre otra vida, hacía que se sintiera pletórica y, al mismo tiempo, terriblemente ruin.

No sabía a qué hora iba a llegar el envío, pero era un detalle que tampoco le importaba demasiado. En sus circunstancias, con su agorafobia, llegara cuando llegara el mensajero, ella estaría allí, como siempre. Ésa era una certeza que le hubiera gustado no tener, pero así era su realidad. Pensaba en ello mientras se servía el café, cuando otro pensamiento se coló en el cruce de caminos de su cabeza: salir de casa. Ése era su gran problema, algo que debía solucionar para el siguiente paso en su plan, matar a Eugenio, un plan que cada vez estaba más cercano en el tiempo. Sabía que no podría hacerlo desde el interior de esas cuatro paredes y el tema, recurrente, empezaba a angustiarla.

—¡Para ya de pensar en círculo! ¡Para ya de una vez!

Se golpeó con fuerza a sí misma en la sien derecha, como si con el golpe quisiera recolocar sus pensamientos por orden de prioridad, o tal vez hacer que su cabeza funcionara mejor, como las máquinas a las que se les golpea cuando se atascan. Pareció funcionar porque volvió a centrarse en lo que tenía pendiente, el dinero para la compra, las vendas, la solución salina y una muleta. Tenía que llamar a Lucas que era quien se encargaba de esas cosas.

Dejó que la mañana avanzara un poco. Lucas no era persona de madrugar y mucho menos en el mes de julio, después de una noche alborotada de esas a las que invita la costa mediterránea y el espíritu libertino de Lucas. Entre semana, él solía levantarse sobre las nueve de la mañana y desayunar en una cafetería cercana a la galería de arte, a eso de las diez. Siempre tomaba café con leche y tostadas con queso fresco. Le dedicaba un repertorio de piropos al camarero, un joven moreno, de aspecto varonil y ojos grises, y después abría la galería de arte, especialmente para los turistas amigos de encontrar alguna pieza especial.

A Sabina le dio tiempo a que Dimitri sacara a *Dalí* en su paseo matutino. No

hablaron demasiado. Ella se hizo la escurridiza y se excusó diciendo que tenía prisa por darse una ducha. Pero Dimitri supo que lo esquivaba.

—¿Desde cuándo tienes prisa tú? —le preguntó.

—Desde que espero visita. ¿Y tú desde cuándo me interrogas?

Dimitri frunció el ceño y obvió contestar. Le quedó claro que Sabina no estaba de humor, así que no insistió por mucho que necesitara llenar los bolsillos, porque intuyó que no le serviría de mucho desplegar todos sus encantos. Aquel día se limitó a desempeñar su trabajo con *Dalí*, pero no con Sabina.

Cuando la hora fue prudente, Sabina llamó a Lucas intentando por todos los medios resultar convincente. Odiaba tener que mentirle, pero no podía contarle toda la verdad, le hubiera hecho más daño que una piadosa mentira.

—*Ma petite fille! Oh là là!* ¡Cuánto tiempo sin saber de ti! No, no me lo digas, lo sé, estás muy ocupada con tu joven bolchevique... Qué envidia me das, reina.

—No seas exagerado, si el lunes comimos juntos y hoy es miércoles. Sólo hace poco más de un día que no nos vemos. Empiezas a no poder vivir sin mí. ¿Eso debería preocuparme? Y no, no me paso el día entero en la cama con Dimitri. Aunque no te lo creas, tengo muchas cosas que hacer. Estoy pintando, ¿ya lo has olvidado? Además, creo que la golosina se me va a terminar pronto. Me da a mí que tiene novia...

—Qué tonta eres. Si yo fuera tú, sólo le dejaría salir de la cama para que me preparara un sándwich y coger fuerzas. —Lucas dejó escapar una risita ahogada antes de sorber un poco de café con leche y prosiguió—. Pues tendrías que ver cómo le queda el delantal a Alberto. Acaba de traerme el salero... Si supiera que yo me lo imagino sólo con el delantal... —dijo en voz baja para que el camarero no le escuchara—. Ese culito sí que es saleroso. *Mon Dieu!* —Suspiró teatralmente para que pudiera escucharse a través del teléfono—. Está claro que yo no soy su tipo, ya lo he asumido, aunque quizá tendría que insistir... Torres más altas han caído. Recuérdame que te cuente lo que me pasó con un teniente de la Guardia Civil que era muy heterosexual, pero mucho mucho... —Volvió a reír divertido—. ¿O ya te lo he contado?

—Sí, Lucas, me lo has contado ya una docena de veces por lo menos... Empiezas a parecer un viejo contando batallitas.

—Bueno, da igual. Tal vez, ahora que tú te has aficionado a la carne fresca, te interese un camarero sólo con delantal para que te haga las tareas domésticas, ya me entiendes. —Sorbió de nuevo el café y cayó en la cuenta de las palabras que Sabina había pronunciado al inicio de su conversación—. ¿Novia? ¿Has dicho novia? ¿Pero qué antigüedad es esa? Esa palabra ya sólo aparece en los diccionarios de castellano antiguo. Una *femme fatale* como tú no debería tener

nada que temer.

—Yo no soy una *femme fatale* —repuso con cierto desdén—. El otro día llevaba una pulsera con un nombre grabado, una tal Ana. Creo que se trata de una chica joven. Bueno, en realidad lo supongo, pero no sé nada más, tampoco le he preguntado. A veces está extraño, pensando en sus cosas. Es sólo un chaval. Además, ya sabes, lo nuestro es sólo... un acuerdo. Se acerca a mí cuando necesita dinero... ¿Y para qué te estoy contando yo todo esto?

—*Oh! Cela ne me plaît pas!* Tienes que desplegar toda tu sabiduría con él. No importa el motivo por el que se acerca a ti. Eso es lo de menos, lo importante es que, una vez a tu lado, puedes hacer que coma de tu mano. Después, dependerá de ti que no deje de comer... ¡Qué más te da que tome un aperitivo por ahí de vez en cuando! Hazle lo que las jovencitas no saben hacerle y verás cómo termina enganchándose. El sexo es pura droga, una adicción como otra cualquiera. A mí me funciona siempre, yo soy el camello que les suministra la mercancía. Les vuelvo locos. —Volvió a reír picaronamente—. La experiencia, amiga mía, es el arma secreta del amante maduro. Hazle rozar el cielo y jamás te dejará por ninguna jovencita... al menos no definitivamente. Siempre necesitará su dosis, nunca dejará de ser un adicto. ¡Ah! ¡Y haz gimnasia, *merde*, que tienes que tonificarte un poco! Todo ayuda, no te voy a engañar. ¿Le haces caso a la bicicleta estática que te regalé?

—Todos los días le dedico al menos cuarenta minutos. Te lo prometo —respondió Sabina con voz solemne e incluso, a pesar de que Lucas no podía verla a través del teléfono, colocando su mano derecha en el pecho como si hiciera un juramento.

—¡Qué bien mientes! ¡Me costó una fortuna! ¡Qué jodida mentirosa!

—No es del todo mentira. Precisamente por eso te llamo. —Su cerebro, ágil, había encontrado en la conversación la excusa perfecta—. Ayer mismo estuve pedaleando un rato y al bajarme de la bici, se me enganchó en el pedal derecho una tira de las chanclas que llevaba y me torcí el tobillo. Casi me parto la cabeza porque caí al suelo con el pie agarrado al pedal y por poco no me di con el pico de la mesa.

Sabina estaba sorprendida por esa capacidad de mentir que estaba adquiriendo. También se sentía un poco culpable por tener que engañar a Lucas, pero era un mal necesario, una víctima colateral en su particular batalla.

—Me duele bastante, pero no tengo nada roto, al menos eso creo. Seguro que no es nada importante.

—*Oh! Mon Dieu!* ¡Quién te mandará a ti pedalea con chanclas! ¡Ya sólo te falta ponerte sandalias con calcetines blancos de algodón para ir a la playa! ¡Eso es todo un sacrilegio para el buen gusto!

—Yo ya no voy a la playa... ¿lo has olvidado? Vaya, además de viejo verde, empieza a fallarte la memoria. ¿Tienes el día muy liado?

—Haré como que no he oído eso. —Lucas se hizo el ofendido—. No, hay poca cosa que hacer por aquí. ¿Qué necesitas?

—Estaría bien poder vendarme el tobillo unos días. No tengo venda elástica en casa. Además, si pudieras conseguirme una muleta, ya sabes, para no apoyarlo... Y ya puestos a pedir, *Gala* tiene los ojos un poco irritados, ¿me puedes traer también solución salina para que le haga unos lavados?

—*Du calme!* Espera, que estoy tomando nota, no vayas tan deprisa —le pidió Lucas mientras lo apuntaba todo con torpeza en una servilleta de papel de la cafetería—. ¿Desea algo más, *mademoiselle*?

—Necesito efectivo. Quinientos euros estaría bien.

—*Combien?* —exclamó Lucas sorprendido—. ¡Uy! Estoy empezando a pensar que lo del bolchevique te está costando un riñón. Ese chico es una puta cara, muy cara. Es él el que se tiene que enganchar a ti, no tú a él... ¿captas la idea? Espero que te compensen esos revolcones de lujo porque menuda tarifa se gasta el rubio. ¿No te compensaría más el producto nacional? Yo conozco...

—No seas tonto —le interrumpió antes de que cogiera carrerilla—. No es para lo que estás pensando. Ya te lo contaré, pero digamos que voy a aprender a cocinar y parte del dinero lo voy a invertir en ese menester.

—¿Cocinar, tú? —dijo con incredulidad—. ¿Quién eres y qué has hecho con mi amiga Sabina? ¡Sal de su cuerpo inmediatamente o te las verás conmigo! Está bien, confiaré en ti, pero no te acostumbres. Luego me lo cuentas todo.

Lucas la hizo reír, como siempre. Si alguna certeza había en la vida de Sabina era que Lucas siempre era capaz de arrancarle una sonrisa. Eso, y que Sabina odiaba la cocina. Apenas sabía darle la vuelta con acierto a una tortilla y lo más sofisticado que preparaba era una hamburguesa vuelta y vuelta a la plancha. El microondas era su mejor aliado y hubiera muerto de hambre si no se hubieran inventado los platos precocinados, el congelador y la comida a domicilio. En una ocasión en que calculó mal la compra necesaria para un largo puente festivo, incluso llegó a probar la comida de *Gala* y *Dalí*. Era un auténtico desastre para los fogones.

Quedaron en verse más tarde, cuando le llevara el encargo a casa. No había hecho más que colgar el teléfono y se disponía a rociar la casa con insecticida — con las ventanas abiertas se le llenaba la casa de moscas—, cuando sonó con insistencia el telefonillo. Era el servicio de mensajería.

Un hombre de mediana edad subió las escaleras con gesto de fastidio. Vestía con un uniforme muy llamativo en colores azul turquesa y amarillo, y en la cabeza llevaba una gorra también amarilla con el logotipo de la empresa bordado

en azul. Podía leerse en ella «Fast». Su respiración era agitada y entrecortada. A Sabina le recordó a *Dalí* después de uno de sus largos paseos, sólo le faltaba sacar la lengua. Era alto y fornido, y parecía estar en buena forma física, pero las escaleras le habían delatado. Sabina respiró profundamente antes de abrir la puerta tímidamente, como hacía siempre, y al verlo en aquel estado sintió la necesidad de disculparse.

—Lo siento, algún día tendremos que poner un ascensor.

—¿Sabina Cifuentes? —preguntó obviando el comentario y leyendo el impreso que venía adherido al paquete que portaba en las manos.

—Yo misma.

—Firme aquí por favor y ponga el número de su documento nacional de identidad. —Obedeció y, después de que ella anotara lo que le había pedido, el hombre arrancó una copia y se la guardó en el bolsillo del pantalón—. Tenga la precaución de guardarlo en la nevera. Buenos días. —Se despidió sin dedicarle ni una sonrisa amable, sin tan siquiera alzar la mirada, mientras se limpiaba con un pañuelo de papel el sudor que le caía por las sienes.

El paquete venía dentro de un embalaje de plástico de la empresa de mensajería. Con cierta dificultad, nerviosa, lo rompió con los dedos. Maldecía su feo vicio de morderse las uñas cuando las necesitaba para cosas como ésa. Dentro encontró una caja de corcho blanco con una etiqueta pegada. En ella se advertía de que se trataba de un embalaje especial, destinado a preservar la temperatura del producto, y que una vez abierto, el contenido debía conservarse a una temperatura de entre cero y cuatro grados.

Al abrirla, el corcho chirrió, como un lamento agudo y seco. Aquel ruido le produjo dentera y se llevó el dedo a la boca. Lo mordió para calmar esa molesta sensación. Se le había erizado la piel. *Gala* abandonó su plácido sueño alertada por aquel desagradable sonido, pero enseguida desvió su atención hacia una mosca que agonizaba torpemente golpeándose, una y otra vez, contra un cristal de la ventana, intentando salir al exterior.

Allí estaban, dos cajitas de medicamento, con dos viales cada una, y cuatro jeringuillas finas con sus correspondientes agujas hipodérmicas. Todo listo para un tratamiento de belleza, sólo que, en aquel caso concreto, tendrían una finalidad bien distinta.

Al contemplarlo, sintió exactamente la misma sensación que había tenido al sujetar con sus propias manos el revólver de Roberto, un ahogo momentáneo, seguido de un profundo suspiro que la dejó hueca. Angustia y satisfacción al mismo tiempo. Aquellas pequeñas botellitas, con un polvo blanco en su interior, en apariencia inofensivas, podían matar a alguien, tal vez con la misma precisión que una bala, y a buen seguro que de una manera mucho más discreta que ésta.

Nada de sangre, nada de restos humanos esparcidos por la casa, nada incómodo de explicar, todo limpio y discreto. Cogió una entre sus dedos y la miró al trasluz.

—¿Es fácil matar Sabina? ¿Es así de sencillo? ¿De verdad estás hecha de esa pasta? —se preguntó a sí misma observando aquellos peligrosos polvos blancos.

Los movimientos de Gala, agazapada, a punto de atacar a la mosca que zumbaba atrapada detrás de un cristal, llamaron su atención.

—Dime una cosa, *Gala*. ¿Crees que tú y yo somos muy diferentes?

La gata saltó sobre el insecto y lo cazó de un zarpazo, con precisión. Era un manjar irresistible para ella. Rápidamente se lo llevó a la boca y dejó de escucharse su zumbido. *Gala* se relamió de placer después de habérsela tragado. Sus lengüetazos daban buena cuenta de su alto grado de satisfacción.

—Acabas de matar a ese bicho asqueroso y te lo has comido. En realidad no lo necesitas para alimentarte, tienes tu plato lleno de comida, pero, sin embargo, lo has hecho por puro instinto, tu instinto depredador. Los gatos sois animales cazadores. Y... ¿por qué no decirlo? Seguro que también lo has hecho por el placer que te ha supuesto comértela. Has disfrutado. ¿A que sí?

Guardó silencio, pensando su argumentación detenidamente, como si su disertación fuera dirigida a un auditorio repleto de gente y cada palabra para convencerles fuera decisiva. Encontraba en su discurso una lógica convincente, mucho más convincente de lo que, probablemente, le habrían resultado las palabras del juez, escritas en una sentencia de absolución. Después prosiguió.

—Pues no somos tan distintas, ¿sabes? Se equivocan los que afirman que vosotros, los animales, sólo matáis por pura necesidad. Mentira. Tú no necesitabas matar a esa mosca, sin embargo, lo has hecho, lo haces constantemente. Tu instinto te lleva a ello y no tu necesidad. Además, llegados a este punto, tal vez deberíamos matizar qué se entiende por necesidad, ¿no te parece?

Gala era ajena a la conversación y se lavaba meticulosamente después del banquete.

—Yo soy un ser humano y, como tal, necesito justicia, una justicia que el sistema me ha negado, ésa es mi necesidad, y es más importante tal vez que el hambre, el sueño o la sed... Esa necesidad de justicia es intrínseca a las personas. ¿No dicen que somos seres racionales? Cierto, ¿verdad? Entonces ¿qué hay de racional en que un asesino de mujeres quede libre? ¡Es una locura! ¡No hay lógica ni sentido común que pueda justificar algo así! ¡Y me da igual lo que digan las leyes!

La cabeza le iba a mil por hora, buscó un cigarro que calmara su ansiedad. Acercó la llama del mechero al extremo del pitillo y aspiró. Retuvo el humo en

sus pulmones durante unos segundos, aguantando la respiración. Después, algo más calmada, expulsó con fuerza el humo, como si con él también echara parte de su desasosiego, y continuó hablando con *Gala*.

—Y te diré algo más. Tengo la necesidad de sentirme segura ahí afuera, como todas esas mujeres que vivían con miedo, como vivía Lola. Ellas tenían también esa necesidad de sentirse seguras en sus propias casas. Poder vivir tranquilas sin sentirse amenazadas por alguien que piensa que es tu dueño y que puede hacer contigo lo que le venga en gana. No poder dormir, tener miedo hasta de respirar... ¿Puedes imaginarte lo que es vivir así? Ni siquiera sus casas fueron su refugio. A ellas, a todas esas mujeres que ya han asesinado, nadie las protegió, nadie. Y lo peor de todo es que después de ellas hubo otras más y después de éstas vendrán más todavía. Nunca se acaba, nunca se acabará...

Volvió a dar otra profunda calada. Su ira se estaba transformando en una paulatina y terrorífica frialdad que le asomaba por los ojos.

—Todas esas mujeres muertas y tratadas como números, sin rostro, sin historia, sin justicia, reducidas a treinta segundos en las noticias, a un minuto de silencio y a una estadística para estudiar por políticos y tecnócratas en sus poltronas. Dime... ¿no merecían esas mujeres poder sentirse así? ¿Seguras? ¿Tranquilas? ¿No lo merecía Lola? ¿No lo merezco yo?

A Sabina le aterrorizaba la idea de morir de la misma forma que Lola, a manos de Eugenio, en plena calle, como venganza por haber testificado contra él. Cada vez que lo pensaba, la angustia le asomaba por la boca del estómago. Se sentía amenazada, una víctima potencial más, y nadie hacía nada por evitarlo.

—Dime, *Gala*, ¿no es ésa una necesidad suficiente para matar? ¿No es el instinto de supervivencia más fuerte que cualquier otro? Y eso sin mencionar la justicia. Si no lo hago yo misma, ¿quién saciará por mí todas estas necesidades? ¿El sistema?

Forzó una carcajada seca y sarcástica. Dio otra calada y apagó el cigarro con rabia por tanta pregunta sin respuesta. Sacó los viales de la caja de corcho y los colocó en la puerta de la nevera. También puso allí mismo las jeringuillas, para tenerlo todo a mano. Después, se entretuvo leyendo el prospecto y todas las anotaciones que había apuntado sobre la toxina en su búsqueda por Internet. Lo tenía todo claro, al menos todo lo relacionado con la forma de llevar a cabo su plan. Necesitaba la solución salina para reconstituir el polvo y después mezclarlo con alguna bebida, pero desconocía la dosis necesaria para matarla. Esa información no la había encontrado en Internet e iba a tener que improvisar sobre la marcha.

El murmullo de la gente de la calle subía hasta colarse por las ventanas. Había

vida fuera del claustrofóbico encierro de Sabina. El mundo giraba sin pedirle permiso, sin tan siquiera esperarla. La gente charlaba, tomaba helado, se hacía fotografías y compraba recuerdos de Peñíscola. Era verano y la luz del Mediterráneo lo bañaba todo. Las voces de los niños rompían de tanto en tanto ese rumor con su algarabía y las madres les regañaban con una severidad dulce. Sabina los envidiaba a todos y la envidia malsana le sabía agria.

De repente reconoció un sonido que le era familiar. Era el lamento del acordeón de Salvatore, un viejo italiano que de vez en cuando se colocaba en la esquina de su casa para tocar y, así, hacerse con algunas monedas con las que pasar el día. A Sabina le gustaba escucharlo, la relajaba; incluso apagaba la radio cuando su música la sorprendía. Había sido marinero toda su vida para intentar ahogar en alta mar su verdadera vocación insatisfecha, la música. Pero la música sobrevivió a mareas indómitas y a toda una vida curtida por el sol y la sal. Retirado, Salvatore había convertido Peñíscola en su último puerto, tierra de tradición marinera. Allí había conocido a Sabina, años atrás, atraídos como un imán, el uno por el otro, como se atrae el arte con el arte. Ya hacía tiempo que lo echaba en falta, así que al reconocer el primer acorde lastimoso del acordeón, una sensación de satisfacción la hizo henchirse de alegría.

—¡Salvatore! ¡Viejo lobo de mar! ¿Dónde te habías metido?

Con precaución y con los papeles de sus apuntes todavía en la mano, se asomó a la ventana guardando cierta distancia, para evitar el vértigo y la ansiedad. El viento le sopló en la cara y Sabina dejó que alborotara su cabello. Era agradable. Cuánto echaba de menos pisar aquellas calles empedradas. Cerró los ojos e inspiró profundamente. Olía a sal y a crema solar de la gente que iba y venía de la playa. La brisa era tibia, pero refrescaba el agónico calor de la casa. Salvatore afinaba su acordeón, tocando sus botones y escuchando la respuesta del instrumento. Colocaba la oreja como si el acordeón le hablara al oído, repitiendo la operación varias veces. Después, cuando ya parecía estar listo, se quitó una gorra que siempre llevaba y la puso sobre la calzada. Se peinó su plateado cabello con la mano derecha e hizo lo mismo con su espesa barba. Suspiró, hizo un ligero movimiento de hombros para relajar los músculos y comenzó a tocar una polca, enérgica y trepidante, con dedos de joven pianista, más que de anciano tocando un añoso acordeón.

Sabina se sintió pletórica por un momento. Subió al cielo desde el mismo infierno en tan sólo unos segundos, aupada por aquellos acordes. Dejó los papeles en la mesa y buscó unas monedas en el cajón del mueble de la entrada. Las envolvió con una servilleta de papel e hizo una pelota. Se asomó por la ventana y gritó el nombre de Salvatore con entusiasmo, con una sonrisa generosa en sus labios. El viejo le dedicó un gesto complaciente y Sabina le lanzó las

monedas por la ventana. Salvatore las atrapó con la gorra haciendo las veces de canasta y le hizo una reverencia de agradecimiento. Después, continuó tocando la polca.

A Sabina la música le elevó el espíritu hizo que se sintiera como una mariposa, colorida y grácil, con ganas de bailar, y al mismo tiempo delicada y a merced de un soplo. Cogió a *Dalí* por las patas delanteras hasta ponerlo en pie. El gran danés se dejó hacer. Ambos bailaron torpemente al ritmo de los acordes de la polca, mientras *Gala* les observaba con cierta indiferencia desde el alféizar de la ventana.

Dedicó el resto del día a pintar. Sabía por experiencia que no podía desaprovechar esa euforia que tan pronto como venía, se iba. Se sentía como un surfista subido a la tabla: una vez conseguía cabalgar a lomos de una buena ola, debía aprovecharla hasta que ésta muriera en la orilla y ya sólo quedara su espuma. Su ola era efímera, cierto, pero precisamente por eso no pensaba dejarla escapar. Eran escasos los momentos en los que se sentía así.

Adelantó mucho con su cuadro. Decidió incluir un viejo faro con una luz de esperanza en la oscuridad de su mar ensoberbecido, un faro parecido al de Peñíscola, pero solitario. Había mucho de ella en aquella pintura, en aquel mar oscuro y agitado, en aquella luz lejana que pretendía guiar en su vuelta a casa a los veleros perdidos. Había tanto, que pensó incluso en llamarlo autorretrato, pero desechó la idea. Aquel día el tiempo pasó rápido, distinto al tiempo de otros días, medido por los mismos relojes. Estaba tan satisfecha con su trabajo, que apenas percibió que ya habían dado las cuatro de la tarde en el reloj de la cocina. Ni siquiera las señales horarias de las noticias de la radio habían conseguido distraerla. Fue el timbre del telefonillo lo que la sobresaltó. Era Lucas con el encargo.

—Porque te quiero como si fueras mi hermana, *mon Dieu*, porque si no, iba a volver a subir estas escaleras tu prima de Sevilla —se quejó como siempre, jadeando. En una mano llevaba una bolsa de la farmacia y en la otra la muleta, que utilizaba para apoyarse en cada escalón.

—Venga, no me hagas pensar que ya estás mayor. Además, no sabes lo prietos que se te ponen los glúteos cuando subes escaleras. Sólo por eso deberías subirlas y bajarlas al menos dos veces al día.

—Sí claro, si aún tendré que dar las gracias por tener una amiga agorafóbica que vive en un ático construido en no sé qué siglo, con los peldaños más empinados del mundo —protestó—. ¿Roberto no pensó en cambiar estos escalones del demonio? ¡Son una tortura! ¡Menudo arquitecto de pacotilla!

Gala intentó escarpar, pero Sabina se lo impidió. Le cortó el paso con la

pierna. *Dalí* aguardaba impaciente, agitando el rabo, a que Lucas alcanzara la puerta. Antes que él llegó el aroma a Hugo Boss.

—Ven con el tío Lucas, *mon petit chien*... ¡Si es que no se puede ser más guapo! —El perro agradecía efusivamente las muestras de cariño y buscaba la cara de Lucas para regalarle generosos lametones—. Cuidado, que me vas a tirar, deja que le dé dos besos a mamá.

Acercó su mejilla ligeramente a la de Sabina, sin rozarla, y lanzó un beso al aire, repitiendo la operación con la otra.

—Lo único malo de *Dalí* es que huele a perro.

—Es un perro, Lucas, ¿a qué quieres que huela?

—No sé, mujer, habrá perfumes para animales digo yo.

Lucas se olió las manos arrugando la nariz con desagrado. De repente se dio cuenta de que Sabina llevaba su camiseta de pintar.

—¡Estás pintando! *C'est fantastique!* —Dejó todo lo que llevaba sobre la mesa y se acercó al cuadro. *Dalí* le siguió.

No dijo nada, abrió la boca como un pez a punto de ahogarse y los ojos le brillaron como una luz en la noche. Guardó silencio y ladeó la cabeza, sin cerrar la boca, de un lado a otro, escrutando la obra desde ángulos distintos. Después se rizó con un dedo un mechón de su cabello rubio, enroscándolo una y otra vez, pensativo.

—¿Y bien? —preguntó Sabina.

—¡Sabina Lamer, etapa oscura! Ya lo estoy viendo, el renacer del Ave Fénix, la luz al final del túnel, el mar agitado en la tormenta.

Lucas utilizaba un tono teatral y hablaba con la mirada perdida, imaginando los titulares de las publicaciones especializadas en arte.

—Al ruso le va a encantar. Si llego a saber que ahora ibas a ser más genial que antes, yo mismo te hubiera encerrado bajo cuatro llaves. —Intentó resultar gracioso con el comentario, pero Sabina frunció el ceño—. ¡Es oro puro! Haremos una presentación por todo lo alto. Quiero toda la colección en esta línea, vamos a vender la nueva etapa de Sabina Lamer.

—Tú y el *marketing* —se burló Sabina.

—La vida es puro *marketing*, reina. ¿Cuántas veces tenemos que discutir sobre eso? Tú pintas y yo vendo. Picasso tuvo su etapa azul, su etapa rosa, que por cierto sonaba muy gay, ¿no crees?, y su etapa cubista. Tú acabas de iniciar tu «etapa oscura». Algún día los niños la estudiarán en sus libros de texto, ya verás, y nadie me reconocerá el mérito de haberte descubierto y haber bautizado tus etapas. ¡Ay! ¡Qué ingrata es mi profesión y qué poquito me quejo!

Con la mano en la cintura y moviendo con desparpajo las caderas, fue hasta la nevera. Angustiada, Sabina dio cuatro zancadas para llegar antes que él y evitar

que viera los viales e iniciara un interrogatorio al respecto. Le cortó el paso poniéndose delante de la puerta del frigorífico. Todo resultó un tanto artificial y a Lucas no le pasó desapercibido.

—Sólo quería un poco de agua fresca... ¿Qué guardas ahí? ¿Un cadáver? Hace un calor de mil demonios en esta casa.

—Sí, ya he llamado al técnico del aire acondicionado, pero no me han sabido precisar cuándo podrá venir. Ya te pongo yo el agua.

—Para tener mal el tobillo corres que te las pelas... ¿Ya estás mejor? Ni yo mismo he corrido tanto delante de los grises.

Lucas la miró de la misma manera que minutos antes miraba el cuadro, intentando ver más allá de lo que sus ojos le mostraban, adivinando una segunda intención.

—Sí, estoy mejor, pero aún me duele. —Sabina cayó en la cuenta de que había olvidado simular la cojera. Se frotó el tobillo izquierdo fingiendo un gesto de dolor.

—¿No me dijiste que era el derecho?

—¿Eso te dije? Pues me equivoqué. —Titubeó—. Ha sido el izquierdo. Es que tengo la cabeza en mil cosas.

Le sirvió el agua mientras se maldecía por su torpeza. Con Lucas se podía permitir el lujo de cometer esos errores, pero no con Amalia. Con ella debía resultar pulcramente convincente y ni siquiera lograba recordar qué información le había dado, tendría que repasar el *chat*. Lucas bebió el agua con desesperación, de un trago, y al apurar la última gota del vaso, dejó escapar un suspiro.

—Bueno, pues ahí lo tienes todo: las vendas, la solución salina para los ojos de *Gala*, aunque chica, yo la veo estupendamente, y la muleta, que me la ha prestado mi monitor del gimnasio. Te lo tengo que presentar, no puede ser que existan tantos músculos en un solo cuerpo... ¡Ah! ¡Se me olvidaba! —Se metió la mano con dificultad en el bolsillo de sus ceñidos pantalones vaqueros y sacó un puñado de billetes—. ¡El dinero!

—Voy a comprar una Thermomix. —explicó Sabina antes de que le preguntara.

—Y eso es...

—Un robot de cocina. Dicen que resulta muy sencillo cocinar con él. Especialmente indicado para inútiles en los fogones como yo —dijo, forzando una sonrisa un poco torpe mientras sus ojos mentían.

—Ya —contestó Lucas sin acabar de creérselo—. Bueno, te dejo que tengo que volver a la galería. Cuídate, y no vayas a ponerte la venda en la muñeca derecha, recuerda que te has hecho daño en el tobillo izquierdo. *À tout à l'heure!*

Lucas se marchó, pero dejó allí el aroma de su perfume, junto al desconcierto de Sabina, el mismo que la acompañó el resto de día.

11

A medida que pasaban las horas y se acercaba el encuentro con Amalia, a Sabina le crecía una pelota en el estómago que le hacía pensar que no iba a ser capaz de hacerlo, a pesar de estar absolutamente convencida de que era su obligación, una decisión meditada hasta gastarse. Apenas había podido descansar la noche del miércoles. Las sábanas se le habían pegado a la piel, igual que la duda, y el tiempo, que esperaba que pasase, lo había hecho demasiado lento.

Había mirado el reloj de la mesilla en tantas ocasiones durante la noche que se le había quedado grabado como una imagen fija que se mostraba en su mente cada vez que cerraba los ojos. Los números digitales en color rojo intenso, parpadeando en la oscuridad, apenas avanzaban. La angustia se la comía por dentro y le retorció las entrañas. Cuando su despertador apenas había pasado unos minutos de las cuatro de la madrugada, no pudo aguantar más y sintió unas repentinas e irrefrenables ganas de vomitar. Alcanzó con dificultad la taza del váter. Con la mano derecha se sujetó el pelo, mientras con la izquierda se apoyaba en la tapa para dejarse llevar por una convulsión incontrolable. El vómito le supo a nicotina y a miedo, apenas había comido en las últimas horas.

Cuando su cuerpo no tuvo nada más que expulsar, Sabina se hizo un ovillo en el suelo del baño, entre el inodoro y la bañera. Sentía un sudor frío que le hacía tiritar y tenía la boca amarga. Estaba muerta de miedo. *Dalí* fue a su encuentro con ojos de sueño interrumpido y se tumbó a su lado. Permaneció junto a ella un tiempo difícil de precisar, mientras Sabina hacía un esfuerzo por no dejarse llevar por aquel vértigo tan intenso, mirando al abismo sin dejar de mirarse el ombligo, derrotada.

Tener miedo al miedo era la peor de las sensaciones para Sabina. Podía olerlo cuando se acercaba, y aquel olor la paralizaba. Era algo así como estar asomada a un pozo, sentir el vértigo, saber que es peligroso y, a pesar de todo, dejarse caer sin oponer resistencia. Sentirse amenazada por la amenaza era como sentirse idiota a sabiendas de no serlo. Conocía el mecanismo del miedo y la ansiedad, su nacimiento, su recorrido, sus intenciones, su destino, pero igualmente se sentía impotente al no saber cómo controlarlo una vez más. El monstruo la había vuelto a poseer y ella se comportaba como una víctima, mordiéndose las uñas con congoja y desazón, tirada en el suelo del cuarto de baño, empapada en sudor y entregada a su captor sin plantarle cara. Se enfureció consigo misma, solía hacerlo en estos casos.

Con rabia y desespero, se levantó de un brinco y buscó a oscuras en el armario de los productos de limpieza. Sacó unos guantes de goma, un viejo cepillo de cerdas duras y una botella de lejía con detergente. Estaba a punto de castigarse. A veces lo hacía cuando se sentía mal consigo misma, cuando se decepcionaba, cuando se dejaba vencer a pesar de toda su fuerza interior, cuando se traicionaba. No era capaz de comprender por qué lo hacía, por qué asumía aquel secuestro emocional si le hacía tanto daño, pero al mismo tiempo, tampoco sabía cómo evitarlo. Le dolía el alma y ese dolor era tan intenso, que sólo el castigo le hacía encontrar cierto equilibrio en el caos, cierto control sobre sí misma, cierta lógica. Cuando era niña, si se portaba mal, recibía un castigo y expiaba la culpa, y en aquel comportamiento aprendido hallaba ahora satisfacción. A veces comía compulsivamente, otras veces dejaba de comer durante días, fumaba o se dedicaba los peores deseos como si fuera su mayor enemigo. En alguna ocasión había fantaseado con la idea de marcar su cuerpo con el cigarro que se estaba fumando, quemar su piel, marcarse a fuego en su proceso autodestructivo, pero nunca llegó a hacerlo, no cruzó esa línea.

El alboroto despertó a *Gala* y el irresistible olor a lejía, especialmente atractivo para la gata, hizo que sintiera curiosidad y, tras desperezarse, arqueándose y con el rabo estirado, fue en busca de Sabina.

La encontró arrodillada sobre el suelo del cuarto de baño, con los guantes de goma puestos y rascando las juntas de los azulejos de suelo y paredes, a golpe de cepillo, con exasperación. Con movimientos repetitivos, la compulsión la llevaba a frotar con rabia cada esquina del baño, cada centímetro del suelo, cada junta de la pared, una y otra vez.

Le dolían las rodillas pero no podía dejar de hacerlo. De vez en cuando, se retiraba con torpeza el cabello que le caía sobre la cara y, con el antebrazo, intentaba secarse alguna lágrima de frustración que se escapaba a su intento de control. Rascaba con tanta furia que parecía que iba a desgastar el suelo. Nuevas arcadas le asaltaban sin avisar y le obligaban a parar unos segundos, el tiempo justo para respirar profundamente y mantener a raya su estómago. Después, continuaba frotando compulsivamente.

Se acordó de su madre. Odiaba pensar en ella en esos momentos, pero, como por arte de magia, su cerebro siempre hacía esa conexión casi de manera automática. En su sentimiento de culpa siempre aparecía ella. La doctora Durán adoraba esas cosas cuando ocasionalmente ella se las contaba, Sabina se lo notaba en la mirada. Alguna vez le había explicado que en mitad de sus crisis el recuerdo de su madre monopolizaba sus pensamientos. Era entonces cuando la doctora Durán, con la cabeza gacha, apuntando con letra ilegible en sus papeles, la miraba por encima de la montura de pasta de sus gafas que hacían equilibrios

en la punta de su chata nariz, intentando mantener el rictus de su cara. Sabina estaba convencida de que disfrutaba escuchando aquello. Había notado cómo las comisuras de sus labios emitían un ligero temblor, apenas imperceptible, como un tic nervioso controlado, que Sabina interpretaba como una sonrisa de placer abortada. Hacía ya tiempo que no le confesaba que seguía ocurriéndole aquello, que seguía pensando en su madre cada vez que tenía una nueva crisis. En realidad le había mentado muchas veces. A Sabina no le gustaba hablar de su madre y mucho menos con la doctora Durán y había optado por ocultar la verdad, al menos esa verdad, antes que enfrentarse a ella.

Derramó más lejía con detergente sobre el suelo. La fricción enérgica hizo que pronto se cubriera de espuma blanca. El penetrante olor le daba punzadas en la nariz. La musculatura del brazo derecho se le estaba entumeciendo hasta resultarle doloroso. Sudaba profusamente y le dolía el cuerpo. Fue entonces cuando paró y rompió a llorar, lanzando con rabia el cepillo contra la pared. *Gala* dio un brinco, rasgando con un maullido de terror el silencio de la noche. Su pelo negro se erizó y clavó sus uñas en la cortina de la ducha. *Dalí*, sin embargo, apenas se inmutó. Se acercó a Sabina y le lamió las lágrimas con calidez y delicadeza. Ella lo abrazó, abatida y rota, mientras la gata, recompuesta ya del susto, se apresuró a buscar sus pechos para acurrucarse. No podía dejar de llorar. La congoja siempre le seguía a la rabia, pero el dolor nunca se marchaba y el miedo tampoco. Lloró durante un rato, el tiempo que necesitó hasta vaciarse y sentirse algo más aliviada. Lloró sin tan siquiera quitarse los guantes de goma, abrazada a su perro y acompañada por el ronroneo de su gata, hasta que amaneció.

Pudo entonces escuchar canturrear a Griselda merodeando por la cocina del piso de abajo. Solía madrugar mucho porque, como decía ella, «el buen Dios ayuda a los tempraneros». Las tuberías del edificio sonaron a ducha matutina y las persianas de algunos negocios anunciaron el inicio de una nueva jornada. Ya era jueves, el día en que Amalia iba a visitar su casa engañada por Sabina, el día marcado en el calendario con un gran círculo, el día donde todo lo planeado se iba a llevar a cabo. Y ése era todo el mal de Sabina: lo que temía y deseaba a partes iguales estaba a punto de ocurrir, y no tenía la certeza de que fuera a salir bien.

—No queda otra, Sabina, ya has tocado fondo una vez más, pues ahora no queda otra.

Se hablaba mirándose al espejo, con los ojos hinchados, apoyada sobre el lavabo, sin estar segura del todo de quién era aquella imagen reflejada.

—Debes levantarte, impulsarte hacia arriba. Hoy es un día importante. Si no eres capaz de hacerlo por ti misma, hazlo por Lola. Ella se merece justicia. No

has llegado hasta aquí para echarte atrás.

Guardó silencio unos segundos que se le hicieron eternos. Se llenó el pecho con una respiración profunda y cogió fuerzas.

—¡Es lo que quieres hacer! ¡Es lo que debes hacer! ¿Entendido?

Se lo dijo a los ojos que encontró en la imagen del espejo, sin ser del todo consciente de que fueran los suyos. A veces se sentía desdoblada y ésa era una de esas ocasiones.

Se quitó los guantes de goma y se echó agua fría sobre la cara, generosamente, como bofetadas líquidas. Hundió el rostro en el mullido algodón de la toalla que olía a suavizante de lavanda, y ahogó otro suspiro, se le escapaba el alma en cada uno de ellos. Miró el reloj, eran las siete y media de la mañana. Recordó que la cita estaba fijada para las once, y por un momento sintió premura por todo lo que tenía que hacer.

Después de haber vomitado la ansiedad y haber llorado el miedo, optó por darse una ducha e intentar así que el desagüe se tragara su inseguridad. Debía recomponerse y encontrar en su interior la mujer fuerte que había sido capaz de llevar a cabo su plan.

La ducha la recompuso un poco, hizo de pegamento para volver a unir los trocitos que se habían roto tras una mala noche. Ocupó su mente con un único pensamiento: convertirse en Esperanza García, su otro yo. Debía bordar el papel, hacer una interpretación de Goya, ser creíble, con el fin de conseguir embaucar a su víctima. y para conseguirlo, debía empezar por el vestuario.

Abrió el armario de su dormitorio de par en par. Durante unos segundos se quedó mirando toda la ropa que tenía colgada en las perchas y la que estaba doblada en los estantes. Toda esa ropa era una parte de ella, de lo que había sido un día y había dejado encerrado entre esas paredes. Hacía tanto tiempo que no se la ponía, que no se vestía para ninguna ocasión, que no era capaz de precisar cuándo había dejado de usarla durante su encierro. Meses, más de un año, demasiado tiempo en cualquier caso. Últimamente sólo utilizaba un puñado de viejas camisetas de algodón y su ropa interior. La mayoría de los días ni siquiera se calzaba, en invierno caminaba con calcetines y en verano descalza. Los viernes, cuando tenía consulta con la doctora Durán, hacía una excepción y se ponía un pantalón para estar más presentable; algunas veces también lo hacía cuando subía Dimitri a casa, aunque no siempre. En aquel momento, frente al armario, se concentró en encontrar algo con lo que vestir a Esperanza García, discreto y sobrio, digno de una persona convencional, algo que Sabina no era.

Eligió unos pantalones vaqueros y una blusa azul cielo que se había comprado en una ocasión para ir a una rueda de prensa con motivo de la presentación de una de sus exposiciones. Nunca más se la había vuelto a poner y hasta había

olvidado que la tenía, pero un trocito asomaba por entre las demás prendas y Sabina no pudo resistirse al color que le atrajo la mirada como un imán.

Nada más meter la pierna derecha en el camal del pantalón vaquero ya se estaba arrepintiendo de haberlos elegido. Hacía calor y la espesa lona se le empezaba a pegar al muslo con tan sólo rozar su piel. No conseguía que resbalara. Pensó que tal vez ya nunca más volvería a soportar la ropa, como los salvajes que viven a su suerte entre la espesa naturaleza de la selva, cubriendo tan sólo sus vergüenzas con un taparrabos. Tal vez ella era ya una salvaje imposible de retornar a la vida social, un caso perdido. Se sentía idiota pensando aquellas cosas sin sentido mientras se esforzaba por entrar en los vaqueros. Tumbada sobre la cama, tiró con fuerza de los pantalones. Le pareció una tortura aquel intento desafortunado de abrocharlos. Tuvo que meter tripa para lograr que el botón alcanzara el ojal y, cuando consiguió hacerlo, la cinturilla se le incrustó debajo de las costillas. Se puso de pie, confiando en que aquella sensación de asfixia se apaciguara un poco en posición vertical, pero no fue así. Si metía barriga no podía coger aire, y si respiraba, la carne de su cintura se le desbordaba generosamente. Había engordado y sus pantalones vaqueros le escupían la verdad de su deterioro físico sin piedad alguna.

Pero no perdió el ánimo. Era un gran día y unos kilos de más no eran razón suficiente para fastidiarlo. Como la blusa era larga, pensó que podría solucionarlo desabrochando el pantalón. Le quedaba por debajo de la cadera y pensó que tataría el truco, como le había enseñado Lucas. Así lo hizo. Se desabrochó y consiguió liberarse un mínimo de su opresión. Observó la blusa todavía en la percha, con cierta admiración, como si estuviera en la tienda decidiendo si comprarla o no. También hacía demasiado tiempo que no iba de compras. No recordaba que fuera tan bonita. El azul era perfecto, como el mar un día de verano al atardecer, por eso la había elegido en su momento. El tejido era una mezcla de algodón y seda, fresca y elegante al mismo tiempo. La liberó de la percha y se la puso, mirándose al espejo de cuerpo entero que ocupaba la puerta del armario. Le favorecía. Abrochó los botones uno a uno, en un ritual, con una cadencia casi sensual. Era como si se estuviera desnudando en lugar de vistiendo, jugando seductoramente con el espejo. El botón que estaba a la altura del pecho le tiraba un poco, los kilos que había ganado también habían llegado hasta esa parte de su cuerpo. Se apretó los senos con las manos como si quisiera desinflarlos, pero al soltarlos, el botón seguía tirando y sólo había conseguido arrugar ligeramente la blusa.

—Joder, Sabina, te estás poniendo en forma... en forma redonda —bromeó.

Se miró de frente, de perfil derecho y también del izquierdo. A pesar de haberse vestido con ropa dos tallas menos de la que hubiera necesitado, le gustó

verse como una persona normal y no hecha un desastre como iba habitualmente. Se prometió que lo iba a repetir más a menudo, una promesa más que unir a la lista de las que se hacía con demasiada ligereza últimamente.

Ya en el cuarto de baño, se arregló el cabello con meticulosidad. Lo tenía liso y natural, muy hermoso, más largo de lo que normalmente solía lucir, del color de las castañas en otoño. No tenía canas a pesar de haber superado ya los cuarenta y cinco años. Lo cepilló durante unos minutos, como hacía su hermana Silvia cuando era niña, y después se lo recogió con una goma en una coleta baja, a la altura de la nuca. Al volver a guardar el cepillo del pelo en el armario, encontró el frasco de su perfume, medio lleno, tal y como se había quedado el día que había dejado de utilizarlo, como todo, interrumpido en una pausa de su vida. Era el favorito de Roberto, Fifth Avenue, de Elizabeth Arden, con esencia de cítricos. Inspiró mientras cerraba los ojos, intentando atrapar el olor del pasado. No logró encontrar nada de aquel aroma, había pasado demasiado tiempo sin abrir y el baño conservaba todavía un intenso olor a lejía que monopolizaba su pituitaria.

Presionó el vaporizador cerca de su cuello, a ambos lados, y también sobre la cara interna de sus muñecas. Las frotó entre sí y se las acercó a la nariz. Entonces sí, entonces se dejó atrapar por el olor de una vida mejor que había dejado atrás. Lo retuvo con los ojos cerrados pensando en Roberto. El recuerdo no le dolió como otras veces, era dulce como el perfume, a naranjas recién peladas, y ligeramente ácido, como una mandarina. Tan sólo le produjo nostalgia, una nostalgia suave, casi reconfortante, que la hizo sonreír.

Dimitri llamó a la puerta. Alertada por el timbre, Sabina se dio cuenta de que ya eran más de las nueve de la mañana y ni siquiera había desayunado, tampoco se había vendado el pie para disimular su cojera y mucho menos había preparado la toxina. Debía reconstituir el polvo que venía en el frasco con la solución salina, para después poder mezclarlo con alguna bebida. Faltaban poco más de dos horas para que llegase Amalia y aún tenía mucho por hacer. El corazón comenzó a palparle vertiginosamente mientras *Dalí* arañaba la puerta, nervioso por la llegada de Dimitri. El tiempo empezaba a echársele encima.

Dimitri subió silbando, el hueco de la escalera hacía las veces de amplificador y la melodía se escuchaba con generosidad. Al entreabrir Sabina la puerta, *Dalí* escapó a su encuentro, y se escuchó la voz de Griselda, jovial y gritona, que salía de su casa del brazo de Roberto.

—Buenos días, Dimitri. Un día de estos ese perro lastimará a alguien con tanta efusividad. No debería haber perros más grandes que las personas. Seguro que el buen Dios tenía una razón para crear semejante criatura, pero se le olvidó explicarnos cuál. Menos mal que todo lo que tiene de grande lo tiene de bueno,

que si no...

—¿De compras? —preguntó Dimitri mientras se quitaba a *Dalí* de encima.

—Sí, el señor Roberto y yo vamos al mercado antes de que haga demasiado calor. Si vamos tempranito el pescado todavía está saltando. Salude a la señora Sabina de nuestra parte. Con Dios.

Con cierta dificultad consiguió subir hasta el ático, arrastrando a *Dalí* por el collar.

—Venga, *Dalí*, tenemos que subir para coger la correa —le explicaba mientras tiraba de él y el perro apretaba el trasero con fuerza en sentido contrario—. No seas cabezota, venga, venga...

Cuando logró entrar en la casa, Sabina seguía en el cuarto de baño pintándose los labios con una barra de color rosa pálido. Se había perfilado ligeramente los ojos y, de no ser porque aún tenía un poco hinchados los párpados por haber llorado, se podría decir que lucía perfecta, pero sobre todo, muy distinta a como Dimitri estaba acostumbrado a verla. El chico no disimuló su asombro.

—¡Guau! ¿Vas a salir? —Fue lo primero que acertó a decir—. ¡Estás fantástica! —Abrió tanto los ojos que parecía que se le iban a escapar de las cuencas.

—Espero una visita y me he arreglado un poco, no es para tanto.

Dimitri se acercó para besarla en los labios, pero Sabina giró disimuladamente la cara, esquiva, y le ofreció la mejilla izquierda mientras *Dalí* protestaba tirando de la correa.

—Qué bien hueles. Me encanta el perfume... no te lo habías puesto antes.

—Sí, alguna vez. Espero una visita de negocios, bueno, tampoco exactamente. Digamos que se trata más bien de negocios menores... ¿existe eso? —Rio nerviosa al darse cuenta de que estaba dando explicaciones que nadie le había pedido—. Y mira cómo está la casa, hecha un desastre. Tengo mucho por hacer. Ya se me había olvidado lo que supone tener prisa, ya ves, la falta de costumbre. Voy a recoger todo esto y a tomarme un café. ¿Qué hora es? —Miró el reloj de la cocina sin poder dejar de hablar por miedo a que el silencio, incómodo y entrometido, la delatara—. ¡Es tardísimo! Anda, sé bueno y dale un largo paseo a *Dalí*. —Posó su mano sobre la mejilla de Dimitri y lo volvió a besar con dulzura—. Yo aprovecharé para poner en orden la casa. Te veo luego.

A Dimitri no le quedó más remedio que mostrarse solícito. Pero se marchó convencido de que la cita de Sabina era con un hombre y nada o poco tenía que ver con los negocios. Era joven pero no era tonto y había notado cómo lo había evitado últimamente en alguna ocasión, y no era lo normal en ella. Estaba convencido de que otro le sustituía en la cama de Sabina y darle credibilidad a ese pensamiento le fastidió, aunque sin tener demasiado claro por qué razón.

Lo primero que hizo Sabina fue consultar los mensajes de Facebook para comprobar que Amalia no hubiera cambiado de planes. Suspiró aliviada al ver que la bandeja de entrada estaba vacía. La cita seguía en pie. Después se preparó un café bien cargado, a pesar de que la cafeína la alteraba, y sintonizó otra emisora de radio distinta a la de siempre. Buscó una que emitiera sólo música, nada del parloteo habitual y de las malas noticias de los informativos. Necesitaba un poco de alegría que aderezara aquel soleado día. Para Sabina todos los detalles eran importantes y necesitaba mantener el buen ánimo por encima de todas las cosas.

Entre sorbo y sorbo de café, al ritmo de los éxitos de los años ochenta, pasó la aspiradora, canturreando, sintiéndose un poco como Griselda, poseedora de un optimismo que jamás tendría que haberla abandonado. Estaba nerviosa, sí, pero esa euforia que fugazmente la atrapaba, alimentaba su autoestima y la hacía estar convencida de que todo saldría bien, aunque sabía perfectamente que podía ser un espejismo, una ilusión emocional a la que necesitaba aferrarse.

Volvió a mirar el reloj, ya eran las diez y media. No podía demorar más el asunto de su tobillo. Guardó todos los aparatos de limpieza y cogió la venda. Se subió el camal izquierdo del pantalón y, con cierta torpeza porque no lo había hecho nunca antes, comenzó a girar el rollo de venda elástica alrededor del pie. Lo apretó un poco, para ser consciente de la presión y así no olvidar cojear como si la lesión fuera real. Ya hacía mucho calor en la casa y la sensación de agobio empezaba a ser intensa. Los pantalones vaqueros se le habían pegado a la piel y en su preciosa blusa azul empezaban a dibujarse unos desagradables cercos de sudor a la altura de las axilas. Abrió todas las ventanas de par en par y conectó el ventilador. En la radio empezó a sonar *Living on a prayer* con la voz rota y enérgica de Bon Jovi. Le encantaba esa canción, le encantaba Bon Jovi, y sonrió al pensar que el destino le hacía un guiño al hacer que sonara precisamente en aquel instante.

—¡Viviendo en una plegaria, Lola! ¡Sí! Lo dice la canción, ¿la escuchas? ¡Estamos a medio camino! —gritó eufórica parafraseando la letra del tema—. ¡Tenemos que aguantar con lo que tenemos! ¡Te lo juro! ¡Viviendo en una plegaria!

Miró al techo buscando el rostro desdibujado de Lola, a quien apenas lograba recordar con nitidez. Eso le dolía. Sabía que olvidar es la auténtica muerte y se resistía a dejar morir su recuerdo. De repente se acordó de la toxina. Le quedaba por hacer lo más importante, preparar el veneno para tenerlo listo cuando llegara Amalia. Forzando su cojera para practicar, fue hasta la nevera. Abrió la puerta y observó las dos cajas. Ni siquiera sabía qué dosis necesitaba utilizar para que resultara letal. No había conseguido encontrar esa información, y como tampoco

era cuestión de ir preguntando por ahí, era ella la que tendría que tomar esa decisión desde la ignorancia.

Del interior del frigorífico salía un frescor reconfortante que alivió el intenso calor durante el tiempo que estuvo allí plantada, pensando qué hacer. Amalia sólo era la primera parte del plan, la encubridora, la menos importante, el conejillo de Indias. Después se encargaría de Eugenio, el asesino, el auténtico objetivo. Por eso decidió utilizar la mitad del veneno que tenía, es decir, una caja con sus dos viales, y reservar la otra mitad para Eugenio. Si no funcionaba con Amalia, si no moría con esa dosis, siempre estaba a tiempo de comprar más. Le pareció razonable.

Acopló una de las agujas hipodérmicas a una de las jeringuillas de plástico. La llenó con un poco de suero salino, no demasiado, y lo introdujo en el primer vial que contenía los polvos; después lo agitó hasta que la toxina se disolvió por completo y dejó de ser perceptible a la vista. Le dio repelús pensar que eso mismo era lo que muchas mujeres se pinchaban en la cara, con total despreocupación, para luchar contra los efectos del paso del tiempo en su rostro. Los pensamientos le iban y venía anárquicamente.

—¿Cambiará esta mierda el sabor de la bebida? —se preguntó en voz alta mirando el frasco al trasluz. Se encogió de hombros—. Tendrás que asumir ese riesgo, Sabina, pero por si acaso, porque desde luego no pienso probarlo, sería buena idea que Amalia tomara una bebida con un sabor intenso.

Los restos de polvo todavía daban vueltas en sentido inverso a las agujas del reloj hasta disolverse. Se encogió de hombros. Cuando acabó con el primero, hizo lo propio con el segundo vial. Después cogió un vaso del armario de la cocina, uno distinto al resto, de cristal verdoso y traslúcido. De nuevo, haciéndose valer de la jeringuilla, extrajo el líquido del primer vial y lo vertió en el interior del vaso con cuidado, repitiendo la operación con el segundo.

—¡Listo! Ahora sólo falta un par de cubitos de hielo, un trocito de limón y un refresco para que esa zorra tenga su merecido. Por mentirosa, por darle coartada a un asesino de mujeres. Toxina botulínica *on the rocks*.

La toxina disuelta apenas ocupaba un centímetro en el fondo del vaso. Lo dejó de nuevo en la nevera, sobre una de las baldas. Para disimular y que no fuera el único, colocó media docena de vasos más. Su intención era argumentar ante Amalia que, en verano, para que las bebidas estuvieran más frescas, guardaba algunos vasos en el frigorífico. Se sintió ingeniosa y eso la hizo sonreír con perversidad. Repasó mentalmente si le faltaba algo por hacer. Se acordó de la muleta. Dudó sobre si era necesaria o no. Tal vez se había precipitado al pedirle a Lucas que se la trajera; además, resultaba incómoda y la volvía más torpe. Pensó que tal vez con fingir la cojera era más que suficiente. Optó por utilizarla

de atrezo en aquella representación teatral. La colocó estratégicamente al lado de la puerta, apoyada en el mueble de la entrada, donde también había un paraguero con un bastón y un par de paraguas. Allí estaba perfecta.

Echó un vistazo a la casa, ojo avizor, haciendo un repaso general al *loft*. Todo parecía en orden. De izquierda a derecha, el recibidor estaba sobriamente decorado, la cocina americana recogida, las puertas de su dormitorio y del baño estaban cerradas, la sala de estar sin restos de pelos, ni de gato ni de perro, y su estudio de pintura discretamente organizado. Decidió tapar con una sábana el lienzo en el que estaba trabajando. No le apetecía que Amalia metiera las narices en su cuadro.

De nuevo el timbre interrumpió su concentración. El reloj de la cocina marcaba las once menos diez. Faltaba tan poco para la cita que el corazón empezaba a cabalgar como un potro salvaje dentro de su pecho. Sabina dio por hecho que se trataba de Dimitri, que volvía de su paseo con *Dalí*, así que abrió sin preguntar. Todo estaba saliendo según el horario establecido, pero no pudo evitar sucumbir a la superstición y cruzar los dedos con fuerza.

Escuchó la voz de Dimitri en la escalera, pero le llamó la atención que estuviera conversando con alguien. Aguzó el oído y abrió levemente la puerta. No se trataba de Griselda, su acento colombiano y el volumen de voz que utilizaba habitualmente eran fácilmente identificables. Tampoco era Roberto. Sin duda alguna se trataba de una mujer. Las voces se acercaban cada vez más a su rellano y Sabina seguía sin identificar a la persona que le daba animosa conversación a Dimitri, hasta que llegaron a la puerta y logró ver con quién hablaba. Se trataba de Amalia, diez minutos antes de su cita.

—Hola, soy Amalia —dijo luciendo una sonrisa encantadora mientras le tendía la mano a Sabina—. Tú debes ser Esperanza.

Dimitri sujetaba una caja de gran tamaño en sus brazos y llevaba enganchada en su muñeca izquierda la correa de *Dalí*. Al escuchar que Amalia se refería a Sabina como Esperanza, la expresión de su rostro dibujó un signo de interrogación, pero no dijo nada.

—Sí, soy Esperanza —remarcó mucho la pronunciación de su nombre falso y censuró cualquier comentario de Dimitri con una mirada sentenciadora—. Pasa por favor. Tú también, Dimitri, que eso tiene pinta de pesar mucho.

—Sí, es la Thermomix. Me he encontrado a este chico tan amable y se ha ofrecido a ayudarme. Tenías razón, estas escaleras son terribles y no sé qué hubiera hecho de no encontrarlo abajo. Es que estoy fatal de los bronquios, ¿sabes? ¡Hay qué ver! ¡Tan guapo, tan majo y tan atento!

Amalia se había hinchado como un palomo en mitad de un cortejo. Le había faltado pellizcarle la mejilla mientras lo piropeaba sin reparo alguno. A Sabina le

pareció una actitud patética, pero al instante recordó que era ella la que se metía en la cama con Dimitri de vez en cuando por un puñado de billetes y no tuvo más remedio que censurar su crítica. A Amalia se le podían recriminar muchas cosas, pero tal vez no era ella la más apropiada para hacer según qué reproches, pensó.

—Sí, es un amor. Me ayuda con *Dalí* estos días que he estado mal del tobillo —explicó Sabina señalando su pie izquierdo y forzando su manera de andar.

Dimitri observaba y escuchaba sin pronunciar palabra. No hacía ni una hora que había estado con Sabina, a la que aquella mujer llamaba Esperanza, y hubiera jurado que caminaba perfectamente y no llevaba el pie vendado. No entendía nada. Liberó a *Dalí* de su correa y dejó la caja sobre el mármol de la cocina.

—Te has adelantado un poco, ¿no? —preguntó Sabina señalando el reloj de la cocina.

—¡Ah! Sí, discúlpame. Por el tema del aparcamiento he salido con tiempo. He tenido una suerte tremenda, he encontrado un sitio a la primera y en zona libre, nada de pagar por aparcar. Seguro que es una señal de que hoy será un día fantástico.

«No lo sabes tú bien, fantástico de verdad. El día más fantástico de tu vida, mentirosa encubridora», pensó con una sonrisa forzada.

—Claro, mujer previsora vale por dos. Es lo que yo digo siempre, si encuentras aparcamiento en pleno centro a la primera es porque tu día va a ser fantástico... —comentó con cinismo—. Pero no te quedes ahí, anda pasa y siéntate, por favor.

Dimitri se había quedado quieto como un pasmarote, como si estuviera asistiendo como público a una interesante representación teatral de la que parecía haberse perdido algún acto. No se le escapaba detalle. Observaba a Sabina cojear, hablar de una manera extraña, fingir llamarse de otra manera y comportarse como si fuera otra persona. *Gala* se le restregaba por las piernas buscando que le dedicara alguna caricia y Amalia se abanicaba con las manos.

—Disculpa este calor. Se me ha estropeado el aire acondicionado y claro, como es un ático, el techo se recalienta enseguida. Es horroroso. Me tienen loca estas temperaturas. Ya he avisado al técnico, pero no sabe cuándo podrá venir. Espero que no tarde porque estoy empezando a sentir que vivo en una sauna.

Sabina miró a Dimitri, que parecía un mueble más de la cocina. Le lanzó una mirada inquisidora que le invitaba a marcharse y a guardar silencio. Por nada del mundo quería que el chico verbalizara todo lo que se estaba preguntando, pero parecía no sentirse aludido.

—Gracias por todo, Dimitri. Nos vemos luego —le dijo fingiendo una

amabilidad que sonó algo postiza porque pronunció aquellas palabras apretando los dientes, mientras le empujaba el hombro sutilmente.

—Sí, claro, Sa... digo Esperanza, nos vemos luego. ¡Que te mejores de lo de tu pie! —repuso con sarcasmo antes de marcharse—. Adiós, señora, tendré en cuenta su oferta. La llamaré —le aseguró a Amalia mostrándole la palma de su mano derecha donde tenía escrito un número de teléfono.

Cerró la puerta y Sabina suspiró aliviada pero al mismo tiempo contrariada. Acababa de escuchar que Dimitri iba a llamar a Amalia para hablar de un ofrecimiento y pensar en las infinitas posibilidades del significado de esa palabra, hizo que perdiera la concentración unos segundos. Por alguna extraña razón, tal vez porque intuyó el desconcierto de Sabina, Amalia sintió la necesidad de explicarse.

—Un chico encantador. Me ha dicho que hace chapuzas y en casa tenemos un problema con una cañería, no sé qué del lavabo y la bajante, no sé, yo no entiendo de esas cosas. Se ha ofrecido a echarle un vistazo a ver si lo puede solucionar. Resulta tan complicado encontrar a un fontanero que trabaje bien y no te cueste un riñón... ¿verdad?

A Sabina le hirvió la sangre pero hizo lo posible por disimularlo. «Chapuzas, ahora se llaman chapuzas... Serás zorra. Pues sí que les ha cundido a estos dos la conversación en las escaleras», pensó mientras acallaba sus celos y su rabia.

—Sí, este chico sabe hacer de todo, es una joya, te lo digo yo que hace tiempo que lo trato. Trabaja en la tienda de ultramarinos de la esquina, pero vamos, no sabía yo que también entendía de fontanería y cañerías atascadas —comentó con evidente sarcasmo y doble intención—. ¿Qué te apetece beber? Algo fresquito nos vendrá bien.

—Nada, gracias. Acabo de tomarme un café con leche ahora mismo. He desayunado tarde.

Escuchó estas palabras mientras le daba la espalda, caminando con su cojera hacia el frigorífico. Se paró en seco en mitad de la cocina y tuvo que apoyarse en un taburete alto que tenía a mano. Un sudor frío le recorrió el cuerpo entero. No había pensado en la posibilidad de que Amalia no quisiera beber nada. No era posible que aquello estuviera pasando y que su perfecto plan se fuera al traste por algo tan absurdo como que su víctima no aceptara un refresco. Procuró mantener la calma. Se sintió frustrada y temió no saber cómo reaccionar.

—¿En serio? Hace un calor terrible. Yo me voy a tomar una Coca-Cola, con mucho hielo y en un vaso fresquito, los guardo en la nevera para que estén helados. —Al oírse se encontró artificial y sobreactuada.

—No, gracias, de verdad. Si mezclo algo con el café, seguro que mi estómago empieza a protestar.

Se mordió el labio inferior hasta hacerse daño. Le temblaban las manos y sudaba profusamente, los rodiles de sudor en su camisa, a la altura de las axilas, ya eran imposibles de disimular. Se tragó el nerviosismo y se sirvió una Coca-Cola con hielo y limón en uno de los vasos que había guardado en la nevera. No podía evitar morderse las uñas. Con la bebida tintineando, se sentó en el otro extremo del sofá donde estaba Amalia, intentando pensar en cómo salir de aquella situación, buscando en su cabeza una lucidez que no lograba encontrar

—¿Te importa que fume? —le preguntó a Amalia encendiéndose un cigarro sin tan siquiera esperar a que contestara. Se moría por un pitillo. Lo necesitaba como el respirar—. ¿Quieres uno? —Le ofreció el paquete, sabedora por Facebook de que también ella era una fumadora empedernida.

—No, gracias, lo he dejado. Padezco de los bronquios y tengo que llevar mucho cuidado. Con decirte que cada vez que cojo un resfriado acabo ingresada en el hospital...

—¿Y eso?

—Hace poco que me han diagnosticado una EPOC. —Sabina inspiró con ansiedad al tiempo que ponía cara de extrañeza, no sabía de qué le estaba hablando—. Es una enfermedad pulmonar crónica. No tiene cura. Llevo fumando desde los doce años y mis pulmones han dicho que hasta aquí han llegado. Por suerte no está muy avanzada, ésa es la parte buena, aunque soy joven para haber empezado a desarrollarla. Lo malo es que se trata de una enfermedad progresiva que empeora con el tiempo. Así que tengo prohibido el tabaco, absolutamente prohibido. Lo dejé de un día para otro y estoy orgullosa de ello.

Al escuchar aquello, a Sabina le hubiera encantado tirarle todo el humo de su cigarro en la cara para que se lo tragara, haberla matado allí mismo por obstrucción pulmonar, verla retorcerse agónicamente ahogándose por falta de aire, pero debía comportarse como una persona educada, así que optó por apagar el pitillo y mostrarse compungida por su desgracia.

—Vaya, sí que lo siento. Disculpa, de haberlo sabido ni lo hubiera encendido —dijo mientras agitaba la mano para dispersar el humo que flotaba en el ambiente.

—No tiene importancia... Bueno, ¿quieres verla?

—¿El qué?

—La Thermomix, mujer, que he venido para eso, ¿no?

—Ah, claro, qué despiste. —Estaba tan embebida en su trama que había olvidado por completo el pretexto de la cita.

Amalia se levantó y fue hasta la cocina. Cogió la caja y la llevó hasta la mesilla que había delante del sofá. La abrió con cuidado, mientras Sabina

jugueteaba con los hielos, intentando hacer de su bebida lo más deseable del mundo, pero Amalia no respondía a esos sutiles estímulos. Cuando Amalia estaba sacando el electrodoméstico de su caja, volvió a sonar el timbre de abajo. Contrariada, Sabina repasó en su cabeza si esperaba a alguien, y llegó a la conclusión de que sólo podía ser Lucas en una visita sorpresa.

—¿No vas a contestar?

—Sí, claro, cómo no.

Acordándose de toda la familia de Lucas e intentando buscar alguna excusa para que no subiera a casa, por inoportuno, atendió el telefonillo.

—¿Quién es?

—Soy del servicio técnico del aire acondicionado. Pregunto por Sabina Cifuentes. ¿Es ahí?

Maldijo su suerte. De todos los momentos del día en los que podía haber llamado el técnico, había escogido justo ése, cuando necesitaba estar a solas con Amalia. Por supuesto, no podía dejar que subiera, así que mintió.

—Me temo que se ha confundido usted, no es aquí.

—Pero ésta es la dirección que me dio el seguro.

—Habrá sido un error. Buenos días —se despidió cortante antes de colgar con brusquedad.

Por un momento se sintió vencida por las circunstancias. Su nivel de tensión alcanzaba límites que temía que su corazón no pudiera soportar. No quería pensar qué más podía salir mal. Se estaba quedando sin tiempo y no sabía muy bien qué hacer para reconducir la situación hasta el camino que ella pretendía.

—No era nadie, se han equivocado —comentó mientras volvía al sofá.

—Ves, está perfecta, casi nueva. Dentro tienes también el libro de recetas —le explicó Amalia mostrándole la Thermomix—. Te va a venir de perlas. Una vez la has probado no puedes comprender cómo has vivido sin ella todo este tiempo. Verás cómo enseguida te conviertes en una cocinillas como yo.

—¡Genial! —exclamó Sabina con desgana. Se metió la mano en el bolsillo del pantalón vaquero y sacó el dinero—. Toma, los trescientos euros acordados. Hemos hecho un buen trato, ¿no te parece? —Improvisaba sobre la marcha, se le acababa el tiempo—. Además, me alegra muchísimo haberte conocido en persona. Ya sabes, esto de las redes sociales está muy bien, pero a veces puede ser muy frío. ¡Uf! ¡Qué calor! —dijo exageradamente agitándose la blusa, antes de beber de su refresco—. Y quién sabe si acaba de nacer una amistad gracias a un robot de cocina —comentó forzando una risita algo histérica—. Tiene su gracia ¿verdad?

—Sin duda. A mí también me ha gustado conocerte.

—Pero esta nueva amistad tenemos que celebrarla. Anda, mujer, tómate algo y

brindamos. Aunque sea un vaso de agua... Bueno, agua mejor no, que brindar con agua trae mala suerte. No me puedes hacer este feo. Venga, tómate algo fresquito antes de irte.

Sabina sabía que era su última oportunidad, estaba jugando sus cartas a la desesperada, y se esforzó sobremanera por resultar encantadora. Se levantó y fue de nuevo a la nevera cojeando, empezaba a dolerle la cadera de forzar la postura. La abrió y cruzando los dedos, le ofreció de todo lo que allí había.

—Mira, tengo tónica, refresco de naranja, de limón, cola, cerveza sin alcohol, cerveza con alcohol, zumo... ¿qué prefieres?

Amalia guardó unos segundos de eterno silencio. A Sabina el corazón se le iba a salir del pecho y empezaba a sudar adrenalina por cada poro de su piel. Finalmente respondió.

—Venga, ponme un zumo. Si tienes de piña lo prefiero.

—¡Tengo de piña! —exclamó con entusiasmo desproporcionado.

Para servirlo, utilizó el vaso especial preparado con meticulosidad para la ocasión. El zumo se mezcló con el veneno de la misma manera que a Sabina se le mezclaron los sentimientos. Se sentía aliviada y tremendamente desbordada y confusa. Había invertido demasiada energía en aquella media hora de encuentro y tenía ganas de llorar, de vaciarse de nuevo.

Ambas brindaron para celebrar aquella incipiente amistad nacida a través de la red y charlaron como si ya fueran viejas conocidas. Hablaron de la vida y de la muerte, de vivir el momento, del amor que Amalia dijo haber encontrado, mientras a sorbos iba tragando toda la rabia de Sabina mezclada con un zumo envenenado. En cada trago que Amalia daba, Sabina recordaba a Lola, su risa, su ternura, su sangre resbalando calle abajo. Y todo aparecía en su cabeza como a cámara lenta, sin poder despegar aquella imagen de los labios de Amalia bebiendo del vaso de la venganza.

Quedaron en volver a verse, en alimentar aquella amistad más allá de lo virtual, en contarse cómo iban sus vidas. Amalia insistió en presentarle a su prometido, Eugenio, un hombre maravilloso que le iba a encantar. Y Sabina le dedicó una promesa fingida de que así sería. Como Judas, se despidió de ella con dos besos, deseándole suerte mientras cruzaba los dedos.

12

La tensión acumulada había desbordado el vaso y Sabina volvió a descender a los infiernos tras la marcha de Amalia. Fumó el resto del día hasta que su aliento le supo amargo y áspero, se hizo heridas en los dedos al arrancarse las pieles con los dientes y sólo comió patatas fritas hasta dolerle el estómago. El monstruo de su ansiedad era un ser despreciable e insaciable. La noche llegó como una condena para ella, el cuarto oscuro en el que sus pensamientos la fustigaban un día tras otro. Sabina se negaba a tomarse una pastilla que le ayudara a conciliar el sueño y, aunque sabía que la necesitaba como el respirar, se resistió hasta que el abatimiento la venció a altas horas de la madrugada.

Pero estuvo poco tiempo en la cama. Aún no había rasgado la claridad del amanecer el negro de la noche cuando se levantó. Tenía la mirada fija en otra realidad, ausente. Ni siquiera se calzó. Como un autómeta, sorteó todos los obstáculos de la casa y fue directamente hasta la puerta. Lejos de abrirla con cautela, escondiéndose agazapada detrás de ella como hacía siempre, la dejó abierta de par en par sin que, extrañamente, aquello pareciera perturbarla lo más mínimo.

Dalí y *Gala* dormían en el salón, pero la puerta abierta con generosidad fue una tentación para el perro, que rápidamente escapó escaleras abajo ante la mirada perdida de su dueña, que no hizo nada para evitarlo. *Gala* fue más cauta. Primero dedicó unos segundos a su ritual de estiramiento. Después de desperezarse, olfateó a Sabina con detenimiento, como si intuyera que era ella sin serlo, como si la extrañeza pudiera olerse y ese aroma la hubiera sorprendido. *Dalí* corría escaleras arriba y abajo, alegre y desconcertado, pensando que, por alguna razón que no comprendía, Sabina iba a sacarlo de paseo a una hora algo intempestiva. Pero Sabina no reaccionaba. Despacio, como si temiera pisar cristales, traspasó el umbral de su puerta y, con cautela, pero también con una determinación inusual en ella, empezó a bajar los escalones.

Uno tras otro, peldaño a peldaño, descendió las escaleras. Lo hizo sin mostrar ni un ápice de ansiedad y ni el más mínimo interés ni por *Dalí*, que perturbaba el silencio de la madrugada, ni por *Gala*, que la seguía con elegancia y curiosidad felina.

El gran danés empezó a gemir rascando la puerta que daba a la calle. La escalera estaba oscura, aún no había salido el sol y Sabina no había encendido la luz. Tras sentirse ignorado con sus gemidos, *Dalí* empezó a ladrar. Los ladridos

llenaron todo el espacio del hueco de la escalera que emitió un eco sordo. Sabina estaba en el primer piso y empezaba a bajar los primeros escalones hacia el portal. Por debajo de la puerta de la casa de Roberto se escapó un hilo de luz y el sonido de unos pasos, al que le siguió el ruido de la mirilla de latón girando sin disimulo alguno. El ojo de Griselda al otro lado de la puerta parpadeaba todavía dormido. Al comprender que aquel escándalo provenía de la escalera había interrumpido su sueño para averiguar qué estaba ocurriendo. Abrió la puerta asombrada al comprobar que Sabina estaba bajando la escalera a altas horas de la madrugada, descalza e ida.

—¡Bendito Dios! ¡Señora! ¿Qué hace usted a estas horas fuera de casa? ¡No son ni las seis de la mañana!

Se acercó por detrás, observándola con detenimiento, Sabina parecía no escucharla. Griselda se persignó. Se le antojó como un fantasma, tan sólo vestida con una camiseta blanca y con todo el cabello tapándole la cara, alborotado. Había escuchado hablar de personas poseídas por espíritus malignos que ocupaban su cuerpo y se apropiaban de su alma, supercherías para asustar a personas temerosas de Dios como ella. *Dalí* distrajo su atención. Salió corriendo al encuentro de Griselda con efusividad, mientras Sabina, ajena a todo lo que ocurría a su alrededor, seguía descendiendo las escaleras con lentitud.

—¡Quita chucho! ¡Que me vas a lastimar!

El perro, erguido sobre sus patas traseras, le sacaba una cabeza a Griselda, que apenas superaba el metro y medio de altura. A manotazos cariñosos consiguió quitárselo de encima. Descalza, con las uñas de los pies pintadas de rojo intenso y vestida con un pijama de flores, Griselda se apresuró a bajar con rapidez, pero con sigilo al mismo tiempo, casi de puntillas, y así adelantarse unos peldaños a Sabina. Fue entonces cuando Roberto apareció por la puerta de su casa, con cara de sueño y sin saber muy bien qué era lo que estaba ocurriendo a esas horas.

—Señora Sabina... —le susurró Griselda mientras agitaba su mano delante de los ojos de Sabina para ver si ésta reaccionaba—. ¿Está usted despierta? ¡Bendito sea Dios! ¡Dígame algo! ¿Se encuentra bien? —Rápidamente llegó a la conclusión de que caminaba dormida, pues ni pronunció palabra, ni se inmutó ante los gestos de Griselda.

Había escuchado decir que a los sonámbulos no es conveniente sobresaltarlos ni despertarlos, porque pueden sufrir una crisis, quedar atrapados de por vida en una locura o convulsionar hasta la muerte. Así que, por si acaso, cogió con dulzura a Sabina del brazo y la giró sobre sí misma para que en lugar de bajar las escaleras, las volviera a subir, retrocediendo sobre sus pasos.

—Roberto, encárgate del chucho —le ordenó en un susurro abriendo mucho los ojos como si así se hiciera entender mejor.

Roberto obedeció y asiéndolo por el collar, tiró de él para doblegar su férrea voluntad de querer salir a la calle. Frustrado, *Dalí* se negaba a volver a casa, apretando el trasero con fuerza contra el suelo del rellano. A *Gala*, sin embargo, sólo hizo falta llamarla emitiendo un sonido ceceante para que, obediente, siguiera a Roberto hasta el ático. Mientras tanto, sin reaccionar a nada de lo que estaba ocurriendo a su alrededor, Sabina subía las escaleras con la misma cadencia con la que las había bajado, cogida del brazo de Griselda.

Una vez en el ático, Griselda la condujo hasta el dormitorio y volvió a meterla en la cama, acariciándole el pelo como si fuera una niña pequeña y susurrándole una oración al oído.

—Alma atormentada, descanse un poco... Que Dios la ampare y la guíe y haga un nido de amor en su corazón. El amor lo cura todo, señora, lo cura todo... —le dijo antes de besarle la frente y dejarla dormir.

Temiendo que el episodio de sonambulismo no fuera algo aislado y que volviera a repetirse, Griselda, consciente de que no volvería a conciliar el sueño dadas las horas que eran, decidió hacerse un ovillo en el sofá del salón de Sabina y esperar allí a que despertara. Roberto sí se durmió, en la cama, junto a Sabina, pudiendo oler de nuevo los restos del aroma de su perfume, Fifth Avenue, su preferido, y sintiendo el cosquilleo de su cabello rozándole el rostro. Él sentía que aquél era su lugar. Griselda dudó sobre la conveniencia de permitir aquel acercamiento carnal entre Roberto y Sabina, pero estaba demasiado alterada por todo lo ocurrido como para encontrar fuerzas con las que censurar nada, así que dejó que ambos durmieran plácidamente, mientras ella aguardaba el amanecer.

Pasadas las ocho de la mañana unos sonidos en la cocina despertaron a Sabina de un sobresalto. Griselda no podía estar quieta, acostumbrada como estaba a madrugar. Buscaba en los armarios una taza para prepararse un café. Asustada al notar un cuerpo al otro lado de la cama, Sabina gritó de pánico sin darse cuenta de que era Roberto y éste, alarmado por semejantes gritos, se despertó agitando brazos y piernas, como si lo hubieran sacado bruscamente de un mal sueño. Ambos se miraron con ojos de no comprender demasiado. Sabina no entendía qué hacía allí Roberto y éste no alcanzaba a comprender por qué gritaba Sabina de aquella manera. Griselda, alertada por el alboroto, dio saltitos ágiles hasta la habitación en un intento de llegar lo antes posible.

—¡No se me alteren! ¡No se me alteren! Todo está bien, señora, todo tiene una explicación. —Con las palmas de las manos hacía un gesto arriba y abajo, intentando así que ambos se calmaran.

—¿Qué ocurre? ¿Qué hacéis aquí? ¿Qué hora es? ¿Cómo habéis entrado? — Las preguntas ametrallaban a Griselda que no sabía muy bien por dónde empezar

a responder.

—¿No se acuerda usted de nada, señora?

—¿Debería acordarme de algo?

—¿De nada, de nada? ¿Absolutamente de nada? —Sabina negó con la cabeza sin abandonar su expresión de perplejidad.

Griselda suspiró desde lo más profundo de su ser, como si se arrancara de cuajo un vacío extraño que hubiera contenido durante horas y que por fin hubiera podido sacar fuera. Guardó unos segundos de silencio para ordenar en su cabeza el relato de todo lo que había pasado e invitó a Sabina a tomar un café que acompañara a las palabras. La cafetera silbaba y, sin borrarle la incertidumbre del rostro, Sabina accedió a escuchar todo lo que tenían que contarle.

Todavía con su pijama de flores, Griselda gesticulaba con generosidad mientras narraba con todo lujo de detalles lo que había ocurrido horas antes. La escapada de *Dalí*, el sobresalto en mitad de la noche, la mirada ausente, la inestimable ayuda de Roberto... Griselda interpretaba con dedicación cada uno de los personajes y las circunstancias de lo que más bien parecía un capítulo de un serial. Sus ojos oscuros brillaban y sólo guardaba silencio e interrumpía el relato para remover con la cucharilla las cuatro cucharadas de azúcar que le había puesto al café y beber pequeños sorbos con el dedo meñique estirado. La intensidad de su relato tenía absorto incluso a Roberto, que la miraba fijamente, como si estuviera escuchando una historia distinta a la que él mismo había vivido. Y Sabina no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—¿Me estás diciendo que salí de casa y llegué al portal yo sola? ¿Dormida?
—Griselda se besó con fuerza el dedo pulgar de su mano derecha, de piel chocolate y uña rojo pasión, para certificar que así había sido y que no había ni un ápice de invención en lo que le estaba contando.

—¡Palabra del Señor y del Espíritu Santo! Y que el Señor me perdone por ponerle de testigo. Un poco más y sale usted a la calle, señora... medio desnuda, descalza y con los ojos más puestos en el otro mundo que en éste. Daba miedo verla, parecía poseída. Bendito sea el ruido que me despertó en la noche. No quiero ni pensar hasta dónde hubiera ido si no llego a conducirla de nuevo a la cama.

Sabina buscó la mirada cómplice de Roberto. No es que no confiara en la palabra de Griselda, por quien sentía un gran afecto, pero le resultaba difícil creer lo que estaba escuchando. Jamás había tenido un episodio de sonambulismo, aunque, bien pensado, tampoco podía saberlo con certeza, puesto que casi toda su vida había dormido sola. Roberto asintió con la cabeza y la besó en la mejilla. El beso la desconcertó. Con la mirada parecía estar diciéndole que

entendía la importancia de aquello, que adivinaba la profundidad de lo que Griselda contaba, porque significaba que había salido de casa aunque fuera dormida. Roberto le decía todo aquello sin palabras y Sabina se sintió cómoda y comprendida en aquella mirada repleta de silencio, tal vez porque era lo que pretendía interpretar.

Y así transcurrió el resto de la mañana. Cuando Griselda y Roberto se marcharon, la semilla de una esperanza fresca y renovada ya estaba germinando dentro de Sabina, echando raíces en el férreo deseo de escapar de su casa, en la posibilidad de llevar a cabo la segunda parte de su plan, vengar la muerte de Lola dando muerte a su asesino, el ojo por ojo de una justicia que se le había negado. No pudo pensar en otra cosa durante todo el día. Incluso llegó a olvidarse de Amalia y su envenenamiento, ni siquiera se preguntó cómo podría estar afectándole la toxina que horas antes ella misma le había puesto en su zumo de piña. La apartó de su cabeza en un destierro intencionado. Sólo podía pensar en aquel episodio de sonambulismo. Le dio la vuelta a ese pensamiento como si fuera un calcetín, tal y como le había dicho la doctora. Lo analizó hasta desgastarlo. Lo diseccionó, lo miró de frente y de reojo, pero lo afrontara como lo afrontara, siempre llegaba a la misma conclusión, la mejor de las conclusiones: había conseguido salir de casa, aunque fuera dormida.

Por primera vez en todo aquel tiempo de encierro, estaba deseando que llegara la hora de su terapia. Por suerte era viernes y no tendría que esperar demasiado. Se moría de ganas por contarle lo ocurrido y por preguntarle de qué manera podía trasladar aquello que le había pasado estando en un plano inconsciente a uno consciente. Estaba convencida de que algo así podría hacerse. Se aferraba a esa idea como a un clavo ardiendo, prefería quemarse antes que dejarse vencer. Si podía hacerlo dormida, debía poder hacerlo despierta, tan sólo debía encontrar la manera y no tenía la menor duda de que la doctora Durán tenía la llave que comunicaba ambos mundos.

Toda la ansiedad la volcó en limpiar la casa a fondo. Pasó la aspiradora minuciosamente. Por nada del mundo quería que se volviera a repetir de nuevo la crisis de alergia que había sufrido la doctora Durán y que había acortado la sesión del viernes anterior. Limpió rincones que había olvidado que existían, metió en la lavadora los cojines de los sofás y las telas que los cubrían. Estaba tan entregada que incluso se olvidó de comer e ignoró a Dimitri cuando llegó a por *Dalí*. Aireó la casa abriendo las ventanas de par en par. Consiguió también así, aliviar algo el espeso y pegajoso calor. Recordó que tendría que volver a llamar al técnico del aire acondicionado que tan inoportunamente se había presentado en el peor momento de todos los posibles. Tendría que buscar una

excusa para enmendar aquel entuerto, pero ya pensaría en ello en otro momento. Limpió cristales, cambió la ropa de cama y hasta roció con vapor de agua las cortinas, intercalando en cada una de las tareas un par de cigarros. Se fumó un paquete entero de tabaco en tan sólo seis horas. Picoteó frutos secos y bebió mucha Coca-Cola con hielo. Después, se dio una ducha rápida e incluso se arregló un poco para recibir a la doctora, detalle que a Fátima Durán no le pasó desapercibido.

—Vaya, tienes muy buen aspecto —comentó sorprendida mientras su mirada de rayos X tras sus gafas de pasta diseccionaban a Sabina, que lucía una sonrisa esperanzada.

—Tengo buenas noticias. —La invitó a pasar y a sentarse en uno de los sofás, el que siempre ocupaba en las sesiones. Fátima hizo entonces un gesto acusador con la barbilla y frunció el ceño al ver corretear por el salón a *Gala*—. ¡Ay!, perdón... La encierro en el cuarto enseguida.

Una mosca se había colado por la ventana y se había posado en el borde del vaso en el que Sabina se había bebido la última Coca-Cola. Con su trompa succionaba los restos de bebida mientras se peinaba las alas con las patas traseras una y otra vez. El pequeño cuerpo de la mosca reflejaba destellos de distintos tonos de verde metalizado según le diera la luz. De no haber sido repugnante, hubiera sido bella. La doctora Durán la observaba mientras aguardaba a que Sabina encerrara a *Gala*. Cuando se sentó frente a ella, Fátima Durán pronunció la pregunta de siempre.

—¿Y bien? —dijo acompañando las palabras con un ladeo imperceptible de cabeza.

En otras circunstancias aquella reiterativa pregunta que se repetía cada viernes, y ese gesto tan sutilmente condescendiente, le hubieran molestado sobremanera, pero aquel día hasta le hizo gracia.

—Tengo algo que contarte y creo que es una buena noticia.

—Me alegra oír eso.

Abrió su libreta negra y le dio un clic al bolígrafo que llevaba sujeto en la tapa. Estaba lista para tomar nota, como si fuera un arma.

—Tú dirás. —Sabina suspiró sonoramente antes de hablar.

—Anoche salí de esta casa. Atravesé esa puerta como si nada. Bajé las escaleras y llegué hasta el rellano.

Sin levantar la cabeza, los diminutos ojos de la doctora hicieron un esfuerzo por asomarse por encima de las gafas. Su mirada era de incredulidad absoluta y las arrugas de su frente parecían escribir «no me creo nada» como un subtítulo de su pensamiento. Eso enfureció a Sabina.

—¡Qué pasa! ¿No te lo crees?

—Yo no he dicho nada. ¿Por qué crees que no te creo? —preguntó sin alterar su tono de voz.

Odiaba que contestara a sus preguntas con otra pregunta. La mosca se había adentrado en el vaso y se posaba en uno de los hielos que todavía quedaban en el fondo, junto a un trozo de limón de color pardo por efecto de la cola. Su zumbido sonaba hueco, atrapado entre el vidrio, pero ajena al peligro. Respiró profundamente tres veces antes de contestar.

—Es tu forma de mirarme. No me has creído.

—¿Debería? ¿Realmente fue así?

—¿Por qué haces eso? ¿Por qué siempre contestas con una pregunta? —Durán no respondió, se quitó las gafas y mordisqueó el extremo de una de las patillas. Sin gafas, sus ojos eran todavía más pequeños, casi había que adivinarlos. Vestida toda de negro y con ese cabello rizado salpicado de canas, parecía una cucaracha, pensó.

—¿Realmente fue así? ¿De verdad saliste de casa y bajaste las escaleras como si nada? —Volvió a repetir. Sabina suspiró, rendida.

—De acuerdo, tú ganas... No exactamente. Es cierto que salí de casa y bajé las escaleras, pero lo hice dormida. Estaba sonámbula. ¡Pero eso no es realmente lo importante!

Fátima Durán bajó de nuevo la mirada hasta su cuadernillo y se volvió a poner las gafas. Comenzó a escribir sin decir ni una palabra. Sabina intentó leer lo que anotaba pero le resultó imposible, por algo la llamaban letra de médico y encima, del revés.

—¿Te ha ocurrido alguna otra vez? ¿Algún antecedente en la familia de sonambulismo?

—Nunca, al menos que yo sepa y no, tampoco sé de nadie de mi familia que sea sonámbulo.

Se incorporó y se inclinó ligeramente hacia delante, acercándose a la doctora, como si fuera a confesarle un secreto y no quisiera que nadie más se enterara. Incluso bajó el tono de voz.

—Pero eso significa algo, ¿verdad? Eso quiere decir que tengo tantas ganas de salir de aquí que en sueños soy capaz de hacerlo sin problemas. Es un paso hacia delante, ¿no es cierto? —La doctora Durán sonrió condescendiente.

—Sabina, estas cosas no son tan sencillas. Claro que conseguirás mejorar y salir algún día, yo confío en ello. Para eso vengo todos los viernes. Pero el hecho de que ayer tuvieras este episodio ocasional de sonambulismo no significa que estés preparada todavía.

A Sabina no le gustó escuchar aquello y reaccionó volviendo a marcar distancias. Buscó de nuevo el respaldo del sofá y se cruzó de brazos.

—Dime una cosa. ¿Has estado sometida a mucha tensión? ¿Tal vez ha ocurrido algo excepcional estos días que te haya generado una ansiedad más intensa de lo habitual? El sonambulismo ocasional suele ser la forma que tiene el cerebro de liberar estrés. ¿Ha ocurrido algo que pudiera haberlo provocado? No sé... tal vez has discutido con alguien...

Fátima Durán especulaba agitando con elegancia las manos en el aire, sujetando todavía el bolígrafo entre sus dedos y dejando los puntos suspensivos flotando en el ambiente, con la intención de que Sabina completara la frase y confesara qué era eso que tanto estrés le había provocado hasta el punto de ser la causa de un episodio de sonambulismo.

Sabina enmudeció e intentó cruzar sus grandes ojos pardos con los diminutos puntos negros de la cara de la doctora, en un duelo de miradas. Estaba convencida de que aquella mujer era capaz de leerle el pensamiento, absolutamente convencida, y eso le producía desazón. La mosca había quedado atrapada entre dos hielos medio derretidos y su zumbido agónico acompañaba de fondo el pesado silencio de unos segundos que se le hicieron eternos. Podría haber escapado volando hacia arriba, pero por alguna extraña razón se daba golpes contra el vidrio y contra los hielos. Sabina la observó. Ella también podría escapar de aquella conversación, de aquella situación de agonía lenta, pero, sin embargo, no dejaba de chocar contra las preguntas de Durán que eran afiladas y daban siempre en la diana.

La doctora quería saber si había sucedido algo que provocara en Sabina un estrés poco habitual, una dosis de ansiedad casi extrema que colapsara su mente hasta el punto de que ésta necesitara vaciarse como un vaso desbordado, como un embalse en un otoño lluvioso. La miró unos segundos y tuvo que morderse la lengua para no contarle que probablemente había matado a una persona, que efectivamente había tenido que luchar contra todos sus principios para hacer lo que había hecho, que había tenido que encontrar un valor que desconocía que poseía para interpretar el papel de araña tejiendo la red para Amalia. Le hubiera gustado decirle que envenenar a la encubridora de un asesino no había sido tan difícil como había imaginado después de todo, que incluso había encontrado cierto confort cada vez que Amalia bebía un sorbo del zumo envenenado. Le hubiera dicho todo eso y también le hubiera confesado gustosamente lo que pensaba hacer con Eugenio, pero tragó saliva y mintió para no ponerse en evidencia, a pesar de que le hubiera encantado ver la cara de Fátima al escucharlo.

—Sí, es cierto, eso debe ser. He discutido estos días con mi hermana Silvia — contestó finalmente.

—¿Lo ves? —Arqueó las cejas triunfante—. Pues tal vez esa discusión sea la

causa de tu sonambulismo, nada más, nada que ver con tu deseo de salir.

Aquella respuesta la frustró. El estómago se le hizo un nudo y sintió como su respiración empezaba a acelerarse. Miró el vaso. La mosca flotaba en un centímetro de líquido del color del agua sucia. Apenas tenía fuerzas para agitar más las alas. Se estaba ahogando entre los hielos derretidos. La doctora Durán interrumpió el momento.

—¿Qué sientes, Sabina? Dime qué sientes.

—¿Quieres saber qué siento? —Le dedicó una mirada desafiante—. ¡Siento frustración! ¡Como esa mosca idiota que no es capaz de volar hacia arriba!

—¿Qué más?

—¡Rabia! ¡Estoy llena de rabia!

—¿Y qué más?

—¡Ira! ¡Culpa! ¡Ansiedad! ¡Miedo! —Sabina se había levantado del sofá y gritaba cada uno de sus sentimientos, como una ametralladora lanza las balas, mientras caminaba de un lado a otro del salón. *Dalí* interrumpió su sueño y levantó las orejas para escucharla.

—¿Y qué más? —la alentó la doctora Durán como quien jalea en una pelea de perros—. ¡Dime qué más sientes, Sabina!

—¡Odio! ¡Mucho odio! ¡Les odio! ¡Les odio! ¡Les odio con todas mis fuerzas!

Se dejó caer sobre el sofá, vencida por aquel cóctel de veneno que llevaba dentro y rompió a llorar cubriendo su rostro con las manos. No le gustaba que la vieran así. Fátima Durán le dio unos segundos. Respetó su llanto porque era ella quien la había guiado hasta él intencionadamente y, cuando intuyó que estaba preparada para escuchar, prosiguió.

—¿Sabes qué he echado a faltar que me dijeras? —Sabina se secaba las lágrimas con un pañuelo de celulosa. Negó con la cabeza—. Sé que sientes todo eso, y tú también lo sabes. Eres capaz de reconocer cada uno de esos sentimientos y de nombrarlos, verbalizarlos: odio, ira, culpa, miedo, frustración... Pero hay un sentimiento que está ahí, dentro de ti, y al que no le estás haciendo frente. Paradójicamente es el primero que debes sacar fuera, escupirlo, porque es el que te genera todos los demás, todos los que me has nombrado. —La escuchaba interesada, con la nariz sonrosada de sonarse, pero sin saber a qué se estaba refiriendo—. ¿No sabes qué quiero decir, verdad? —Sabina se encogió de hombros—. ¿Cómo vas a vencer la batalla si ni siquiera sabes a qué te enfrentas?

La doctora le hablaba en un tono dulce y maternal muy poco habitual en ella. Por un momento, Sabina creyó que incluso le iba a dar un abrazo, pero se mantuvo en su sitio, manejando los silencios y el lenguaje de sus ojos.

—Te estoy hablando del dolor, Sabina. En todo este tiempo nunca has hablado

de ese sentimiento, el dolor. ¡Te duele! ¡Te duele mucho! Y ni siquiera lo mencionas porque no te permites sentir cuánto te duele lo que le ocurrió a Lola y también a Roberto, lo que te está ocurriendo a ti también. Aunque lo ignores, el dolor está ahí. Aunque tú no lo admitas, por mucho que te lo niegues, no desaparece, lo llevas dentro desde hace mucho tiempo y se está pudriendo dentro de ti. Te haces la fuerte, pero el dolor no se marcha tan sólo por eso. El dolor se reproduce y genera otros sentimientos como la rabia, la ansiedad, el miedo... todos los que sí eres capaz de reconocer dentro de ti. Pero nunca hablas de dolor.

Sabina la escuchaba con el corazón encogido. Al pronunciar la palabra dolor se le había erizado la piel. Cada vez que la pronunciaba, un escalofrío le recorría la espalda. Pensó que tal vez había subestimado todo ese tiempo a Fátima Durán. La congoja se quedó atrapada en su garganta mientras la doctora continuaba hablándole.

—El dolor debes sentirlo, Sabina. Si no lo sientes, no pasará. Es la única forma de que se marche. Tú te lo has negado, te lo has prohibido, lo has encerrado, como te has encerrado a ti misma... Por alguna razón, encierras lo que te asusta, tus miedos, tus fobias, a ti misma. Incluso a mí me has encerrado en un compartimento aislado de tu vida. ¿Crees que no lo sé? Pero no hay otra forma, Sabina, debes sentir ese inmenso dolor y deshacer ese nudo que llevas dentro. Después, toda la madeja se desenredará con facilidad. ¿Lo entiendes?

La doctora le cogió la mano. Nunca antes, en ninguna de sus sesiones, había propiciado ningún contacto físico. Lo agradeció y pudo sentir empatía en aquella mujer que le era tan distante. La sintió cerca por primera vez.

—¿Y si no puedo soportar ese dolor? —preguntó con la voz entrecortada—. ¿Y si no puedo? ¿Y si el dolor es más fuerte que yo?

—Podrás hacerlo, créeme. Tú eres más fuerte que él, ése es el secreto. Pero si no le plantas cara, jamás podrás averiguarlo y ya te habrá vencido sin tan siquiera intentarlo. Yo sé que podrás hacerlo.

—¿Me lo prometes? —susurró mientras le cogía la mano y la miraba a los ojos.

—Te lo prometo. Pero quiero que te lo prometas tú a ti misma, ¿lo harás?

—Sólo si dejas de responderme con otra pregunta de una puñetera vez — bromeó a pesar de todo.

Ambas se sonrieron y apretaron sus manos convirtiendo ese gesto en la firma de un compromiso. *Dalí* se levantó precipitadamente y, con gran alboroto, resbalando con las uñas de sus patas en el suelo, se dirigió hacia la puerta.

—Debe ser Dimitri, el chico que lo saca a pasear. Puede olerlo a manzanas de distancia.

El timbre sonó entonces y la doctora dio por finalizada la sesión.

—Creo que por hoy hemos avanzado bastante. A veces el tiempo es generoso con los resultados y hemos tenido una de esas sesiones en las que se saca fruto a los minutos —le dijo mientras recogía sus cosas.

Guardó el cuaderno negro y el bolígrafo en su bolso y sacó un abanico con el que empezó a abanicarse con energía. Sabina atendía mientras tanto el telefonillo.

—Me marchó contenta, Sabina, quiero que lo sepas. Hemos llegado al epicentro del problema y lo más importante de todo es que tú lo has identificado como tal. Vamos por muy buen camino. Estamos juntas en esto, no lo olvides.

—Hasta el viernes que viene y... gracias.

Fátima Durán y Dimitri se cruzaron en el rellano mientras *Dalí* interrumpía el paso convirtiendo su enorme cuerpo en un dique de contención que la doctora tuvo que esquivar para poder salir. *Gala* protestaba maullando desde el dormitorio donde continuaba encerrada. La doctora y Dimitri se saludaron y el chico le dedicó una sonrisa encantadora, luciendo sus blancos dientes perfectamente alineados. Dimitri cogió la correa del perro. *Dalí* aguardaba sentado con toda la paciencia que le era posible, que no era mucha, a que se la enganchara al collar, sin dejar de mover de un lado para otro el rabo. Dimitri le guiñó un ojo a Sabina y, sin apenas tiempo para que ella respondiera al guiño, *Dalí* tiró del chico con fuerza escaleras abajo.

El silencio se hizo en la casa. Sabina rebobinó las palabras de la doctora Durán y las encontró tan certeras y de una evidencia tan descarada que se sintió algo estúpida por haber necesitado tanto tiempo para llegar hasta el centro de todos sus problemas, pero al mismo tiempo también se sintió reconfortada. De repente le asaltó una necesidad extraña. Corrió hasta el dormitorio y se llevó consigo un taburete de la cocina. Subida a él y con *Gala* intentando hacer lo mismo sin conseguirlo, buscó en el armario, en el fondo de la estantería del altillo. Detrás de los jerséis de invierno y de un edredón de *patchwork* que utilizaba cuando empezaba a refrescar, encontró al tacto un álbum de fotos. Tiró de él y lo dejó caer sobre la cama.

Le sopló el polvo y con el extremo de su camiseta lo limpió un poco. Después lo abrazó como se abrazan los recuerdos sentidos, apretándolo contra su pecho. Suspiró para coger fuerzas y lo abrió. La primera página recogía dos fotografías atrapadas por un plástico que empezaba a amarillear, el paso del tiempo lo había teñido de ocre. En la fotografía superior Lola y ella estaban en la playa jugando a salpicarse con el agua de la orilla. Los colores se habían difuminado y el mar era antiguo, casi de un verde triste a pesar de lo divertido de la escena. Recordaba aquel momento a la perfección, recordaba que la fotografía la había hecho Lucas, cuando todavía no existían las cámaras digitales y los carretes se

revelaban manteniendo la incertidumbre del resultado durante un tiempo. Pensó que le gustaban más las fotos cuando eran una sorpresa y no se podían rectificar. Era un momento de sus vidas espontáneo, sin retoques ni mentiras, con toda su belleza efímera y también con todas sus imperfecciones. Lo acarició con el dedo índice y sintió el dolor como una aguja en el corazón, cosiendo la herida sin anestesia, puntada a puntada.

En la fotografía de abajo no salía ella. Era de Lucas y Lola, de la misma época, probablemente del mismo día de verano, no podía precisarlo con exactitud. Lucas comía sandía y llevaba el pelo largo, casi a la altura del hombro, dejando que sus rizos rubios le robaran protagonismo al hueco divertido que lucía entre sus dientes incisivos cuando sonreía. Probablemente segundos antes de hacer la fotografía Lucas habría dicho algo insolente y divertido, siempre lo hacía, porque Lola estaba riendo a carcajadas y la imagen se había detenido en ese preciso instante. La risa muda de Lola también le dolió como le dolían los silencios presentes. Dejó que le doliera apretando los dientes. Durante dieciocho meses había sido incapaz de mirar aquellas fotografías. Incluso había retirado todos los retratos que había en la casa porque no podía soportar tropezar con su mirada varias veces al día. Solamente había conservado una como salvapantallas del ordenador, pero nada más, ni una sola imagen de Lola, ni de su pasado ni de una vida anterior. Tenía razón la doctora, le resultaba demasiado doloroso como para recrearse en ellas. Era como caminar descalza por casa pisando cristales. Por eso lo había guardado todo en el altillo, tras unas puertas, como todo, para no sentirlo, pero a pesar del intento, seguía ahí.

Todo empezaba a enmohecerse. Olía a cerrado y a viejo, a podrido y a sucio, olía a herida abierta que empieza a gangrenarse. Así que lloró, desbordándose como un río caudal abajo, para que las lágrimas limpiaran lo que el tiempo había ensuciado. Lloró con generosidad mientras miraba las fotos de quien apenas lograba dibujar con exactitud en su memoria. Lloró por Lola, por Roberto, por el pasado, por el presente, también lloró por Lucas y por ella, y lo hizo hasta que Dimitri volvió a tocar el timbre.

Cuando entró por la puerta lo abrazó. Necesitaba un abrazo más que respirar. Dimitri se dejó abrazar, sorprendido por aquella reacción tan inesperada, aunque estaba acostumbrado a que Sabina fuera así de imprevisible. Había aprendido a adaptarse a ella. La apretó contra su cuerpo y hundió sus dedos en su cabello. Tirando ligeramente de él, elevó su cabeza para que lo mirara, y sin pronunciar palabra, sus ojos le pidieron permiso para besarla. Ella respondió entreabriendo los labios y él hizo el resto con su lengua. Cerró los ojos y sintió el placer y el dolor, todo junto. A Sabina le dolían los besos de Dimitri con sabor al recuerdo de Roberto.

Estaba atardeciendo y el cielo del horizonte era de color rojizo. Los atardeceres rojos del Mediterráneo eran un lienzo cálido. Dimitri la cogió en brazos como si fuera una novia y la llevó hasta la cama. En el suelo de la habitación estaba el álbum de fotos que minutos antes había estado llorando Sabina, abierto por una de las páginas centrales. Dimitri lo apartó con el pie para no tropezar. Con delicadeza, dejó a Sabina sobre las sábanas y se quitó la camiseta. Como dos serpientes, deslizó sus manos por debajo de la de Sabina hasta llegar a sus pechos. Le sorprendió que llevara sujetador.

—Déjame que te quite la camiseta. Eres preciosa y quiero verte. —Dimitri interpretó el silencio, que duró unos segundos, como un sí y se la quitó. Por primera vez en aquella extraña relación Sabina se dejaba ver, exhausta de luchar contra todo y contra sí misma.

La incorporó sobre la cama y juguetó con el cierre del sujetador hasta conseguir desabrocharlo. Se quedó flojo pero cubriendo todavía sus pechos. Dimitri, consciente de la importancia de aquello, la abrazó con delicadeza y, sólo cuando sus cuerpos estuvieron pegados, retiró el sujetador que los separaba.

Estuvieron así, abrazados, durante minutos. Desnudos de cintura para arriba y vestidos de cintura para abajo. Pecho contra pecho, calor contra calor, mientras el aliento de Dimitri le quemaba el cuello y el palpito del corazón de Sabina le golpeaba a él como la coza de un caballo. Sólo cuanto ella se sintió preparada, se separaron y dejaron que de nuevo sus ojos conversaran sobre sus deseos. Sabina dijo que sí a todo cuanto Dimitri le pidió. El iris de sus ojos, de un intenso azul, era un trocito de mar en su mirada. Se dejó querer a golpe de jadeo, se dejó mirar desterrando los prejuicios, se dejó inundar por el sexo de Dimitri entregada a su necesidad de afecto. Cuando hubieron terminado, ella lo abrazó hasta que el tiempo oscureció la noche y el sonido de la calle les trajo risas de jóvenes buscando fiesta en la playa. La vida de fuera se le colaba de nuevo por la ventana.

Era tarde. Con toda la sutileza de la que fue capaz, convencido de que ella dormía, Dimitri intentó separar su cuerpo del abrazo de Sabina y así escapar de la cama. Pero Sabina no dormía, tan sólo cerraba los ojos para inventar un mundo mejor en su imaginación. Cuando el chico hubo conseguido sentarse en la cama, de espaldas a Sabina, y buscaba con la mirada su ropa, desperdigada por la habitación, ella abrió los ojos.

—No te vayas... Por favor, quédate a dormir conmigo.

Más que una súplica sonó como un lamento. Cada sílaba languidecía en el mismo instante en que era pronunciada. Dimitri dudó el tiempo suficiente como para que Sabina comprendiera lo que estaba pensando. Tal vez era pedir demasiado a cambio de nada. Entonces abrió el cajón de la mesilla de noche y,

de un sobre con membrete bancario, sacó dos billetes de cincuenta euros. Los dobló meticulosamente y se los mostró con disimulo. Deslizó la mano por debajo de la almohada y los dejó allí al tiempo que volvía a susurrarle.

—No quiero dormir sola. Quédate a dormir conmigo...

Dimitri soltó la ropa que llevaba en la mano y la volvió a dejar caer al suelo. Los argumentos le habían convencido. Tiró de la sábana arrugada que estaba en los pies de la cama y cubrió el cuerpo de Sabina y el suyo hasta la cintura. La abrazó por la espalda y ella, sabiendo que no podía verle la cara, dejó que una lágrima se le escapara.

—Dime que me quieres... —Volvió a suplicarle lastimosamente. El joven guardó un prudente silencio, algo incómodo por la situación—. Dímelo sólo como si fuera cierto...

—Te quiero Sabina —le dijo al oído como si fuera verdad—. Te quiero. Te quiero... —Volvió a repetirle generosamente en un susurro certero y sentido. Ella fingió creérselo.

Gala buscó acomodo a los pies de la cama girando varias veces sobre sí misma, su ronroneo perturbando el silencio. Su pelaje negro se tornaba azulado con el reflejo de la luz de las farolas. Las palabras de Dimitri, fugaces y compradas, se escaparon por la ventana y la noche volvió a ser, para Sabina, muda una vez más.

13

Por la mañana, Sabina hubiese dado cualquier cosa para que no hubiera amanecido. Lo ocurrido por la noche le parecía un sueño, sin esquinas ni aristas; la cómplice penumbra lo había limado todo hasta darle formas redondeadas y amables, pero el día lo había transformado en pesadillas punzantes. La luz del sol había desnudado sus vergüenzas con obscenidad y la hacían sentir estúpida y patética ante los ojos de Dimitri. Tampoco era fácil para él. Estaba acostumbrado a vender su cuerpo, pero no sus afectos. Todavía era virgen en la intimidad de sus sentimientos. Compartir sábanas con Sabina resultaba mucho más sencillo que pronunciar palabras de amor fingido, aunque estuvieran bien pagadas. Algo tenían esas palabras que dichas de mentira le pellizcaban el estómago.

Apenas se miraron a los ojos. Las verdades desnudas de las miradas eran demasiado incómodas para ambos. Las voces de la radio rellenaron oportunamente los silencios, mientras Sabina preparaba café y Dimitri se daba una ducha para quitarse de encima el pegajoso malestar de sentirse comprado. Ambos sabían que habían traspasado la línea y que tal vez no hubiera vuelta atrás.

Con la excusa de sacar a *Dalí*, que aguardaba inquieto a la puerta del baño, Dimitri se apresuró a salir de la casa.

—Me lo llevo, hoy parece que tiene ganas de irse.

Pronunció esas palabras refiriéndose al perro, pero Sabina, que estaba de espaldas, rellenando el azucarero y rompiendo con la cuchara unas piedras de azúcar que se habían formado por la humedad, intuyó que esas palabras las estaba pronunciando su subconsciente.

—Dale un largo paseo. Se lo merece. Es demasiado bueno conmigo. No debe ser fácil tener que aguantar a una desequilibrada como yo —contestó Sabina remarcando el doble sentido.

La puerta sonó rotundamente y el sonido le hizo eco a Sabina dentro del pecho, produciéndole una sensación de alivio y vacío a la vez. Suspiró aferrada a la taza de café. Resultaba extraño, pero agradecía volver a estar sola en su casa, con sus silencios y las conversaciones con sus pensamientos.

Gala la buscó mimosamente enroscándose entre sus piernas, como de costumbre, pero Sabina la ignoró. Su soledad no la incluía a ella, no en aquel momento. Abrió la nevera en busca de un poco de leche fría, el café estaba demasiado caliente para las altas temperaturas de un tórrido julio, y al ver en la

puerta del frigorífico la caja con los dos viales de toxina que guardaba para Eugenio, no pudo evitar pensar en Amalia. Le resultaba curioso que apenas hubiera vuelto a hacerlo después de envenenarla. En un segundo visualizó su cara, su sonrisa despreocupada que tanta repugnancia le producía, su verborrea incontinente que invitaba a asesinarla con tus propias manos sólo para que dejara de hablar, su felicidad insultante y ofensiva, su profunda estupidez. Hizo memoria. De reojo miró el calendario y se dio cuenta de que ya habían pasado casi cuarenta y ocho horas desde que Amalia había estado en su casa y no había vuelto a saber nada más de ella.

—¿Crees que esa zorra se habrá muerto, *Gala*? —le preguntó a la gata con cierto desdén, antes de sorber el café con cuidado para que los labios testaran primero la temperatura—. ¡Es una mierda no poder enterarme!

Al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, se acordó de las redes sociales, ese espía que de manera tan eficaz le había servido para atraer a Amalia hasta su casa. Dejó el café sobre la encimera de la cocina y, con inquietud, abrió el ordenador portátil.

—¡Cómo no lo he pensado antes! ¡Esta cabecita loca mía está descentrada! —se dijo mientras se daba golpes en la sien con una rabia amable—. Amalia retransmite en la red cada minuto de su vida. Bueno, eso ya lo sabes... —le explicó a *Gala* mientras tecleaba—. Que si voy a cenar con Eugenio, que si me voy de viaje, que si mirad qué fotos más bonitas con mis amigas. ¡Es repugnante! ¡No entiendo a esa gente que pregona su vida privada! ¡Es capaz de haberse muerto y haber vuelto del más allá sólo para colgarlo en su Facebook y que se entere todo el mundo! Imagínate. Menudo notición. Acabo de morirme, chicos —se burló cambiando la voz como si imitara a Amalia con gestos caricaturescos—. Os lo tenía que contar porque ya sabéis que lo comparto todo con vosotros. Recuerdos de San Pedro. ¡Uy, no, perdón! Que el del rabo y los cuernos es Satanás. ¿Será que estoy en el infierno? —decía mientras forzaba una cínica sonrisa y movía la cabeza con retintín. Después, hizo una pausa y el rostro se le volvió pétreo y la voz honda—. ¡Así te pudras!

Tecleó su nombre ficticio y su contraseña, y se fue directa al muro de Eugenio Santamaría. Si algo le había pasado a Amalia, si con suerte había muerto, pensó, seguro que alguien le ha dado el pésame por escrito a Eugenio. Pero se desilusionó al instante. Eugenio no había escrito nada desde hacía casi una semana.

Hizo memoria. Recordaba haber leído que los primeros síntomas de la intoxicación aparecían a las pocas horas. Se imaginó a Amalia retorcida de dolor, sufriendo terribles calambres y vómitos, una larga agonía insoportable, hasta que por fin sus órganos quedaran paralizados, sus pulmones dejaran de funcionar y

su corazón dejara de latir. Encontró placer en ese pensamiento y dolor al no poder evitar acordarse de Lola tirada en el asfalto con un reguero de sangre escapando de su cabeza. Se le antojó que la vida era como un espejo, al menos su pensamiento funcionaba así, uno frente a otro. Habían pasado ya casi dos días desde que ingiriera la toxina, así que, probablemente, lo que hubiera tenido que ocurrir ya había sucedido, y por momentos, la incertidumbre de no saber nada empezó a entrecortarle la respiración.

Abandonó el muro de Eugenio y tecleó el nombre de Amalia. Tal vez ella sí hubiera publicado algo al encontrarse indispuesta, o tal vez alguna amiga lo hubiera hecho en su nombre. Con suerte alguno de sus contactos habría anunciado su muerte. Confió en que así fuera, pero tampoco encontró ese tipo de información en la página de Amalia. Sin embargo, lo último que había escrito, fechado el mismo día que había estado con Sabina en su casa, decía así:

«Ya he vendido la Thermomix de la que os hablé. La afortunada ha sido Esperanza García, una amiga virtual a la que he tenido oportunidad de conocer en persona. Es encantadora y también vive aquí, en Peñíscola. ¿Verdad que este invento de las redes sociales es fantástico? Nos hemos hecho amigas, de las de carne y hueso 😊».

Leer aquello destapó la caja de los miedos de Sabina. Una sensación de agobio le apretó la garganta y activó el mecanismo de su paranoia, como quien le da a un interruptor. Se angustió. Su cabeza empezó a imaginar acontecimientos catastróficos a gran velocidad. Era experta en ponerse en lo peor, adicta al pesimismo, entregada a su pensamiento en bucle. Amalia había dejado testimonio de su cita, la había mencionado por escrito. En realidad no a ella, sino a su otro yo, pero en caso de morir envenenada, resultaría muy sencillo rastrear su falsa identidad hasta su ordenador y tal vez descubrir que había estado tomando un zumo con la principal testigo en el juicio por homicidio de su novio. No había que ser demasiado listo para atar cabos y llegar a la conclusión de que ese envenenamiento no había sido accidental, nadie se bebe por error dos viales de toxina botulínica, y que ella, al tener motivos para hacerlo, podía ser la principal sospechosa.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! —Se levantó de la silla y se sujetó la cabeza con ambas manos como si se le fuera a separar del cuerpo. *Gala* despertó de su letargo en el sofá al escucharla—. ¿Por qué tienes que escribir cada puto detalle de tu vida? ¿No puedes morirte con discreción? —le gritaba al aire absolutamente ida—. ¿Acaso le importa a alguien a quién le has vendido ese maldito trasto? ¡Era de Lola! ¿Lo sabes? ¡Encima era de Lola!

Las palabras se le atropellaban en los labios. Los apretaba con furia como queriendo retenerlas pero le era imposible, las escupía cargadas de ira. La

respiración empezó a agitarsele descontroladamente y la vista se le nubló. Por un segundo se sintió mareada y se sujetó al respaldo de la silla. Sudaba profusamente, el calor y la rabia la tenían empapada. El timbre de la puerta sonó y la distrajo por un momento mientras la abría, suponiendo que sería Dimitri de vuelta.

—¡Por Dios bendito, señorita Sabina! ¿Está usted bien? —le preguntó Griselda nada más abrir la puerta—. He escuchado sus gritos desde mi baño y parecía que se la llevaban los demonios. ¿Sucedo algo? Tiene usted muy mal aspecto.

Griselda no traspasó el umbral, el brazo de Sabina se lo impedía con disimulo. No tenía intención de invitarla a pasar, no en aquel momento. De haber sabido que era ella, ni siquiera hubiera abierto. Llevaba el cabello impregnado en una pasta oscura y una toalla manchada le cubría los hombros. Sus zapatillas de estar por casa, rosa fucsia, eran imposibles de mirar más de dos segundos seguidos. Griselda satisfizo a duras penas su curiosidad, estirando el cuello como un avestruz y abriendo los ojos como dos huevos cocidos. Su mirada, oscura y brillante, repasó con rapidez cada rincón de la casa haciendo que el movimiento rápido de sus ojos, de un lado a otro, evidenciaran que intentaba averiguar qué estaba ocurriendo allí dentro. Tal vez pretendía encontrar a la persona a la que Sabina gritaba de esa manera.

—No hay nadie, Griselda. Eres muy poco disimulada, ¿te lo han dicho alguna vez? —la reprendió Sabina con desidia, algo más calmada—. Hablaba sola. Estoy loca, ¿recuerdas? ¿O es que no te habías dado cuenta a estas alturas? Tu vecina la pintora es una loca y su exnovio un tarado. ¿Menudo vecindario verdad? ¡Este barrio está fatal! —masculló entre dientes con humor amargo, mientras se encendía un cigarro que hacía equilibrios temblorosos en sus labios. Griselda recogió su largo cuello hasta recuperar su posición normal—. Te está chorreando el tinte. —Le indicó con el dedo Sabina, señalando los lamparones que ya habían caído sobre sus hombros—. Anda, vete a casa que no me pasa nada. Estaré bien. Si me da por escaparme sonámbula o por cualquier otra cosa por el estilo ya te aviso —bromeó cínicamente.

Tirando de las esquinas de la toalla, como si fuera una toquilla, Griselda se recompuso y adoptó una actitud altiva. No le gustaba que Sabina la tratara así, no se lo merecía, pero se lo tuvo en cuenta el tiempo que tardó en bajar las escaleras hasta su casa, apenas unos segundos. Le tenía aprecio y no era mujer de rencores duraderos, decía que se alojaban en el alma y te comían por dentro.

Sabina apuró el cigarro dando caladas de desesperación mientras intentaba pensar con claridad en voz alta, pero esta vez bajando el volumen.

—Piensa un poco... Para detectar el veneno tendrían que hacerle una autopsia

y ni siquiera sabemos si se ha muerto. —Guardó silencio unos segundos, como si estuviera escuchando algún pensamiento, y continuó—: ¿Ahora te rajas? No me vayas a decir que prefieres que no la haya palmado, eso sí que no, Sabina. Si hay que ir a la cárcel, se va, al fin y al cabo ya vives encerrada, pero esa perra debe estar bajo tierra. ¿Me has entendido?

Estaba hecha un lío y no lograba encontrar un hilo argumental que le resultara lógico y que consiguiera tranquilizarla.

—Además, y... ¿por qué iban a hacerle una autopsia si no es una muerte violenta? —Volvió a guardar silencio—. ¡Y yo qué sé! ¡Joder! ¡Demasiadas películas! ¡Has visto demasiadas películas! ¡Esto es la vida real! ¡Ya estás haciéndole la autopsia y ni siquiera sabes si se ha muerto!

El timbre de la puerta volvió a sonar, interrumpiéndola de nuevo cuando iba a encenderse otro cigarro. Airada, lanzó el mechero con furia al suelo, se levantó del sofá y con tan sólo dos zancadas alcanzó el pomo de la puerta.

—¿Y ahora qué tripa se te ha roto, Griselda? —bufó enfadada mientras la abría.

Levantó la mirada y se quedó paralizada completamente. Ni siquiera el alboroto de *Dalí* entrando como un elefante en una cacharrería pudo devolverle la respiración.

—Hola. Un chico rubio que estaba en la puerta me ha pedido que te subiera el perro. Ha dicho que tenía prisa y, al preguntarle en qué piso vivías, me ha encargado que subiera a *Picasso*.

—Se llama *Dalí*.

—Bueno, *Dalí*, *Picasso*, qué más da. ¿No le vas a dar un abrazo a tu hermanita? —preguntó Silvia soltando una enorme maleta de color plateado y abriendo los brazos teatralmente—. Pensaba que te ibas a alegrar más de verme, la verdad.

Sabina, en estado casi catatónico, no respondió a la invitación de abrazo de su hermana. Se quedó petrificada, a un paso de ella, tan cerca y tan lejos, observándola en el umbral de su puerta, como si la ausencia de muchos años, ese agujero negro que las separaba y se tragaba los afectos en su familia, hubiera desaparecido en un instante.

—Me encanta Mahoma, ya sabes, ese tipo ocurrente de la montaña —explicó Silvia agitando las manos perfectamente cuidadas y con uñas esculpidas, pintadas de un rojo sangre. Instintivamente Sabina escondió sus dedos, sus muñones mordisqueados, que la hicieron avergonzarse—. Pues eso, me dije lo que el tal Mahoma: si la montaña no viene, pues me tocará ir a mí —siguió hablando dicharachera Silvia, mientras arrastraba su maleta cara y cerraba la puerta tras de sí.

—¿Tú no estabas en París? —consiguió preguntar finalmente Sabina.

—Tengo que estar allí el lunes. Es sábado, tengo un fin de semana por delante y una hermana que vive en un *loft* situado en el casco antiguo de Peñíscola, una preciosa ciudad del Mediterráneo. He pensado que podría quedarme aquí hasta que tenga que irme. Un poquito de veraneo con mi hermanita pequeña para cargar pilas. No sabes la que me espera. Soy madrileña, ¿recuerdas? Mataría por un poco de mar y cuentas tantas maravillas de este sitio que quería comprobarlas por mí misma.

Silvia recorrió el salón y la cocina inspeccionándolo todo, como hacen las madres en casa de las hijas, y sin dejar de hablar ni un segundo. Temía que, si se callaba, el silencio lo fastidiara todo. Sabía que el silencio sólo es cómodo cuando hay confianza y aunque quería a su hermana como si la hubiera parido, su última conversación telefónica las situaba cada una en un mundo, separados por años luz.

—¡Vaya! Veo que has vuelto a pintar —exclamó quitando la sábana que cubría el lienzo en el que estaba trabajando.

—Por favor, no toques mis cosas. —Solamente que husmeara en su trabajo logró sacar a Sabina de su estado de sorpresa. Aquello la molestaba profundamente.

—Es bueno, ¿sabes? —Silvia lo observó con admiración alejándose unos pasos de la pintura—. Definitivamente tienes talento, pero eso ya lo sabes. Una pena que no hayas sacado la visión comercial de tu hermana mayor. Estarías forrada. Este talento en la empresa privada está más que bien cotizado. Te lo digo yo.

—¡No empieces, Silvia! ¿No te cansas nunca? —Sabina se enfurruñó y Silvia comprendió que había comenzado a desplegar sus armas de ataque demasiado pronto. Intentó rectificar obviando el tema.

—Bueno, tú dirás dónde me puedo instalar.

Se sintió incapaz de decirle que le incomodaba que se hubiera presentado por sorpresa y que, además, viniera con la intención de quedarse, sin tan siquiera preguntar primero, aunque fuera tan sólo por cortesía. Silvia siempre hacía lo mismo. Planificaba su vida como lo hacía con los grandes eventos de su empresa, sin pensar de qué manera podía afectar a los demás. Se fijaba un objetivo e iba a por él. Era constante y resolutiva. El resultado era lo más importante para ella y el medio necesario para obtenerlo no lo era tanto. Estaba claro que, hiciera lo que hiciera, no iba a hacerla cambiar de opinión, así que suspiró profundamente, haciendo un ejercicio de autocontrol e intentando tener presente que, al fin y al cabo, era su hermana y la quería.

—Esto no es un hotel de lujo de esos a los que tú estás acostumbrada...

—Sí, ya lo veo —repuso echando un vistazo rápido a la estancia desordenada. Le faltó pasar el dedo índice por los muebles en busca de polvo acumulado. A Sabina le incomodó el comentario, pero hizo como que no lo había escuchado. Y prosiguió como si nada.

—Sólo tengo una habitación. Tiene una cama doble. Lo cual sólo nos deja dos opciones. O duermes conmigo, o te acomodas en el sofá.

De un tirón retiró la tela que cubría el sofá de tres plazas, obligando a *Gala* a dar un salto. La gata protestó con un maullido agudo e impertinente. La tela esparció por el aire una cantidad ingente de pelo de gato que voló descontrolado por toda la estancia.

—¡Por Dios! ¿Sabes lo que es una aspiradora? La inventaron hace siglos —soltó Silvia con retintín mientras sacudía las manos para intentar apartar de su alrededor los pelos que empezaban a posarse sobre su blusa de Gucci.

—Son sólo unos inofensivos pelos de gato, no te van a matar.

—Si no lo han hecho contigo ya, desde luego que no, pero no sé cómo puedes vivir así. —Suspiró. Aunque no lo pareciera, Silvia también intentaba mantener el control—. Bueno, mejor duermo contigo, como cuando éramos niñas y no podías hacerlo sola. Prefiero la compañía humana. ¿No encontraste un perro más grande? ¡Qué barbaridad!

Dalí la observaba desde un rincón, escrutándola, con los párpados caídos, dejando al aire dos franjas rojizas, sanguinolentas, debajo de sus ojos, que contrastaban con su oscuro pelaje negro azulado. Movía el hocico, húmedo y brillante, excitado por el perfume caro y penetrante de Silvia, que había impregnado toda la habitación y viajaba invisible por el aire pesado y caliente de la estancia. La expresión de *Dalí* desvelaba su pensamiento. El perro parecía estar pensando que ella sí le parecía un bicho raro, acostumbrado como estaba a Sabina y a otros seres humanos, incluso al excéntrico de Lucas. Después de observarla unos segundos con curiosidad canina, debió llegar a la conclusión de que no era demasiado interesante y se tumbó para echar una siesta, ignorándola por completo.

—¿Hace un calor horroroso aquí dentro o es mi menopausia? —Sabina sonrió, al fin y al cabo, había que reconocerle a Silvia cierta gracia.

—Tengo estropeado el aparato del aire acondicionado. Esto es un ático y hay treinta y cinco grados en el exterior. Bienvenida a mi horno.

—¡Pues sí que estamos bien! ¡Lo que faltaba! —Su camisa de Gucci color amarillo pajizo mostraba dos cercos oscuros y húmedos a la altura de las axilas. Silvia levantaba los brazos incomodada, como un pájaro ahuecando sus alas.

—Aún estás a tiempo de ir a un hotel, hay alojamientos fantásticos en Peñíscola. Tal vez mi casa no es lo que esperabas para tu fin de semana playero.

Conozco uno...

—No, no, no te preocupes —la interrumpió—. Creo que podré soportarlo. Me vendrá bien un poco de sauna para eliminar toxinas —bromeó—. Será mejor que me quite esta ropa y me ponga algo más cómodo, me he comprado unos modelitos para la ocasión. Pero anda, ven aquí y dame un abrazo de hermana impertinente que se presenta por sorpresa. ¿Soy un coñazo, verdad? ¡Pero soy tu hermana!

Ella no lo hubiera definido mejor. Silvia volvió a ofrecerle a Sabina sus brazos abiertos de par en par y esta vez sí los aceptó. Se abrazaron como cuando eran niñas y hacían las paces después de una pelea con tirones de pelo. Ya entonces era Silvia la que siempre daba el primer paso hacia la reconciliación. A Sabina el perdón le llegaba lento y el hueco que le ocupaba dentro el rencor, le dejaba poco espacio para la reconciliación. Siempre supo que su hermana Silvia tenía esa virtud que ella no poseía, saber perdonar con rapidez, saber verbalizar las cosas bonitas para que las feas no cobraran un protagonismo inmerecido.

Sujetándole la cara con ambas manos, para que no los evitara, Silvia besuqueó, como hacen las abuelas, generosa y sonoramente, las mejillas de su hermana. Depositó en cada una un racimo de besos apretados y sentidos. Sabina simplemente se dejó hacer, encontrando en aquel abrazo y aquellos besos un bálsamo que descubrió que había extrañado durante demasiado tiempo, tal vez desde siempre, una medicina que no recetan los médicos.

El timbre volvió a sonar y *Dalí*, intuyendo de quién se trataba, empezó a agitar el rabo con ímpetu dando latigazos.

—¿Esperas a alguien?

—Pues no. Pero este piso empieza a parecerse al camarote de los hermanos Marx.

Fue a atender el telefonillo con hastío, pero la dura expresión de su rostro se relajó al instante al escuchar, al otro lado, la voz de Lucas. Poco segundos después sus jadeos se colaron por el hueco de la escalera, esa que tanto esfuerzo le costaba subir.

—*Mon Dieu!* Reina, vas a terminar matándome... —Exhaló en los últimos peldaños, sin dejar de quejarse hasta llegar al rellano—. Pero claro, ya sabes eso de la montaña y Mahoma..., Y parece que a mí me ha tocado ser Mahoma contigo. ¡Qué cruz! ¡Qué cruz!

Sabina y Silvia no pudieron reprimir una carcajada al escucharle, sin que Lucas entendiera muy bien el motivo. Con rostro de circunstancia, mientras recuperaba con dificultad el aliento, alcanzó el umbral de la puerta.

—Vaya, no sabía que tenías visita... *Pardon, je ne veux pas interrompre...* Me llamo Lucas, *mademoiselle...*

Lucas se recompuso con facilidad del esfuerzo y, al ver a una elegante señora en casa de su amiga, sacó a pasear a su personaje, el más francés y sofisticado que era capaz de representar. Se inclinó levemente, como si le hiciera una reverencia interrumpida, y le cogió con delicadeza la mano para acercársela ligeramente a los labios, mientras con la otra intentaba quitarse de encima a *Dalí*, que no entendía muy bien por qué no le dedicaba las caricias de siempre.

—Yo soy Silvia, la hermana de Sabina. Encantada.

Sus respectivos perfumes caros chocaron en el aire. Ambos querían acaparar el protagonismo.

—*Oh, mon Dieu!* ¿Ha dicho usted la hermana? —exclamó sin soltarle la mano, mientras le daba una ligera patada a *Dalí*.

—Su hermana mayor.

—*Ce n'est pas possible!*

Observándola con admiración, la hizo girar sobre sí misma como una bailarina, mientras Silvia sonreía divertida. Sabina estaba estupefacta. Lucas ni siquiera la había mirado. Por un momento pensó que se había vuelto invisible.

—Una mujer muy elegante. ¿Gucci?

—El mismo. Es mi debilidad. —A Silvia se le escapó una risa nerviosa de adolescente que se sabe admirada.

—Gucci nació para que mujeres como usted perfeccionaran sus diseños.

—Es usted muy amable, no sabía que mi hermana tenía amigos tan interesantes. —Entonces intervino Sabina en la conversación a pesar de sentirse la convidada de piedra. Estaba a punto de estallar.

—No te hagas ilusiones, querida hermanita, Lucas es maricón. Muy maricón. Así, con todas las sílabas, ma-ri-cón, y tilde en la letra o, como a él le gusta decir. Le atrae más tu ropa de marca de lo que puedas atraerle tú, no te equivoques. Te sobran dos tetas y te falta algo entre las piernas para que te mire más allá de tu blusa, eso sin hablar de la edad...

—¡Por favor, Sabina, no seas ordinaria! Debería lavarte la boca con jabón. ¿Qué manera es esa de referirte a mí? —Se hizo el ofendido. Sacó un pañuelo bordado del bolsillo de su pantalón y se dio golpecitos en la frente para secar el sudor—. Tu hermana es una señora muy elegante y con mucha clase, por eso la admiro, nada que ver con lo que tu mente sucia imagina. Por algo dicen que la genética es caprichosa —comentó mirando a Sabina de arriba abajo dirigiéndole un reproche—. No se lo tenga usted en cuenta, son cosas de artista excéntrica, qué le vamos a hacer. Yo soy su agente, un espíritu libre que no puede dejar de admirar la belleza. Se lo perdono todo porque es la mejor, por eso, y porque le guardo un afecto sincero.

La voz de Lucas sonaba engolada. A Sabina le hacía mucha gracia cuando

adoptaba ese personaje tan bien diseñado que por momentos le poseía. De no haber sido marchante de arte podría haberse dedicado a la interpretación y se hubiera ganado muy bien la vida, era buen actor y gustaba del favor del público. Silvia había enmudecido.

—Por lo que veo, sigues con el aire acondicionado estropeado. ¿No le has ofrecido nada de beber a tu hermana? *Je ne peux pas supporter cette chaleur!*

Como si estuviera en su propia casa, fue directamente al frigorífico, mientras Sabina arrastraba la maleta de Silvia hasta su dormitorio.

—¡Sírvelo tú mismo! ¡De todas formas lo ibas a hacer! —le gritó Sabina desde la habitación—. ¡Yo quiero una *light*! ¡Hay hielo en el primer cajón del congelador!

La puerta de la nevera tintineó al abrirla y una bocanada helada se escapó del interior. Las botellas chocaron entre sí y sonaron a fresco, a bebida fría en pleno mes de julio.

—¿Tú qué bebes, Silvia? ¿Me permites que te tutee?

—¡Me enfado como no lo hagas, me haces mayor tratándome de usted! —le dijo desde el cuarto mientras entre las dos intentaban levantar la pesada maleta para ponerla sobre la cama y deshacer el equipaje—. ¡Otra *light* estará bien! ¡Con mucho hielo por favor!

La balda superior del frigorífico era un cuadro modernista. Los colores vistosos de los botes de refresco estaban distribuidos anárquicamente. Lucas rebuscó entre los huecos hasta encontrar el color rojo y plateado de la cola *light*.

—¡Desde el miércoles sin saber nada de ti y no eres capaz de llamarme! —riñó a gritos a Sabina mientras alargaba el brazo y cogía uno de los refrescos del fondo—. ¡Eres lo peor! ¡A ver si empiezas a pensar un poquito en los demás! —Lo dejó sobre el poyo de mármol de la cocina y volvió a alargar de nuevo el brazo para coger otro.

—¡Tienes razón, Lucas! ¡Hace años que le digo lo mismo, pero es como predicar en el desierto! —exclamó Silvia—. Fíjate que he tenido que presentarme por sorpresa para verla. Me he autoinvitado un fin de semana, porque si es por ella...

—Hola, estoy aquí, ¿recordáis? ¡Odio que la gente hable de mí como si no estuviera presente! —protestó Sabina mientras desdoblaba camisetas de su hermana y se preguntaba para qué tanto equipaje para un fin de semana—. ¡Iba a llamarte hoy mismo! ¡Lo prometo! ¡He estado muy ocupada!

Lucas sonrió mientras llenaba generosamente tres vasos con hielo. ¿Ocupada? No alcanzaba a imaginar qué cosas podía hacer Sabina todo el día encerrada en casa para no morir de aburrimiento. El sofoco del ambiente empezaba a ser asfixiante. De nuevo el tintineo del hielo contra el cristal invitaba a refrescarse.

Cuando iba a cerrar la nevera, algo llamó su atención. Fijó su mirada en la caja de toxina que Sabina reservaba para Eugenio. Junto a la caja había unas jeringuillas. Supo al instante que tramaba algo. Últimamente se comportaba de manera extraña, estaba distinta, incluso la había pillado en alguna contradicción, como cuando se había equivocado de tobillo accidentado. Además, la conocía demasiado bien como para tener la certeza de asegurar, sin temor a equivocarse, que no pensaba utilizar aquello para un tratamiento de belleza. No era de esas mujeres que se preocupan por su aspecto y mucho menos dadas sus circunstancias. Guardó silencio, escuchaba a las hermanas hablar distendidamente en el dormitorio.

—¿Me podrías explicar para qué necesitas tanta ropa para un fin de semana? Es verano, con un par de bañadores y unas camisetas tendrías más que suficiente.

—De aquí salgo para París, el lunes cojo un avión. Me espera mucho trabajo. Abrir una nueva delegación implica mucho tiempo y tengo que empezar cuanto antes. Además tengo que organizar detalles de mi alquiler y mis papeles. Esta visita es sólo una escala, no quería marcharme sin verte. Ya lo he enviado todo con una empresa de mudanzas. Sólo me queda esta maleta. Aunque confío en poder llevarme algo más, o mejor dicho, a alguien más...

—Definitivamente nunca te rindes...

Aprovechando que ambas estaban entretenidas, Lucas rebuscó por la casa. No sabía muy bien qué quería encontrar, pero sin pretender hallarlo, guiado por un pálpito, dio con ello. Miró por las estanterías, en el mueble de la entrada y en el revistero. Finalmente abrió un cajón de la cocina y encontró unos papeles. Por una cara estaban escritos a máquina, con el membrete de la doctora Fátima Durán en la esquina superior derecha, hablaban sobre algo llamado «Resiliencia». Pero lo que llamó la atención de Lucas fue el reverso, escrito a mano y con la letra de Sabina, donde había anotaciones que le inquietaron.

El corazón de Lucas podía oírse palpar a kilómetros de distancia o al menos ésa era la sensación que él tenía. Temió estar demasiado mayor y poco en forma para poder soportarlo y se cogió el pecho con la mano, como si así pudiera evitar que la adrenalina se lo desbocara. Leyó rápidamente, temiendo que Sabina y Silvia salieran en cualquier momento y lo pillaran en lo prohibido. Aparecía el nombre de Amalia escrito varias veces, muchas de ellas incluso subrayado. Intuía que si Sabina había anotado aquello no era precisamente para dedicarle palabras de afecto, así que se temió lo peor. También había escrito el nombre de Eugenio. Ambos parecían formar parte de una lista de motivos. ¿Motivos de qué?, se preguntó Lucas. Junto a ellos, Sabina había escrito la palabra justicia. Continuó ojeando las anotaciones hasta que unas palabras llamaron su atención.

Enmarcado en un recuadro pudo leer «venenos potentes» y a continuación una larga lista de sustancias mortales. A pesar del calor, se le heló la sangre cuando leyó el último de los venenos de la lista. Las palabras «toxina botulínica» estaban rodeadas por un círculo trazado con tanta presión que casi había rasgado el papel. Aquella toxina estaba en la nevera de Sabina, y los nombres de Amalia y Eugenio, anotados en las mismas hojas de papel. Lucas se estremeció al sacar sus propias conclusiones y pidió al cielo haber descubierto a tiempo todo aquello. No pudo leerlo todo con detenimiento.

Entonces escuchó a las dos hermanas salir de la habitación. Apresuradamente guardó los papeles en el mismo cajón donde los había encontrado e intentó recobrar la compostura sin conseguirlo.

—¿Están ya esas bebidas? —preguntó Sabina, quien, al verlo, blanco como el papel, temió que no se encontrara bien—. ¿Te ocurre algo? ¿Estás bien?

—Sí, sí... sólo ha sido un mareo. Este calor es horrible —se excusó con los ojos desencajados, mientras el pañuelo bordado ya no era capaz de absorber más sudor de su frente.

—Ven, siéntate aquí.

Lo cogió del brazo temiendo que se desplomara de un momento a otro. Lo llevó hasta la mesa y le ofreció una silla. Silvia le acercó el vaso con hielo y una lata de tónica. El ordenador portátil continuaba allí, sobre la mesa, donde permanecía desde el momento en que Silvia había llamado al timbre y había interrumpido a Sabina en su intento de encontrar información sobre el estado de Amalia en las redes sociales. La pantalla del portátil dormía, pero al rozar el ratón cuando Sabina pretendió retirarlo, se volvió a abrir por la página en la que se había quedado, el perfil de Amalia Enamorada en Facebook.

Tan sólo fueron unas décimas de segundo, porque Sabina lo cerró al instante, pero a Lucas tampoco le pasó desapercibido aquello y dio un salto de la silla emitiendo un grito agudo y asustadizo, como si le hubiera dado un ataque o hubiera visto un fantasma.

—Toma, bebe un poco, te sentará bien. —Silvia le acercó el vaso de tónica. Sabina corrió hasta el grifo para mojar un paño y ponérselo en la frente.

—Será una lipotimia —dijo Lucas antes de beber un largo trago. Estaba sediento, tenía la boca seca y el estómago hecho un nudo. La tónica fría le supo a gloria—. Ya estoy mejor. Parece que se me está pasando.

—Toma, esto te refrescará un poco. —Sabina le ofreció el trapo casi chorreando y Lucas apartó sus rizos rubios para poder mojarse la nuca. Después lo dejó unos segundos en la frente y cerró los ojos.

—*Merci, mon amour.*

—Dicen que los golpes de calor son muy peligrosos, hay que tener mucho

cuidado. Deberías arreglar con urgencia el aire acondicionado —riñó Silvia a su hermana—. Ya tienes mejor color.

—La que está mejor de su tobillo es Sabina, por lo que veo. Preparada para correr una maratón.

Lucas le dedicó una mirada inquisidora a su amiga para aliñar de dobles intenciones sus palabras y buscó en sus ojos la reacción de ésta. Ambos buscaban respuestas a preguntas que no habían pronunciado pero que intuían. Lucas quería saber qué estaba tramando, qué significaban aquellas notas sobre venenos y esa caja de toxina en su nevera, mientras que Sabina quería descubrir cuánto sabía él, había olvidado por completo que guardaba el veneno en su nevera.

—Al final no fue nada —se excusó—. Como apenas he caminado, me he recuperado antes de lo que pensaba. Ya te puedes llevar la muleta. Nada, un tonto accidente doméstico —le explicó a Silvia que, con la mirada, parecía preguntar a qué se estaba refiriendo.

Sabina pronunciaba estas palabras mientras intentaba recordar qué tobillo era el que supuestamente se había lesionado. Con tanta mentira no lograba acordarse si finalmente era el derecho o el izquierdo el que le había dicho a Lucas y si se equivocaba, ya sería la segunda vez. Pidió al cielo que no lo mencionara porque estaba hecha un lío. Lucas la observaba. No le pasó desapercibido su nerviosismo, su manera de morderse el labio inferior y fruncir el ceño, su respiración agitada, el temblor de sus manos cuando intentó encenderse un cigarrillo. No dijo nada, dejó pasar el tema, con la certeza de que algo estaba ocurriendo en la cabeza de Sabina, y no era nada bueno.

—Bueno, ya estoy mejor. Es tarde, tengo mucho que hacer. Será mejor que os deje a solas, tendréis mucho que contaros. Sólo quería asegurarme de que seguías viva y, puesto que veo que este fin de semana vas a tener compañía, me quedo más tranquilo —dijo mientras se levantaba de la silla. Apuró de un trago la tónica y se ajustó los pantalones tirando de la cinturilla hasta marcar su entrepierna como un torero—. Voy al baño un segundo y me marchó.

La tarde transcurrió más tranquila. Silvia aprovechó para ir a la playa con la ilusión de una niña pequeña de ciudad que se moja los pies en la orilla del mar una vez al año. Su hermana le había recomendado las aguas cristalinas de la Cala del Moro, muy cerca de donde se encontraban, y con el encanto de las espectaculares vistas del conjunto amurallado de Peñíscola. A Sabina le gustaba especialmente esa calita a la que nunca acudía demasiada gente y que conservaba la magia de la naturaleza en estado salvaje, donde una noche había hecho el amor con Roberto. Pero Silvia fue sola. A pesar de intentarlo con firme

propósito, no había conseguido que Sabina la acompañara, ni siquiera había conseguido que atravesara el umbral de la puerta de su casa. Incluso había discutido con ella hasta darse por vencida. Había podido oler su ansiedad como un perro huele el miedo, palpar en directo el horror de Sabina al sentirse vulnerable como un cachorro abandonado, y había desistido de convencerla. Tomó entonces conciencia de la enfermedad de su hermana, que hasta ese momento había sido para ella tan sólo una excentricidad, un miedo intangible que Sabina alimentaba por algún motivo que ella, tan pragmática, no alcanzaba a comprender. Le dolió, como duelen a las madres los problemas de los hijos. Se sintió impotente, incapaz de aliviarla a pesar de desearlo más que nada en el mundo.

Dimitri pasó por casa al atardecer. Apenas le dirigió una palabra a Sabina y sus ojos se esquivaron como dos pájaros alborotados que no quieren coincidir en su vuelo. Sabina se preguntó dónde se guardan las miradas que no quieres dar, y no encontró respuesta. El chico se refugió en *Dalí* para disfrazar la incomodidad de cotidianidad. Lo acarició panza arriba, le alborotó las orejas y le colocó la correa para sacarlo de paseo, mientras *Gala*, celosa, se le restregaba por las piernas arqueándose y estirando hacia el cielo su largo rabo felino. Dimitri sólo le dedicó a Sabina un correcto «hasta luego», justo antes de cerrar la puerta. Algo se había quebrado entre ellos en un segundo y las aristas de los pedazos le arañaban cada vez que recordaba lo patético de la noche anterior. Se tragó el recuerdo, como hacía con casi todo en su vida últimamente, y dejó que la pintura en la que estaba trabajando fuera el bálsamo para sus heridas.

La noche la sorprendió pintando. El primer cuadro de la serie estaba casi terminado. Lo observó con detenimiento, con la cabeza ladeada, como si así pudiera percibir una perspectiva distinta y no se le escapara un detalle. Había pintado una noche oscura con la luz de un faro en una esquina, sobre las rocas, señalando el camino a los barcos que intentaban alcanzar la orilla en mitad de una tormenta. Había dibujado un trozo de sí misma, sin saber muy bien si ella era el mar agitado, los barcos que zozobraban o la luz del faro, o tal vez todo al mismo tiempo, según el momento. Justo cuando estaba escribiendo su nombre, Sabina Lamer, en la esquina inferior derecha del lienzo, sobre las rocas del acantilado, Silvia entró por la puerta con el juego de llaves que Sabina le había prestado.

—Justo a tiempo, ven a verlo, lo acabo de terminar.

Silvia soltó una enorme bolsa de playa, casi tan grande como su maleta. Dejó las llaves sobre la repisa de la entrada y colgó su pamelita en la percha. A su paso por el salón dejó una estela del olor a bronceador y a mar que se le había pegado

a la piel.

—¡Sabina! ¡Es absolutamente fantástico! Me acabas de erizar el vello... —Le mostró el brazo enrojecido por demasiadas horas de sol, sin retirar la mirada del lienzo—. Me tiene atrapada, es inquietante, de una inquietud atrayente... como cuando miras el fondo de un pozo y tienes miedo a caerte, pero aun así no puedes dejar de asomarte. ¿Te acuerdas cuando hacíamos eso en el aljibe del tío Ricardo? Ni siquiera el mar de verdad es así, como tú lo pintas... Tú lo haces más especial todavía...

—¡Anda, no seas exagerada! —repuso Sabina con ruborizada modestia.

—¡Dios mío, sigues ahí dentro! Estás escondida pero estás ahí, este cuadro lo demuestra. Por un momento temí que...

Silvia se giró para mirar a su hermana pequeña a los ojos. La sujetó con delicadeza por los brazos y le habló con dulzura sin dejar de observarla.

—¿Qué te han hecho, Sabi? —De niña la llamaba así, aunque ella lo odiaba—. ¿Cómo puedo ayudarte? ¡Dime lo que sea! ¡Dime qué puedo hacer! ¡Cualquier cosa! ¡Soy capaz de matar por ti! ¡Dime qué necesitas para que dejes de castigarte! No quiero perderte...

Sabina enmudeció, se le hizo un nudo en la garganta y no pudo pronunciar una palabra. Miró a su hermana como nunca antes lo había hecho. No vio a su hermana mayor, esa rival que la vida había puesto en su camino sin ella pretenderlo, esa madre sustituta que el destino había improvisado sin ella haberlo pedido, ese espejo en el que mirarse para sentirse inferior por unas comparaciones que terminan siendo odiosas, sin tan siquiera buscarlo. Vio en Silvia el amor desnudo, desprovisto de todo egoísmo, capaz de todo por otra persona y lloró, tal vez de alivio, tal vez de felicidad, no hubiera sabido precisarlo, pero lloró, abrazada a su hermana, frente al primer lienzo que había sido capaz de pintar en mucho tiempo.

Pasaron la noche evocando recuerdos de días pasados, y después Silvia le acarició el pelo hasta que se durmió. De niñas, cuando la imaginación de Sabina se desbordaba y le impedía conciliar el sueño, sólo los dedos de Silvia enroscados en su cabello conseguían que se tranquilizara hasta quedarse dormida abrazada a la almohada. Pero eso ya ocurrió a altas horas de la madrugada. El calor fue la excusa perfecta para compartir confesiones con una luna resplandeciente, cuyo reflejo en el mar en calma podía verse desde la ventana del cuarto de Sabina. Ella fumaba, lanzando el humo con gracia, dibujando efímeros círculos en el aire, que se escapaban al exterior al mismo tiempo que se difuminaban. Silvia hablaba, parecía tener tanto que contar, toda una vida acumulada, que más bien era un monólogo en lugar de una conversación. Pero a Sabina no le importaba, sino todo lo contrario. Le entretenía escuchar aquellas historias explicadas con ese énfasis que su hermana mayor ponía en todas las cosas. Sentada sobre la cama, con las piernas cruzadas, movía las manos con agilidad como si jugara a hacer sombras chinescas con la luz de la farola de la calle. Sus dedos eran largos y sus uñas de manicura francesa los alargaban todavía más. Sabina pensó que no había conocido a nadie más elegante que su hermana Silvia. Incluso en pijama estaba envuelta en un halo de *glamour* que ella nunca había tenido, tampoco su otra hermana, Penélope.

—¿Y qué sabes de Pe? —la interrumpió al acordarse de ella. Silvia torció el semblante.

—Poca cosa. Supongo que está como siempre, cuidando de su Eduard y de esos dos energúmenos que tiene por hijos.

—¡No digas eso!

—¿Cuánto tiempo hace que no ves a esos niños? —Silvia guardó silencio para que Sabina sacara las cuentas. No era una pregunta retórica y esperaba una respuesta.

—No sé, creo que más de diez años.

—Pues en todo ese tiempo se han convertido en dos réplicas de su padre, despóticos y engraidos. Y lo peor de todo es que los tres tratan a Pe como a una sirvienta. No tenía ya bastante con uno, para que encima ahora hagan piña los «hombres» de la casa. —Utilizó los dedos índice y corazón para entrecomillar en el aire cuando pronunció la palabra «hombres» con mucho desprecio—. Cuando les hago una visita no sabes cuánto me alegro de no haber tenido hijos.

—No lo dices en serio. —Sabina se encendió otro cigarro.

—Esa porquería te va a matar.

—¡Qué más da! —Le dio una calada profunda y la retuvo unos segundos en los pulmones—. Yo sé que te hubiera gustado tener hijos. En el fondo eres una madraza.

—Sí, claro, para que luego te salgan defectuosos a pesar de ponerle todo el empeño del que eres capaz. Ya sabes que no vienen al mundo con instrucciones y vete tú a saber qué hay que hacer para acertar. Míranos a nosotras, vaya tres, no sé si dados los padres que tuvimos somos el mejor de los resultados posibles o más bien todo lo contrario. Mira a Pe, toda la vida dedicada a su marido y a esos dos niños, sin pensar en ella ni un segundo, y ahora no quiere reconocer que ha criado dos cuervos que algún día la tirarán del nido sin el menor de los remordimientos. Y qué me dices de Eduard. Hace años que le pone los cuernos a pares y ella parece sorda, ciega y muda, por no decir tonta de remate. Además, para qué quiero hijos si ya os tengo a vosotras, mis dos hermanitas pequeñas que sólo me dais disgustos.

—Tengo que llamarla un día de estos —dijo Sabina en voz alta, como tantas veces había pensado en silencio.

—Tenéis mucho en común, tal vez os haga bien hablar.

—¿A qué te refieres?

—Ella vive encerrada en su mundo, esa cárcel de oro que ha pintado como un paraíso, una vida perfecta en las fotos de Navidad. Le he dicho mil veces que deje a ese idiota, que se divorcie, que se busque un trabajo y que viva su vida, porque un día se despertará vieja, arrugada y sola, y ya no habrá vuelta atrás. Los chicos ya son mayores y no la necesitan; es más, estaría bien que la echaran de menos un poquito para que aprendieran a valorarla. Pero dice que estoy loca y que no la entiendo. Dice que le quiere... Pero... ¿alguien le ha explicado a esta chica lo que es el amor? —le preguntó Silvia al cielo sin esperar respuesta—. Y tú... mírate. Viviendo en este horno de cien metros cuadrados, muerta de miedo, de culpa, de rabia, qué sé yo... Esto no es vida, Sabina. —Guardó silencio unos segundos y suspiró—. Anda, ven, vamos a intentar dormir un poco. —Silvia golpeó con la palma de la mano el colchón para invitarla a acostarse—. Deja de fumar, que pareces una chimenea, y toma ejemplo de esa gata peluda que tienes y hazte un ovillo aquí a mi lado, como cuando eras pequeña. Está a punto de amanecer, deberíamos descansar.

Consiguió dormirse y curiosamente despertó después de que lo hiciera Silvia. Escuchó la ducha y una voz canturreando un tema de Serrat, el cantante favorito de Silvia. Había dormido bien, a pesar de que su último pensamiento antes de

conciliar el sueño había sido para Eugenio. Todos sus planes parecían cogidos con alfileres pero, a pesar de eso, Sabina estaba dispuesta a impartir justicia. En realidad no sabía muy bien cómo llevar a cabo esa segunda parte del plan, ni siquiera sabía si la primera parte, el envenenamiento de Amalia, había tenido el desenlace que ella esperaba, pero fuera cual fuera el resultado, en su cabeza ahora sólo cabía un pensamiento: matar a Eugenio. Pensando en ello se había dormido y pensando en ello se había despertado. Debía buscar la forma de llegar hasta él y sólo tenía dos opciones, o bien iba en su busca, para lo cual tenía que salir de casa, algo que por el momento le parecía un inconveniente insalvable, o bien atraía a Eugenio hasta su ático, idea que se le antojaba complicada, dado que ambos se conocían y no alcanzaba a encontrar una buena excusa que pudiera convencer a Eugenio.

De nuevo su cabeza era un bucle, un pensamiento circular que la mareaba de manera obsesiva, una rutina en círculo que no era capaz de abandonar. Sabía perfectamente que cuando ese mecanismo se activaba en su mente, no sabía encontrar la manera de pararlo. Su obsesión la poseía y doblegaba toda su voluntad.

Dimitri fue madrugador. Tocó el timbre justo cuando Silvia salía del cuarto de baño secándose el pelo frotando con una toalla. Ya se había arreglado con un vestido de tirantes, de algodón rojo, con mucho vuelo y que le llegaba a la altura de los tobillos. Parecía más joven sin el maquillaje, el cabello húmedo y aquel aspecto algo *hippie*. Sabina, sin embargo, ni siquiera se había cambiado la camiseta de publicidad de una marca de cerveza que se había puesto para dormir.

—Toma, la paga de la semana —le dijo Sabina a Dimitri entregándole unos billetes doblados. El chico se los guardó en el bolsillo trasero de sus bermudas mientras intentaba ponerle la correa a *Dalí*—. Tenemos que hablar. A ver si esta semana tienes un hueco.

—Claro, esta semana seguro que encuentro un hueco.

No habló más. *Dalí* salió por la puerta escaleras abajo como si escapara de un incendio, tirando de él con fuerza. Y Silvia, que había asistido como espectadora a la escena, no pudo guardarse el comentario.

—¿No me digas que es a este yogurín a quien te estás tirando? ¡Vaya! ¡Esto sí es una sorpresa! ¡Toda la noche haciéndonos confesiones y tú guardándote el gran secreto! Si yo tuviera un lío así, te aseguro que me faltaba tiempo para contárselo a todo el mundo.

—No sé de dónde sacas esa conclusión. —Sabina intentó mostrarse sorprendida ante semejante afirmación, pero era muy mala actriz.

—Querida, sólo hay una razón por la que una mujer le dice a un hombre «tenemos que hablar»...

—Trabaja para mí, tenemos que hablar... de cosas de trabajo.

—Sí, claro, de trabajo. ¿De cómo hace las cacas *Picasso*? —repuso Silvia descreída y con una sonrisa divertida.

—¡Que se llama *Dalí*!

—¡Como sea! ¿Para qué quieres entonces esa caja de condones que guardas en el baño? Si no he contado mal, la caja es de doce unidades y sólo quedan cinco.

—¿Has estado fisgoneando entre mis cosas? ¿Y los has contado? ¡No me lo puedo creer!

—¡Sólo buscaba una pinza para recogerme el pelo! Abrí un cajón y se cayeron de la caja. Tenía que recogerlos, no te los iba a dejar ahí en el suelo...

—Sí, claro, seguro que fue eso lo que pasó.

—Palabrita del niño Jesús. —Silvia se besó con energía el dedo pulgar de su mano derecha para certificar lo que estaba contando y luego recondujo la conversación—. Pero no me cambies de tema. Supongo que tu amigo Roberto ya no está para estos menesteres y para Lucas, como tú misma dijiste, te sobran dos tetas y te falta algo entre las piernas. Una lástima, porque es muy mono. Pues eso, que no creo que estando aquí encerrada tengas muchas más opciones donde elegir.

—Deja a Roberto tranquilo. —El semblante de Sabina se entristeció, se le volvió sombrío de golpe.

—¡Vale, vale, vale! Lo siento... Pero dime, ¿tienes un lío con ese rubio? —La pregunta sonó a súplica—. Por favor, cuéntamelo.

—No sé lo que tuve, pero fuera lo que fuese, ya no hay nada.

—Claro, por eso tenéis que hablar. Un consejo, habla menos y actúa más, no está el mercado para filosofías.

—¡Qué sabrás tú! Hablas igual que Lucas.

—Sabe más el diablo por viejo que por diablo... —Silvia se rio divertida—. ¡Mira mi hermanita! ¡Creo que no te he valorado como te mereces! —Volvió al baño sin dejar de reír y en ese momento el teléfono sonó.

Sabina estaba malhumorada. Le resultaba incomprensible que todo el mundo adivinara lo suyo con Dimitri, primero Lucas y después su hermana. Si lo hubiera anunciado en el periódico local no habría tenido tanta repercusión. Estaba convencida de que también Griselda sospechaba algo, a ella no se le escapaba nada de lo que ocurría en toda la manzana. Odiaba ser tan evidente y por un segundo temió que, precisamente por ello, por su incapacidad para ser discreta y disimulada, alguien observador terminara por descubrir todo su plan. Respondió al teléfono con poca amabilidad.

—¿Quién es?

—Soy Lucas.

—¿Te has caído de la cama? Es domingo, no son ni las nueve de la mañana. ¿Qué haces tú despierto?

—No he pegado ojo en toda la noche, pero no quise llamarte ayer...

—¿Qué ocurre? —La voz de Lucas era oscura, sombría, ni siquiera se le apreciaba el acento francés. Algo malo había sucedido.

—Amalia, la pareja de Eugenio...

—Sé quién es Amalia... —Al escuchar ese nombre, a Sabina le recorrió un escalofrío desde los pies a la cabeza. Intentó parecer serena, para disimular, pero casi le temblaba la voz.

—Ha muerto. —El silencio ocupó la línea telefónica unos segundos interminables.

—¿La ha matado ese hijo de puta?

Con la pregunta, Sabina pretendía desviar la atención. Si Eugenio ya había matado a Lola, su esposa, y además, que ellos supieran, también había maltratado a una pareja anterior, con esos antecedentes resultaba lógico pensar que esta vez también pudiera haber sido él, aunque ella supiera que no era así. No sabía muy bien cómo debía actuar para resultar convincente. Había planificado al detalle cada paso que dar hasta llegar a envenenar a Amalia, pero no había pensado cómo reaccionar cuando le dieran la noticia, aunque tampoco sabía cómo se iba a enterar. Era imposible planificar ese detalle, así que no tuvo más remedio que improvisar, eso en lo que no era una experta.

—No. Por lo visto estaba enferma, algo de los pulmones por ser fumadora, una enfermedad grave pero que tenía controlada. Bueno, eso me han dicho los vecinos. No se habla de otra cosa, ni te imaginas el chismorreó de la gente. Llevaba un par de días que no se encontraba muy bien y, de repente, de golpe y porrazo, el viernes le dio un colapso y murió asfixiada. Dicen que pudo ser una extraña complicación de la enfermedad que sufría. No llegó al hospital con vida, se ahogó y ya no pudieron reanimarla.

Sabina cerró los ojos para degustar la sensación de victoria amarga que estaba experimentando. No hubiera sabido decir si se sentía más feliz que aliviada o más aliviada que feliz, pero, sin duda, compartía ambos sentimientos en una mezcla extraña. Lucas intentaba entender mensajes no pronunciados en sus silencios y leer entre las líneas de su conversación. De repente a Sabina le asaltó una duda, fruto de su inseguridad, y sin pensarla dos veces, la verbalizó.

—¿Le han hecho la autopsia?

—¿La autopsia? —A Lucas la pregunta le sonó extraña—. No lo sé, no tengo ni idea... ¿Por qué tendrían que hacérsela? No ha sido una muerte violenta.

Sabina se mordió el labio. Se había hecho sangre en un dedo al tirar con

fuerza de una piel. La chupó y succionó la herida que le escocía mucho más que su conciencia. Supo al instante de pronunciar la pregunta que había sido una torpeza, pero intentó mostrarse despreocupada.

—Claro, qué tonta soy... Bueno, pues no puedo decir que me alegre de su muerte —mintió—, pero tampoco lo lamento. Esa Amalia le dio una coartada al asesino de Lola y no me gusta hablar mal de los muertos, pero tal vez la vida sea más justa que eso que llaman sistema jurídico.

—Dicen que tuvo una muerte horrible.

—También la tuvo Lola.

La frase le salió con rabia. La escupió en forma de palabras. Lucas la recibió cargada de dolor y, aunque le hubiera gustado preguntarle si ella había tenido algo que ver con lo sucedido, conocía la respuesta, la intuía casi hasta el límite de la certeza así que guardó un silencio cómplice.

—Sólo quería que lo supieras por mí.

—Gracias por llamarme.

—*Mon amour...* sabes que te quiero, ¿verdad?

—Lo sé, lo sé... ¿A qué viene ahora ponerse tierno? —Sabina se sintió vulnerable al escuchar a Lucas rascando su corazón, tocando a la puerta de su cariño.

—Es para que no lo olvides.

El sonido del teléfono al colgar fue el interruptor para que toda la adrenalina que circulaba por sus venas bajara de golpe a los pies. Sabina tuvo que sentarse y hacer un ejercicio de autocontrol. No sabía qué pensar, ni qué sentir, no sabía si era mala persona por sentirse satisfecha o si por el contrario debía estar orgullosa por haber urdido un plan que, por lo visto, había salido bien. Se dio cuenta de que tal vez no estaba tan preparada para ese momento como ella esperaba. Se dio cuenta de que no siempre lo que deseas es lo más apropiado. Dudó, dudó en círculo, en esa espiral obsesiva en la que estaba atrapada.

Silvia la observó apoyada en el marco de la puerta del baño mientras se secaba el cabello con una toalla blanca, e interrumpió el pensamiento que Sabina estaba rumiando.

—¿Quién ha muerto?

La pregunta la sacó de su mundo interior con brusquedad y, aunque lo más sensato hubiera sido mentir e inventar cualquier excusa, la cogió desprevenida y sin fuerzas para seguir hilando más mentiras convincentes, así que simplemente dijo la verdad.

—Amalia, la novia de Eugenio, el asesino de Lola.

—Y ésa es una buena noticia, ¿verdad?

En la radio estaban dando el parte meteorológico, se esperaba un día soleado

con altas temperaturas. Advertían del riesgo de golpes de calor en niños, ancianos y personas enfermas. Había probabilidad de tormentas. A Sabina, aquella afirmación de su hermana la descolocó. Le pareció extraño, además, que no le preguntara de qué había muerto, sobre todo teniendo en cuenta que era una persona joven. Al fin y al cabo, ¿no es ésa la pregunta más lógica?

—¿Una buena noticia? ¿Tú crees?

—No seamos hipócritas, Sabi. Se ha muerto el cincuenta por ciento de tus males. Ahora sólo hay que pedirle a Dios que haga justicia y que a ese asesino de mujeres le dé un golpe de calor o lo atropelle un camión. Nos conformamos con cualquier final trágico, ¿verdad?

Tras pasarse el peine varias veces por el pelo, desde la frente hasta la nuca, desde la sien hasta el cuello, lo ahuecó con los dedos para que cogiera forma, mientras continuaba hablando fría y despreocupadamente frente al espejo del baño y Sabina la escuchaba todavía sentada en el salón.

—¿Cómo es ese refrán? ¡Ah sí! Muerto el perro se acabó la rabia. Si alguien le hiciera daño a alguna persona que yo quiero, sería capaz de hacer cualquier cosa. Es algo humano, es una cuestión de equilibrio. Además, hoy en día resulta muy sencillo librarte de un problema. Es duro decirlo, pero todo se compra y se vende, también la justicia.

La sorpresa se dibujó en el rostro de Sabina al escuchar a su hermana hablar así. ¿Qué quería decir con aquello? Sabía que Silvia era resolutiva y práctica, una mujer de negocios capaz de fijar la mirada en un objetivo y no pestañear hasta conseguirlo, pero no conocía esa faceta suya justiciera. Después de pensarlo unos segundos, no pudo evitar sonreír para sus adentros. De qué se sorprendía, al fin y al cabo era lo mismo que ella pensaba, un pensamiento que ella había llevado a la acción. Ella ya había cruzado la línea que separa imaginar de actuar, esa frontera que separa lo deseado de la realidad.

Se vio reflejada en su hermana, en aquella reflexión, como si se mirara en un espejo, y sintió la necesidad de sincerarse con ella, de contarle toda la verdad, de quitarse de encima el terrible peso de un secreto que empezaba a roerla por dentro, pero por prudencia no lo hizo. Se mordió las ganas que ya tenía en la punta de la lengua. Le hubiera encantado contarle que, casi con toda seguridad, ella había precipitado la muerte de Amalia, envenenándola con una toxina utilizada en tratamientos de belleza. Que le había resultado tan sencillo como comprarla por Internet y atraer a su víctima hasta su casa, como una araña a su telaraña, con el pretexto de la compra de un robot de cocina. Visto con perspectiva, lo encontraba hasta ingenioso. Le hubiera gustado decirle que había sido la vida la que había decantado finalmente la balanza hacia la muerte. En realidad ella desconocía qué efectos podía causarle, ni siquiera sabía qué dosis

suministrarle para un final fatal, pero le hubiera gustado confesarle que se alegraba de que hubiera muerto. La suerte parecía haberse aliado con ella por fin. Por supuesto, la enfermedad de Amalia le había ayudado, sin duda. Hubiera dado cualquier cosa por decirle que pensaba hacer lo mismo con Eugenio. Al fin y al cabo Amalia sólo había sido un conejillo de Indias, un ensayo de la gran actuación. Le hubiese gustado contarle que soñaba con causarle una muerte lenta y agónica, de la misma manera que él había hecho con la vida de sufrimiento de su mejor amiga Lola. Supo al escuchar a su hermana que ella lo aprobaría todo, es más, entendería su forma de actuar como una necesidad vital para recobrar su vida de una vez por todas. Pero guardó silencio por prudencia, por eso y por no convertir a Silvia en cómplice o en encubridora.

El olor a fresco, a jabón de lavanda y a humedad salió del baño antes de que lo hiciera Silvia. Lucía resplandeciente, con la piel rojiza por el sol del día anterior y brillante por la loción que se acababa de aplicar por todo el cuerpo.

—Me marchó a ver esta preciosidad de pueblo. ¡Peñíscola, qué maravilla! — exclamó desplegando un folleto de información turística—. Creo que llego a tiempo de la siguiente visita guiada por el Castillo. —Con el dedo índice buscaba los horarios—. ¿Te vienes? —bromeó.

—No puedo, espero a Roberto. Los domingos se queda conmigo, es el día de descanso de Griselda. Si no fuera por eso, me daba un paseo contigo. —Sabina le guiñó un ojo con complicidad—. El Castillo es impresionante, te va a encantar. Después cómprame algo bonito en alguna de las tiendas de artesanía. Hay mucho donde elegir.

—Hecho. Tú te lo pierdes. No me esperes a comer, creo que probaré un *arròs negre* por ahí. En Madrid no saben preparar estas cosas —dijo ojeando el apartado de gastronomía del folleto—. Y en París ni te cuento... Tengo que aprovechar. Mañana a estas horas estaré en otra ciudad con luz, muy lejos del barrio de Salamanca. —Suspiró.

Cuando se marchó, Sabina subió el volumen de la radio para no sentirse sola. Sonaba una canción del verano, rítmica y pegadiza hasta la saciedad. Los acordes repetitivos eran tan cansinos como su pensamiento. A solas, las cosas adquirían otra dimensión, más profunda, casi de abismo. Sabina estaba alterada e intentó tranquilizarse sin conseguirlo del todo. Empezaba a asimilar la noticia de la muerte de Amalia, como quien toma un calmante que no hace efecto inmediatamente. Empezaba a tomar conciencia de lo ocurrido, poco a poco, y eso le producía desasosiego y euforia a partes iguales.

—Debes centrarte, Sabina. Lo has hecho bien, muy bien. Nada se puede averiguar sin una autopsia y no hay motivo aparente para hacérsela. Ya estaba

enferma.

Mientras decía esto, fue hasta el cajón de la cocina donde guardaba los apuntes que había tomado acerca del veneno. Buscó entre las hojas una anotación en concreto que no alcanzaba a recordar de memoria. Dio con ella.

—¡Ves! ¡Estaba en lo cierto! —exclamó golpeando el papel—. Ni siquiera en caso de autopsia buscarían un veneno como éste. No está dentro del protocolo y ningún forense investigará más allá de lo obvio. ¡Es perfecto!

Se sintió pletórica y satisfecha y se sirvió una Coca-Cola con mucho hielo y una rodaja de limón para celebrarlo. Hubiera tomado un vino, pero hacía demasiado calor. Buscó un atisbo de culpa en esa maraña de sentimientos encontrados que bullían en su interior, pero no lo halló. Conocía bien la culpa, la perseguía desde la muerte de Lola, pero no había ni una brizna de ella por la muerte de Amalia. La esperó, pero no llegó, y agradeció su ausencia. Lo que no sabía Sabina en aquel momento era que la culpa no siempre es puntual.

Sudaba generosamente y maldijo al aparato de aire acondicionado y al técnico por inoportuno. Era domingo, nada podía hacer al respecto, así que se guardó las ganas de estar en la playa y darse un baño en el mar, y apuntó en el calendario la urgencia de solucionarlo. La calle bullía como un enjambre de abejas en primavera. Los turistas alborotaban el silencio y le recordaban a Sabina que había una vida paralela a la suya. A veces se le olvidaba. Todavía no había terminado el refresco cuando Dimitri tocó el timbre del portal. La puerta de hierro forjado, sonora y pesada, se abrió tras el pitido y las garras de *Dalí* arañaron el mármol de los peldaños. Dimitri gritó por el hueco de la escalera:

—¡Tengo prisa! ¡Ya sube solo!

Sus palabras llegaron al ático al mismo tiempo que el gran danés, que con la velocidad de la luz había entrado en casa y estaba lamiendo la cara de Sabina.

—Ya no quiere ni subir contigo. ¿Verdad, chiquitín? ¡Será cobarde!

Sabina respondía con caricias a la efusividad de *Dalí* mientras intentaba evitar que su lengua, como una bayeta húmeda, rosada y mullida, le limpiara la cara con aliento canino.

—Creo que tendremos que buscar a otro que te saque de paseo. Lo siento mucho, *Dalí*, sé que te gusta el chico, pero la he fastidiado. No hago más que cagarla. Aunque ahora estoy empezando a arreglar las cosas. Ya verás cómo pronto pasaremos juntos, como antes... ¿te acuerdas? —Evocó una imagen de ambos recorriendo el paseo de la playa con los niños asombrados al ver un perro tan grande—. Te prometo que todo va a ir bien, te lo prometo...

Las patas traseras de *Dalí* mantenían su cuerpo erguido y Sabina se abrazó a él como si fuera su pareja de baile, mientras la radio hacía las veces de banda

sonora de la escena. A *Dalí* no parecía importarle ni el calor ni la complicada situación entre Dimitri y Sabina, ni siquiera que su dueña hubiera matado a una persona. *Dalí* era mucho más sencillo que todo eso, ajeno al complicado mundo de los humanos; era ciego a las circunstancias y sólo buscaba el afecto de quien sabía que le quería, nada más, y eso a Sabina no dejaba de maravillarla.

—Me encantaría ser como tú. Todos los seres humanos deberíamos ser tan buena gente como los perros —le dijo mientras seguía abrazada a él, bailando torpemente al son de la música que la radio les brindaba.

Gala, celosa de aquel afecto, acudió maullando para intentar arañar algo de protagonismo. Estiró su cuello para rozarse con la pantorrilla de Sabina y entornó los ojos de puro placer.

La visita de Roberto no se hizo esperar. Cada semana Griselda acudía más temprano, y en verano parecía que las ganas por cobrarse su tiempo libre la apremiaban. Sabina no la culpaba. No debía de ser nada fácil vivir con alguien que acumula las necesidades del niño y del adulto al mismo tiempo. Además, agradecía el tiempo que pasaba con Roberto, agradecía poder volver a asomarse a sus ojos, los dos solos, aunque sólo fuera para intentar adivinar algo de lo que un día habían compartido. De alguna manera, para Sabina era una forma de no dejarle marchar, de aferrarse a un trozo de su vida que, a pesar de estar rota, gustaba de guardar los pedazos.

—Aquí le traigo al señor Roberto. Y que sepa que estoy muy enfadada con él —le regañó Griselda como a un niño, con mirada severa y el dedo índice acusador—. Ande, cuénteles usted qué hizo anoche, y la noche anterior, y no sé cuántas veces más...

Griselda no esperó a que Roberto contara lo sucedido y fue hasta la cocina, caminando con su balanceo de caderas particular, dibujando ochos en el aire con su trasero. Dejó una tartera sobre el mármol de la cocina. Olía dulce y *Dalí* intentó meter el hocico, pero de un manotazo Griselda se lo impidió.

—¿Qué has hecho ahora, Roberto? Te he dicho que tienes que dejar tranquila a Griselda. Las manos quietas, esas cosas no se hacen. —La dulzura de la voz de Sabina no invitaba a pensar que lo estaba regañando.

—¡No señora! ¡Se equivoca! No es nada de eso que usted está pensando. Ya me entiende.

A Griselda le resultaba muy difícil hablar de según qué temas en voz alta, por puro pudor, así que gesticulaba generosamente con las manos para hacerse entender.

—El señor ya tiene las manos quietas, ahora lo que mueve más de la cuenta son los pies

—¿Los pies? No te entiendo...

—Pues que lleva dos noches escapándose de casa. Bueno, al menos tres noches lo ha intentado y una de ellas lo pillé a tiempo. Eso que yo sepa, claro. Le ha cogido el gusto y ya parece que es una costumbre. En cuanto me descuido y cojo el sueño, desaparece y vuelve a las dos o tres horas. Hace cuatro noches fue la primera de estas escapadas nocturnas. Como le digo, al menos que yo sepa, ha conseguido salir de casa dos veces y, si no llega a ser porque tuve necesidad de ir al baño y me levanté de la cama, el otro día también lo hubiera conseguido. Señora, yo no sé qué le pasa. ¡Qué perra le ha dado ahora con escaparse!

—¿Encima con nocturnidad y alevosía? —le recriminó Sabina a Roberto, que guardaba silencio, algo avergonzado—. ¿No me habías prometido que no lo ibas a volver a hacer?

—¡A saber la de noches que lo habrá hecho y yo sin enterarme! ¡Virgen del amor hermoso! Algún día nos llama la policía y tenemos un disgusto. Nada bueno puede pasar, nada bueno... Y ayer lo volvió a hacer. No quise alarmarme y esperé un poco. El muy sinvergüenza volvió él solito cuando estaba a punto de llamarla, señora Sabina. Todavía no era muy tarde, yo me había dado una ducha y el señor aprovechó para escaparse... Pero escuché voces de mujer aquí arriba... —explicó bajando el tono, como haciéndole una confidencia—, y no quería interrumpirle la visita. —Griselda se moría de ganas de que Sabina le contara. Sus ojos sucumbían a la curiosidad.

—Es mi hermana, ha venido a pasar el fin de semana. Nada interesante Griselda.

Una sonrisa dibujó el redondo y moreno rostro de Griselda que en su cabeza inventaba infinidad de posibilidades hijas de su curiosa imaginación.

—Ya no sé qué hacer. Yo le pongo el cerrojo, pero claro, el señor no es un niño y sabe abrirlo. Escondo el juego de llaves, pero el muy pillo siempre las encuentra... Incluso he dormido con ellas...

—¿No te habrás hecho una copia? —le preguntó Sabina a Roberto mirándole a los ojos para adivinar si mentía.

Roberto desvió la mirada y negó con la cabeza, agitándola de un lado a otro con energía. Después abrazó a Sabina, como minutos antes lo había hecho *Dalí*, con amor sincero. Tal vez lo hizo para cambiar de tema o sencillamente porque así lo sintió, pero en cualquier caso, Griselda decidió zanzar la conversación.

—Hasta he pensado en poner la cama delante de la puerta, así no tendrá manera de escapar sin que me entere. ¡Por encima de mí tendrá el señor que pasar para volver a escaparse! ¡Insensato! —le espetó con energía y la mano abierta como si fuera a atizarle—. Bueno, ahí les dejo un dulce que he preparado para que merienden. Yo me marchó a la playa.

—Gracias, Griselda, eres un cielo.

—Sí, señora, un cielo con rayos y truenos —bromeó—. Algún día le voy a lanzar un rayo a uno que yo me sé —dijo mirando a Roberto con enfado fingido—. Con Dios.

Apenas hacía un rato que Griselda se había marchado cuando el cielo dibujó nubarrones oscuros que taparon el sol en cuestión de segundos. Sabina tenía las ventanas abiertas y unas gotas generosas, gordas e impertinentes, se colaron impulsadas por un viento que parecía haber surgido de la nada. *Gala* se escondió debajo de la cama de Sabina. Odiaba el agua y temía el sonido de los truenos. Sus ojos redondos relucían con expresión de temor en una esquina, junto a una de las patas del somier. *Dalí*, sin embargo, se puso de pie apoyando sus patas delanteras en el marco de la ventana y sacó la lengua para atrapar la lluvia a lametones, disfrutando como si se tratara de una golosina. La tormenta de verano se volvió rebelde en cuestión de segundos. Amenazaba un temporal y no pudo evitar echar de menos el rugido del mar que aquellos días agitados vociferaba el Bufador, una profunda grieta natural excavada en la roca, un capricho de la naturaleza, por el que las aguas del mar entraban y salían con violencia provocando sonidos llegados del mismo corazón del Mediterráneo. Roberto siempre decía que el mar y Peñíscola eran amantes, como ellos dos, y que cuando se enfadaban, el mar rugía de rabia por aquel hueco en la roca, como si de un lamento se tratara.

—Pobre Griselda, ya se le ha estropeado el día de playa. Y Silvia se ha marchado sin paraguas. Debería haberle dicho que en la radio habían advertido del riesgo de tormenta. La verdad es que uno nunca lleva paraguas cuando lo necesita. —pensó Sabina en voz alta mientras se apresuraba a cerrar las ventanas a pesar del bochorno—. Será una nube pasajera. Espero que ayude a bajar las temperaturas. Bueno, ¿qué te apetece que hagamos hoy? ¿Quieres que pidamos comida china?

Cuando se giró para escuchar la respuesta de Roberto, el aire fresco del hueco de la escalera le dio en la cara. La puerta de la casa estaba abierta de par en par y Roberto había desaparecido. A punto estuvo también de escapar *Dalí*, que entretenido como estaba lamiendo el agua de lluvia que había en el suelo, tampoco se había dado cuenta hasta ese instante, de que Roberto había huido una vez más.

—¡Maldita seas! ¡Pero qué coño te pasa, Roberto! ¡Vuelve aquí! ¡Vuelve aquí! ¿Me estás oyendo? —le gritó desde la puerta, sin ser capaz de traspasar el umbral sin tropezar con su angustia, pero ya era tarde.

De repente se le ahogó la voz y el pecho se le encogió como si lo estuvieran

estrujando para sacarle el jugo. No podía respirar. Cerró la puerta y apoyó su espalda en ella. Por momentos tenía la sensación de que la casa perdía sus dimensiones y todo parecía tan irreal y tan cierto al mismo tiempo que cerró los ojos para intentar escapar del entorno y centrarse en sí misma, tal y como le había explicado la doctora Durán que debía hacer en aquellos casos. Sabía muy bien lo que le estaba ocurriendo, lo reconocía, podía identificar a ese monstruo llamado miedo tan sólo con olerlo como un lobo hace con su presa. No era ni mucho menos la primera vez que le pasaba, estaba sufriendo un ataque de pánico. Se deslizó con la espalda pegada a la puerta, hasta llegar al suelo, y allí sentada, abrazada a sus rodillas a falta de nada mejor que abrazar, hizo lo posible por respirar y no morir ahogada de puro miedo, tan irracional como devastador. Su cabeza sabía que de aquello no se moría, pero la sensación de pavor era tan absoluta que, en aquel instante, la muerte era más real que la propia vida. Vivía una pesadilla, a pesar de saber que tan sólo era un mal sueño del que no era capaz de despertar.

Le sudaban las manos y le dolía el pecho. Hacía tiempo que no sufría un ataque como aquél, pero a pesar de sentirlo lejano, Sabina siempre había mantenido vivo el miedo a tener miedo, a que todo se repitiera, el germen de toda su angustia.

Temió morir, lo temió de verdad, temió que el corazón se le parara y que todo acabara así, sin más, como acaban las cosas que no tienen importancia, sin que nadie se diera cuenta. No lo había buscado, pero su cabeza actuaba sin control, sin pedirle permiso, por eso no pudo evitar acordarse de Amalia mientras intentaba recobrar la respiración. Se preguntó si ella habría sentido lo mismo justo antes de morir. Y entonces Sabina se dio cuenta: ahí estaba la culpa que antes no había llegado, el peso de una conciencia que creía libre, la lucha de sí misma contra sus propios deseos.

Lo apartó de su cabeza, desterró todo pensamiento que alimentara aquella sensación. Conocía muy bien la teoría, sabía a la perfección qué debía hacer para calmarse, pero no siempre era sencillo llevarlo a la práctica. Vivía sumida en un perpetuo estado claustrofóbico del que no resultaba sencillo escapar.

Se centró en el sonido de la lluvia. Las gotas de agua golpeaban los cristales de la ventana y sonaban a copa de cristal, a una fiesta donde los invitados brindan y los hielos tintinean en los vasos. Recreó las sonrisas de personas despreocupadas y felices, los colores de los vestidos de las señoras, la música acompañando el baile. Identificó también el agua de lluvia golpeando la azotea. Aquel sonido era mucho más grave, pero rítmico y tranquilizador, como la nana que canta un padre a su bebé. Visualizó la mirada paternal y protectora que ella tanto había extrañado en su vida. Pudo oler a bebé recién bañado y a polvos de

talco, rozó incluso, en su pensamiento, la piel suave de un niño feliz y amado.

Escuchó a la lluvia por no escucharse a sí misma, y respiró por no ahogarse. Sintió cada bocanada de oxígeno entrar en sus pulmones, quemándolos como el fuego en una caverna, como el primer aliento del recién parido, y poco a poco, espirando con cuidado, lo dejaba escapar, para volver a repetir la operación una y otra vez. Era lo que debía hacer.

La crisis duró apenas unos minutos, pero el miedo era tan acaparador que incluso se adueñaba del tiempo, convirtiéndolo en una medida elástica y subjetiva. Sabina lo sufrió como si hubiera sido un siglo.

Y después del miedo llegó el llanto, previsible como el agua que bajaba como un río por las empinadas calles de Peñíscola, sin que hubiera dejado de llover todavía. Sabina lloró, sin saber muy bien por qué lo hacía, si por ella o por Amalia, si por haberse cobrado una vida o por no ser capaz de rescatar la suya propia. Lloró y se dejó acunar por la esperanza de que todo pasara pronto. Se acurrucó en el sofá y se quedó dormida con el murmullo de la radio sonando de fondo para no sentirse tan sola, hasta que Roberto y Silvia regresaron. Y el día acabó con la rutina como medicina, fingiendo que nada le había ocurrido, cerrando herméticamente la caja de sus secretos, volviendo a refugiarse en su mundo claustrofóbico.

Dimitri volvió a por *Dalí* con la misma mirada esquiva de la mañana. Roberto guardó silencio acerca de por qué se había escapado otra vez. No contestó a ninguna de las preguntas con las que le interrogaron Sabina y Griselda, pero le arrancaron una segunda promesa de que no lo volvería a hacer más, aunque ninguna de las dos supo si debían tomarla demasiado en serio. Griselda volvió a su casa y puso a todo volumen la música caribeña que tanto le gustaba para combatir la tristeza de una tarde de cielo gris, y Silvia apuró el tiempo que le quedaba con su hermana antes de coger un vuelo con destino a París y comenzar su nueva vida profesional, con la amargura de no haber conseguido el propósito de su viaje, llevársela consigo.

15

Los lunes le eran indiferentes a Sabina, de la misma manera que también le eran indiferentes los jueves o los miércoles. La rutina de su vida no otorgaba categorías a los días de la semana, de tal manera que todos eran iguales, igual de tediosos, igual de monótonos, pero eso sí, cada vez más largos.

Las despedidas no eran su fuerte, porque últimamente nunca era ella la que se marchaba. Por eso aquella mañana que amaneció resplandeciente en Peñíscola después de la tormenta, le supo sombría a pesar del brillante sol. Silvia partía a París, con una enorme maleta llena de ropa, pero con un hueco vacío, ese que Sabina debía haber ocupado si todo hubiera salido como había planeado.

La vida tenía otros planes para ambas. El café de aquel lunes les supo más amargo que otros días. Ambas masticaron silencios cargados de conversaciones con los ojos. Se habían dicho muchas cosas en ese fin de semana, pero es verdad que nunca se dice todo lo que se quiere decir de una sola vez, y a ellas también les habían faltado cosas por contarse, confesiones que se habían quedado arrinconadas en el fondo de los cajones de sus sentimientos.

—Me alegro mucho por ti, Silvia. Te mereces ese puesto. Has dado la vida por esa empresa y eres la mejor. Te espera un futuro prometedor en París.

—Será el último empujón de mi carrera. Nunca imaginé que empezaría a pensar en la jubilación. Tengo cincuenta y cinco años y el gran momento me llega cuando me quedan tan solo unos pocos años de trabajo... ¡Qué difícil resulta para las mujeres en este país alcanzar la cima y qué precio tan elevado tenemos que pagar!

Guardaron silencio y ambas ahogaron el resto de las palabras en un sorbo de café humeante. Sabina conocía a la perfección las renunciadas de su hermana mayor y, aunque no solía hablar de ello, sabía muy bien que, detrás de esa coraza de mujer imperturbable, habitaba una niña que había crecido antes de tiempo y que aún hoy, se echaba de menos.

—Te voy a extrañar —dijo Silvia sintiéndose vulnerable.

—¡No seas dramática! Si va a ser como si estuvieras en Madrid, la distancia sólo está en tu cabeza. Además, tenemos Internet, Skype, teléfono...

—Me hubiera encantado que te vinieras conmigo. —Silvia se sentía frustrada—. Pero no voy a insistir porque sé que pronto, muy pronto, cambiarás de opinión. Estoy tan convencida de lo que te digo que incluso he alquilado un apartamento más grande del que tenía pensado, y tu puesto en Caracol Publicity

lo ocupará temporalmente alguien de Madrid, sólo hasta que tú estés mejor y decidas venir.

—Admiro tu perseverancia. No te rindes nunca, ¿verdad?

—Nunca, y menos si se trata de ti.

Silvia no aceptaba la derrota. Haber dado por definitiva la negativa de su hermana pequeña de viajar con ella a París, de escapar de la casa que la tenía atrapada, hubiera sido una rendición, y ella no se rendía nunca, si acaso posponía su propósito para un tiempo en el que fuera más propicio alcanzarlo.

—He de admitir que esa actitud tuya antes me enfadaba mucho, me ahogaba tu forma de quererme, pero ahora... ahora me hace bien encontrar a alguien que tenga más fe en mí que yo misma. —Sabina se puso triste. Temió no sólo defraudarse a sí misma, sino también, lo que era incluso peor, defraudar a su hermana.

—Confía en mí. —Le cogió las manos y se las apretó con fuerza—. Sé que pronto, muy pronto, este infierno se habrá acabado para ti.

Escucharla hablar con ese convencimiento casi absoluto le sentó bien. Quería creer que su hermana estaba en lo cierto. La miró a los ojos intentando contagiarse de la fuerza de sus palabras. En la radio sonaron las señales horarias de las ocho de la mañana y la voz grave del locutor, que a Sabina le recordaba a Roberto, anunció los titulares de las noticias.

—Es tarde. Tengo que estar dentro de una hora en el aeropuerto —dijo Silvia mirando el reloj como si quisiera comprobar que marcaba la misma hora que había anunciado la radio.

Dejó en el fregadero la taza de café, con el plato y la cucharilla, y Sabina hizo lo mismo a pesar de no haberlo terminado. Tenía el estómago del revés y no le entraba nada. En la radio, las noticias de economía vaticinaban un descenso de las cifras del paro gracias a la temporalidad del empleo estival. Silvia arrastró la enorme maleta hasta la puerta y se hizo la remolona antes de darle un abrazo a su hermana pequeña a la que dejaba allí, tan encerrada como se la había encontrado. A Sabina le dolió porque, a pesar de estar cargado de amor, notó que también lo estaba de frustración y amargura. Silvia forzó una sonrisa, pero la humedad de sus ojos no sabía mentir. Le cogió la cara y, como hacía siempre, la besó repetida y sonoramente como una vieja.

—¡Sabi, no dejes de pintar! ¡No dejes de cuidarte! ¡No permitas que nada ni nadie te haga daño! ¿Me has oído? ¡Sé que pronto estarás libre de ese dolor que te está matando lentamente! ¡Te espero en París, la ciudad de los pintores! ¡Las dos juntas!

Estaba a punto de quebrarse y se supo tan vulnerable, que no esperó respuesta de Sabina. Se dio media vuelta para ocultar su rostro, por el que rodaban ya dos

lágrimas, y frivolisó para disfrazar la congoja.

—Adiós, hermanita. Y no te olvides de darle un meneo de mi parte a ese yogurín rubio del otro día cuando os sentéis a hablar de vuestras cosas.

La puerta se cerró con la misma fuerza con la que se cierra la puerta de una celda, dejando el perfume de Silvia dentro de la casa y haciendo un hueco sordo en su interior que invadió toda la estancia. Ya la estaba echando de menos. Sabina casi pudo sentir el frío de la ausencia, a pesar del calor. Se refugió en el pelaje de *Gala*, siempre tan acogedor. La cogió entre sus brazos y la abrazó, hundiendo sus dedos en su lomo. La gata respondió con un sonoro ronroneo de placer, mientras en la radio daban las noticias de sucesos:

«Un hombre ha sido encontrado muerto en su domicilio de Peñíscola. Según los primeros datos que aporta la policía, la víctima ha fallecido de un disparo de arma de fuego. El suceso pudo producirse a lo largo del día de ayer, domingo. Por el momento se desconoce el móvil del crimen, aunque se descarta el robo, ya que el domicilio no presentaba ninguna evidencia que pudiera llevar a esa conclusión.»

La noticia enlazó con la previsión meteorológica. Cielos despejados y temperaturas que podían alcanzar una máxima de treinta y seis grados. El viento soplaría de levante con fuerza tres y la jornada sería óptima para disfrutar de la playa.

Sabina no estaba de humor. La visita por sorpresa de su hermana y su fugaz estancia en casa, le había removido por dentro más de lo que se hubiera imaginado. Ahora su ausencia era mucho más visible que antes de que viniera. Le resultaba paradójico. Había sido algo así como la tormenta del día anterior, no por inesperada, menos agradecida, pero también demasiado intensa y torrencial, dejándolo todo a su paso patas arriba. Hacía más calor que antes de que lloviera. El vacío era más profundo que antes de la visita de Silvia. Todo se le hacía más grande, más intenso, desde que vivía encerrada.

No sabía ni qué pensar, ni qué sentir, y de alguna manera estaba perdida, así que hizo de la soledad la mejor compañía para encontrarse. Descolgó el teléfono, no tenía ganas de hablar con nadie. Abrió las ventanas de par en par para que entrara el aire, pero bajó las persianas para evitar que el sol recalentara en exceso la estancia. La casa se quedó en penumbra, sólo los haces de luz que se colaban por las rendijas dibujaban líneas blancas en la oscuridad. Las motas de polvo flotaban livianas. Se acurrucó en el sofá, haciéndose un ovillo. *Gala* hizo lo mismo a la altura de sus pies. Sintió el calor de su cuerpo peludo y la vibración de sus costillas por el ronroneo. *Dalí* bostezó y cambió de postura, como si no hubiera amanecido nunca y la noche se prolongara un rato más. La radio seguía

sonando, pero Sabina no la escuchaba. Sus pensamientos le hablaban a mayor volumen y le quitaban protagonismo a la música. Quería poner en orden su cabeza, aunque temía no estar capacitada para ello.

Su mente era una pista de frontón, donde sus ideas rebotaban sin control. Ella sólo lanzaba un primer pensamiento y luego todos se encadenaban, rebotando en las paredes de sus sienas. Pensó primero en Amalia, recreó su entierro y a Eugenio presidiendo el cortejo fúnebre. Supo con certeza que no habría llorado su muerte —ese hombre no era capaz de sentir ese dolor—, pero lo imaginó compungido, con un rictus solemne para guardar las apariencias, dando credibilidad a unos sentimientos fingidos.

Después pensó en Silvia, en todo lo que le había dicho, y en concreto en esa frase que cobraba especial significado, dadas las circunstancias: «todo se puede comprar, incluso la justicia». Entonces volvió a acordarse de Eugenio, del deseo que le estrujaba el estómago y le quitaba el sueño. Tal vez Silvia tenía razón, pensó. Quizá su pensamiento en círculo durante todo este tiempo la estaba mareando hasta el punto de no lograr ver la solución con claridad. Tal vez todo era mucho más sencillo, tal vez debía dar un paso atrás para poner distancia entre el problema y la solución.

—¿Por qué empeñarte en matarle tú, Sabina? ¿Por el mero placer de proporcionarle una muerte dolorosa con tus propias manos? ¿Qué es lo realmente importante? ¿Qué muera o satisfacer tus deseos, tu propio ego? Tú no eres importante, no se trata de ti, lo sabes, sino de él y de Lola.

Mascullaba sus palabras y al escucharlas le sonaron pronunciadas con distancia y se sintió algo egoísta. A aquellas alturas, sus prioridades se peleaban por adquirir protagonismo casi de una manera sibilina.

—Además, puede que no sea lo más inteligente, ni siquiera lo más conveniente... ¿A quién quieres engañar? Si no eres capaz ni de salir de esta casa... Silvia tiene razón, todo se puede comprar, incluso a alguien que lo haga por ti.

La comisura derecha de su boca se elevó ligeramente sin poder evitarlo y arqueó la ceja. Barruntaba una idea que empezaba a convencerla.

—Eso es... —se susurró a sí misma—. Eso es... —Se acordó de Silvia y de Lucas en el momento que habían hecho el comentario sobre Mahoma y el dicho sobre la montaña, y sonrió abiertamente esta vez—. No sé cómo voy a hacerlo, no sé dónde encontrar a alguien que haga este trabajo por mí, pero seguro que encontraré la forma...

Apuntó mentalmente una tarea pendiente, como cuando la anotaba en un papelito que después pegaba en la puerta de la nevera. Consultaría en Internet de qué forma contactar con un sicario. La idea fue haciéndose más nítida y, lejos de

parecerle macabra o insensata, le provocaba una extraña emoción. Por un momento dudó de que la información que necesitaba pudiera encontrarse en la red, pero la duda se disipó rápidamente.

—En la red hay de todo, desde venenos hasta vídeos explicándote con todo detalle cómo fabricar una bomba en la cocina de casa, lo escuchaste en la televisión. ¿Cómo no vas a encontrar a alguien que haga justicia por ti?

Se le atascaban en la boca las palabras «asesino a sueldo». No era capaz de pronunciarlas, como si al hacerlo, aunque fuera bajito y sólo pudieran escucharlas *Dalí* y *Gala*, lo que pensaba hacer se tiñera de negro. «Sicario» lo encontraba mucho más técnico, más aséptico. Aquello no sonaba tan mal dependiendo de la palabra que utilizara, pensó, porque en realidad, para Sabina, era todo lo contrario, una forma de devolverle el equilibrio perdido a la balanza de la justicia y, por qué no, también de quitarle la venda.

Una dulce satisfacción inundó su cuerpo, agotado por los acontecimientos. Cerró los ojos y se quedó dormida. El tiempo avanzó en el reloj de manera indeterminada y el timbre de la portería la despertó empapada en sudor y alterada por la sorpresa.

El reloj de la cocina indicaba que pasaban cinco minutos de las nueve y media de la mañana. *Dalí* arañaba la puerta con insistencia, era evidente que tenía urgencia por salir de casa y hacer sus necesidades. Sabina estaba totalmente empapada, con el cabello humedecido y la boca seca. Dio por hecho que se trataba de Dimitri, así que abrió sin preguntar. Pero el perfume de Lucas subió las escaleras antes que él y para cuando su amigo quiso llegar al rellano, *Dalí* ya se había orinado en la puerta.

—*Mon Dieu!* ¡Menos mal que estás bien! Estaba muy preocupado, ¿sabes? — le espetó casi sin aliento desde el primer piso, mientras Sabina, malhumorada, pasaba la fregona para recoger el enorme charco de orina—. Llevo un buen rato llamándote y no sé qué le pasa a tu teléfono. Por un momento pensé que te había ocurrido algo, como estás tan rara últimamente...

Lucas tuvo que dejar de hablar. Acababa de subir los últimos diez peldaños y era incapaz de hacerlo combinando respiración y charla, así que optó por respirar para no morir en el intento, y se guardó los reproches para cuando hubiera recobrado el aliento.

—*Merde!* Ya me ha dado flato.

Encorvado y con la mano apretándose el costado, alcanzó la puerta ante la mirada divertida de Sabina, que escurría la fregona con fuerza.

—¡Cuidado! No pises ahí, *Dalí* no ha podido aguantar más... Los perros grandes tienen estas cosas, que sus charcos de orina son enormes. Pobre animal, no se lo puedo reprochar. Lo de Dimitri se va a tener que terminar. A mí me

puede hacer todos los feos que quiera, pero a mi perro no. No se lo consiento. Pobrecito, mi chiquitín... —le dijo al gran danés con voz empalagosa y frunciendo los labios.

—Eso mismo te quería contar, *mon amour*. El chico me ha llamado a mí para que viniera a sacar a *Dalí* porque a él le era imposible.

Después de darle unas palmaditas al perro en el lomo, Lucas fue directo al cuarto de baño, desde donde continuó explicándole, elevando la voz.

—Dice que te ha estado llamando desde bien temprano y que tu teléfono no estaba operativo. Estabas comunicando todo el rato. Por eso me ha pedido que viniera yo.

Cayó en la cuenta de que había descolgado el teléfono para que nadie la importunara. Lo había olvidado por completo. Al recordárselo Lucas, volvió a colgarlo de nuevo.

—Yo mismo te he llamado para avisarte de que no podía llegar antes y es cierto, todo el rato estabas comunicando. —El sonido del grifo del lavabo sonaba como una cascada y guardó silencio unos segundos mientras se refrescaba—. Primero he pensado que tal vez tu hermana Silvia estaba hablando con alguien, incluso tú misma...

—¡Silvia se ha marchado esta mañana temprano! —le gritó Sabina mientras arrinconaba en una esquina de la cocina el cubo de fregar y *Gala* se apresuraba a olisquearlo.

—*Oh, quelle pitié!* Me hubiera gustado despedirme. ¡Qué dama más elegante tu hermana!

—Déjalo ya, que no te puede escuchar, está volando con destino a París.

—Bueno, pues como te iba diciendo, al insistir, he empezado a inquietarme. Lo siento por *Dalí*, pero no he podido venir antes. Me ha pillado acompañado, ya me entiendes, y todavía no he conseguido estar en dos sitios a la vez.

Lucas salió secándose la cara y el cuello con una toalla blanca y mullida. Estaba colorado, aunque Sabina no podía precisar si era por el esfuerzo físico que acababa de realizar o por las horas de sol que con dificultad soportaba su blanca piel. Llevaba el cabello recogido en una coleta que se rizaba y formaba tirabuzones en su nuca, y un mechón se le había escapado y le caía en la frente. Se acercó a ella para darle dos besos al aire de alrededor de sus mejillas, pero el intenso olor a sudor le hizo guardar distancia y casi lanzarlos por no arrepentirse.

—*Ma petite fille!* ¡Deberías darte una ducha!

—Me he quedado dormida en el sofá, tenía el teléfono descolgado y...

—Y te has deshidratado con este calor. —Lucas la interrumpió mientras levantaba las persianas para que entrara el aire fresco.

La casa olía a orines de gato y de perro, también a sudor, y aquella mezcla

desagradable había ahogado por completo el aroma de Hugo Boss que acostumbraba a invadir la estancia cuando estaba Lucas.

—¡Qué barbaridad! Si escurrimos esa camiseta llenamos un cubo —exageró—. Bueno, es igual, siéntate, tengo cosas importantes que contarte. Cuando te diga lo que te tengo que decir, se te va a pasar el calor de golpe.

La cogió por los brazos, casi a la altura de los hombros, y presionó ligeramente hacia abajo, obligándola a tomar asiento en una de las sillas del salón. Sabina estaba perpleja. Con paso decidido, Lucas fue hasta la nevera, la abrió y cogió una botella de agua mineral que había en la puerta. De reojo comprobó que seguía allí la caja de toxina y las jeringas, pero hizo como si todo aquello no lo hubiera visto nunca.

—Seguro que quieres hablarme de un nuevo ligue. Aunque te encuentro muy serio... ¿No irás a casarte?

Dalí empezó a ladrarle a la puerta, protestando por ver que su salida matutina iba a tener que esperar. Sabina lo mandó callar con un sonoro y enérgico seseo.

—Espero que por lo menos el novio haya cumplido la mayoría de edad... —bromeó.

Del armario de la cocina que estaba junto al frigorífico, Lucas alcanzó con dificultad dos vasos y, con la botella de agua en una mano y los vasos en la otra, fue hasta el salón.

—Nada de ligues, nada de matrimonio. Tengo que contarte algo serio, en realidad, muy serio. —Había oscurecido su tono de voz y su cara mantenía un rictus rígido. Su mirada certificaba que efectivamente la conversación no era para bromear.

—Me estás asustando.

—Tampoco es para asustarse. En realidad podríamos decir que es una buena noticia, pero seria. —Sirvió el agua, con minuciosa cadencia, un poco en cada vaso. Tanto misterio y tanta parsimonia estaban poniendo de los nervios a Sabina.

—¡Joder, Lucas, me quieres decir qué coño pasa!

—Shhh... No grites.

Posó su dedo índice sobre la boca de Sabina y dibujó con sus labios una cruz. Después se sentó, bebió un sorbo de agua, sopló el mechón de pelo que le caía sobre el ojo y continuó:

—Eugenio está muerto, muy muerto, muerto del todo. Ha aparecido muerto en su casa.

El brazo de Sabina se quedó suspendido en el aire, con la mano sujetando el vaso de agua que no llegó a alcanzar su boca. También sintió que el corazón se le había parado, incluso tuvo que recordar cómo se respiraba porque, al quedar

petrificada por la noticia, había dejado de hacerlo.

—Respira, bebe un poco de agua...

Obedeció casi por inercia. En unos segundos los pensamientos se le amontonaron sin ningún orden. Su cabeza era una anarquía en plena revolución. Se había preparado para matar a Eugenio, pero no para que aquella noticia frustrara sus planes. Después de beber un sorbo, alcanzó a preguntar:

—¿Qué ha ocurrido? ¿Un ataque al corazón?

No sabía muy bien por qué aquélla había sido la primera hipótesis de su cabeza. Eugenio, que ella supiera, gozaba de buena salud.

—¡Para nada! Digamos que no ha sido una muerte natural. ¿Conoces ese refrán que dice que «quien a hierro mata a hierro muere»?

—¿Lo han matado?

Lucas movió ligeramente la cabeza de arriba abajo. Sus ojos, expresivos y de un azul intenso parecían querer salirse de sus cuencas. Durante unos segundos no parpadeó y tampoco dejó de afirmar con un movimiento de cabeza. Sabina hubiera jurado que estaba reprimiendo una sonrisa.

—¿Cómo? ¿Quién ha sido? No entiendo nada...

—Lo han encontrado en su casa, con un tiro en la sien. Al principio la policía barajaba la hipótesis de que hubiera sido un suicidio. Ya sabes, no hace ni una semana que ha muerto su prometida, podía estar deprimido, la vida deja de tener sentido para él, esas cosas...

—¿Y no ha sido un suicidio?

—No, a menos que alguien se haya llevado la pistola de allí. No ha aparecido el arma. Nadie se suicida y después de muerto esconde la pistola. Además, ¿tú crees que ese tipo es de la clase de personas que se suicida?

—¿Quieres decir que alguien lo ha matado pegándole un tiro en la sien?

—Eso mismo es lo que te estoy contando. Estás un poco lenta de reflejos. Dice la policía que tiene toda la pinta de ser una ejecución. Ha salido en las noticias. El pueblo está revolucionado. Primero ella muere de una repentina crisis y ahora él... como si se tratara de una maldición. ¡No somos nadie! —Sus palabras destilaban un amargo sarcasmo.

Sabina recordó entonces el informativo de la radio de esa misma mañana. Rebobinó la noticia de sucesos que había escuchado sin darle más importancia porque el anonimato de aquella muerte no le había estremecido, ni siquiera le había pellizcado un poco el estómago. Hablaba de un hombre hallado muerto en su casa, un hombre cualquiera que ocupaba unos segundos de protagonismo en las noticias, para después caer en el olvido. La memoria se le antojaba muy corta para las desgracias de los otros y el olvido, le parecía eterno. Pero ahora sabía que aquel hombre no era un hombre cualquiera, sino que era Eugenio, el asesino

de Lola, liquidado de la misma manera que ella, descerrajándole los sesos sin piedad. A Sabina le pareció que la casualidad nunca era tan precisa.

—¡Un tiro en la cabeza! ¡Como a Lola! ¿Te das cuenta de eso?

—Bueno, en realidad han sido dos. Quien quiera que lo hiciese no tuvo puntería en el primer tiro o vete tú a saber qué, pero el caso es que han encontrado otra bala en el techo.

—A lo mejor ha sido un robo que salió mal.

—La casa estaba intacta, no había nada revuelto, nada de valor que echar de menos, sólo un charco de sangre enorme y a ese desgraciado con un agujero en la cabeza.

Cuando Lucas se ponía serio perdía todo su acento francés. Se mostraba solemne y sereno. Hablaba tanto con la boca como con las manos, que movía expresivamente como si dibujara la escena a pinceladas. Su mirada proyectaba cinematográficamente cada detalle de la macabra muerte. Una náusea asaltó a Sabina. La imagen de Lola en mitad de la calle, ella sujetándole la cabeza mientras un hilo rojo surcaba las juntas de los adoquines, la hizo vomitar allí mismo, con virulencia, en el suelo del salón. El vómito salió con tanta fuerza de su cuerpo, que salpicó las paredes y los pantalones de Lucas.

—*Oh, mon Dieu!* ¿Sabina, estás bien? Lo siento mucho, lo siento de verdad... No sabía que... no quería...

Lucas se levantó aturullado. No esperaba aquella reacción de Sabina. Sin saber muy bien qué hacer, daba pasos interrumpidos de un lado a otro, intentando decidir si atendía primero a Sabina o limpiaba el desastre. *Dalí* se apresuró a olisquear el vómito y *Gala* hizo lo mismo en cuestión de segundos.

—¡La fregona! ¡Coge la fregona que he dejado en la cocina! —le ordenó a Lucas—. ¡Fuera de aquí! ¡No piséis! —les gritó a los animales—. Límpialo, necesito ir al baño.

De camino al cuarto de baño, con la mano en la boca para reprimir las arcadas que se encadenaban sin control, tuvo un amargo presentimiento. La había olvidado por completo hasta ese preciso instante, pero al conocer la noticia, no pudo evitar pensar en el arma que guardaba justo debajo de las toallas, la pistola de Roberto que ella misma había confiscado.

Se lavó las manos primero, con rapidez, el tiempo le apremiaba. Se enjuagó con las mismas prisas la boca y justo cuando había abierto el armario de las toallas, Lucas irrumpió sin avisar.

—¿Qué quieres? —le increpó.

—¿No querrás que friegue eso de ahí fuera con el agua con la que has limpiado el pis de *Dalí*? Venía a tirarla al váter —se justificó, sorprendido por la desagradable reacción de Sabina.

Ella disimuló cogiendo una toalla limpia, justo la que había encima de la pila. Cerró el armario de nuevo y se sentó en el borde de la bañera. Estaba tan desconcertada que hasta se sintió algo mareada. Lucas vertió el agua sucia en el váter, vació la cisterna y volvió a llenar el cubo utilizando el grifo de la ducha.

—¿Estás bien? Pensé que la noticia te alegraría...

El sonido del chorro contra el plástico del cubo impidió que Lucas escuchara la respuesta, que salió de la boca de Sabina a medio pronunciar.

—Sí, claro, estoy bien.

—*Oui, oui, oui!* Ya sé, no te lo esperabas. Soy malísimo para dar esta clase de noticias, perdóname. En realidad es la primera vez que me veo en una situación como ésta. Estás en estado de *shock*, te entiendo. A mí me ha pasado lo mismo en cuanto me he enterado, pero pensándolo bien, se ha hecho justicia. No seamos falsos, no hay mal que por bien no venga. Alguien ha hecho un buen trabajo.

Lucas cerró el grifo y sin decir nada más, salió del baño, portando en una mano el cubo y tirando con la otra de Sabina.

—*Nous allons! Rapide!* No me fío nada de esos animales marranos que tienes. ¡No quiero ni pensar lo que pueden estar haciendo!

Para cuando llegaron al salón, *Dalí y Gala* ya habían pisoteado el vómito y lo habían esparcido por todo el salón.

—Déjame, yo lo limpio. Ya me encuentro mejor —dijo Sabina mientras se lo quitaba de la mano.

Lucas accedió sin rechistar lo más mínimo, dejando escapar un suspiro de alivio. Intentando pisar de puntillas por los huecos que quedaban limpios, llegó hasta el sofá y se sentó. Sabina abrió el armario de los productos de limpieza y cogió la botella de lejía. Echó en el agua un chorro generoso y después enjuagó la fregona haciéndola girar sobre sí misma frenéticamente. Una gota que se escapaba de algún grifo mal cerrado, sonaba en el cuarto de baño como los segundos de un reloj, pero más hueca, como la incertidumbre de Sabina.

—¿No has pensado que es demasiada casualidad? —le preguntó mientras fregaba y el intenso olor de la lejía empezaba a darle a la estancia un aroma de hospital.

—¿Qué haya muerto pocos días después de Amalia? No sé, supongo, la vida tiene esas cosas.

—No sólo eso. Me refiero a que lo hayan matado de la misma manera que murió Lola.

—Es posible que sea una macabra coincidencia, sí, lo he pensado. Pero me resultó mucho más extraña la muerte de Amalia, una mujer joven que repentinamente sufre un «ataque». —Entrecomilló con los dedos la palabra para subrayarla—. Amalia enfermó y en cosa de dos días nada se pudo hacer por ella.

Es extraño.

Sabina no hizo ningún comentario. Si Lucas intuía algo, ella prefirió no saberlo. La ignorancia le resultaba más cómoda en aquel momento. Amalia ya estaba muerta y enterrada, y de poco o nada servía remover el asunto. Lucas tampoco insistió y derivó la conversación hacia Eugenio.

—Eugenio era un mal tipo, tú y yo lo sabemos, y alguien así siempre acumula una buena lista de enemigos a lo largo de su vida. Tal vez cabreó a alguno de ellos más de lo oportuno. Cuentan por ahí que los familiares de Amalia no estaban nada contentos con esa relación y que su padre, coronel del ejército retirado, sospechaba que estaba relacionado con la muerte de su hija de una u otra manera.

La fregona dibujaba ochos en el suelo del salón mientras Sabina escuchaba atentamente.

—¿Crees que ha podido ser el padre de Amalia? ¿La policía lo cree?

—*Évidemment!* ¿Quién si no? La policía ha abierto esa posibilidad como principal línea de investigación. Dicen que va a ser el primero en declarar. A estas horas no sé si ya estará detenido. Amalia era hija única. Una niña mimada, consentida y malcriada, educada en los mejores colegios privados del país, que termina enamorándose de un asesino. ¡Menudo disgusto para una buena familia de tradición militar, intachable, recta y estricta! ¿Te he contado alguna vez el lío que tuve con un teniente del ejército? ¡Ay! ¡Qué tendrán los uniformes!

—Pero le absolvieron...

—¿A Eugenio? ¡Pues claro! ¡Y yo soy heterosexual, no te fastidia!

—Quiero decir que, aunque tú y yo sabemos que es culpable, sus padres no tenían por qué dudar de una sentencia judicial.

—¿Pero en qué mundo vives, Sabina? Le absolvieron en buena parte gracias al testimonio en falso de Amalia, su propia hija. ¿Qué no haría una mujer enamorada? Y si encima es tonta de remate, ya ni te cuento.

Lucas se había levantado del sofá y se peinaba la coleta con los dedos de nuevo, intentando atrapar el mechón rebelde mientras hablaba entre dientes porque estaba sujetando el coletero de un mordisco.

—El futuro marido de su hija es absuelto en un juicio por asesinato donde ella es clave para esa absolución. A las pocas semanas, su hija muere repentinamente... ¿De verdad piensas que su padre no sospecharía de él? Ese tipo de asesinos responde siempre a un mismo patrón, lo he visto en las series de la tele.

La argumentación tenía lógica, toda la lógica del mundo, y Sabina apaciguó su angustia un poco, aunque no demasiado. Quería creer esa versión. Lucas le dio dos vueltas al coletero y después tiró de los mechones para tensarla todavía más.

—Además, no todo el mundo tiene acceso a un arma. ¡Peñíscola no es Estados Unidos! Este pueblo es una postal. Pero ese pequeño detalle no resulta un inconveniente para un exmilitar. Todo encaja. Tiene un motivo y, además, un arma, tal vez más de una. Blanco y en botella.

—¿Se sabe qué calibre ha sido? ¿Qué clase de arma ha utilizado el asesino?

—¡Ay! ¡Pero yo qué sé! —exclamó poniendo los brazos en jarras—. ¿Acaso te crees que soy un puñetero C.S.I? Últimamente preguntas unas cosas más raras...

Le cogió la cara con suavidad con ambas manos cuando Sabina todavía no había soltado la fregona y la dirigió con dulzura para que sus miradas tropezaran.

—Ese mal bicho se ha muerto, Sabina, ya no está en este mundo. Si hay un cielo y un infierno, no habrá hoguera suficientemente grande para que se quemara durante la eternidad. No me importa quién lo ha matado, no me importa lo más mínimo si fue él quien mató también a Amalia o lo hizo otra persona, o si sencillamente fue la vida, porque Amalia tampoco era una buena persona. — Lucas hizo una pausa para que el silencio hablara a través de sus ojos, para que Sabina entendiera entre líneas, y después prosiguió—: No me importa nada de eso. Lo que me importa es que ya no puede hacerte daño... Ya no puede hacer daño a nadie más y punto —concluyó con tono serio. Después, con una media sonrisa y ladeando la cabeza, preguntó—: ¿Me das un abrazo?

Lucas extendió los brazos ampliamente y le brindó una sonrisa de esas que dejaban ver el hueco de sus dientes incisivos. Sabina suspiró para sacar de dentro ese peso que la oprimía y se dejó arrullar por Lucas. Podía escuchar su corazón palpitando con intensidad. Le gustaba escucharlo. Podía oler su perfume impregnado en su ropa, formando parte de él. Sabina era muy de olfato, como sus animales. Pensó en lo que le había dicho. Tenía razón, como siempre. Eugenio ya no podía hacerle daño a nadie más, y poco importaba si no había sido ella quien lo había matado.

—Me tengo que ir, *mon amour*. Pondré la oreja a ver si me entero de algo más. Este asunto va a dar para muchas conversaciones en el bar. ¡Por fin ocurre algo positivo en nuestras vidas, Sabina! Mira a tu alrededor y despídete de tu encierro, de estas cuatro paredes... Eugenio ya no puede hacerte daño —repitió una vez más—. ¿Lo entiendes?

Se despidió con un beso en la frente que Sabina respondió con una sonrisa.

—¿Te parece bien que me lleve a mi ahijado y te lo traigo el miércoles? — preguntó refiriéndose a *Dalí*—. Así te doy tiempo a que soluciones el asunto con Dimitri. Me resulta menos engorroso que ir y venir para sacarlo a hacer pipí. Y por cierto... Un consejo, reina: no hables tanto y actúa más. En horizontal se arreglan muchas más cosas. Y de paso me llevo también la muleta que te presté

para tu torcedura de tobillo. —La sacó del paragüero de la entrada y le guiñó un ojo.

El rabo de *Dalí* también había recibido el mensaje y se agitaba sin poder evitarlo mientras Lucas le colocaba la correa.

—Y si no te arreglas con el rubito, avísame. Entenderé que me dejas el terreno libre. ¡Qué poco sabéis las mujeres de hombres! ¡Qué poco! *Bonjour!*

Dalí tiró de él escaleras abajo con fuerza nada más abrir la puerta, obligándole a bajarlas al trote, haciendo equilibrios con la muleta. Lucas gritaba improperios con un tono agudo que dañaba al oído, intentando que el perro le obedeciera sin conseguirlo. Ante el alboroto, la puerta de casa de Roberto sonó metálicamente con el sonido de los cerrojos al abrirse. Griselda asomó la cabeza y gritó desde el piso de abajo.

—¿Va todo bien, señora Sabina?

—Ni te lo imaginas, Griselda. Todo va divinamente.

Griselda se quedó con ganas de preguntar más, pero escuchó a Sabina cerrar la puerta de inmediato invitándola a no continuar la conversación.

Ya a solas, buscó en su interior un sentimiento para aquel momento. Le sorprendió no encontrar esa euforia que había recreado tantas veces en su imaginación llegado ese día. No la encontró a pesar de buscarla. Más bien descubrió una alegría contenida, mezclada con cierto grado de frustración. Tenía que reconocerlo. Le dio rabia que la alegría no fuera absoluta. Hubiera preferido ser ella quien matara a Eugenio. Aquel asunto era personal, pero alguien se le había adelantado. Tal vez otros también tenían cuentas pendientes que saldar con él.

Sintió empatía por el padre de Amalia. Podía ponerse en su piel al intuir que, de una manera u otra, Eugenio era el culpable de la muerte de su hija, pero el peso de la responsabilidad le rasgó la conciencia, porque sabía que eso no era cierto, y que había sido ella quien había envenenado a la prometida de Eugenio.

Se sacudió la culpa recordándose a sí misma que Amalia tampoco era inocente. Ese argumento era irrefutable para ella, y aunque había decidido dar veracidad a la versión que barajaba la policía, que apuntaba al padre de Amalia como el asesino de Eugenio, quiso confirmar ese presentimiento que le había asaltado minutos antes.

Fue al cuarto de baño sabiéndose protegida por la soledad, ahora que ya no podía interrumpirla nadie, y abrió el armario de las toallas. Con el corazón palpitando a mil por hora, levantó levemente la última toalla para comprobar si el arma de Roberto seguía allí. Le dolía el pecho. La gota de agua del grifo mal cerrado seguía martilleando el silencio, pero sintió un reconfortante alivio al comprobar que el revólver continuaba en su escondite.

Descargó un suspiro. Le pareció que todo se complicaba, que la vida empezaba a ser como una compleja tela de araña donde todos quedaban atrapados de una u otra manera. Unos hasta la muerte, otros hasta la muerte de los seres queridos, muertes que se encadenaban caprichosamente. Cerró con fuerza el grifo del lavabo que goteaba. Empezaba a exasperarla. De nuevo se hizo ese silencio particular de su casa que se mezclaba con el murmullo de la radio. Iba a cerrar el armario cuando un escalofrío le recorrió la espalda. Tenía un palpito, un mal presentimiento. Sabía que era absurdo, pero necesitaba comprobarlo, así que metió la mano debajo de las toallas y cogió el revólver de Roberto. Seguía pareciéndole hermoso a pesar de no gustarle nada las armas de fuego, pero aquel Smith and Wesson plateado, con empuñadura negra, tenía cierta belleza. Se preguntó cómo sería la pistola que había matado a Eugenio, cómo serían esas balas. Tal vez había sido una automática como la que él había utilizado con Lola, o un arma militar. Intentó apartar ese pensamiento que tanto daño le hacía. Entonces, sin saber muy bien por qué, le dio un golpe ligero al tambor y éste se abrió, dejando al descubierto su secreto. De las cinco balas del cargador, sólo quedaban tres, otros dos espacios vacíos dibujaban dos círculos huecos.

La soltó con terror, dejándola sobre la tapa del váter con miedo a tocarla. Quedó obscenamente abierta, con el tambor al descubierto, con sus tres balas y sus dos huecos, ante sus ojos horrorizados. Recordaba perfectamente que había guardado el arma totalmente cargada. De eso estaba completamente segura.

Con cuidado, la volvió a coger y se la acercó a la nariz. Olfateó como lo hubiera hecho su perro. Identificó un olor a pólvora que le resultaba familiar, como cuando en fiestas del pueblo se lanzaban fuegos artificiales, pero más intenso, más ácido. Se le quedó en la nariz, pegado a su cerebro, donde se guardan los olores que ya no se pueden olvidar nunca. Tuvo entonces la certeza de que el arma que escondía en su casa había sido disparada recientemente. Alguien había disparado dos de sus cinco balas. Comprendió que había sido aquel revólver el que había matado a Eugenio. Pero... ¿quién había apretado el gatillo?

16

La letanía del tiempo, enmarañado con su pensamiento, la sorprendió acurrucada en la cama fumando un cigarro tras otro. Así la encontró la noche del lunes, con el arma de Roberto sobre la colcha de verano, abierta, y las tres balas que quedaban, desparramadas. Tenía la mirada perdida en explicaciones que no lograba encontrar. Sabina se mecía rítmicamente, abrazada a sus rodillas, más ida que presente, más loca que cuerda, dando caladas profundas a los pitillos que se sucedían sin control. La madrugada del martes también la encontró así.

De vez en cuando, la ceniza de una colilla acumulada por el olvido se desprendía del cigarro y caía sobre la cama. Sólo aquello la sacaba de su absorto mundo, obligándola a sacudirla con rapidez y evitar que la colcha prendiera y convirtiera su cama en su lecho de muerte.

Gala parecía percibir el estado de Sabina. Maullaba lastimosamente como los gatos maúllan a la luna llena, e intentaba llamar su atención sin conseguirlo, restregando su lomo insistentemente por sus piernas.

Sabina tenía miedo de pensar demasiado y llegar a conclusiones incómodas, pero no era capaz de parar. Partía de una certeza, su arma, o mejor dicho, el arma de Roberto, la que alguien había disparado recientemente. El hombre al que odiaba con todas sus fuerzas había sido asesinado de un tiro en la sien el domingo anterior, y otra bala había sido encontrada en el techo de la habitación donde lo habían ejecutado. No creía en las casualidades, no al menos en aquéllas tan precisas y, por eso, ya daba por hecho que alguien había matado a Eugenio con aquel revólver, el que ahora estaba encima de su cama.

Una pregunta no dejaba de martillearla: ¿quién había sido? El arma estaba allí el lunes, el día después de producirse el crimen, en el mismo lugar donde ella la había ocultado días atrás, debajo de las toallas limpias en el armario del cuarto de baño de su casa. Sólo alguien que tuviera acceso a su casa, sólo alguien que hubiera entrado en su cuarto de baño podía haber sacado el revólver de su escondite, haber matado a Eugenio el domingo por la tarde y después haberlo colocado en su lugar el domingo por la noche o bien el lunes por la mañana. La lista de nombres no era demasiado larga.

Lo primero que pensó Sabina fue en su propia culpabilidad. Hubiera deseado ser ella. Resultaba inverosímil, pero barajó como primera opción que ella misma hubiera disparado el gatillo y le hubiera volado los sesos a aquel asesino. Pensó que tal vez había sido posible hacerlo en un estado profundo de sonambulismo,

como el que había sufrido hacía unos días. Hizo un esfuerzo por recordar, incluso apretó los ojos para visualizarlo en la oscuridad. Se imaginó mirando a Eugenio fijamente, mientras él suplicaba por su vida. Se imaginó obligándole a arrodillarse frente a ella, para someterlo, para humillarlo antes de su ejecución, mientras él sollozaba muerto de miedo. Reprodujo los olores de la sangre y los sesos, mezclados con el olor de la pólvora. Conocía muy bien a qué olían esas tres cosas juntas. Quiso recordar todo eso, pero no pudo más que imaginarlo, inventarlo desde cero, como se inventan las mentiras, y sintió rabia por ello.

Si aderezaba aquella primera hipótesis con un poco de sentido común, se desmontaba fácilmente, como un castillo de naipes. Una cosa era escapar sonámbula, escaleras abajo, descalza, en pijama y sin control de la realidad, y otra muy distinta, planificar y llevar a cabo una ejecución, volver a casa como si nada y despertar sin acordarse de ningún detalle de lo sucedido. No era una experta en el tema, pero no creía que ningún sonámbulo del mundo pudiera hacer algo semejante. Le hubiera encantado que esa versión con la que se deleitaba fuera plausible, pero no estaba tan ida como para darla por buena por el mero hecho de deseársela. Era consciente de que aquel pensamiento respondía, más que al sentido común, a un deseo arraigado dentro de sí misma, al considerarlo un derecho más que legítimo que le correspondía. Si alguien debía hacerle justicia a Lola, no podía ser otra que ella. Alguien le había arrebatado ese derecho y eso la enfurecía. Aquél fue su primer sentimiento. Estaba enfadada.

Además, la muerte de Eugenio, según le había contado Lucas, se había producido el domingo por la tarde y no por la noche, y aquel domingo por la tarde ella lo había pasado en casa con su hermana Silvia y con Roberto.

—¡Roberto! —gritó inesperadamente a la nada del cuarto—. ¡Roberto se escapó el domingo y estuvo toda la tarde perdido! —Un ataque de tos le sobrevino al cruzársele en los pulmones el humo de una calada interrumpida por las palabras.

Espachurró lo que quedaba del cigarro en el cenicero que acumulaba ya todas las colillas de una noche de cavilaciones. La tos la estaba ahogando y, sin poder pararla, fue hasta la cocina apoyándose en los muebles que iba encontrándose a su paso. *Gala* la seguía dando saltitos gráciles y con la cola en alto. Consiguió llegar al fregadero y abrió el grifo generosamente. La radio no había dejado de sonar en toda la noche y sus voces, su música, sus anuncios, susurraban como espíritus que la acompañaban sin que los percibiera.

Sabina acercó la boca al chorro de agua y bebió un sorbo, intentando recobrar la respiración. Se preguntaba si Roberto era capaz de hacer algo así; es más, se preguntaba si era capaz siquiera de idear un plan semejante sin que nadie se diera cuenta. No sabía qué pensar.

Estaba sucia, con el pelo alborotado y falto de un buen lavado. Hacía tiempo que no se cambiaba de camiseta, ni siquiera de ropa interior, y un desagradable hedor le llegó a la nariz. Poco le importaba. Tenía calor, estaba desconcertada, no sentía hambre a pesar de que ya había olvidado la última vez que había comido, y su abandono era tal que sintió lástima de sí misma.

Sin pensarlo dos veces, metió la cabeza debajo del grifo del fregadero. La dejó allí unos segundos, sintiendo la agradable sensación del agua fría sobre su cuero cabelludo. Era gratificante el hormigueo que le producía. Le hervían los pensamientos y aquel contraste le sentó bien. Después cerró el grifo y escurrió su melena apretando con las manos. El agua se coló por el desagüe y con ella parte de su malestar. Se encontraba algo mejor, una pizca, que ya era mucho. Ayudándose con los brazos, se impulsó y se sentó allí mismo, sobre el mármol de la cocina. Podía escuchar a Griselda en el piso de abajo, canturreando y haciendo ruido con los cacharros. Se preguntó entonces qué hora sería. Miró el reloj: eran las siete y media de la mañana. El tiempo la devolvió a la realidad. La rutina de los demás daba sentido a sus días. La radio daba las noticias.

«...Y ampliamos información sobre el asesinato ocurrido el pasado domingo en la localidad castellonense de Peñíscola. Un vecino de este pueblo costero fue hallado muerto con un tiro en la cabeza. El juez ha decretado secreto de sumario, pero se especula con la posibilidad de que la venganza sea el móvil del crimen. Las primeras investigaciones se centran en su entorno más cercano, concretamente en la familia de su novia, fallecida días atrás, por las complicaciones de una enfermedad respiratoria...»

Sabina suspiró. ¿Por qué se empeñaban en llamarlo venganza cuando, en realidad, se trataba de impartir la justicia que el sistema les había negado? Maldijo la hipocresía de la sociedad.

Retomó su pensamiento circular. Intentó establecer prioridades en todo lo ocurrido, organizar el caos. Debía reconocer que, lejos de sentirse liberada por la muerte de Eugenio, empezaba a pesarle su responsabilidad, que por lo visto iban a pagar los demás. La policía tenía en su punto de mira al padre de Amalia, un coronel retirado con un móvil y fácil acceso a un arma de fuego. Sin embargo, ella tenía la certeza de que aquel hombre no había matado a Eugenio, pero no podía contarle. Sobrecogida, valoró seriamente la posibilidad de que Roberto estuviera detrás de todo.

—¿Vas a dejar que alguien inocente cargue con la culpa de algo que no ha hecho? ¿Pero a dónde ha llegado todo este asunto? ¡Es una locura! ¡Se te ha ido de las manos! ¿Te das cuenta, Sabina? ¿Y qué vas a hacer, idiota? Para salvar a

ese tipo que no conoces de nada, ¿le contarás a la policía que Roberto, el propietario del arma, estuvo en tu casa el domingo, pudo cogerla, y que durante cuatro horas no sabes dónde estuvo?

Se golpeó la cabeza con rabia, con su mano derecha, y se tiró con fuerza del pelo, mientras con la izquierda sujetaba un cigarrillo sin encender. Le hubiera gustado arrancarse la cabeza, correr como un pollo decapitado por el salón hasta morir y abandonar definitivamente toda esa pesadilla. Prendió fuego a la punta del pitillo y el color naranja incandescente del papel y el tabaco quemándose la hipnotizó unas décimas de segundo.

Volvió a pensar en Roberto y en todo lo que había hecho aquel domingo. Se había escapado en plena tormenta. Intentó recordar si había entrado al baño antes de hacerlo, pero no podía asegurarlo con certeza. Probablemente sí y había aprovechado entonces para coger el revólver. Él sabía muy bien dónde estaba escondido. Sabina se lo había mostrado. Y no, no era un niño, Sabina no controlaba todos sus movimientos. Tampoco sabía precisar si, al volver, empapado después de la tormenta, había ido al baño antes de que Griselda lo recogiera. Era probable, pero ella no se había fijado. Tal vez lo había hecho y la había vuelto a colocar en su sitio. Pero no podía asegurarlo. Ni siquiera sabía si el arma había desaparecido otro día que no fuera el domingo. Sabina no se había dedicado a comprobar que estuviera allí todos los días. La había olvidado por completo. Todo era posible. Recordó la obsesión de Roberto con su revólver. Recordó la conversación que habían tenido al respecto, pero, a pesar de todo, se le hacía difícil imaginarlo pegándole un tiro a Eugenio. No alcanzaba a encontrar en Roberto la frialdad necesaria para hacer aquello. Roberto era un hombre bueno, siempre lo había sido, aunque últimamente había tenido un comportamiento muy extraño.

—Pero... ¿qué coño sabes tú de Roberto, del Roberto de ahora? ¡No sabes qué piensa, ni qué es capaz de hacer! ¡No sabes nada de él! ¡Ni siquiera sabes quién está dentro de esa cabeza! ¡Admítelo! ¡Es un completo desconocido! ¡El accidente te arrebató al hombre que tú conocías! —se increpó con dureza.

Dio una calada profunda y sintió el humo dentro de ella, muy hondo. Lo aguantó ahí todo el tiempo que fue capaz y después lo lanzó hacia el techo.

—¡Maldito Roberto!

Tal vez las largas conversaciones que había mantenido con él acerca de Lola, de todo lo ocurrido, de cómo se sentía, no habían resultado demasiado apropiadas, pensó Sabina. En realidad había hablado más con él que con su terapeuta, al menos al principio. Roberto siempre escuchaba, nunca interrumpía, la miraba con ojos de bondad y con ellos siempre parecía decirle que todo iba a salir bien y que la comprendía. Aquello era lo que Sabina necesitaba, que

alguien le mintiera sinceramente. Roberto no tomaba apuntes en una libreta negra, ni la interrogaba con aquellos diminutos ojos por encima de unas enormes gafas de pasta, con una interrogación dibujada encima de su cabeza, como si fueras un bicho de laboratorio. Cuando Sabina le hacía alguna pregunta, más retórica que otra cosa, sin esperar respuesta, Roberto siempre sonreía o la abrazaba como un niño, sin pronunciar ni una sola palabra. Los abrazos de Roberto eran reconfortantes. Las preguntas de la doctora Durán le arañaban el corazón.

Hizo un esfuerzo, pero Sabina no fue capaz de recordar las veces que había deseado en voz alta la muerte de Eugenio, las veces que Roberto le había escuchado decir que ojalá le volaran los sesos como él había hecho con Lola.

—¡Pero esas cosas se dicen! Cómo iba a saber yo que...

No acabó la frase. Se mordió un pellejo del dedo pulgar de la mano derecha. Le hacía daño al rozarse. La arrancó tirando con los dientes, con rabia. Le dolió. Se hizo sangre, pero temía mucho más al dolor emocional, que se le antojaba como un fantasma acechando en la oscuridad amparándose en su profunda soledad.

Justo a su derecha estaba el rollo de papel de cocina. Tiró de él y rasgó un trozo para envolverse el dedo burdamente. Apretó para que la pequeña hemorragia cesara. El rojo de la sangre se expandió con cierta rapidez por la celulosa blanca, trazando círculos casi perfectos, ocupando los pequeños agujeros del dibujo. Al lado del rollo, colgado en la pared, había un calendario abierto por el mes de julio. Se preguntó qué día sería. A veces perdía la noción del tiempo hasta tal punto que, en ocasiones, había pensado grabar palitos en la pared para contabilizar los días, como en los secuestros. Cuatro palitos verticales y uno en diagonal cada cinco días transcurridos. Buscó con la mirada la última semana del mes. Sabía que ya era martes, así que debía ser veintisiete de julio.

Sacó cuentas con los dedos, no era buena con los números. Contó tres veces los dedos de una mano y otros tres dedos más, hasta sumar un total de dieciocho. Era el día. Aquel veintisiete de julio se cumplían exactamente dieciocho meses de su encierro. Un año y medio luchando contra su agorafobia, contra sí misma, contra el miedo, la angustia, la ansiedad y todos los enemigos que no tienen dueño y encuentran cobijo en las almas atormentadas. Se le escapó una risa sarcástica antes de volver a dar otra calada al cigarro y hacer una pelota con la celulosa ensangrentada. El dedo ya no sangraba, pero le seguía escociendo. Tenía gracia. Se suponía que debía estar contenta por la muerte de Eugenio. Sin duda alguna, le parecía que el mundo era mucho mejor ahora. Se suponía que debía estar celebrando el fin de una etapa de su vida y aplaudir el inicio del camino que le restaba por andar, calzada con zapatos nuevos. Y, sin embargo, allí

estaba, tan angustiada como antes, tal vez más, intentando averiguar quién había sido capaz de matarlo, sufriendo porque, fuera quien fuese, era alguien a quien ella quería y temía por las consecuencias.

Hubiera dado cualquier cosa porque su hermana Silvia hubiera estado allí, a su lado. Silvia era tan resolutiva que, sin duda alguna, hubiera acertado a pronunciar las palabras que ella necesitaba escuchar en aquel momento, las palabras precisas, ni una más ni una menos. La evocó en su pensamiento, tan perfecta como puede ser la imperfección. Tan glamurosa que nadie hubiera imaginado su infancia humilde. Ella sí había sabido reinventarse y convertirse en la mujer que deseaba ser. La imaginó en su nuevo apartamento de París, desde cuyas ventanas podría verse la Torre Eiffel. Una vez había escuchado decir que se puede ver desde cualquier edificio de París, aunque pensó que eso eran cosas de las películas.

Pensar en Silvia le dibujó una sonrisa en los labios. Abrió el grifo del fregadero para apagar el cigarro con el hilillo de agua que dejó caer sobre él. Por un segundo le pareció escucharla regañándola como una madre por fumar tanto.

—¡Esos pulmones estarán más negros que los de un minero! —solía decirle.

Se recordó mentalmente que debía llamarla para interesarse por cómo había ido el viaje, por sus primeras horas en París y para contarle lo ocurrido. Aunque no estaba bien visto decirlo en público, Sabina sabía que su hermana se alegraría por la muerte de Eugenio.

Por un segundo su pensamiento enmudeció. La incansable cadena de ideas que iba arrastrando desde hacía tiempo y que le pesaban como el hierro, se detuvo. El estómago se le volvió del revés. Su cerebro había llegado a un punto concreto, tal vez al inicio del hilo enmarañado, un pensamiento que hizo saltar las alarmas. Efectivamente, Sabina tenía la certeza de que Silvia se alegraría de lo ocurrido porque así se lo había dicho ella misma, y no podía ser casual que algo como aquello hubiera ocurrido justo cuando su hermana la visitaba antes de partir hacia París. Se le heló la sangre.

—¡Cómo no lo he pensado antes! Ahora todo tiene sentido, ahora lo comprendo...

Silvia había pasado todo el domingo fuera de casa, había vuelto casi a la misma hora que lo había hecho Roberto. Le había dicho a Sabina que no la esperara a comer, que tenía la intención de hacer turismo por Peñíscola, visitar el Castillo, comer un arroz negro en algún restaurante y callejear un poco por el pueblo. Pudo haber encontrado el arma en el cuarto de baño, como en su momento había encontrado los condones que usaba con Dimitri. Pudo haber tenido la idea de ser ella quien se encargara de aquel trabajo. Era muy suyo eso de hacer las cosas por su cuenta.

Recordó aquella conversación que habían mantenido y tomó especial significado. Silvia había dicho algo así como «todo se puede comprar, incluso la justicia». Sabina se preguntó si, en vez de hacerlo ella, habría pagado a alguien para que lo hiciera. ¿Y darle el revólver de Roberto a un sicario? No tenía sentido. Tal vez lo había encontrado por casualidad al coger una toalla y, al verlo, simplemente se le había encendido la bombilla y había ejecutado a Eugenio, sin más, aprovechando la oportunidad que le brindaba tener un arma a su alcance. Ahora entendía muchas de sus palabras, incluso aquella broma que se había permitido hacer al enterarse de la muerte de Amalia: «Ahora sólo falta que a ese desgraciado le atropelle un camión o le dé un golpe de calor. Nos conformamos con cualquier final trágico». Ésas habían sido sus palabras pocas horas antes de que le pegaran un tiro a Eugenio.

¡Hacía un calor insoportable en la cocina. Sudaba pensamientos recalentados por las sienes. Volvió a abrir el grifo del fregadero y se refrescó un poco la nuca y la frente. Después sintió la necesidad compulsiva de limpiar el arma. Cogió un paño de cocina, de algodón blanco con bordados de cerezas que guardaba en el segundo cajón de debajo de la vitrocerámica, y corrió hasta el dormitorio donde el arma seguía sobre la colcha de verano de la cama, con las tres balas desparramadas. Frotó el revólver con insistencia, con angustiosa desesperación. Quería borrar cualquier posible huella de su hermana en el arma del crimen.

—¡Silvia no, por favor, Silvia no! ¡Te lo ruego! —repetía una y otra vez como si le estuviera suplicando a Dios.

Ahora entendía muchas cosas. Ahora todo parecía cobrar sentido en su cabeza, empezando por la visita inesperada de su hermana después de tantos años sin verla. Tenía una excusa perfecta, visitarla antes de marcharse a vivir al extranjero, una escapada muy oportuna si has cometido un crimen.

—En realidad viniste para eso, ¿verdad? —le preguntó a una Silvia ausente, mientras no dejaba de frotar el arma con el trapo, obsesivamente—. No querías verme antes de irte a París, querías matar a Eugenio para liberarme... ¿Y cómo pensabas hacerlo antes de encontrar este puto revólver? ¿Eh? Debiste alegrarte mucho al verlo allí, entre las toallas, a tu entera disposición. Me hubiera encantado ver tu cara de sorpresa. Tu hermanita pequeña con una pistola en su cuarto de baño.

Estaba enfadada y se sentía culpable al mismo tiempo. Si Silvia había sido capaz de matar a un hombre, había sido sólo para ayudarla y, por lo tanto, ella era la responsable de todo cuanto estaba ocurriendo.

—¿No lo entiendes? Todo esto debería haber quedado entre Eugenio y yo. Nadie más. Si algo salía mal, sólo yo debía ser la responsable. Pero no... ¡Tú

siempre ejerciendo de madre! ¡Joder, Silvia! ¡Maldita seas!

Soltó el trapo y el revólver y se dejó caer, rendida, sobre la almohada. Sí, creía a Silvia capaz de eso, capaz de matar por ella, incluso capaz de morir. Silvia siempre se marcaba un objetivo y nunca lo abandonaba hasta alcanzarlo. Rebobinó las palabras de despedida de su hermana. Las volvió a escuchar en su cabeza, con su voz, con esa firmeza con la que se pronuncian las certezas: «Me hubiera encantado que vinieras conmigo», le había dicho, «pero no voy a insistir porque sé que pronto cambiarás de opinión. Confía en mí. Este infierno se va a acabar. Te espero en París, la ciudad de los pintores». Ahora todo cobraba tanto sentido...

Sabina no albergaba ninguna duda, había sido ella. Justo cuando había decidido llamar a su hermana para decirle que sabía lo que había hecho, sonó el teléfono.

—Buenos días. ¿Podría hablar con la señora Cifuentes, Sabina Cifuentes, por favor? —Una voz de mujer joven, edulcorada y neutra, la llamaba por su verdadero apellido. No le era familiar.

—Soy yo —se limitó a decir con desgana, pensando que si se trataba de alguna operadora de televenta, colgaría de inmediato.

—No se retire, por favor, le paso con el señor Avelino Alcaraz.

A la voz de la joven le siguió el sonido agudo de una música metálica y repetitiva, mientras Sabina, pegada al auricular, no alcanzaba a comprender a qué se debía esa llamada del despacho de su abogado, aunque intuía que a nada bueno.

Gala maullaba con insistencia delante de su plato de comida que estaba vacío. Tenía hambre. Sin apartar el teléfono de su oreja, aguantándolo con dificultad con el hombro y la mejilla, y sin que la música metálica dejara de sonar, Sabina hizo malabarismos para verter en el cuenco de *Gala* un poco de pienso de una gran bolsa de cinco kilos. La gata enmudeció de inmediato y se puso a comer empezando por los granos de pienso que habían caído al suelo. Sabina recuperó de nuevo el teléfono con su mano izquierda y estiró el cuello para relajarlo, le había dado un tirón por la mala postura. Empezaba a ponerse nerviosa por la demora cuando una voz ronca y profunda la saludó cortésmente.

—Buenos días, Sabina, ¿cómo se encuentra? Cuánto tiempo sin hablar con usted.

Sí, hacía tiempo, pensó Sabina, varios meses quizás. Al escuchar su voz reprodujo su imagen instantáneamente como una fotografía. Avelino Alcaraz era un respetable abogado, sesentón y con obesidad mórbida. Debía rondar los ciento cincuenta kilos de peso, tal vez más, era difícil de precisar. Lucía una barba canosa muy cuidada, y a su caminar lento, con miedo a perder el

equilibrio, de lado a lado, dejando balancear su generoso volumen corporal encima de unos diminutos pies hinchados, siempre le acompañaba una pipa de tabaco caro y un sombrero de paja para protegerse la calva de la severidad del sol mediterráneo. A Sabina siempre le había parecido que la imagen que ofrecía Avelino era la de un detective de las películas, más que la de un letrado. Su voz cavernosa, curtida a base de tabaco, le aportaba una dosis añadida de carisma personal.

—¡Vaya! ¡Menuda sorpresa! ¿A qué debo esta llamada?

Intentó mostrarse cortés. Estaba angustiada por la posible respuesta y se mordió el labio aguantando la respiración. Por un momento se puso en lo peor e imaginó que la policía la había relacionado de alguna manera con la muerte de Eugenio y, como su pensamiento viajaba a la velocidad de la luz cuando se trataba de elucubrar, temió por su hermana Silvia. Poco o nada había trascendido de la investigación policial, al menos que ella supiera, pero un mal presentimiento le recorrió la espalda.

—Soy portador de buenas noticias. No sabe lo que me alegra poder decir eso cuando llamo a alguien. Ya sabe cómo es mi trabajo, siempre rodeado de problemas...

—¿Buenas noticias? —se extrañó—. Si se refiere a que Eugenio, el asesino de Lola, ha muerto en su casa de un tiro en la cabeza, ya me he enterado. Esas noticias vuelan en un pueblo como éste.

—Sí, un feo asunto ése.

Sabina se lo imaginó limpiándose el sudor de la frente con un pañuelo blanco de hilo. Siempre lo tenía a mano y se lo pasaba una y otra vez por la calva y la generosa papada.

—Pero no me refería a esa noticia, aunque no me cabe la menor duda de que la muerte de Eugenio tiene relación con lo que le ocurrió a Lola. Toda esta historia se ha complicado sobremanera y me temo que lo que le voy a decir llega demasiado tarde para él.

—¿Qué ocurre, Avelino? ¿Me lo va a decir usted de una vez? —se impacientó.

—Está bien, tiene razón, a veces me da por irme por las ramas. Es la edad, ya no soy un chaval... demasiadas cosas en la cabeza. —Hizo una pausa para retomar el hilo—. La he llamado para contarle que se va a reabrir el caso del homicidio de Lola.

—¿Reabrir el caso? Pero qué sentido tiene ya hacerlo si Eugenio está muerto. Primero le absuelven y ahora que lo han matado, ¿lo quieren volver a juzgar? No entiendo nada.

—A eso me refería antes... —Al abogado le sobrevino una tos profunda que

duró unos segundos. Después se aclaró la voz y prosiguió—: Perdón, estoy acatarrado. Me matan el aire acondicionado y los cambios de temperatura. Este calor puede conmigo. No entiendo cómo hay tantos europeos que eligen España para jubilarse. Yo creo que me retiraré en Noruega, un poco de fresquito me irá bien. Se me hinchan mucho las piernas, ¿sabe? ¿Qué le estaba diciendo?

—Que van a reabrir el caso de la muerte de Lola justo ahora que han matado a ese desgraciado. Por cierto, nada de homicidio, fue un asesinato. Ese tipo llevaba años pegándola, maltratándola psicológicamente y, cuando ella decidió dejarlo y presentar los papeles de separación, le pegó un tiro en la cabeza. Eso es un asesinato, diga lo que diga un tribunal.

—Tranquilícese, mujer, no es bueno tomar esos disgustos. De eso va este asunto. —Avelino Alcaraz volvió a suspirar antes de continuar—. Han encontrado el arma con la que mataron a Lola y además hay una confesión. Un preso que cumple condena por robo con fuerza y varios atracos en la cárcel de Fontcalent, en Alicante, le ha contado a su compañero de celda que había matado a una mujer de un tiro en la cabeza cuando intentaba robarle el bolso. El compañero lo ha delatado a cambio de beneficios penitenciarios.

No podía creer lo que estaba escuchando, no daba crédito a las palabras de su abogado. No podía ser verdad que aquel hombre y no Eugenio hubiera sido el asesino de Lola. Se lo negó a sí misma y se lo negó al abogado con vehemencia. Sencillamente no podía ser cierto.

—¡Eso no puede ser verdad! ¡Es una burda mentira! ¡Se lo habrá inventado todo! Yo lo vi. Vi a Eugenio subido a esa moto llamarla zorra y apretar el gatillo de una pistola automática. Me da igual lo que diga ese tipo. Fue Eugenio, así lo dije en el juicio y así lo mantendré siempre.

—Señora Cifuentes... usted sólo pudo verle los ojos... —El abogado le hablaba con cierta benevolencia paternalista que molestó a Sabina.

—¡Es suficiente!

—No lo es y así lo consideró el jurado, parece ser que con buen criterio, pues de lo contrario hubieran condenado a un inocente a la cárcel. Ese hombre llevaba puesto un casco integral de moto y, en una situación de tensión y estrés como aquélla, no resulta nada sencillo tener la certeza de que se trataba de Eugenio tan sólo viéndole los ojos unos pocos segundos. Tal vez vio lo que quiso ver y no la culpa, créame. Su identificación no pudo ser concluyente, no podía serlo de ninguna de las maneras. ¿Lo entiende?

—¡Utilizó la mano izquierda! ¡Eugenio es zurdo! ¡Era zurdo! ¿También es una coincidencia? ¡Dígame! ¿No son demasiadas coincidencias? —Sabina empezaba a sentirse acorralada por sus propios argumentos.

—Probablemente lo sea, la vida está llena de ellas. El nuevo acusado es zurdo.

Sí, también es zurdo. ¿Sabe qué cantidad de gente es zurda en el mundo? Ni siquiera es imprescindible ser zurdo para disparar un arma con la mano izquierda. La mano derecha la estaba utilizando para sujetar el puño de la moto y acelerar en su escapada. Pero da la casualidad o no, qué sé yo, de que este tipo también es zurdo. Siento decirle que no es un dato demasiado excluyente.

—Eugenio era un maltratador, un hombre despreciable que disfrutaba pegando y humillando a las mujeres. ¡Un cobarde macho alfa que las dominaba hasta destruirlas!

—Sí, lo era, pero no mató a Lola. Ésa es la realidad. Las cosas son como son, señora Cifuentes, y la verdad sólo tiene un camino. Tal vez quien le mató quiso tomarse la justicia por su mano y ha cometido un terrible error. Pero de eso se encargará la policía. Los hechos son incuestionables. Eugenio tenía coartada y además está el arma. Ese tipo también le contó a su compañero de celda dónde la había escondido. Quería hacerse el machito en prisión. No tenía antecedentes por ningún delito de sangre hasta el momento y, probablemente, pensó que alardear de pegarle un tiro a una mujer lo convertiría en un preso respetable en prisión. Allí dentro tienen sus propias leyes. Ya se han hecho las pruebas de balística y coinciden. Fue el arma que mató a su amiga Lola. El muy idiota la había escondido en casa de su abuela nonagenaria. ¿Se imagina? Como si fuera un trofeo. A algunos deberían condenarlos por idiotas.

Al otro lado del auricular el silencio era profundo y pesado. A Sabina le dolía el pecho y tenía serias dificultades para respirar. Cerró los ojos e intentó inspirar profundamente varias veces seguidas, pero el aire se le atascaba. Si creía todo lo que su abogado le estaba contando, habían muerto dos personas inocentes y ella misma había matado a una de ellas.

—¿Sigue usted ahí? —preguntó Alcaraz.

—Sí, sigo aquí —se le escapó como un suspiro.

—Pensé que le gustaría saberlo, pero he querido tener la certeza antes de contárselo. Hace unos diez días tuve conocimiento de la confesión de ese tipo, pero necesitábamos el arma y el resultado de balística para estar seguros al cien por cien. No quería remover historias pasadas y hurgar en la herida sin estar completamente seguro. Después se consiguió la orden judicial para registrar la casa de la abuela del preso y una cosa llevó a la otra. El caso está claro y el juicio estará cantado.

—¿Hace diez días que lo sabe?

—Más o menos. Es una buena noticia, ¿no le parece? Su amiga Lola tendrá por fin la justicia que se merece y podrá descansar en paz. Supongo que usted también podrá hacerlo. Soy consciente de que muchos de los problemas que está arrastrando son por culpa de este asunto. Ya es hora de que a usted también se le

haga justicia. Siempre ha sido una víctima colateral de este delito. Lo sé porque estoy muy acostumbrado a encontrarme a esa clase de víctimas que el sistema judicial ni atiende ni reconoce. La familia, los amigos, los hijos... nadie se acuerda del daño que se les hace, el código penal no contempla ese dolor como un delito. —Se aclaró la voz con un carraspeo—. Créame, es una buena noticia. No todos los días se resuelve un homicidio. Sin duda alguna, la suerte se ha puesto de nuestro lado y eso es de agradecer, porque la suerte, señora Cifuentes, es una puta cara que no se va con cualquiera. —Alcaraz soltó una risotada que terminó en un acceso de tos—. Perdóneme el chiste malo —dijo cuando se recompuso—. Es por aderezar todo este asunto con un poco de humor. La mantendré informada. Y, por favor, no dude en llamarme cuando inaugure su próxima exposición. Me encantaría asistir. Estoy pensando en invertir en arte y tal vez me interese su obra. Que tenga usted un buen día.

No se despidió. Sabina se limitó a colgar el teléfono y acurrucarse en el sofá.

—Era un mal bicho, merecía morir de todas formas. Era un mal bicho, un mal bicho —repitió con la mirada ida—. Lo era, un ser despreciable que tarde o temprano hubiera sido capaz de matar. Seguro que lo hubiera hecho. Sí, merecía la muerte, la merecía sin ninguna duda —dialogaba con su conciencia en voz alta—. Sólo se ha hecho justicia. Justicia por todo el daño que le hizo a Lola y a otras mujeres que hubo antes que ella. Se lo merecía, se lo merecía de todas formas... —Intentaba convencerse—. Merecía la muerte, la merecía sin duda.

Guardó un silencio terrorífico y frío. No miraba a ninguna parte pero tampoco parpadeaba. Una lágrima resbaló por su rostro hasta caer sobre su rodilla. Después, sólo pronunció un nombre, Amalia, pero no logró encontrar argumentos que pronunciar en voz alta que le sirvieran para justificar su muerte. La lucha dialéctica que mantenía con su conciencia empezaba a ganarle la batalla. Estaba rendida.

Se preguntó entonces por qué el tiempo había sido tan caprichoso y cruel con ella. Diez días. Al tiempo se le había hecho tarde. Hacía diez días que Avelino Alcaraz sabía que había un nuevo sospechoso por la muerte de Lola y, sin embargo, el tiempo había jugado en su contra. Hizo memoria y contó mentalmente. Diez días atrás Amalia seguía viva y tan sólo hacía cuarenta y ocho horas que habían matado a Eugenio. Ahora Amalia estaba muerta y ella se había convertido en su asesina. También Eugenio estaba muerto, y temió por Silvia, a quien muy probablemente ella misma había empujado al abismo. Todo era un desastre, todo se había roto en mil pedazos por culpa de diez días, una diferencia de tiempo cruel. De haberlo sabido antes...

Maldijo su suerte, esa puta cara que no se va con cualquiera, esa amante caprichosa que no la quería bien. Maldijo que la vida solo fuera en una

dirección, hacia delante, y que no pudiera retroceder en el tiempo. Y rompió a llorar desbordada, desesperada y horrorizada al comprender en lo que se había convertido y, peor aún, en lo que había convertido a su hermana. La culpa le pesaba. Se sentía rota y cansada. Ya no le quedaban fuerzas.

En la calle se oían las voces joviales de un grupo de jóvenes que iban a la playa. Se escuchaba también la música de un reproductor que sonaba a todo volumen. Ellos cantaban en un inglés torpe. Las chanclas de goma golpeaban los adoquines de la calle y todo era una percusión divertida, arrítmica y despreocupada. La ciudad seguía siendo hermosa y llena de vida, colorida y amable.

Gala se lamía con insistencia su pelaje negro. Su rosada lengua, áspera y mullida, pasaba una y otra vez por la pata y con ésta se restregaba las orejas. Después de repetir su ritual de aseo, dio tres vueltas sobre sí misma y se acurrucó despreocupada a los pies de Sabina.

Sabina la miró y sintió una profunda envidia. Quiso ser gato para no sufrir el poder autoritario de la conciencia. Quiso ser joven para cantar desafinadamente en un idioma que no conocía sin temor al ridículo. Quiso ser el mar para oler a sal y ser indomable. Quiso ser reloj de arena para darse la vuelta y que el tiempo pasara del revés. Quiso ser cualquier cosa antes que ella misma. Escapar y perderse. Huir para no volver nunca más.

Sumida en un profundo estado de abandono, Sabina perdió la noción del tiempo. Se olvidó de comer, de beber y casi de respirar. En su interior había demasiadas esquinas, las mismas que ella utilizaba para esconderse como un animal asustado. Ya ni siquiera deseaba encontrar salida al laberinto que transitaba. Ya ni siquiera mirar al cielo liberaba su sensación de ahogo. Todos los laberintos de cipreses que imaginaba de niña eran a cielo abierto y, a veces, mirar hacia arriba la aliviaba. Pero ahora, su laberinto también tenía techo. No hubiera sabido precisar en qué momento del día se encontraba, si era de día o de noche, de no haber sido por la insolente luz que entraba por las ventanas. La radio la devolvía por momentos al mundo real. Las canciones pegadizas se sucedían una tras otra. Las voces de los locutores, con animación fingida, daban la hora exacta y las noticias se intercalaban cíclicamente en boletines de cinco minutos. Había un mundo ahí afuera que apenas lograba rozar su claustrofóbica existencia.

A ratos cerraba los ojos, acurrucada en el sofá. Hubiera dado cualquier cosa por dejarse ir, así, sin más, plácidamente; evaporarse por efecto de aquel calor que la asfixiaba casi tanto como los acontecimientos. Soñaba con una muerte dulce, con una liberación a su encierro. Dormir y no despertar.

Escuchó el timbre del portal varias veces, pero lo ignoró. Quien quiera que fuese insistió más de una vez, dejando que el dedo presionara el botón hasta casi fundirlo. Pero Sabina no quería hablar con nadie, no le importaba quién pudiera ser ni lo que pudiera querer. En aquel momento sólo había una persona en todo el mundo con la que le hubiera gustado hablar y ésa era su hermana Silvia. Pero Silvia no le cogía el teléfono. Una operadora respondía mecánicamente que el número marcado no estaba operativo. Lo había intentado tantas veces que finalmente había desistido. Supuso que estaría trasladando su línea de teléfono o que simplemente estaría demasiado ocupada organizando su nueva vida. No tenía otra manera de localizarla, así que se tragó las ganas de desahogarse con ella y de preguntarle qué había ocurrido aquella tarde de domingo.

Estaba ávida de respuestas, de verdades que tal vez le hicieran más mal que bien, pero necesitaba saber qué había pasado con Eugenio para que la incertidumbre no se le infectara dentro de su herida abierta. Necesitaba que Silvia le contara qué había hecho y escucharla decir que todo iría bien. Cuando ella pronunciaba esas palabras, parecían tan ciertas... De haber conseguido hablar con ella, no le hubiera revelado el secreto de la inocencia de Eugenio. No

pensaba contarle que había matado a un inocente. ¿Para qué saberlo? ¿Para qué decirle que lo que había pretendido ser un acto de justicia había terminado siendo un asesinato, que se había equivocado y que todo había sido un terrible error? Se imaginó la conversación con Silvia una y otra vez, repitiéndola en su cabeza. Le decía que la quería como nunca se lo había dicho en persona. Le pedía perdón por haber dejado que su veneno la contagiara. La abrazaba y le daba las gracias por quererla hasta el punto de haber sido capaz de matar por ella.

Debía ser tarde, porque las farolas de la calle ya se habían encendido y su luz teñía de amarillo la oscuridad de la noche, cuando aporrearon la puerta y tocaron al timbre, ambas cosas al mismo tiempo, con insistencia. Sabina entreabrió un ojo, sin intención de mover ninguna parte más de su cuerpo. Le dolían las articulaciones, se sentía entumecida y estaba casi deshidratada. *Gala*, sin embargo, se estiró y acudió a la puerta. Después de unos segundos de silencio, volvieron a aporrearla con más empecinamiento todavía, y una voz alarmada gritó desde el otro lado. Era Griselda angustiada.

—¿Señora Sabina, está usted bien? —Guardó silencio para escuchar si le respondía, pero al no percibir ningún sonido, tan sólo un par de maullidos de *Gala*, volvió a gritar—. ¡Bendito sea Dios! ¡Señora Sabina! ¡Señora Sabina! ¿Anda usted ahí? ¡Dígame algo, por favor! ¡Vino Dimitri a decirme que usted no le abría la puerta! ¿Señora Sabina? ¡Me está asustando!

La voz de Griselda temblaba por la ansiedad. Sus frases de congoja acababan en un hilo de voz, apurando el aliento. *Gala* arañaba la puerta.

—¡Lárgate, Griselda! ¡Estoy bien! ¡Aún estoy viva! ¿No puedo estar sola en mi casa sin que tengáis que hacer un drama? Dile a Dimitri que no se preocupe tanto por mí. ¡A qué viene ese ataque repentino de interés! ¡Para él sólo soy una vieja que se lo ha metido en la cama! ¡No tiene que cuidar de mí! ¡No le pago para eso! ¡Díselo de mi parte! ¡Lárgate! ¡Largaos todos de una puta vez!

Un silencio se hizo detrás de la puerta. Sabina sabía que Griselda seguía ahí porque *Gala* no había dejado de arañar el pequeño hueco que había entre la puerta y el suelo, por donde se colaba una línea de luz del rellano. Se la imaginaba con su pijama de flores y sus zapatillas fucsias, con el cabello recogido con una pinza a la altura del cogote y con la oreja pegada a la madera como una ventosa.

—¡Vete a tu casa! ¡Vete ya, Griselda, que sé que sigues ahí! ¡Lárgate!

—¿Ha bebido usted, señora? ¿Por qué no me deja entrar y le preparo una tisana para el mal de amores que se hace en mi tierra? ¡A las jovencitas les devuelve el rubor a las mejillas y en dos días les sale un novio nuevo!

Griselda había cambiado su tono de preocupación por uno maternal, casi compasivo. Pensaba que Dimitri y Sabina habían discutido y que esa relación, que a ella no le había pasado inadvertida, era la causa de aquel estado. Ella era una mujer observadora y, aunque nunca le había comentado nada a Sabina, por prudencia y porque no pensara que se metía en lo que no le venía a cuento, sabía que entre el chico y la señora había juegos de sábanas. Incluso les había escuchado alguna vez y hasta Roberto había puesto cara de circunstancias cuando los jadeos se colaban entre los muros de aquella casa vieja.

—¡Seguro que le hace bien y mañana está como nueva! Hay mucho hombre suelto, señora, no vaya usted a amargarse por un jovencito por muy guapo que sea. ¡Dele *chanclita* y búsqese un hombre de verdad! ¡Que ya no está usted para criar!

Griselda no aprobaba que una mujer que le duplicaba la edad metiera en la cama a un chico que podía ser su hijo, pero entendía que Sabina estaba muy falta de afecto, especialmente después de lo ocurrido con Roberto. En el fondo la compadecía y buscaba excusas para no juzgarla severamente. Le ganaba el cariño.

—¿Mal de amores? —Sabina escupió una carcajada aislada y cínica—. ¡Ja! ¡Tiene gracia! ¡Joder, Griselda, no sabes cómo te envidio! Eres tan inocente, tan buena gente...

—Sí, señora, lo que usted diga, pero hágame el favor de abrir.

—¡Lárgate! ¡Estaré bien! ¡Quiero estar sola! ¡Sólo quiero estar sola, joder! ¿Tanto te cuesta entenderlo? No quiero ser desagradable contigo, así que por favor, déjame...

—Está bien, está bien... ¿Saben lo que dicen en mi tierra? «A burro muerto, la cebada al rabo.» Ya no le dé más vueltas y duerma un rato. Con el sol en lo alto las cosas se ven mejor, mi mamá siempre me lo decía. ¿Me promete que estará bien?

—Te lo prometo... —contestó Sabina arrastrando las palabras.

—Intente descansar. Estaré abajo si me necesita. Que Dios la meza en sus sueños.

Escuchó las chanclas de sus zapatillas de estar por casa golpearle rítmicamente los talones mientras bajaba los escalones. Segundos después, la luz del rellano se apagó y los cerrojos de la puerta de Roberto sonaron metálicamente. Sabina volvió a cerrar los ojos y repitió mentalmente lo que Griselda le había deseado, que Dios la meciera en sus sueños.

Pensó en Dios, que se le antojó despótico y caprichoso, autoritario y nada compasivo, tan injusto como el propio sistema que la había desamparado. De haber pensado así de niña se hubiera sentido profundamente culpable, temerosa

de que Dios la castigara por irreverente, pues sabía que Él espiaba todos los pensamientos, especialmente los de las niñas que no hacían caso a las monjas. Eso le habían contado en el colegio. Dios lo sabía todo, lo escuchaba todo y nada podías esconderle, era un esfuerzo inútil.

Pero Sabina ya no era una niña de trenzas a quien limitar sus ideas con una mirada severa y una regla golpeando el pupitre. Las monjas que antes le daban miedo ahora despertaban en ella cierta compasión. Eran las víctimas de una mentira repetida tantas veces que ellas mismas habían tomado por verdad. Ya no se sentía culpable por pensar de esa manera. Ya no le tenía miedo a Dios, a ese ser todopoderoso que ni siquiera tenía claro que existiera. La duda le era más cierta que la propia existencia de un Dios tan permisivo con la injusticia. Ya no había golpes con la regla en el pupitre, ya no había monjas intimidando, ya no creía en los castigos divinos.

La vida había sido con ella mucho más severa que cualquiera de las monjas del colegio, que cualquiera de los castigos que Dios pudiera imponerle y, sin embargo, nunca había encontrado la benevolencia divina, a pesar de sentir que la merecía. Nada le parecía justo ahora, ni lo humano, ni lo divino. Nada había guardado equilibrio en su vida, especialmente la balanza de la justicia, y no encontraba explicaciones que satisficieran las preguntas que se tropezaban con su sentido espiritual.

De repente se acordó de Dimitri. Era curioso, no había barajado su nombre como uno de los sospechosos de la muerte de Eugenio hasta ese momento. Se preguntó qué sería capaz de hacer ese chico por dinero, pero, pensándolo bien, Dimitri hacía casi tres días que no subía al ático y no hubiera podido volver a poner el revólver en su sitio.

Sonó el teléfono, interrumpiendo esa elucubración que no la llevaba a ninguna parte. Sabía que era estéril, pero no podía evitarlo. Dejó que sonara. Lo hizo hasta en cinco ocasiones, cinco timbres, uno detrás de otro, pero Sabina esperó, sin descolgarlo, a que de nuevo el teléfono se quedara mudo. Después, cayó en la cuenta de que podía ser Silvia y el corazón le dio un vuelco. No había mirado el identificador de llamadas. Entonces echó un vistazo al reloj de la cocina: pasaban veinticinco minutos de la medianoche y ya estaban recogiendo las mesas y las sillas metálicas de las terrazas de los bares de la calle. Suspiró, sabía que su hermana no la hubiera llamado a esas horas.

—Ya es miércoles... —susurró—. Un día más... Un total de dieciocho meses y un día sin salir de esta casa, como una condena, como una delincuente... Mi cárcel particular, mi encierro, mi pena...

El teléfono volvió a sonar. El murmullo de la radio se apagaba ante su estridencia. *Gala* abrió los ojos, importunada. Sabina lo volvió a dejar sonar.

Cogió uno de los cojines del sofá e intentó ahogar aquel agudo sonido tapándose los oídos. Seguro que era Griselda, o tal vez Dimitri, y no quería hablar con ninguno de los dos. Cuando enmudeció de nuevo, le dio una patada y cayó al suelo provocando un gran estruendo.

—¿Quién coño quiere salvarme a estas horas? —vociferó para que pudiera escucharla Griselda desde su casa, por si era ella—. ¿Eh? ¿Eres tú? —Seguro que estaba muy atenta—. ¡No son horas de salvar a nadie! ¿Me oyes? ¡Ya es tarde! ¡Mañana temprano también será tarde! ¡Ya nada importa! ¡Es demasiado tarde para todo!

Desde la calle alguien la increpó:

—¡Cállate, borracha, y vete a dormir la mona! —Y unas carcajadas se alejaron por el fondo del callejón hasta la iglesia, mientras alguien golpeaba con el pie una botella de cristal que rodó por el asfalto.

Los pitidos de las señales horarias anunciaron en la radio que eran las doce y media de la noche. El último boletín de noticias abrió con una última hora:

«Detenido un hombre como presunto responsable del disparo que ocasionó la muerte a un vecino de Peñíscola, el pasado domingo, mientras se encontraba en su casa. Se trata de un ex-coronel del ejército retirado, afincado en esta localidad. El detenido, que ha pasado esta misma tarde a disposición judicial, era el futuro suegro de la víctima, el padre de su pareja sentimental, también fallecida hace una semana y con la que tenía intención de contraer matrimonio. Ninguna otra información ha trascendido al respecto y sigue decretado el secreto de sumario. El trágico suceso ha conmocionado a esta tranquila ciudad costera.»

Le siguieron las noticias de economía, el clima y el estado de las playas, como si todo tuviera la misma importancia. El locutor se despidió hasta el día siguiente, deseando a su audiencia una buena noche y dejándoles en compañía de la mejor música del momento y de todos los tiempos.

A Sabina la noticia no la pilló por sorpresa. Si alguien era consciente de cuánta conmoción había causado la muerte de Eugenio, ésa era ella más que nadie en todo el pueblo. Qué sabían ellos de conmoción. Sabina era una experta. En ese abismo en el que andaba metida últimamente, nada parecía salir bien y todo era siempre susceptible de empeorar, de enredarse sobremedida. Los acontecimientos habían anestesiado ya su capacidad de sorpresa. Por eso, casi le resultó previsible que hubieran detenido al padre de Amalia como presunto asesino de su futuro yerno, convirtiéndose en una víctima colateral más de su cadena de errores, igual que lo había sido Silvia.

Empezó a sentir un hormigueo por las piernas. Cuando conseguía mantener

los ojos abiertos, a intervalos de segundos interrumpidos, se le nublaba la visión. Tenía la lengua gorda y áspera, pegada al paladar. Cerró de nuevo los ojos y quiso abandonarse, dejarse ir, pero sus reflexiones obsesivas no se lo permitieron.

Todavía no había conseguido apartar sus cíclicos pensamientos para conciliar el sueño cuando escuchó una llave en la cerradura de su casa. No tenía fuerzas para levantarse. No tenía ganas de gritar. Sencillamente le traía sin cuidado quién pudiera ser y lo que pretendiera. Con un par de vueltas se abrió primero el pestillo de seguridad que estaba en la parte superior de la puerta, y un sonido tintineante la hizo entender que alguien buscaba en un llavero, la que abría la cerradura principal. Su pensamiento era lento, adormilado, casi en blanco y negro, como una película antigua, espeso y torpe. Aún no había logrado adivinar quién tenía llaves de su casa, quién podía ser, cuando ya habían abierto la puerta. Eran Lucas y Griselda.

—¡Ay Señor mío! ¡Se lo dije! ¡Virgencita me la cuide! —suplicó Griselda con las manos dispuestas para el rezo, con los dedos entrelazados, mirando al techo en una plegaria improvisada, al ver a Sabina en aquel estado lamentable, tirada en el sofá.

Lucas no pronunció ni una palabra. Griselda lo había sacado de la cama, alarmada por el estado de Sabina, y había requerido su presencia porque sabía que él tenía una copia de las llaves de la casa. Cariacontecido, se acercó y le tomó el pulso. Su corazón latía con desgana y estaba empapada en sudor frío. La piel de su rostro estaba mortecina y sus labios agrietados. Tenía los ojos vidriosos y amarillentos, habían perdido la vida, como ciénagas putrefactas que sólo esconden restos de muerte.

Lucas le retiró el pelo sucio del rostro y le sujetó la cabeza con sumo cuidado.

—Griselda, trae un vaso de agua. ¡Está deshidratada!

Griselda zarandeo su trasero con gracia de un lado a otro, acelerando el paso. Cogió un vaso que estaba sobre el escurridor del fregadero y lo llenó generosamente con agua del grifo.

—Tome, señor Lucas. Menos mal que le hice venir. Ya sabía yo que algo no andaba bien. La señora estaba como ida... El mal de amores puede ser un mal bicho.

Sabina abrió los ojos y le dedicó una sonrisa débil y cómplice a Lucas.

—Toma, *mon amour*, bebe despacio. —Tomó un sorbo, sin que Lucas le retirara la mano de su cuello, sujetándola. Después volvió a beber otro más—. Despacio. Poco a poco. ¿Cuánto tiempo hace que no bebes?

Le hablaba con palabras de terciopelo, con caricias en forma de letras, con

miradas de mensajes no pronunciados.

—*Oh! Ma petite fille!* ¿Cuándo vas a dejar de sufrir de esta manera?

Cuando Sabina hubo apurado el último sorbo, Lucas dejó reposar su cabeza sobre un cojín del sofá, con delicadeza, como si fuera la de un bebé. Le devolvió el vaso vacío a Griselda, que observaba la escena absorta.

—Toma, llénalo otra vez y ponle al agua un par de cucharadas de azúcar, *s'il te plaît...* O mejor, mira en la nevera a ver si hay alguna bebida isotónica.

Al abrir la nevera, las botellas de la puerta tintinearón y la luz iluminó con timidez la estancia.

—Sí, anda, enciende también la luz. Esta casa parece una cueva.

Griselda torció el gesto. No le gustaba que Lucas no hiciera más que darle órdenes. Al fin y al cabo, si alguien se había preocupado por Sabina había sido ella y no era justo que sólo la tratara como a una sirvienta. Eligió un bote de Acuario del fondo de la repisa de la nevera y, de camino al sofá, le dio al interruptor.

—Aquí tiene. ¿Algo más manda el señor? —preguntó con malestar, mientras le daba el refresco a Lucas. Se cruzó de brazos con gesto digno, levantando sus enormes pechos. Lucas captó el mensaje.

—Muchas gracias, Griselda. No sé qué hubiéramos hecho sin ti. Eres un ángel de la guarda.

—Bueno, bueno, tampoco vaya usted a exagerar... Si ya es difícil ser persona, imagínese usted ser un ángel —Las palabras la halagaron, y en un segundo disiparon su ofensa—. Empaparé un trapo y le pondré unas compresas frías en la frente.

—Estoy bien, ¿a qué debo tanto alboroto? —consiguió decir Sabina, algo más recuperada—. Sólo quería dormir un poco.

Lucas levantó la anilla del refresco, que emitió un chasquido refrescante, y se lo ofreció.

—Toma, te hará bien. Está fresquito. Necesitas minerales. Estás casi deshidratada.

—Sólo estoy un poco débil. Es este calor... —Bebió con avidez.

—Estas cosas no hay que tomárselas a broma, ¿sabes? —El tono de Lucas era de enfado, de un enfado severo pero dulce, sin su acento francés. Mientras la regañaba, le mesaba el cabello con los dedos de la mano—. Tú y yo vamos a tener que hablar seriamente. Me preocupas...

Griselda escurría un trapo que había empapado con el agua del grifo del fregadero mientras escuchaba la escena, observándola de reojo, como si fuera una telenovela. Se le encogió el corazón al palpar en el ambiente el amor que Lucas destilaba.

—Qué bien la quiere usted, señor Lucas. Eso es lo que la señora necesita, alguien que la sepa querer de verdad. Un hombre de verdad que la cuide y no le dé mala vida. —Hizo una pausa y se llevó la mano a la boca como si se le hubiera escapado algo impropio que intentó rectificar—. Cuando digo un hombre de verdad, usted no se me moleste. Ya sabe lo que quiero decir. Lástima que... ya sabe... vamos, que no le guste a usted el pescado.

Griselda se había puesto colorada. Se sintió acorralada en sus propias palabras sin saber muy bien si la explicación había resultado ofensiva. Lucas sonrió y le hizo un gesto de despreocupación con la mano, que resultó ser intencionadamente amenerado.

—Déjate de pescados y trae ese trapo, mujer.

—Tienes razón, Griselda. Lo que se ha perdido el género femenino —acertó a decir Sabina intentando mostrarse algo cómplice—. Ya quisieran muchos que van de machos ser la mitad de hombre que él. —Lucas sonrió.

Todavía ruborizada, Griselda caminó pudorosa con la mirada gacha y le dio el trapo húmedo. Lucas se lo pasó con cuidado a Sabina por el cuello, la nuca y las muñecas, para refrescarla. Después lo dobló como una compresa y lo colocó sobre su frente.

—En unos minutos estarás mucho mejor.

—Bueno, si ya no les soy de utilidad, servidora se marcha a casa —anunció Griselda—. El señor Roberto estará preguntándose qué está pasando aquí arriba y no quiero que se me altere. Es tarde. —Señaló el reloj de la cocina—. Con Dios.

—Que descanse usted, *madame*. —Le hizo un gesto reverencial con la cabeza y Griselda volvió a sonrojarse de nuevo. Nunca la habían llamado así. Le sonaba muy bien, con clase—. *Merci beaucoup*.

Satisfecha por el cumplido, con los ojos alegres, cerró la puerta sin desdibujar la sonrisa de sus labios, y de nuevo el sonido de sus chanclas golpeando sus talones mientras bajaba los escalones se perdió por el hueco de la escalera.

—¿Y *Dalí*? —preguntó Sabina cuando se supo a solas con Lucas.

—Está en casa. Está bien. Me lo está destrozando todo, pero qué le vamos a hacer... Creo que te extraña. Quedamos en que te lo traería mañana, pero he tenido que salir a toda prisa en mitad de la noche porque Griselda me ha llamado. Estaba preocupada por tu estado. Dice que no le abrías la puerta. De camino te he estado llamando por teléfono desde el móvil, pero tampoco me lo has cogido —le reprochó.

—¡Ah! ¿Eras tú? —Sabina hablaba tumbada en el sofá, con los ojos cerrados y la compresa húmeda en la frente. Lucas estaba sentado a su lado.

—¿Quién iba a ser, si no? ¿El presidente del Gobierno?

—Pensé que era Griselda...

Se hizo un silencio. Ninguno de los dos sabía por dónde empezar la conversación. Sabina ni siquiera tenía claro si en realidad quería hablar con Lucas de todo lo que se guardaba dentro o si, por el contrario, prefería hacer más alto el muro que lo resguardaba. Pero igual que el mar embravecido no puede estarse quieto y siempre termina por desbordarse, de la misma manera, al silencio contenido de Sabina le siguió el llanto.

—Eh... ¿pero qué te pasa? —susurró amorosamente mientras la abrazaba. A Sabina le sorprendió que incluso de madrugada Lucas oliera tan bien—. Ven a aquí con el tío Lucas, llora si quieres...

—He hecho algo horrible, Lucas, horrible... —sollozó desconsolada—. Soy una persona horrible...

—No lo creo —le dijo mientras le daba palmaditas en la espalda—. Para mí eres la persona más buena de este mundo. La mejor amiga de sus amigos.

—No es verdad...

—Sí lo es.

—Lo dices porque no sabes lo que he hecho.

Sabina se había escondido entre su cuello y su melena rubia, y se sentía a gusto en aquel lugar cálido y perfumado. Lucas la separó unos centímetros de su cuerpo. Volvió a retirar el pelo sucio de la cara y la miró a los ojos.

—¿Te refieres a lo de Amalia? —Los ojos de Sabina dibujaron dos círculos perfectos. Estaba atónita—. No me pongas esa cara. Sé para qué sirve eso que guardas en la nevera. No eres mujer de tratamientos de belleza. ¿Para qué te ibas a hacer tú uno, si no sales de esta casa? —repuso Lucas con una tranquilidad pasmosa—. Leí tus notas. Sí, esas que guardas en el cajón de la cocina. Apuntes sobre venenos. Casualmente esa toxina es mortal y figura subrayada de tu puño y letra en esos papeles. Días después muere Amalia de una extraña crisis que los médicos no supieron explicarse y tú me preguntas si le han hecho la autopsia... No soy el hombre más listo del mundo, pero no hace falta ser muy inteligente para atar cabos. Sé lo que pasó con Amalia, o al menos lo intuyo. —Ella no se lo negó.

—¿Desde cuándo lo sabes? —le preguntó sin borrar la expresión de sorpresa de su rostro.

—¡Qué más da! Lo sé y no te culpo por ello.

—Pero... —Lucas no le dejó terminar la frase. Le puso el dedo en los labios para que no continuara y emitió un sonido silbante.

Aquella noche había luna llena. La de Peñíscola era la más bonita del mundo. Desde la ventana del ático de Sabina, se reflejaba en el mar en calma con insolencia e iluminaba el Castillo que parecía imperturbable. La noche no podía

ser oscura porque su luz no la dejaba. El pelo rubio de Lucas parecía blanquecino, envejecido, y su pálida piel, de porcelana antigua, quebradiza. Su imagen tenue era casi fantasmagórica. La mirada llena de preguntas de Sabina le pesó demasiado y se levantó del sofá. Fue hacia la cocina y abrió un cajón donde ella guardaba el pan de molde.

—Eso no te convierte en una mala persona —continuó argumentando—. Yo no lo creo. ¿Cuánto tiempo hace que no comes? Te prepararé algo para que cojas fuerzas. ¿Te gusta con margarina?

Sacó de la nevera un paquete de jamón cocido medio abierto. Las lonchas estaban oscuras y reseca por las puntas. Sabina no dijo nada y Lucas interpretó su silencio afirmativamente. Con un cuchillo untó, con un movimiento de derecha a izquierda, una rebanada de pan de molde, colocó un par de lonchas de jamón encima, después de olisquearlas para asegurarse de que estaban en buen estado, y cerró el sándwich con otra rebanada de pan. Lo sujetó con un trozo de papel de cocina y volvió al sofá.

—Toma, necesitas comer.

Sabina lo cogió pero ni siquiera se lo llevó a la boca. Lo dejó sobre el brazo del sofá. Fue *Gala* la que, irresistiblemente atraída por el aroma del jamón cocido, se acercó con instintos depredadores.

—Como te decía, en realidad creo que eres la persona más valiente que he conocido nunca. Te lo digo en serio. Hay que tener mucho valor y querer mucho a alguien para hacer lo que tú hiciste. ¡Come! —Le señaló el sándwich con la mirada.

—No tengo hambre... —*Gala* había arrancado un trozo de jamón cocido que sobresalía del borde del sándwich y se lo estaba comiendo, relamiéndose de placer, en una esquina del salón.

—Bueno, prométeme que luego te lo comerás. —Asintió con la cabeza. Lucas dio por buena la promesa y prosiguió—: Pues eso, que al principio no podía creerlo. ¡La frágil Sabina Lamer! ¡La artista! No creí que fueras capaz... ya sabes, de eso —explicó gesticulando para evitar pronunciar la palabra matar—. A veces te he sentido tan desvalida que hasta he temido que... —La mirada se le fue hacia el infinito y después de un par de segundos de silencio, continuó como si hubiera tenido una revelación—: Pero luego lo entendí todo, lo vi tan claro como esa luna que está ahí afuera. Sé que lo hiciste por Lola, por hacerle justicia, para que Amalia pagara por sus mentiras, las que permitieron que su asesino quedara libre de toda culpa y se paseara por Peñíscola como si nada. Y, por qué no decirlo, también para hacerte justicia a ti, a toda la gente que la queríamos, a mí... No te sientas culpable, Sabina, yo sé que lo hiciste por Lola y tu secreto está a salvo conmigo. Lo encuentro tan heroico...

Lucas hablaba con sosiego, casi con fascinación, como si cada una de sus palabras hubieran sido tamizadas cientos de veces en su cabeza hasta recibir la aprobación antes de ser pronunciadas. A Sabina le produjo cierta inquietud escucharle hablar de aquella manera, pero dejó que continuara.

—Por eso mismo entendí que mi actitud había sido la de un egoísta. Lola también era mi amiga, trabajaba conmigo, la conocí antes que tú incluso. Durante muchos años compartimos tantas horas juntos, tantas cosas... Y, sin embargo, no fui capaz de hacer nada por ella.

Gala había conseguido robar el resto del jamón cocido del sándwich sin que nadie se percatara y daba buena cuenta de él, agazapada en un rincón, ajena por completo a la conversación.

—¿Y qué ibas a poder hacer tú? Además, hay cosas que...

—¡Lo que hiciste tú, por ejemplo! ¿Te parece poco? —la interrumpió justo cuando pensaba contarle que Amalia era inocente—. ¡No dejar que todo quedara impune! ¡Darle a los culpables el castigo que se merecían! ¡Ese monstruo mató a Lola a sangre fría!

Lucas había abandonado su estado de inquieta calma y agitaba los brazos dando pasos de un lado a otro del salón. Después, recobró una frialdad impropia en él. Se sentó muy cerca de Sabina y, casi al oído, con un susurro escalofriante, le hizo una confesión.

—Por eso, lo que no pude hacer por ella, por cobardía, por falta de agallas, qué sé yo, lo hice por ti, *ma petite fille*...

—¿De qué estás hablando, Lucas? ¿Qué es lo que has hecho por mí? —preguntó con un nudo en la garganta. La mirada de Lucas le daba miedo y estaba aterrada ante la posible respuesta.

—Yo me encargué de Eugenio la tarde del domingo. Sabía que era tu segundo objetivo, lo tenías anotado en los papeles, y supe que sufrías por no poder hacerlo. Un día entré en tu baño y, al ir a coger una toalla del armario, encontré el revólver. ¡No sabes cómo me sorprendió! —exclamó entusiasmado y con una sonrisa maquiavélica—. Creo que no te juzgué adecuadamente. Ya sabes, una cosa es envenenar a alguien y otra muy distinta, hacerte con un arma para matar. Pero no necesité saber nada más, entendí cómo pensabas hacerlo y supe en aquel preciso instante que debía ser yo quien lo hiciera por ti, acabar lo que tú, tan hábilmente, habías iniciado. Sencillamente lo hice, y guardé el arma de nuevo en el armario cuando vine el lunes a verte y a contarte que Eugenio había muerto.

El rostro desencajado de Sabina era una mezcla de horror y sorpresa. No daba crédito a lo que estaba escuchando. Lucas le estaba confesando allí mismo que había sido él quien le había pegado un tiro en la cabeza a Eugenio. No podía creerlo. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza que pudiera haber sido él, ni

por un instante.

—No me pongas esa cara. ¿No era eso lo que querías? Ahora ya no puede hacerte daño. Ahora Lola puede descansar tranquila. Tenía tanto miedo de perderte a ti también que no podía soportar que te pudieras aquí dentro mientras ese indeseable tomaba el sol en la playa. Hice lo que tenía que hacer.

—Creí que había sido mi hermana Silvia... —acertó a decir—. No pensé que tú...

No sabía qué sentir. Se debatía entre el alivio, al saber que su hermana era totalmente inocente, y la culpabilidad por haber inducido indirectamente a que Lucas hiciera lo que había hecho.

—¿No me creías capaz, verdad? —preguntó con cierta ofensa—. Sí, lo sé, para todo el mundo soy ese maricón loco, frívolo y despreocupado que sólo piensa en llevarse jovencitos a la cama. ¡Un patético cincuentón amanerado! No te lo reprocho, solemos ser esclavos de nuestro personaje y, a veces, el personaje se come al ser humano. —Suspiró sonoramente—. Además, al principio yo tampoco estuve seguro de poder hacerlo. De hecho, el primer tiro, esa bala que la policía encontró en el techo, fue un intento fallido. Nunca antes había disparado un arma.

—Pero Eugenio...

—¡Eugenio era un asesino de mujeres! ¡Un maltratador que había quedado impune una vez tras otra! ¡Como otros tantos! ¿Qué clase de justicia es esa? Era un cobarde. ¡Un gallito con las mujeres pero un puto cobarde delante de un maricón armado! —La rabia le salía a borbotones en cada palabra—. El mismo que siempre me había mirado con desprecio, con asquerosos ojos homófobos, me suplicó por su vida mientras me juraba que era inocente. Pensé en ti en aquel momento, Sabina. Lo que hubiera dado porque hubieras estado allí para presenciar la patética escena de Eugenio meándose de miedo en los pantalones.

Sabina apartó la mirada, no podía soportar el relato. No podía evitar imaginar la escena, espeluznante y trágica. Escondió la cabeza entre sus rodillas, sujetándosela con ambas manos y dejando caer su pelo para que le cubriera el rostro. Le iba a estallar la cabeza. Lucas se mostraba tan orgulloso de haber matado a Eugenio, tenía tan asimilada la justificación de aquella ejecución, que se sintió incapaz de decirle que tanto Amalia como Eugenio eran inocentes de la muerte de Lola y que los dos, tanto Lucas como ella misma, se habían convertido en dos asesinos, dos torpes justicieros que ni siquiera habían sabido tomarse la justicia por su mano sin equivocarse. Sintió que el mundo se hundía a sus pies.

—¿No vas a decir nada?

Le miró a los ojos. No supo qué responder. Decirle toda la verdad hubiera

terminado por destrozarlo y tampoco podía culparle por algo que ella misma había pensado hacer.

—Han detenido a un hombre inocente. Lo han dicho en las noticias. El padre de Amalia ha pasado a disposición judicial. ¿Y si lo condenan? ¿No pesará eso sobre tu conciencia?

—No lo harán, no pueden encontrar pruebas contra él. Si no condenaron a Eugenio, ¿cómo van a hacerlo con un hombre inocente? Seguro que lo acaban soltando.

Ningún atisbo de remordimientos asomaba en la mirada de Lucas, más bien todo lo contrario. Había una satisfacción implícita en sus palabras, que relamía una a una, y parecían saberle dulces. Pero sus ojos buscaban la aprobación de Sabina, el visto bueno a cuanto le había contado y ella se lo dio. No supo qué otra cosa hacer.

—Gracias por no contarle a nadie que yo maté a Amalia. Gracias por hacer justicia con Eugenio. —Esas palabras le supieron amargas sabiendo todo cuanto sabía, y tuvo que tragar saliva para poder continuar—: Sé que todo esto ha sido horrible, una pesadilla, un agujero negro que ha terminado por tragarnos a todos. Sólo quiero que termine de una vez...

—¡Pero ya ha terminado! ¡Amalia ha muerto! ¡Eugenio también! ¡Y nadie podrá relacionarme con esa muerte! ¡Es perfecto!

Sabina lo abrazó. No sabía qué más podía decirle, tan sólo que le quería, que el amor estaba siempre por encima de los errores humanos, de los defectos, de las equivocaciones. Que el amor tiene inmunidad pero es frágil, como todas las cosas importantes de la vida. Que a veces el amor te salva, pero otras, también te condena. Le dijo todo eso sin decir nada, con un abrazo, apretándolo fuerte contra su pecho, para sentir su corazón y oler su perfume.

—Debes irte. A *Dalí* no le gusta estar solo en casa de noche. Si se pone nervioso, puede destrozarte los muebles. Estaré bien. —Fingió una sonrisa—. A partir de ahora siempre estaré bien. Te lo prometo.

Lucas no había borrado de su cara la expresión de satisfacción, parecía tenerla tatuada. Vació sus pulmones con un suspiro complaciente y se despidió.

—*Madame*. —Le hizo una reverencia exagerada—. Mañana por la mañana vendré a verte y a traerte a esa fiera que tengo por ahijado. Si quieres me quedo a comer y brindamos. ¿Te parece bien? ¡Ah! Y ya me contarás cómo han quedado tus líos con el ruso. ¡Tenemos tanto de qué hablar! Y date una ducha, estás hecha una piltrafa. ¡Mañana lo celebramos todo! —Lucas estaba pletórico.

—Perfecto. Te espero mañana. A partir de hoy empieza para nosotros una nueva vida. Te quiero, Lucas, te quiero mucho...

—*Au revoir! Je t'aime!*

Al cerrar la puerta, pudo escuchar el silencio vacío de excusas, el silencio que siempre desnuda obscenamente a la realidad. Sabina estaba tranquila. Por primera vez en mucho tiempo sabía qué era lo que tenía que hacer. No dudó. No se cuestionó. No pensó en círculo, ni tuvo que agitar sus pensamientos para ponerlos en orden. En su cabeza vio la luz del faro que guía a los barcos en plena tormenta hasta la orilla. El mismo faro que había pintado en su cuadro, sobre las piedras del acantilado.

Abrió el último cajón de la cocina donde guardaba algunas herramientas de bricolaje. Allí tenía también una vieja libreta. La abrió por la mitad y, con el bolígrafo que prendía de un imán en la puerta de la nevera, comenzó a escribir:

«Me llamo Sabina Cifuentes. Escribo esta nota para declarar ante quien corresponda, que soy la única y exclusiva responsable de la muerte de Eugenio Santamaría, asesinado en su domicilio el pasado domingo.

Amparada en mi trastorno de agorafobia, diagnosticado por mi psiquiatra, la doctora Fátima Durán, hace año y medio, salí de casa la tarde del pasado domingo sin que nadie tuviera conocimiento de ello. Supe que nadie sospecharía de mí, debido a mi trastorno conocido por todos, cuando, en realidad, hace semanas que he mejorado y puedo entrar y salir con normalidad. Mi enfermedad iba a ser mi coartada.

Con un arma que le sustraje a mi vecino Roberto, quien no tiene ninguna implicación en este asunto, una Smith and Wesson 60, fui hasta la casa de Eugenio, con la excusa de poder hablar de nuestras diferencias. Él me dejó entrar y entonces fue cuando le amenacé con el arma y disparé dos balas. La primera de ellas quedó incrustada en el techo como resultado de un disparo fallido y, como saben, la segunda le causó la muerte.

Lo hice porque buscaba justicia. Creí que Eugenio Santamaría era el asesino de mi amiga y también su esposa, María Dolores Semprún, asesinada hace dos años en plena calle, de la misma forma que él murió, de un tiro en la cabeza.

Eugenio fue juzgado por aquel crimen y resultó absuelto, pero yo siempre tuve la certeza de que era culpable, un culpable que había logrado escapar de la justicia. Esa idea me ha atormentado durante todo este tiempo hasta el punto de llegar a trastornarme profundamente y llevarme a enfermar.

Recientemente supe por mi abogado, el señor Avelino Alcaraz, a través de una llamada telefónica, que el verdadero asesino de María Dolores Semprún había confesado y que la policía había hallado pruebas suficientes para reabrir el caso. Sólo entonces supe que había asesinado a un hombre inocente, que había cometido un terrible error. Me di cuenta de que la solución no pasaba por tomarme la justicia por mi mano, porque ese error me había convertido a mí en otra asesina, al precio de una vida inocente. Pero cuando comprendí eso, ya era demasiado tarde para subsanarlo. Las noticias de la evidente inocencia de Eugenio llegaron poco después de haberlo matado y ya nada más que esta confesión podía hacer al respecto.

Quisiera que esta declaración por escrito tuviera todos los efectos legales necesarios para exculpar a cualquier otra persona que la policía pudiera relacionar con estos hechos. Todo lo ideé yo sola, sin ayuda de nadie más. Todo lo ejecuté personalmente, sin que ninguna otra persona tan siquiera tuviera conocimiento de lo que tenía pensado hacer.

Y así lo hago constar libremente, estando en posesión de mis plenas facultades.»

Extendió al final del texto una firma formal, la que utilizaba en los documentos oficiales, y debajo de ella escribió el número de su documento nacional de identidad. Leyó el texto de nuevo, serena. Quería estar segura de que con sus

palabras exculpaba por completo a Lucas, si es que en algún momento la policía encontraba alguna pista que pudiera relacionarlo con todo lo sucedido. Después de leerlo dos veces más con todo detenimiento, le dio el visto bueno.

Se preguntó si debía mencionar a Amalia. Lo pensó unos segundos y llegó a la conclusión de que resultaba estéril causarles más dolor a sus padres. Ya nada se podía hacer por ella y Sabina pensó que siempre era más reconfortante creer que una hija ha muerto de una fatal enfermedad que no de un terrible envenenamiento. Aquella verdad obviada resultaba menos dolorosa, una omisión balsámica, y por eso decidió no mencionarla. No quería causar más daño a nadie.

Le hubiera gustado poder explicarse algo más. Decir que no buscaba venganza sino justicia. La venganza le sonaba a traición y a rencor, mientras que la búsqueda de la justicia era legítima, algo que le pertenecía por derecho y que le habían arrebatado. Ahora sabía que estaba equivocada. Hubiera querido explicar que se había sentido desamparada y desprotegida, casi tanto como su gata *Gala* el día que la encontró tirada en la basura como un desperdicio. No buscaba excusas que justificaran lo que había hecho, sino explicaciones a por qué un día había decidido hacerlo. Pero no escribió ni una sola palabra sobre eso. Ahora que ya era demasiado tarde para todo, había aprendido que la muerte no tiene grises porque siempre es negra.

Arrancó la hoja de la libreta y la puso en la puerta de la nevera con un imán. Apagó la radio que apenas era un murmullo inaudible. Después, se cercioró de que *Gala* tenía agua y comida suficientes. Cogió ambos cuencos, uno con cada mano, y los llevó hasta su cuarto. La gata la seguía, sin comprender muy bien por qué cambiaba de lugar su comida. No le gustaban los cambios. Los dejó con cuidado justo a los pies de su cama.

Sobre la colcha de verano seguía el arma de Roberto, con las tres balas fuera del tambor, esparcidas sobre la cama. Con la mano derecha cogió las balas y con la izquierda el revólver. Se aseguró de que *Gala* estaba dentro de la habitación, olisqueando el pienso que se le antojaba extraño fuera de su sitio, y cerró la puerta, dejándola dentro.

De camino al salón, miró de reojo el reloj de la cocina. Casi eran las tres de la madrugada. Fue hacia la puerta y la abrió levemente, dejándola entornada para que nadie tuviera problemas para entrar en su casa. Después se sentó en una de las sillas del salón y colocó sobre la mesa el revólver y las balas. El impacto del metal contra la madera sonó contundente y *Gala* comenzó a arañar la puerta y a maullar exigiendo salir del dormitorio.

—Esto es lo que vamos a hacer, Sabina —se dijo en voz alta—. El azar decidirá si por lo que has hecho mereces la muerte o si, por el contrario, tu condena de dieciocho meses y un día presa del miedo aquí encerrada, es

suficiente para pagar por ello.

Abrió el tambor de la Smith and Wesson y colocó la primera bala en uno de los negros círculos vacíos. Después hizo lo mismo con la segunda, pero dejando un hueco entre ambas. Repitió la operación con la tercera, respetando otro espacio, de tal manera que el tambor con capacidad para cinco balas intercalaba una bala con un hueco vacío, en una proporción de tres contra dos. Cerró el tambor con un golpe seco.

—Hay tres balas en un cargador de cinco. El destino decidirá por ti y ésa será la decisión definitiva. Ésa será tu sentencia.

No era una mujer de números, así que no se molestó en calcular qué porcentaje de posibilidades tenía de que al disparar el arma, lo hiciera mortalmente, aunque era evidente que la muerte tenía más probabilidades que la vida en aquella ruleta macabra. No pudo evitar acordarse de Avelino Alcaraz y aquello que había dicho de la suerte, «una puta cara que no se va con cualquiera».

—Si no mueres, tal vez sea porque no lo merezcas y deberás entender en ello que la vida te ofrece una segunda oportunidad. Tendrás entonces que aprender a vivir sabiendo que has matado a una mujer inocente, ése será tu castigo, tu cadena perpetua. —Suspiró como si anhelara creerse esas palabras—. Por el contrario, si el disparo es mortal, al menos Lucas quedará exonerado de toda culpa y no se convertirá en una víctima más de toda esta locura que tú sola iniciaste. Tarde o temprano Lucas se enterará de que Eugenio es inocente y entonces comprenderá por qué hiciste esto.

Cerró los ojos y todo se hizo negro, como en un cine cuando se apagan las luces. Pasó la película de su vida fotograma a fotograma. Sonrió al darse cuenta de que en aquellos momentos sólo era capaz de rescatar los buenos recuerdos, un equipaje dulce y liviano. Recordó la despreocupación de cuando era niña, los juegos con sus hermanas antes de que la infancia se le truncara en una madurez demasiado temprana, su rebeldía, el sabor a libertad de sus primeras pinturas, el sol cálido en su rostro y la brisa rozándole el pelo mientras pintaba en el paseo marítimo de su amada Peñíscola. Se le erizó la piel y se abrazó a sí misma, sentada en la soledad de su ático.

Se acordó de las personas a las que había querido. Le pareció que el amor es como el aceite, que una sola gota es suficiente para quedar por encima de millones de litros de agua, que un poco es un todo. Pensó en Roberto, su gran amor, su oportunidad rota. Añoró una vez más a Lola, y encontró en la idea de morir la recompensa reconfortante de volver a verla. Se acordó de las monjas de su colegio y por una vez quiso creerlas cuando le contaban las historias del cielo y las almas que allí habitaban en paz.

Le dolió muy hondo pensar en su hermana Silvia, a quien, si el desenlace era fatal, le haría sufrir como una madre que pierde a un hijo, y le pidió perdón desde su más profundo e íntimo silencio. Deseó que Lucas aprendiera a vivir con aquella carga que iba a acompañarle el resto de su vida, su particular condena. A él también le pidió perdón.

Alcanzó a reunir un buen puñado de nombres de personas que le importaban, que habían pasado por su vida como las pinceladas de un cuadro, todas y cada una de ellas modificando la imperfección de una obra de arte, todas imprescindibles para el resultado final, por insignificantes que pudieran parecer. Pensó en Griselda, en su hermana Penélope, en Dimitri, en su padre y, por qué no reconocerlo, también en su madre.

Abrió los ojos. Se sintió preparada. Sujetó el revólver con la mano derecha y con la izquierda giró con fuerza el tambor que dio varias vueltas. Sonó como las carracas de madera con las que jugaba de niña los días de feria, pero más metálico. No hizo trampas, no miró. Después, lo apoyó sobre su sien derecha y notó el tacto frío. No tenía miedo. Respiró profundamente por si era la última vez que lo hacía y entonces, apretó el gatillo.

Table of Contents

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)